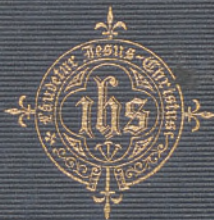




P. MESCHLER S. J.
VIDA
DE
S. LUIS GONZAGA



150/2
for 9/2/9

7
H-285
Joaquín Barral Martín.

LA VIDA
DE
S. LUIS GONZAGA,
PATRONO DE LA JUVENTUD CRISTIANA.

[Faint, illegible markings or bleed-through at the top of the page]





Hermesdorff del.

Propiedad de Herder, Friburgo.

La primera Comunión de S. Luis.

B. Kühn fotóp.

Tct. 54478

FP-285

LA VIDA
 DE
 S. LUIS GONZAGA

PATRONO DE LA JUVENTUD CRISTIANA.

RELATADA CON MOTIVO DEL TERCER CENTENARIO DEL SANTO,

POR EL P. M. MESCHLER
 DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

"¿Qué tengo en el cielo, y qué quiero en la tierra fuera de ti?
 El Dios de mi corazón y mi parte es Dios en eterno."
 Salm. 72, 25-26.

CON TRES FOTOTIPIAS, COPIAS DE ORIGINALES AUTÉNTICOS.

APROBADA POR LOS RÑOS. SRES. OBISPOS DE MADRID-ALCALÁ Y DE CALAHORRA Y LA CALZADA

Y DISTINGUIDA

CON UNA CARTA DE S. R. EL PADRE A. MAR. ANDERLEDY,
 GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

VERSION HECHA CON PRESENCIA DE LA SEGUNDA EDICION DEL ORIGINAL ALEMAN.



FRIBURGO EN BRISGOWIA.
 B. HERDER, LIBRERO EDITOR PONTIFICIO.

1891.

SUCURSALES EN VIENA, ESTRASBURGO, MUNIQUE Y SAN LUIS,
 AMÉRICA SEPTENTR.

Todos los derechos reservados.



Tipografía de B. Herder en Friburgo (Brisgovia).

C A R T A

DE

S. R. EL PADRE A. MAR. ANDERLEDY,

GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,

Á LA CASA EDITORIAL

DE HERDER EN FRIBURGO, BRISG.

FIESOLE, 13 de Mayo 1891.

*M*UY señor mío y de mi más distinguida consideración: doy á Vm. las gracias más cordiales por la atención que ha tenido en mandarme el libro: LA VIDA DE S. LUIS GONZAGA, por el P. MESCHLER, que según veo, es ya la segunda vez que sale de la prensa.

La noticia de que esa obra encuentra tanta aceptación y tan rápida difusión, me llena de viva alegría. En efecto, merced á los encantos de la simpática narración y á las aplicaciones y enseñanzas insertadas en ella con tanta oportunidad, parece sumamente apropiada para producir mucho fruto particularmente entre la juventud, estimulándola á la imitación del sublime ejemplo de su amable patrono, por lo cual deseo que tan excelente libro halle la mayor difusión posible.

Muy grata es para mí esta ocasión para expresar á Vm. mi reconocimiento y gratitud más sinceros por la actividad prolija que viene desplegando en la impresión esmerada y propagación de libros católicos. Muy de veras pido á Dios que favorezca con su auxilio tan laudables esfuerzos. Queda de Vm., que sabe cuánto le estimo y aprecio,

suyo af^{mo}. en Cristo y s. s. q. s. m. b.

A. MAR. ANDERLEDY S. J.

PREFACIO DEL AUTOR.

HACIA la medianoche del día 22 de Junio de 1591, se cerró en Roma, en la cripta sepulcral de la iglesia de la Anunciada del Colegio romano, una tumba sencilla y humilde. Por todo adorno llevaba el nombre de Jesús y el breve epitafio: "Luis de Gonzaga, Escolástico de la Compañía de Jesús." Mas esta tumba tenía despiertas grandes esperanzas de glorias y alegrías, pues nadie dudaba que pronto sería reconocido al finado el derecho á los honores de los Beatos y Santos.

Llegó el 21 de Junio de 1691, y las esperanzas se habían cumplido del modo más brillante. No existe ya la pequeña iglesia de la Anunciada, pero en su lugar se han levantado las grandiosas naves de la de S. Ignacio, y en una de ellas, á mano derecha del coro, se está construyendo una capilla sepulcral, que ha de aventajar en magnificencia á todos los detalles de la iglesia. Á los ocho años está terminada y consagrada á S. Luis. Correspondiendo á la fama de muchos y grandes milagros, el Jefe de la Iglesia ha hecho subir á Luis *beatificado* desde la obscuridad de la sepultura al esplendor de los altares. Mucho se ha difundido ya su culto; pero aguérdanse aún más altas distinciones.

Tampoco éstas se esperaron en vano. Después de transcurrir otro siglo, el día 21 de Junio de 1791, en el mismo altar de la misma capilla de *Santo Ignazio* resplandecían

las letras doradas de una inscripción que dicen está consagrado en honor de *San Luis*. En efecto, Luis había sido canonizado mientras tanto, llegando á la cima de los honores que tributa la Iglesia militante. Pero ¡qué extrañeza! Ahí estaba el santuario en todo su esplendor material, y sin embargo, parecía como que un velo de tristeza cegaba el brillo de sus mármoles y el hálito de la desolación embargaba allí el pecho del devoto visitador; pues no moraban ya en el lugar santo sus custodios competentes, sus antiguos guardianes. Extraños cuidan del servicio de aquel altar dos veces precioso. La Orden de cuyo seno Luis voló al cielo, está proscrita y diseminada por las cinco partes del mundo. Sólo de vez en cuando, alguno de sus antiguos Hermanos de Religión viene á arrodillarse delante de los venerandos despojos, con los ojos humedecidos y el corazón abrumado del pesar.

Desde aquel tiempo se ha cumplido otra centuria, la tercera desde la muerte del Santo — siglo lleno de trastornos en el mundo y en Roma, y lleno de mudanzas también alrededor de la tumba de *Santo Ignazio*. Los antiguos guardianes han vuelto y se han ido más de una vez. Días gloriosos vinieron y pasaron apresurados para ceder á otros que llegaban preñados de amarguras á cual más acerbos. Á duras penas el escudo pontificio sobre el portal de la iglesia de S. Ignacio mantiene la propiedad del santuario frente á la Cruz saboyana que campea en la puerta del Colegio romano. Bajo tan lúgubres auspicios se va aproximando el 21 de Junio de 1891; pero á despecho de ellos, la Iglesia se apresta á colmar de nuevos honores á S. Luis. El amor que profesa á sus Santos, sus hijos grandes y célebres, no le permite dejar de pensar en ellos, ensalzar sus hazañas y agobiada como está por sufrimientos y persecuciones, de preparar festejos en su honor. Ésta fué su costumbre en las Catacumbas, ésta es la que observa aún

hoy. Nada aguarda del mundo, pero todo lo espera de Dios y sus hijos venturosos en el cielo.

Es que en la vida de los Santos hay una fuerza divina que jamás se rinde ni agota, la bendición celestial que mana de la vida de virtud que en la tierra llevaron. Á probarlo de nuevo viene S. Luis Gonzaga, cuyo ejemplo ha sido siempre un imán poderoso para la juventud en el siglo y en la religión, y lo es hasta el día presente, porque siempre y en todas partes es Luis quien le ofrece el modelo de la más sólida virtud y santidad en la forma más simpática.

Creemos por esta razón, que no será inoportuno en estos momentos relatar una vez más la historia de S. Luis Gonzaga. Es verdad que no es posible ya contar nada que no hayan referido sus antiguos historiadores, Cepari, Piatti, Manzini y Maineri, ó no se mencione en las Actas del proceso de canonización, posteriores á las obras de estos autores. Por supuesto, hemos tomado todos los datos positivos de estas fuentes también para esta nueva relación de la vida de Luis; pero además hemos tenido cuidado de entretejer en ella también las cartas y escritos del Santo, porque no hay nada tan á propósito para caracterizar al hombre y al Santo como sus propias palabras. Una feliz casualidad hizo que Oliviero Jozzi publicase precisamente en el año pasado la colección más completa de las cartas que se ha dado á luz hasta ahora ¹. Creemos asimismo que no servirá sino para redondear la relación y aumentar la viveza de su colorido el que hemos tratado de desarrollarla sobre el fondo de los sucesos y costumbres de la época en la cual la vida de Luis se consumó, puesto que sin duda hacen más fácil comprender y estimar muchos de sus más interesantes detalles.

¹ Lettere di S. Luigi Gonzaga con annotazioni del Sac. Prof. Oliviero Jozzi. 108 pp. 8º. In Pisa, Ungher & C., 1889.

Por más que hemos procurado no presentar ninguno que no pudiese resistir la más severa crítica, cuidando de no apartarnos jamás de las fuentes más autorizadas, no ha sido nuestra intención, al componer esta biografía, escribir una obra científica sobre Luis Gonzaga, sino poner en manos de la juventud un libro práctico de edificación, por lo cual no falta en su lugar, al lado de los hechos históricos, una breve reflexión y enseñanza.

La fiesta de S. Luis tal como se celebra en Roma, se distingue en particular por la riqueza y abundancia de flores que engalanan el altar del Santo en aquel día. Quisiéramos pues que también estas hojas fuesen á modo de un ramo modesto, tejido para el tercer centenario del día en que Luis nació para el cielo — ramo de humildes hierbas recogidas en el brezal del destierro ¹ y dedicadas amorosamente á nuestra querida juventud, á sus educadores y á su glorioso Protector, S. Luis Gonzaga.

Blijenbeck (Holanda), en el día de Todos los Santos 1890.

¹ Desde el año 1872 la Provincia germánica de la Compañía de Jesús vive desterrada del Imperio alemán y dispersada por todos los continentes. — Adv. del Traductor.

EL perfume de este que la humildad del autor llama ramo de flores de brezal, dirá si no es más oloroso que cuantos nardos y rosas adornen los altares de S. Luis en el día de su tercer centenario. Tanto nos lo ha parecido á nosotros, que nos hemos apresurado á ponerlo aún antes de que llegase la hermosa fiesta, en jarrón español, por modesto que nos saliera. Ofrecémoslo pues á la juventud española, esperanza más halagüeña de su patria, deseando y rogando á Dios que el aroma de las virtudes de Luis le infunda invencible repugnancia hacia todos los vicios á ellas opuestos y un anhelo ardiente de imitarlas cada uno en la medida de sus fuerzas y necesidades espirituales.

Domingo de Pentecostés, 1891.

Á orillas del Rhin.

El Traductor.

ÍNDICE.

PREFACIO DEL AUTOR	Págs. VII
PREFACIO DEL TRADUCTOR	XI

Parte primera.

El Santo en el mundo.

1. El niño lleno de gracia	1
2. En las tiendas de los pecadores	11
3. La conversión (Castiglione 1573—1577)	18
4. La cuna de la santidad (Florencia 1577—1579)	21
5. Día de sol en el invierno mantuano (Mantua 1579—1580)	35
6. El doble manantial de la vida espiritual (Castiglione 1580)	39
7. Un paso más adelante (Casale, fin de verano 1580)	47
8. La víctima en la zarza de la mortificación (Castiglione 1581)	54
9. En la corte de Madrid (1581—1583)	64
10. La elección de estado (Madrid 1583)	75
11. La primera tempestad	80
12. Un viaje de tentación (Italia 1584)	85
13. Nuevos combates — nuevos triunfos (Castiglione 1584)	89
14. Armisticio, no paz (Milán 1584—1585)	96
15. El último combate (Mantua y Castiglione 1585)	103
16. La abdicación (Mantua 1585)	110
17. In exitu Israel de Aegypto (Loreto y Roma)	116

Parte segunda.
El Santo en la religión.

	Págs.
1. La nueva patria	124
2. Desasido de todo (S. Andrés 1585—1586)	129
3. La mortificación de los sentidos	136
4. El amor de la humillación	139
5. Al Gesù	142
6. Otra vez en S. Andrés. Vida de oración (1586)	146
7. Invierno napolitano (1586—1587)	156
8. El alumno de la ciencia del mundo y de Dios (1587—1589)	162
9. El maestro de la ciencia de los Santos. La humildad	167
10. Oro puro de la obediencia	174
11. El amante de la pobreza	177
12. La maestría de la mortificación	180
13. La acolada de la perfección, el amor	184
14. La palomą con el ramo de olivo	188
15. Un negocio penoso	200
16. El cielo en vista (Milán 1590)	209
17. Á casa del padre (Roma 1590—1591)	217
18. Veni Jesu Domine (1591)	231
19. Ecce venio	245

Parte tercera.
El Santo en el cielo.

1. Los despojos corporales del Ángel que voló	250
2. El gran taumaturgo	255
3. El querido de Dios y de los hombres	266
4. El tipo de S. Luis	282
5. La preza de la juventud	290
6. El espejo de príncipes	297
7. El amante de la margarita preciosa	306
8. Conclusión	312

FOTOTIPIÍAS.

1. *La primera Comunión de S. Luis* (frontispicio).
 2. *S. Luis en la corte* (p. 123).
 3. *S. Luis en la religión* (p. 249).
-

PARTE PRIMERA.

EL SANTO EN EL MUNDO.

1. El niño lleno de gracia.

LOS Alpes de Suiza y del Tirol forman por aquel lado donde descienden hacia la llanura de Lombardía, un paisaje encantador de montes, cerros y colinas, en cuyos valles transversales y longitudinales las aguas alpinas se reúnen en numerosos y amenos lagos. Difícil sería concebir cosa más bella que estos lagos del norte de Italia, en cuyos márgenes la fiera majestad del mundo alpino se disuelve poco á poco en las suaves y muelles líneas de las colinas cubiertas de viñedos y la verde alfombra de la llanura; donde el Norte y el Sur se hermanan para trocar y confundir la belleza y variedad de las plantas y árboles peculiares á cada uno; donde por encima de la esplendidez y magnificencia de la vida terrestre el cielo meridional derrama sus saturadas tintas, la abundancia de su áurea luz y las mágicas exhalaciones de un sol esplendente, que vibran en torno de cada sombra y en el lomo de cada onda y bañan el corazón en maravillosas é indecibles delicias.

El más oriental de estos lagos es el Lago de Garda, distinguido igualmente por su gran extensión y el hermosísimo colorido de sus aguas, el cual se va convirtiendo, desde el Sur hacia el Norte, del verde más obscuro en el azul más alegre.

Al sur de este lago, confinando por los otros lados con la República de Venecia y los Ducados de Milán y Ferrara, estaba situado, tres siglos hace, el Ducado de Mantua con diversos otros dominios, sujetos á las ramas más ó menos poderosas de la estirpe principal norte-italiana de los Gonzagas.

El palacio solariego de esta dinastía estaba en Gonzaga, villa que es hoy. El Emperador Luis el Bávaro confirió en el año 1329 al Jefe de la familia, Luis Gonzaga, y á sus herederos la bailía de la ciudad de Mantua; Juan Francisco Gonzaga recibió en 1433 del Emperador Segismundo la dignidad de margrave; y en 1530 Carlos V de Alemania y I de España otorgó al margrave Federico el título de duque de Mantua. Trayendo de esta suerte un siglo tras otro nuevo incremento de poder y honores al linaje de los Gonzagas, no es maravilla que sus relaciones de familia no sólo abarcasen las cortes de Italia, sino que se fuesen extendiendo también más allá de los Alpes á Lotaringa, Württemberg, Baviera, Brandeburgo y Austria. Hijas de los duques de Mantua se sentaron en el trono de los Emperadores Romanos, y los herederos de la corona ducal tuvieron por consortes á hijas de Emperadores ¹.

En todas las contiendas y guerras italianas ondeaba, no en última fila, la bandera de águila de los Gonzagas, y en repetidas ocasiones los señores de Mantua capitanearon los ejércitos de la República veneciana, del Emperador de Alemania y hasta del Pontífice Romano. Respetable número de príncipes de la Iglesia produjo también su linaje; que no menos de diez capelos adornan el árbol genealógico de S. Luis, y hubo entre ellos varones eminentes por la santidad de su vida y la riqueza de su saber, cuales fueron el Cardenal Hércules Gonzaga, quien en el año 1562 pre-

¹ *Rittershusii Genealogiae, Duces Mantuae*, tab. A. sqq.

sidió al Concilio Tridentino ¹. Á su vez Isabel, duquesa de Urbino, otra Isabel, que lo fué de Mantua, y la Condesa Julia de Colona son contadas con harta razón entre los nombres más celebrados que mujeres de la Italia del siglo XVI llevaran. Aun bajo el aspecto moral, los Gonzagas ocuparon entre las dinastías italianas de aquel período cierta posición excepcional y de preferencia por cuanto disensiones y crímenes no mancharon su escudo con tan feos baldones como los de otras familias nobles.

El antiguo tronco de Mantua manifestó también su lozanía criando, andando los tiempos, vigorosas ramas laterales; de suerte que en el siglo XVI, además de la principal de los duques de Mantua, eran señaladas las de los Condes de Novellara-Sabionetta, de los Príncipes de Bozzoli, de los Guastalla-Malfetta y no en último lugar la de los Margraves de Castiglione.

Derivaba ésta su nombre del castillo llamado Castiglione y situado cerca de la villa que de él prestara el suyo, á mitad de camino entre Brescia y Mantua, en una comarca tan amena que los italianos la llamaron en su lenguaje florido, "dulce sonrisa de la naturaleza" ². No bien se había entrado por las puertas de aspecto marcial en la población, que albergaba unos cuantos millares de habitantes, se creía uno trasladado á un paisaje risueño y sembrado de quintas, pues cada casa estaba circundada de sus viñedos y verjeles. En el centro de la villa, se levantaba, en medio de espaciosa plaza cuadrangular, la Colegiata consagrada á SS. Celso y Nazario, la cual tenía un cabildo á que presidía un arcipreste ³.

¹ *Narbone*, Dieci glorie di S. Luigi Gonzaga. Sec. ediz. Roma 1888. p. 4. 208 ss.

² *Eco di S. Luigi*, n. 7. p. 1. Milano 1890.

³ *Bollandistae*, Acta Sanctorum Junii, tom. IV. Antverpiae 1707. p. 848 A. 985 E.

En la cima de una eminencia que dominaba la linda ciudad, se erguía el fuerte castillo de los Margraves. Desde la puerta exterior, flanqueada por los cuarteles de los mercenarios, el camino ascendía, serpenteando por entre bellos jardines, hacia el castillo propiamente dicho. Encerradas por altas vallas y recias murallas, estaban las viviendas de los funcionarios y mosqueteros, las caballerizas con cuarenta caballos y un picadero, la casa de moneda, la cancillería, notable por un hermoso pórtico, la casa habitada por los señores de Castiglione y la iglesia de S. Sebastián. Desde los balcones y miradores del castillo los ojos gozaban una vista encantadora; al pie de la colina la ciudad, un poco más allá un lago artificial con el convento de S^{ta} María y una quinta de los margraves, luego amenas colinas, alturas cubiertas de bosques y detrás de éstas, el espejo azul del Lago de Garda y en el fondo de la escena el majestuoso mundo alpino, medio velado por nieblas y nubés ¹.

Allí tenía su morada, embellecida con todo el lujo que aquel siglo amante de las artes derrochaba en los palacios, el jefe de la familia de los Gonzaga-Castiglione; que como tal había celebrado su entrada en la villa y el castillo, el día 19 de Marzo de 1567, el margrave *Fernando* con su joven esposa *Marta*, hija de los Condes de Tana Santena.

Fernando era hombre ilustrado, capitán de fama y católico fiel á sus convicciones, habiendo desdeñado aceptar, con peligro de su fe, un honor tan señalado como Enrique VIII de Inglaterra le ofreció secretamente, y que habia de consistir en nada menos que el mando supremo de toda la caballería del ejército inglés ². Aun en medio de las dis-

¹ *Narbone*, Dieci glorie, p. 207.

² *Narbone*, *Ibid.*, p. 206. — *Chiarenza S. J.*, Una giornata a Castiglione. Bologna 1879. p. 34.

tracciones propias de una corte, no abandonó su costumbre de acercarse casi todos los meses á los santos sacramentos ¹. Esto no impedía que fuese cortesano cumplido y gran señor por el estilo de esa época, ansioso de aumentar el caudal de honores y bienes de su prosapia y á ratos dado al juego con pasión. Imitando el ejemplo de tantos otros hijos de príncipes italianos, había entrado en el servicio del rey de las Españas, y merecido la Gran Cruz de la Orden de Alcántara por el valor de que dió muestra en la campaña contra los bereberes en Orán y en la defensa de la fortaleza de Perpiñán contra los franceses, agraciándose en grado muy alto con su señor, Felipe II. ²

Nada prueba mejor en cuánta estima el rey tenía á su amigo Fernando Gonzaga, que el hecho de que Su Majestad Apostólica, accediendo á los ruegos de su capitán, solicitó, en unión con su esposa Isabel, y obtuvo para él, la mano de una dama de honor de la reina. Era la elegida de Fernando, Marta, hija de Don Baltasar de Tana Santena de Chieri cerca de Turín en el Piamonte y de Doña Ana della Rovere. La casa de los Roveres reinaba en Urbino, celebérrima en otros tiempos por sus hazañas en la guerra y el fomento que dispensara á las artes, á la par que había dado á la Iglesia dos Papas — Sixto IV y Julio II — y once Cardenales ³. Doña Marta había ido, en compañía de sus padres y en el séquito de Catalina de Médicis, á la corte de Enrique II de Francia ⁴, desde la cual siguió más tarde á la hija de estos reyes, Isabel de Valois ⁵, esposa

¹ *Bolland.*, p. 923 E. 924 C. ² *Bolland.*, p. 851 A.

³ *Narbone*, Dieci glorie, p. 11. 209.

⁴ Según *Daurignac*, Histoire de S. Louis de Gonzague. 2^{me} édit. Paris 1872. p. 8.

⁵ Felipe tuvo cuatro esposas. La primera fué María de Portugal (1543—1545), madre del malogrado Don Carlos (1568); la segunda María de Inglaterra (1554—1558); la tercera Isabel

de Felipe II de España, á la corte de Madrid, como dama de honor y favorita de la reina. Allí pues fué donde Don Fernando quedó prendado de las singulares virtudes de Marta y en particular de su mansedumbre y piedad y le consagró su corazón. Cuando Marta fué enterada de los deseos del margrave, pidió tiempo para reflexionar y mandó entretanto y ante todo decir algunas misas en honor de la Santísima Trinidad, del Espíritu Santo, de la sagrada Pasión del Señor, de la Santísima Virgen y de los santos Ángeles, á fin de que Dios le concediese la gracia de decidirse en este asunto por lo que más le conviniera. Habiendo por fin aceptado la pretensión del margrave y sido equipada por los reyes, se desposó con él el 24 de Junio de 1566, ceremonia para la cual los ilustres novios se prepararon especialmente, recibiendo en la mañana del propio día devotamente la sagrada comunión y ganando la indulgencia jubilaria que el Papa recién elegido, Pío V, acababa de otorgar á los fieles. La boda misma no había de verificarse, según el deseo de la reina, hasta después del alumbramiento de ésta, y fué celebrada con gran solemnidad, después que este suceso se efectuó el día 11 de Agosto. Toda la corte, y como ilustres huéspedes, los archiduques Rodolfo y Ernesto de Austria, asistieron en la capilla de palacio á la bendición de este matrimonio, primero en el que se observaron en España las nuevas prescripciones del concilio de Trento. Antes de que los jóvenes esposos salieran de la corte y de España, á principios del año siguiente, Felipe II añadió á las anteriores muestras del especial favor con que distinguía á Fernando, la dignidad

de Valois (1559), la cual le dió dos hijas: Clara Eugenia y Catalina; la cuarta Ana María de Austria (1570—1580), madre de cinco hijos, de los cuales tres solamente la sobrevivieron: Jaime (Diego), Felipe y María.

de gentilhombre de cámara de primera clase, asignándole también considerables rentas de posesiones y derechos en Nápoles y el Milanés, y nombrándole al fin general en jefe de las tropas italianas de á pie.

Establecidos los nuevos señores en Castiglione, procuraban cumplir fielmente los deberes que emanaban de su elevada posición. Mucho se elogiaba particularmente en ellos el que en los domingos y demás días de precepto asistiesen á los actos del culto no en su capilla privada, sino en la iglesia parroquial, para estimular con su ejemplo á sus inferiores á frecuentar la casa de Dios ¹. Doña Marta vivía casi por entero entregada al ejercicio de las obras de piedad y caridad, y trató aún de duplicar su celo desde que Dios le dió la alegre esperanza de sucesión. Ella misma confesó que entonces sentía un ansia insaciable de leer libros devotos. En fervorosas oraciones rogaba á Dios que le concediese la merced de dar á luz un hijo varón, prometiendo si no fuera desoída, consagrarle al servicio de Dios en una orden religiosa.

Esta oración había de ser oída, pero el hijo que en ella pedía, había de darle todavía graves angustias y penas; porque en la hora del parto la marquesa y el niño que daba á luz, corrían serio peligro de vida; hasta que, siendo ineficaz todo auxilio humano, la madre hizo con permiso de su esposo, en el momento supremo de angustia, el voto de hacer con el niño una peregrinación á Nuestra Señora de Loreto si ésta obtuviera de Dios la vida de ambos. Después de hecha esta promesa, cesó de repente toda causa de temor, y la marquesa parió felizmente un niño. Bajo el terror del peligro que amenazaba su breve existencia, ya había sido bautizado, naciendo, según dice el breviario, antes para el cielo que para la tierra. Esto sucedió el

¹ *Daurignac*, Histoire de S. L. de G., p. 16.

martes, día 9 de Marzo de 1568, á las seis de la tarde. En seguida la dichosa madre hizo que le pusieran en sus brazos al niño, persignó su frente con la señal de la redención y lo abrazó con toda la efusión del amor maternal y deseándole cuanto pudiera convenir á su salud temporal y eterna. El niño lo aguantó todo sin abrir la boquita, y tan quieto é inmóvil estaba que se dudaba si estaba vivo ó muerto, hasta que con suave llanto mostró que vivía. Desde este momento no ha vuelto á llorar durante todo el tiempo que pasó en la cuna.

Á los once días del nacimiento, el 20 de Abril, hubo una gran festividad en el castillo y la villa de Castiglione, que habían de efectuarse en el primogénito del margrave las ceremonias solemnes del bautismo. El duque Guillermo de Mantua, á quien se había rogado que le apadrinase, envió en su representación á Don Próspero Gonzaga, pariente suyo é hijo de un primo hermano de Don Fernando; la madrina fué la esposa del tío Don Alfonso de Castel Giuffredi. Llamóse al niño Aluigi ó Aloisio, nombre que su abuelo y el progenitor de las tres líneas de Mantua, Bozzoli y Castiglione ya habían llevado ¹. La solemnidad del bautismo se verificó en la iglesia parroquial de los SS. Celso y Nazario por el arcipreste Juan Pastorio, el cual añadió en el registro de bautizados al nombre del nuevo cristiano el siguiente voto por su felicidad: "Que sea venturoso, amado de Dios el tres veces Santo y Po-

¹ *Rittershusii Genealogiae, Duces Mantuae*, tab. B. — Aluigi equivale en italiano á Luigi, Louis en francés, Luis en castellano, Ludwig en alemán. S. Luis firmaba siempre Aluigi; su padre y hermanos le llaman ora Aluigi, ora Aloigi, y el Margrave de Mantua Aloisio. (Luis viene del antiguo francés Clovis, y esta forma del antiguo alemán *Hluotvic*, nombre compuesto de *hluot* célebre, y *vic* guerra, significando por lo tanto, *guerrero célebre*. — Adv. del traductor.)

deroso y goce de eterna memoria entre los mortales." Rossi, joven sabio natural de Padua, pronunció después del bautismo un bello discurso en lengua italiana ¹. Entonces todos volvieron al castillo, subiendo la colina por entre el alegre bullicio del pueblo, y particularmente de los pobres y de los niños, á los que el mayordomo tiraba con manos llenas confites y dinero.

No había ya en adelante en el castillo objeto á que se dedicase más solícito cuidado y más tierno cariño que á Luisito, primogénito como era de sus padres y heredero presuntivo de todos los feudos de la línea de los de Castiglione, toda vez que de los dos hermanos de Don Fernando, Don Horacio, señor de Solferino, no tenía hijo alguno, y Don Alfonso, que lo era de Castel Giuffredi, tenía solamente una hija y heredera, Catalina.

De la primera infancia de Luis se nos refiere que nunca era travieso, sino que reflejaba la más serena paz y brillaba siempre de la más graciosa alegría. Muy pronto se desarrolló en su alma una ferviente piedad innata en ella, en cuyo ejercicio su madre no dejaba, por supuesto, de instruirle, acostumbándole á hacer la santa señal de la cruz, á pronunciar los santos nombres de Jesús y María, á aprender y recitar de memoria el Padrenuestro y otras breves oraciones, y recomendando á las niñeras y al ama hacer lo mismo con él. De este modo sucedió que desapareciendo el niño á menudo y haciéndose buscar desde que sabía los caminos en el castillo, se le hallaba por fin en un rincón apartado, de rodillas y dobladas las manitas para rezar. — Á más de esta nativa propensión á la piedad, no tardó en revelarse en el muchacho una extraordinaria caridad para con los pobres. Cuando encontraba mendigos en sus paseos, no cesaba de exhortar á los que le acom-

¹ *Bolland.*, p. 923 F.

pañaban, haciéndoles señas con los ojos y las manos; á que les dieran una limosna. Desde que se sabía que de esta suerte se le podía dar gusto, accedían de buen grado á sus mudas peticiones, de modo que el abogadito de los pobres consiguió mucho á favor de sus protegidos indigentes ¹.

El rasgo siguiente de un período posterior de la vida de Luisito nos demuestra cuán vigoroso era ya en el niño el sentimiento de la pureza y del pudor. "En una tarde", refiere Doña Camila Ferrari, la cual á menudo había tomado parte en los juegos en Castiglione, "la alegre cuadrilla estaba haciendo un juego de prendas. Tocóle una vez á Luis, para desempeñar la suya, dar un beso á la sombra que se dibujaba en la pared, de una de las doncellitas que jugaban con él. Esta sola pretensión hizo al niño sonrojarse, y luego se pintó indignación y enojo en su rostro. Con pronta resolución volvió la espalda al juego de prendas y á toda la bandada de chiquillos, y nunca desde entonces se pudo conseguir que tomase parte en diversiones de esta clase." ² Algunas de sus niñeras depusieron más tarde bajo juramento que habían experimentado un muy particular sentimiento de piadosa alegría y edificación siempre que tomaban en sus brazos al niño, creyendo que en ellos llevaban nada menos que á un ángel. También su madre no le llamaba sino su querido angelico.

De esta manera, Luis era á la verdad un niño lleno de gracia en sentido particular. Tuvo que agradecer su vida natural y sobrenatural á la intervención de la Madre de Dios. Dios se adelantó al mundo para tomar posesión de este corazón. En el bautismo fué depositada en su corazón toda la magnificencia de la gracia, la plenitud del Espíritu Santo y la semilla de las virtudes que más tarde había de desarrollarse para tan soberbio florecimiento. Y más aún,

¹ *Bolland.*, p. 963 F.

² *Bolland.*, p. 924 F.

mientras que esta magnificencia suele dormir mucho tiempo en las almas de los más de los bautizados, en la de S. Luis comenzó muy pronto á enverdecer y producir hermosas flores. Hay territorios donde flores y frutos sazonan antes que en otros menos favorecidos, bajo el influjo de un sol más poderoso y de un cielo más benigno. Asimismo hay corazones en los que el sol de la gracia divina empieza á obrar antes y con mayor pujanza que en otros. De tal privilegio gozó el de S. Luis, en el cual aun antes de salir de la niñez, la santidad de su vida de joven principió á desplegarse en su índole especial, puesto que la devoción, la pureza y la caridad siguieron siendo los tonos fundamentales de la especie de virtud por la que se distinguió en sus años posteriores. Es que había de ser un ejemplo en el que se manifestase desde los primeros comienzos todo el esplendor de la gracia, adelantándosele Dios efectivamente con sus bendiciones celestes (Salmo 20, 4), ó según lo que se lee en el Salmo 138, 5: "Tú me has formado y puesto tu mano en mí."

2. En las tiendas de los pecadores.

ERA un tiempo agitado y atormentado por el temor de peligros pavorosos aquel en que Luis vió por vez primera la luz del mundo y se consumó su demasiado breve existencia. Desde el Sur y el Este, desde el África y Hungría, la media luna del turco trataba con numerosas armadas y formidables huestes de genizaros de aterrar á la cristianidad y de forzarla á someterse á su yugo odiado. Engendrada en el Norte de Alemania, venía avanzando y difundiéndose más y más la malhadada peste de la herejía y apostasía de la antigua Iglesia. Bajo el ambiguo régimen de Maximiliano II (1564—1576) y la inacción de Rodolfo II

(1576—1612), el protestantismo invadió el territorio de Austria, pretendiendo ser reconocido por la ley. Francia dilaceraba sus propias entrañas, bajo los postreros Valois, Carlos IX (1560—1574) y Enrique III (1575—1589), en incesantes guerras religiosas y civiles, hasta que el advenimiento al trono y la conversión de Enrique IV (1589—1610) devolvió por fin la paz á la desdichada nación y aseguró al país el precioso tesoro de la religión católica. En los Países Bajos seguía entre inconstantes peripecias la lucha contra la antigua fe y la dominación española, produciendo sangrientos frutos. En el año mismo en que Luis nació, las cabezas de los malogrados Condes Egmont y Horn rodaron por tierra en Bruselas bajo la segur del verdugo. Reinaba en la inaccesible isla británica la calvinista Isabel (1558—1603), engañando cual otra Circe á todos los príncipes, asesinando á sus súbditos católicos, sin perdonar siquiera á la desgraciada reina de los Escoceses María (1587), y atizando infatigable la guerra en los países católicos del continente. Á duras penas pudieron resistir al embate universal de la herejía Austria y su aliada España, la cual había entonces llegado al apogeo de su poder político bajo el reinado de Felipe II (1556—1598) y con más decisión que ninguna otra potencia echaba su espada en la balanza á favor de la antigua religión. La Lombardía, patria de S. Luis, era uno de los puntos de contacto donde ambos Estados estrechaban la unión de su común poderío por medio de vínculos locales, puesto que el Ducado de Milán bajo Felipe II de España era, lo mismo que el de Mantua y la mayor parte de los dominios norte-italianos, un feudo dependiente del Imperio alemán, cuyos Emperadores hereditarios eran los poderosos Duques de Austria.

No corrían pues tiempos exentos de serio peligro para la integridad de la religión católica en Europa. Mas no estaba muerta la antigua Iglesia de Dios; antes un nuevo aliento

del Espíritu Santo soplabá sobre ella, despertando nueva fuerza y nueva vida. En el Concilio de Trento, la Iglesia había claramente marcado y bien afirmado su posición en frente de los nuevos enemigos, determinando con precisión sus doctrinas dogmáticas y morales, sin dejar de trazar el plan de la contrarreforma, en la cual empleaba entonces sus fuerzas más selectas. Llevaba en aquellos trances las llaves de S. Pedro el sabio, clemente, justo é incansable Pío V el Santo (1566—1572), y sucedióle toda una serie de excelentes Pontífices, Gregorio XIII (1572—1585), Sixto V (1585—1590), Gregorio XIV (1590—1591), quienes todos trabajaban intrépidos y asiduos en la obra de la genuina reforma de la Iglesia. Bajo la bandera que ellos tenían enhiesta, se alistaron multitud de varones eminentes, grandes santos y crecido número de órdenes nuevamente despertadas en todos los países. En la cercana ciudad de Milán desplegaba celosísima actividad S. Carlos Borromeo; la Compañía de Jesús, á la que Luis había de pertenecer algún día, tenía ya echadas hondas raíces en España, Alemania, Francia y los Países Bajos. La eficacia de la acción de estas fuerzas se manifestó pronto en todas partes en el espíritu de seria piedad y el ardiente celo de reforma, que aspiraba no solamente á conservar á los que habían permanecido fieles, sino también á volver á ganar á los extraviados y perdidos.

La cuna de Luis estaba como en el centro donde se separaban los caminos de la gran vida de aquella sazón, los caminos de Roma, Praga y Madrid. Las circunstancias de su nacimiento, sus relaciones de parentesco con los caudillos religiosos y políticos le abren las vías que conducen á cualquier destino adecuado á la gravedad del tiempo. De su elección depende si intervendrá en las luchas que conmueven su época, como estadista, guerrero, sabio ó sacerdote. ¿Qué va á elegir? Ó mejor dicho, ¿qué tiene destinado Dios para él?

Con gozo inefable Doña Marta observaba las buenas disposiciones de su hijo, y con especial contento veía madurar en su devoción el cumplimiento de sus secretos deseos. No compartía este sentimiento de satisfacción Don Fernando. Éste, soldado por oficio y gusto, esperaba que su hijo primogénito, el que no sólo le había de suceder en el gobierno, sino que también sería el heredero de sus dos tíos, Alfonso de Castel Giuffredi y Horacio de Solferino, entrase en la carrera de las armas que él había corrido con tanta gloria. Y para el género de vida que llevaban los militares, creía que no cuadraba bien demasiada piedad. Con el objeto pues de despertar en el niño la afición al arte de la guerra, mandó hacerle un trajecito de soldado y armas proporcionadas, particularmente menudos arcabuces y mosquetes. El bisoño de cuatro años no cabía en sí de gusto, al ostentar las lindas prenditas y manejar los estrepitosos juguetes.

Á poco de eso brindóse también al padre ocasión oportuna para substraer á su hijo al trato afeminador según entendía, de las señoras é introducirle en la vida real del campamento, la más conducente, á su parecer, para fortalecer en el niño la vocación militar. Don Fernando había sido nombrado por Felipe II, poco antes de volver de España, comandante de todas las tropas italianas acampadas en el Milanesado, y entonces mismo habían de hacerse los aprestos para una nueva campaña contra Túnez. La ciudad y el territorio de Túnez en la costa berberica del África, conquistados á la cristiandad por Carlos V en 1535, estaban otra vez en poder de los mahometanos. Goleta, en la boca de la bahía de Túnez, era el único punto donde todavía se mantenían los españoles. Era el plan que Don Juan de Austria dirigiese contra Túnez las galeras cubiertas aún con frescos laureles, ganados en la batalla de Lepanto (1571), y encargóse al margrave de engrosar el ejército con 3000 italianos de á pie y de mandar la parte de la

escuadra que ocupasen ¹. Como punto de reunión y principal plaza de alistamiento fué elegida por el margrave la fortaleza de Casale-maggiore en el Po, y allí fué con su primogénito, que iba para cinco años, y su séquito.

No vió fallar sus cálculos, efectivamente, porque todo lo que rodeaba al niño, la fortaleza con sus dilatados baluartes y poderosos cañones, la vida ruidosa y entretenida del campamento, el espectáculo brillante del alistamiento y del ejercicio de las tropas, no dejaron de hacer mella en el ánimo del muchacho despabilado. La infantería de aquella época era á la verdad el cuadro más abigarrado que se puede imaginar. No habiendo todavía *uniforme*, los regimientos se distinguían solamente por las bandas y banderas que usaban, mientras que la elección del traje se dejaba al buen ó mal gusto y á la bolsa más ó menos repleta de cada cual. Los infantes eran piqueros, ó mosqueteros desde que las armas de pólvora habían dado tan excelentes resultados en los combates franco-alemanes. Los piqueros iban armados de picas de unos 18 pies de largo, y de estoques, petos y esquinelas. Todos llevaban la morriana y polainas. La que más se estimaba era la infantería suiza y la española.

También Luisito llevaba una diminuta morriana con penacho, un ligero harnés por debajo del cual salían los rodetes acolchados de los calzacalzones, al lado el estoquecito con empuñadura de mimbre, en la mano la alabarda, arma distintiva de los mercenarios de doble sueldo y de los oficiales, y pertrechado así marchaba con gallardo porte á la izquierda de su padre. Atraíanle más que nada las armas de pólvora, y gozo inmenso sentía cuando podía disparar alguna. Pronto se hizo el pequeño capitán el favorito mimado de los soldados, que de muy buen grado le daban

¹ *Narbone*, Dieci glorie di S. L. G., p. 6.

gusto en el manejo de las escopetas. Mas poca fué la suerte que tuvo con sus ejercicios de tiro. Una vez la pólvora le saltó de la cazoleta á la cara y se la quemó lastimosamente. Según parece, se le prohibió para en adelante el uso de la pólvora; pero á él mismo no le acobardó gran cosa esa desgracia. Al contrario, pensó entonces satisfacer su antojo de salvas á su modo. Un día, cuando casi todos dormían la siesta en el campamento, se oyó de repente el estallido de un cañonazo desde una de las obras avanzadas, despertándoles del reposo. En el primer momento, el margrave creyó que se había amotinado el campamento, y mandó á sus oficiales enterarse de lo que ocurría. Pronto se descubrió al perturbador del orden: Era Luis que se había escabullido con mucha cautela, y colándose en las tiendas de los mosqueteros, había tomado buena cantidad de pólvora de las botellas en que se la solía guardar, y cargado y disparado con ella una pequeña pieza. Ésta rebotó tan desastrosamente contra el pequeño artillero que por poco no le mata. Pero el ángel de su guarda veló sobre su vida, dejándole escapar con un fuerte empujón y un terror que le puso como hielo. Al padre le pareció bastante grave la hazaña de su hijo para imponerle el castigo condigno de semejante infracción de la disciplina; mas á la intercesión de los soldados por su querido capitancito debió éste el que se aplacase el justo enojo del margrave. Cuando más adelante Luis hablaba de esta aventura, solía dar gracias á la divina providencia por haberle salvado la vida de tan manifiesto peligro, y no se cansaba por otro lado, de acusarse á sí mismo de un yerro que le llevó tan lejos, que hasta se atrevió á tomar lo ajeno.

Había empero ocasiones más peligrosas para el despejado muchacho en la vida del campamento y el trato de los guerreros, siendo las conversaciones y ejemplos en los cuarteles y reales tan poco edificantes entonces como ahora.

Cuando Luis entraba en los corros de los soldados desocupados, y escuchaba en las tiendas ó al lado de los fuegos sus livianas charlas, oía chistes de mal género, aprendía palabrotas y votos y cosas peores. Ardiendo de celo de imitar cuanto viera á los soldados, comenzó también á servirse de semejantes frases é interjecciones crudas. Oyólo su ayo, Francisco del Turco, y se lo reprendió muy severamente. Afortunadamente no fué mucho lo que duró la permanencia de Luis en tan perniciosa atmósfera. Satisfecho el margrave del resultado del alistamiento, llevó, al principiar el verano de 1573, á sus tropas á Túnez, á través del mar, y Luis volvió á Castiglione al seno de su familia.

Tal fué la vida militar de Luis, ó según él la llamaba, su vida de pecador, de la cual no cesó hasta su muerte de sentir el más sincero arrepentimiento. En realidad, sus faltas habían sido tropiezos muy insignificantes; pues él mismo dijo que en sus adentros había justificado el hurto de la pólvora pensando que los soldados se la habrían dado seguramente si se la hubiera pedido; y en cuanto á las palabras deshonestas, el niño no las entendía siquiera, y advertido por su ayo, tanto fué su avergonzamiento que no impetró de sí repetir á su confesor las expresiones que aprendiera de los soldados, y volvía á ponerse perplejo y abochornado siempre que en su presencia alguien decía cosa semejante. Él mismo opinó que gravada su conciencia de esta falta, no hubiera osado recibir el cuerpo del Señor; pero no se le ocurrió entonces que fuese materia de confesión ¹.

Estos sucesos tuvieron para Luis la triple ventaja de hacerle humilde para lo que le quedaba de vida, de estimularle siempre á nueva penitencia y de enseñarle á guardar grandes precauciones y reservas en el trato con el mundo. Sintiendo que era terreno resbaladizo el que había pisado,

¹ *Bolland.*, p. 896 F. 923. C.

retrajo el pie sin que diera una caída deplorable. Fueron estos sucesos el primer impulso á la vida de retraimiento y penitencia que llevó en adelante, y ocasión para que revelase, por vez primera, también el valor natural y la energía de voluntad de que más tarde dió tan brillantes pruebas. Dios sabe ayudarse de todo en provecho de sus elegidos y encauzarlo todo en las vías marcadas por su Providencia. El padre quiso ganar á Luis para el mundo; mas Dios le ganó para su servicio especial. "El Señor guía los pasos del hombre; cuando caiga, no será aplastado, que el Señor pone su mano debajo de él" (Salmos 36, 23 y 24).

3. La conversión.

(Castiglione 1573—1577.)

Luis estaba pues otra vez en el ameno y pacífico Castiglione, al lado de la madre y en la dulce compañía de sus hermanitos, que entonces ya serían tres: Rodolfo, Carlos é Isabel. En este tranquilo círculo, dió fin á los juegos de soldado, sustituidos pronto por ocupaciones de otra índole. Fué menester que el muchacho, que cumplió los cinco años, comenzase á aprender. Sus maestros fueron primero Juan Albertinelli de Castiglione, y después de la muerte de éste, Julio Bresciani de Cremona. Por ayo tuvo al buen Pedro Francisco del Turco, natural de Florencia.

Más especialmente comenzó á desarrollarse en él la vida espiritual. Todos los días iba á misa y servía á ella, y todos los días también rezaba solo ó en compañía de su maestro, con mucha devoción y ejemplar recogimiento, el llamado *Ejercicio cotidiano*, colección de oraciones, que constaba de las horas de la Madre de Dios, los Salmos graduales y penitenciales, y otros ejercicios piadosos. Jamás hacía uso de un reclinatorio ó almohadilla, sino que

hincaba las rodillas en el suelo desnudo. Aun en su vida posterior no dejó de rezar estas mismas oraciones de la misma manera.

En aquel período cayó enfermo de una calentura intermitente, que le aquejó durante año y medio, le postraba en cama de tiempo en tiempo, y le debilitaba mucho. Era sin embargo muy sufrido y ni en estas circunstancias siquiera omitía sus ejercicios devotos de costumbre, pues cuando estaba demasiado débil para mantenerse derecho en su camita, se hacía sostener por una niñera y en esta postura rezaba.

Luis llamó este período el de su conversión. Más tarde confió al P. Mutio Vitelleschi, general de la Compañía de Jesús que fué en una época posterior, que si de algo tenía que arrepentirse en su vida de mundo, era el que no hubiese, inmediatamente después del despertar de su razón, vuelto todo su corazón á Dios y consagrádoselo con todas sus fuerzas¹. Esa omisión la reparó entonces á fondo, comenzando desde el séptimo año de su vida á enderezar á Dios todos sus afectos y pensamientos con verdadera seriedad y poner su vida á su servicio exclusivo. El Cardenal Bellarmino enumera éste entre los especiales dones de gracia que Dios otorgara al Santo². Á la madre, le comunicaba el niño con infantil confianza las ideas y entusiasmos de su corazón. Cuando de ella oyó que estaría contenta de que algún día uno de sus hijos entrase en religión, opinó que bien podría ser que Dios le hiciese esa merced. Algunos días después, volvió por sí mismo sobre esta materia, repitiendo lo dicho antes y añadiendo que él mismo esperaba ser quien le diera ese gusto. Contestó la madre que sería difícil, puesto que era el primogénito; pero no por eso dejó de guardar la frase en su corazón, tanto más

¹ *Bolland.*, p. 928 E.

² *Bolland.*, p. 1037 C.

cuanto que la hacían muy creíble la devoción del niño y el singular fervor de su oración. En realidad, por entonces Luis no pensaba todavía en abandonar el mundo; todo su cuidado se reducía á servir á Dios con tanta lealtad y perfección como se lo permitieran las circunstancias en que se iba criando. Que así procedía, lo testificaron todos los que le conocían y trataban entonces; porque todos le miraban como á un niño santo y un verdadero ángel.

Un suceso que ocurrió en aquel mismo período, vino á corroborar esta impresión universal y confirmar este favorable juicio. Habiendo llegado al convento de S^{ta} María, sito cerca de Castiglione, un Padre franciscano que gozaba de opinión de Santo, todos concurrieron á aquel lugar, atraídos por las maravillas que la gente de aquél contaba, para verle y recomendarse á su oración. Trájose también á poseídos de malos espíritus para que los conjurase. Á uno de estos actos de exorcismo asistió también Luis con su hermano Rodolfo. De súbito el infeliz energúmeno se volvió hacia Luis, le señaló con el dedo índice y exclamó: “¿Veisle? Ése estará algún día en el cielo y gozará de alta gloria.” Esta palabra corrió por todo Castiglione y no fué olvidada.

Cuadro de primavera, inundado de luz y alegría, son estos años de infancia de San Luis. Sobre el valle silencioso y por ninguna maldad profanado, pasa trémula la neblina que engendra el fecundante rocío, y clarea cual finísimo y vaporoso velo alrededor de campos, bosques y praderas. Este velo luminoso no es solamente la belleza peculiar á la mañana primaveral, sino también dádiva preciosa que fertiliza la comarca para el año entero. Mientras en sus perlas se quiebra el rayo del Sol, el ruiseñor bebe de ella, sorbiéndola de copas refulgentes, alegría para vivir y cantar, y los botones se hinchan y estallan, chupando el néctar que sobre ellos descende. Tan apacible y sereno es tam-

bién el aspecto de la niñez del Santo. No tiene todavía la gravedad y fatiga de los trabajos de verano; toda ella está envuelta aún en el rocío centelleante que destila la niebla luminosa, blanda y nutritiva de la piedad y del amor de la oración. La piedad es la belleza, la primera virtud y la dicha del corazón de niño. ¿Pues qué ha de hacer más un niño que orar? Poco; pero mucho hace si ora, porque manifiesta la afinidad de su alma con el Espíritu de Dios y la prepara para recibir las bendiciones de su vida de hombre. En Luis empero, la oración y la piedad habían ya hecho germinar y desarrollarse la fruta carnosa de la esencia de la devoción, que es el rendimiento completo al servicio de Dios; — fruta rara, que á menudo se busca sin hallarla en la madurez de la vida, al esplendor de una dilatada actividad exterior y hasta bajo el lustre venerando de las canas. ¡Cuán difícilmente y cuán tarde se entrega el hombre al servicio de Dios con toda su alma! Y sin embargo, todo nos va en este rendimiento interno, sincero, sin restricción. Esto es lo que S. Luis llama su conversión hacia Dios; y á fe que lo es. Temer á Dios y guardar sus mandamientos, hé aquí el hombre todo (Pred. 12, 13.)

4. La cuna de la santidad.

(Florencia 1577—1579.)

LA campaña contra Túnez, en la cual tantas esperanzas se habían puesto, dió al ejército cristiano escasa cosecha de laureles; al contrario, toda la empresa tuvo un fin desastroso, por la falta de auxilio de parte de España¹; de modo que fué preciso abandonar Goleta misma á los maho-

¹ Weiss, Manual de la Historia del mundo, tomo IV, vol. 2, p. 592.

metanos en el año 1574. Don Fernando fué á la corte de Madrid, después de la expedición malograda, se detuvo allí dos años y volvió á Castiglione, antes de concluir el año 1576.

Grandes fueron su maravilla y gozo cuando notó los progresos de su hijo mayor. Si bien no encontró ya en él el antiguo espíritu militar, halló en su lugar seria piedad, modales llenos de gracia y decoro, é inteligencia y madurez más allá de lo que podía esperar de su tierna edad. Aunque pues preveía que la historia del arte de guerra no escribiría el nombre del niño en sus páginas de gloria, cierta era la confianza del padre de ganar en él un señor bueno y sabio para sus súbditos.

Aun no moraba mucho tiempo el margrave entre los suyos, cuando de repente apareció aquella terrible peste, que aterraba á Italia entera y sobre todo hacía horriblos estragos en las ciudades de los alrededores de Castiglione, en Verona, Mantua y Milán. Fué en ocasión de visitar á Milán este azote de Dios, cuando S. Carlos Borromeo demostró la heroica caridad y el celo de verdadero pastor de su rebaño que para tiempos eternos le ha hecho célebre y querido del pueblo católico. El margrave Fernando creyó prudente en estas circunstancias marcharse con toda su familia por algún tiempo al marquesado de Monferrat, el cual estaba fuera de la demarcación assolada por la peste. Pero allí sufrió un grave ataque de gota, y los médicos le aconsejaron tomase los baños en Lucca. Como la endeble salud del hijo segundo, Rodolfo, hacía también apetecible el uso de esos baños, el padre determinó emprender el viaje en compañía no sólo de éste, sino también de Luis, pensando, después de curarse los dos de sus dolencias, presentar los muchachos al gran duque de Toscana y dejarlos durante algún tiempo en Florencia para completar su ilustración. Amigo del gran duque desde su común estancia en la corte de Madrid, deseaba conservar también

para su familia tan honrosas relaciones. Aparte de esta circunstancia muy atendible, Florencia era asiento de la más fina cortesía, del arte y de la ciencia; y en ningún punto de Italia se cuidaba tanto de la limpieza del habla italiana como allí. Éstas eran todas ventajas extraordinarias para el porvenir de sus hijos, y de las que el padre tan solícito por el brillo de su casa, no quería privar á sus hijos, por más que la madre se estremecía al pensar que tendría que separarse de sus hijos en tan tiernos años, y oponía hasta resistencia al proyecto de su esposo. Mas éste no cedió á sus instancias, y al principio del verano de 1577 partió para Lucca, acompañado de Luis y Rodolfo.

En las estaciones hermosas del año, Lucca con sus baños en los valles sombríos y llenos de castaños de la cordillera apenina, era un lugar frecuentado por multitud de forasteros; que se vivía alegremente y barato en la antigua y nada lúgubre república. Allí reinaban aún los buenos tiempos, y se conservaban las costumbres criadas al amparo de las franquicias de que las ciudades de la Edad Media disfrutaban. Sobre todo en Mayo y Octubre se celebraban muchas festividades buenas y honestas¹. Nadie nos dice cuánto tiempo el margrave se haya detenido en Lucca, ni qué resultados les hayan dado los baños á él y su hijo Rodolfo. De Lucca fué á la tierra toscana con sus magníficas carreteras, soberbios puentes y bien empedradas ciudades, al país de la abundancia, del arte y del gusto. Centro y flor de tanta magnificencia era Florencia, residencia de los Médicis, después de Roma el foco más radiante de las artes y ciencias. Es verdad que ya habían pasado los tiempos de los Cósimis y Lorenzis, decenios hacía; mas aún entre los príncipes de la línea lateral abundaban bastante los espíritus ilustres para mantener con esplen-

¹ *Hübner*, Sixto V, tomo I, p. 106.

didez la antigua gloria de la ciudad y dinastía. En 1574 se ciñó la corona ducal Francisco I (1541—1584), padre de María de Médicis, y esposo de Juana de Austria, hija del Emperador Maximiliano II. En esta corte pues había de ser introducido Luis. Cuando los viajeros llegaron por fin ante las puertas de la ciudad, pidiendo ser admitidos á su interior, fueron simplemente rechazados, porque por temor á la peste no había de dejarse entrar á nadie que no llevara "cédula" ó pase sanitario, y ni al margrave siquiera ni á su comitiva se quería exceptuarles de la prohibición. Probablemente en este apuro, el ayo de los dos príncipes, Pedro Francisco del Turco, ofreció al margrave como albergue provisional su casa ó la de su hermano Jacobo, situada á una hora escasa de la ciudad, al pie de la montaña, en uno de cuyos collados la antigua Fiesole domina todo el valle del Arno y la comarca que riegan sus tributarios. Aun hoy existe la modesta quinta cerca del vetusto convento de Predicadores, llamado de S^{to} Domingo, el cual albergó en tiempos pasados á S. Antonio, Arzobispo de Florencia, y pobló el convento de S. Marco de esta ciudad, en cuyas celdas el inmortal Fray Angélico creó las pinturas de celestial belleza que parecen obra no del pincel, sino del aliento del artista. Este S^{to} Domingo, con sus innumerables lindas huertas y casas de campo, de cuyas terrazas rocallosas saludan los meridionales áloes y cactus, y cuyas sombras forman lóbregos cipreses, olivos de verde plateado, é higueras de anchas hojas y azucarados frutos, á la par que el olfato se embriaga del perfume del laurel y romero y la vista se deleita en los ardientes ojos de los rosales; este amenísimo pedazo de tierra fué visitado á menudo por Luis desde Florencia y en él solía también veranear. El aposento que en tales ocasiones ocupaba, ha sido convertido en capilla por la familia del Turco, que aun existe en Florencia. Una inscripción dice que Luis

ha santificado aquel lugar por su frecuente presencia, y que el altar ha sido erigido por la familia en 1727, cuando Luis fué canonizado por Benedicto XIII.

Desde Fiesole, el margrave hizo avisar al gran duque de su llegada y deseo de ofrecerle sus respetos. Sin más demora fué invitado á palacio y recibido por la corte con grandes muestras de estima y favor.

El gran duque manifestó singular satisfacción cuando el margrave le presentó sus hijos y le enteró de su intención de dejarlos en Florencia para continuar su educación y enseñanza. Hasta les ofreció habitación en su palacio; pero como quiera que los jovencitos habían de estudiar en Florencia y no dedicarse á la vida de corte, el margrave alquiló para ellos y su servidumbre una casa en la calle de los Ángeles. También ésta subsiste aún, ostentando en la fachada una imagen de S. Luis, colocada allí por orden de Cosmo III, con una lápida de mármol que recuerda que el Santo ha vivido allí. Mayordomo fué el probado Pedro Francisco del Turco, maestro y ayo el presbítero Julio Bresciani y primer gentilhombre Clemente Ghizoni, el cual había sido mayordomo del margrave mismo hasta entonces y era un siervo de acrisolada fidelidad y adhesión á la casa de su señor. Después de proveer así por el bienestar de sus hijos lo mejor que pudo, volvió á Castiglione.

Luis estaba pues en la bella y deleitosa Florencia, y permaneció allí dos años y medio, desde el año noveno de su vida, que aun no había cumplido, hasta el duodécimo, dedicando su tiempo á aprender las ciencias profanas así como á iniciarse en la de los santos. Su afán de saber era grande, y con ahinco estudiaba las lenguas latina é italiana. Consérvanse dos cartas del Santo, fechadas del primer año de su período florentino y dirigidas á su padre, que vamos á transcribir al pie de la letra por lo que tienen de características para el escritor de diez años.

“Ilustre señor padre, la carta de V. S^{ia} del 6 de los corrientes nos ha contristado porque decía en ella que había vuelto á visitarle la podagra, acompañada de una ligera calentura, aunque ambas dolencias ya iban menguando. Otra carta de la señora madre del ocho nos consoló porque nos informamos por ella de que ya estaba librado de todo. ¡Gracias á su Divina Majestad!

“Ayer salimos para ver el entierro de la gran duquesa, que estuvo muy hermoso y duró tres horas. Éste fué el orden de la comitiva: Venía primero el estandarte de S. Lorenzo, luego la cruz, acompañados ambos de 150 pobres vestidos de luto y con hachas encendidas en las manos. Seguían á éstos los religiosos, no solamente los residentes en la ciudad, sino todos los de los alrededores hasta tres leguas á la redonda y entre todo de 18 lugares distintos, llevando cirios blancos, que pesaban una libra. Detrás de éstos marchaban los plañideros con el séquito de costumbre. Luego venían los sacerdotes con velas iguales; y detrás de ellos iban á su vez los pajes, caballeros y cortesanos, todos de luto y con hachas. Entonces vimos el ataúd bajo un dosel, llevado en hombros aquél por señores de palacio, y éste por nobles ciudadanos. Al fin vino el gran duque con capa y birrete, con la parte restante de la corte y la guardia de honor armada. Después de acompañar el ataúd hasta S. Lorenzo, se retiró á palacio.

“Continuamos nuestras devociones y estudios. Nos hallamos muy bien. Resta para concluir que bese las manos á V. S^{ia}, á la señora madre, á la señorita hermana y al hermanito. Abril 1578. De V. S^{ia} buen hijo Aluigi Gonzaga.”¹

Cuatro meses después, Luis describe otro espectáculo, que deja extraña impresión en el ánimo, en comparación del lúgubre que presenciamos tan poco tiempo antes.

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. Luigi Gonzaga. Pisa 1889, p. 3 s.

“El domingo estuvimos con Don Juan en el mismo tablado que el gran duque para ver las carreras por el manto de S^{ta} Ana, que era de color rojo. El corcel del conde de Bagno lo ganó. El viernes fuimos á casa de Don Juan, y como no quiso salir, pasó el rato con nosotros, y guisamos varias cosas. Pero él mismo no comió nada; que ayunaba para ganar el jubileo que el Papa ha promulgado y que libra de culpa y castigo; por eso oró también por la pacificación de Flandes y la conservación de los príncipes cristianos. Nosotros también queremos ganarlo en la semana que viene y acordarnos también de V. S. V. S. en nuestras oraciones, según siempre lo hemos hecho y haremos. Ayer estuvimos con Don Juan en el palacio Pitti, y mientras iba con nosotros á ver una fuente, vinieron las princesas con muchos perros, pues querían, según decían, hacer correr á los perros por el manto. Durante estas carreras vino también el gran duque desde la puerta del jardín con sólo cuatro caballeros y miraba el juego. Todos corrimos, las princesas, Don Juan y los demás. El juego duró hasta la noche. En los pasados días de fiesta fuimos á misa á la Anunciada, y la hemos pedido todas las mercedes y todo bienestar con singular incremento de alegría y consuelo. Estamos bien, estudiamos con aplicación, y para terminar besamos las manos á V. S^{ta}. Florencia, 17 de Agosto 1578.”¹

• Aunque Luis, según demuestran estas cartas, no podía substraerse á todas las ocasiones de asistir á los espectáculos y diversiones públicas conforme á su edad y jerarquía, entonces aspiraba ya á tenerse lejos cuanto le fuera

¹ Jozzi, Lettere di S. L. G., p. 5 s. — En las carreras y justas de aquella sazón, capas (*pallia*) de seda de color de escarlata, amarilla ó verde, y de brocado de oro eran á menudo los premios de la jornada. Conf. Reumont, Historia de la ciudad de Roma, tom. IIIb. p. 466.

posible, de toda distracción mundanal. Muchas veces tuvo que ir á palacio. Entonces las dos princesas, Eleonora, la que fué más tarde duquesa de Mantua, y María, después reina de Francia, le invitaban á tomar parte en sus juegos, y alguna vez mandaron también por maestros de baile y músicos para bailar. Pero Luis les declaró que prefería construir altaritos ó hacer otros ejercicios piadosos, se disculpó cuanto permitía el decoro, y se apartó de la compañía para orar. La duquesa Eleonora dijo más tarde de él que había hablado poco, amado la soledad y discurrido sobre Dios á menudo durante los juegos y llevado en todo una vida santa, de manera que las ayas se lo proponían como ejemplo. El ayuda de cámara que le servía desde el séptimo año de su vida, aseguró que al vestirse nunca había permitido que le tocasen con la punta del dedo, y al calzar las botinas apenas había descubierto la parte más extrema de los pies; que había vivido como un ángel¹.

En efecto, Luis pudo consignar en Florencia progresos determinados y notables en la ciencia de los Santos, por lo cual se complacía más tarde en llamar esta ciudad la cuna de su vida espiritual. Allí empezó á confesarse con mayor frecuencia que en Castiglione. Según parece, se dejó mover por el pudor á ocultar las palabras indecorosas que aprendiera en el campamento de Casale, en la primera confesión que hizo al Rector del Colegio de la Compañía de Jesús, el P. Francisco de la Torre². Atormentado por el remordimiento, resolvió hacer una confesión general de los pecados de toda su vida, y se preparó para este acto en

¹ *Bolland.*, p. 929 F. 930 A.

² Sin razón se deduciría de esta reticencia la invalidez de la confesión. Según ya advertimos, Luis miraba como pecado el haber dicho esas palabras, pero no como pecado grave; pues aunque no hubiera querido ir á comulgar con esa culpita, no creyó *deberla* revelar en el confesonario. Luego si entonces se

casa con detenimiento y diligencia. La vergüenza y el arrepentimiento de su vida de gran pecador según él se la figuraba, le hicieron sufrir un desmayo en el confesonario y caer por tierra, de suerte que su ayo tuvo que llevarle á casa. De vuelta á la iglesia, terminó su confesión, la cual fué para él un verdadero renacimiento para una vida nueva y más perfecta. Resolvióse 1º á perder su vida antes que exponerse al riesgo de cometer un pecado, y 2º á mirar con el mayor cuidado todas sus acciones y vivir una vida austera¹.

Entonces encontró que era muy propenso á la ira é impaciencia, al menos á cierto enojo interno. Ayudado de la oración y meditación, consiguió persuadirse de la fealdad é inconveniencia de esta falta y quedar en adelante libre de la tentación de la iracundia. — Creyendo hallar todavía á menudo en su conversación faltas á la honra del prójimo, determinó acabar con el último resto de esta imperfección aunque tampoco se trataba de cosas graves, y se fué retrayendo más y más de los hombres, hasta del trato de los que vivían con él en la misma casa. Nunca tocó desde entonces un juego, sin dársele nada el que le llamasen timorato y extravagante, porque más que esto le importaba guardarse de ofender á Dios. — Hacia sus superiores empero, Luis era la sumisión misma, y nadie le ganaba á bueno y condescendiente para con su servidumbre. Cuando su hermano Rodolfo hacía dificultoso á sus maestros y al ayo el cumplimiento de sus deberes, Luis le reprendía con gran seriedad. Parecía sentir mucha compasión de la condición baja de sus criados. Cuando necesitaba de

reprendía por su falso pudor y resolvió hacer una confesión general, no lo hizo por necesidad, sino movido de un santo celo y tal vez del afán de vencer ese pudor, peligroso de todos modos.

¹ *Bolland.*, p. 896 E, F.

sus servicios, no mandaba nunca, sino que se limitaba á rogar diciendo que lo hiciesen si no les fuese gravoso, de modo que los criados se avergonzaban y le tomaban mucho cariño. Uno de ellos depuso después bajo juramento: "Á menudo reñía yo y altercaba con el florentino Antonio del Turco. Entonces Luis salía de su cuarto, me cogía suavemente del brazo, y llevándome consigo adentro me hacía ver lo vituperable de mi conducta. Era realmente sublime en su humildad y amable en su mansedumbre; nó despreciaba á nadie sino á sí propio, los honraba á todos y él mismo huía hasta de los honores."¹

También su piedad y su celo en la oración tomaron nuevos vuelos en Florencia. Como no conociese todavía la oración meditativa, tanto más cultivaba la labial. Dos veces al día, por la mañana y por la noche, hacía su Ejercicio cotidiano de rodillas, cada día oía la Santa Misa y en días de fiesta asistía también á las Vísperas. Especialmente empero, se desarrolló en su corazón, en Florencia, la ferviente devoción que tuvo á la Madre de Dios.

Una de las más grandes y hermosas iglesias de Florencia es la antigua de Servitas, *La Santissima Annunziata*, santuario favorito de los florentinos, á quienes cuanto hay en ella recuerda á su gran paisano y conciudadano, S. Felipe Benicio.

El amplio vestíbulo y la iglesia misma con el gran rondel del coro están adornados de magníficas pinturas de Andrés del Sarto y del Perugino, representativas de la vida de la Santísima Virgen y de S. Benicio. Muy venerada es la capilla de la Virgen, á la izquierda de quien acaba de entrar en el templo. El centro de este sagrario forma una pintura al fresco del siglo XIII, la cual representa la Anunciación. La Virgen, resplandeciente de todos

¹ *Bolland.*, p. 929 C. 954 C. 963 F.

los encantos de su virginal juventud y belleza, está allí sentada en su aposento, vueltos hacia arriba la cabeza y los endiosados ojos, en dulcísimo arrobó; delante de ella está ahinojado el ángel anunciador de su dicha, en blancas vestimentas, y de lo alto, á través de una ventanita abierta, el Padre celestial envía sobre la Virgen extasiada al Espíritu Santo en finísimos rayos de oro. Es un cuadro que embelesa. Por veneración lo tienen casi siempre oculto bajo un velo, y solamente en ocasiones de gran solemnidad se le descubre á las miradas del pueblo. Esto mismo se había hecho en tiempo de S. Luis por consideración á S. Carlos Borromeo, quien dijo misa en el altar de la Virgen y recibió del gran duque una copia del cuadro¹. El altar y el dosel que lo cobija, guarnecidos ricamente de oro, plata, piedras preciosas y de un sinnúmero de exvotos, son en su mayor parte regalos honoríficos de los Médicis.

Este sagrario atraía también á S. Luis con singular poder. Visitábalo todos los días y solía confesarse en él. La iglesia no carecía tampoco de algún recuerdo de su propia familia. Luis Gonzaga, segundo margrave de Mantua y progenitor de las líneas gonzaguesas de Mantua, Bozzoli y Castiglione, capitán de las tropas florentinas, había asignado 2000 florines de oro para la terminación de las obras del coro, y aun hoy se lee en la cornisa inferior de la cúpula la siguiente inscripción: Ludovicus Gonzaga II. Marchio Mantuae Virgini Genitrici religionis causa posuit an. sal. MCCCCLXXVI².

En aquel tiempo, cayó en manos de Luis un libro del P. Gaspar Loarte de la Compañía de Jesús sobre el Santo

¹ Otra copia se halla también en una de las capillas detrás del altar mayor de la catedral de Colonia, no lejos del célebre *Dombild*.

² Notizie storiche delle Chiese Fiorentine, opera di Gius. Richa d. C. d. G. VIII. Lez. III. n. 3.

Rosario. La lectura de esta obra enardeció aún más su amor á la Madre de Dios, de modo que su corazón rebotaba de consuelo cuando se ponía á reflexionar sobre los misterios de la vida de María, y sintió el más vehemente deseo de hacer alguna cosa en su honra, que le fuera muy grata, á fin de granjearse su favor y ser asociado al número de sus protegidos. Postrado un día delante de su imagen querida en oración ardorosa, se sintió de súbito iluminado de que debía consagrar su virginidad á la Madre de Dios, que sería la ofrenda más de su agrado. Resuelto al instante, hizo en efecto el voto de perpetua castidad, con toda seriedad y el corazón lleno de regocijo y amor. Y María aceptó el sacrificio de su inocente corazón é impetró de Dios, como galardón de su fineza, la extraordinaria merced de que jamás en toda su vida se sintiese acometido de la más leve tentación contra la virtud de la pureza, según él mismo confesó más tarde á su director espiritual¹. Es éste un favor excepcional, y que aun á los santos fué concedido muy rara vez, y gracia tanto más maravillosa cuanto que Luis se movía siempre en la alta sociedad del mundo y en las cortes de los príncipes, donde tanto abundan los peligros y ocasiones de pecar. Cierto es que Luis sentía ya desde su más tierna infancia una aversión puramente natural hacia todo lo que no era puro y virginal, y hasta le repugnaba el trato de personas del otro sexo; pero tanto más es de admirar que, sobre todo desde el voto hecho en la capilla de la *Annunziata*, duplicase los medios de toda clase para proteger su virginidad consagrada á Dios de toda sombra de peligro. Si alguien podía darse por contento con la precaución ordinaria, prescrita á todos los cristianos, era sin duda S. Luis; pero no, él va aún tan lejos como otros tantos santos en el uso de medios pre-

¹ *Bolland.*, p. 897 F. 927 C, E.

ventivos y defensivos, en la fuga de las menores ocasiones, y hasta de meras posibilidades de pecar, y en la mortificación de la carne. Él, quien á la protección extraordinaria de la gracia divina debió el no ser tentado jamás, andaba con tanto recato como si justamente á él le hubiesen amenazado peligros de todas partes. No levantaba ya desde entonces los ojos cuando iba por las calles ó se hallaba en sociedad; no solamente evitaba el trato de las mujeres con más escrupulosidad que antes, sino que se retiraba también de todos los entretenimientos y juegos, por más que su padre mandaba hacerle tomar parte en ellos ¹, y demasiado pronto, por desgracia, comenzó á tratar su inocente cuerpo con rigores de toda suerte. Debe considerarse que la misión de Luis era de importancia universal para el bien común, pues consistía en ser para la juventud un modelo imponente y visible en el mundo entero, de la conservación de la angelical pureza. Lo que no había menester para sí mismo propiamente, lo debió hacer para sus sucesores, para toda la juventud cristiana. Ella, con no estar tan libre de peligros interiores, se lanza á menudo tan imprudente á los exteriores; en ella arde á menudo el fuego interior á llama viva, y todavía echa en él con ligereza más leña de diversas clases; no siendo tan pura como Luis, no quiere que le hablen de mortificación, vigilancia y recogimiento. ¡Cómo está la imagen del santo joven delante del mundo mozo, que anda con tanta ligereza y no se harta de placeres, advirtiéndoles y amonestándolos! La ciudad del Arno tenía fama de ser la más alegre del mundo. Llamábasela la "bella", y quien quería ver cosa bella, debía ir á Florencia. Allí los ciudadanos habían edificado como reyes, allí se erguían las antiguas iglesias, ostentando la grave y piadosa magnificencia del buen arte cristiano, y sólo al exterior adornadas

¹ *Bolland.*, p. 929 F. 930 A.

de modestas galas alegres; sus conventos y palacios eran verdaderos sagrarios y tesorerías del arte; allí vivía la corte más ilustrada y voluptuosa en espléndidas quintas con jardines de recreo, juegos de agua, festejos y pompas; allí bullía vida lozana y alegre en las colinas y montañas, donde los viñeros cantaban estanzas de Ariosto; solamente las antiguas familias amantes de la libertad se habían retirado, llenas de rencor hacia la nueva dominación, á sus castillos en los cerros cubiertos de bosques.

En medio de tantos deleites, Luis vivía solitario y grave, casi tan grave como la severa Vallombrosa ó el convento del monte Senario, que miran cual austeros predicadores de penitencia desde la soñolienta soledad de sus selvas al floreciente valle del Arno que baña los pies de sus macizos asientos. Sin embargo, Luis no vivía privado de placeres. Él había hallado el astro que había de alumbrar la senda de su vida. La dulce imagen de Nuestra Señora estaba constantemente ante su alma embelesada. En todas partes topaba con ella, en los mosaicos de oro de los vetustos portales de las iglesias así como en las obras de los más afamados maestros; era como la bella rosa en la verde guirnalda del arte con que la antigua Florencia se había engalanado, llevando la catedral misma con razón por tanto, el nombre: "Santa María de la Flor". ¿Cómo pues no había de ganar María el corazón inocente del niño? Ante el querido altar de la Anunciada buscaba sus horas de recreo; allí se decidió por el derrotero que había de tomar en su vida. De la bella Florencia se llevó la alhaja más preciada, la gala de la virginidad y la devoción á la Madre de Dios, cuya bendición le acompañaba en adelante á todas partes, colmándolo de todos los bienes y de honores inestimables (Sabiduría 7, 11).

5. Día de sol en el invierno mantuano.

(Mantua 1579—1580.)

EN el otoño de 1579, el margrave llamó á sus hijos de Florencia á Mantua, á la vez que él mismo se encargó, á ruegos del duque Guillermo, de la regencia del margraviato de Monferrat. Luis y Rodolfo, pues, trasladaron su pequeña corte á Mantua, donde debían trabar amistad con Vicente, hijo del duque y futuro jefe de la casa de Gonzaga.

Mantua la "gloriosa", patria del cantor de la Eneida, "el cisne de Mantua", conocida de antiguo como plaza fuerte, está situada en una ensanchadura pantanosa y parecida á un lago, del río Mincio. Dos diques y un puente fortificado unen la ciudad á la tierra firme. Bajo el reinado de los Gonzagas, amantes de las artes, la antigua plaza de armas se había convertido, si bien en modesta escala, en emporio de las bellezas que crea el ingenio. El pintor Montegna (1460—1506) ha ejecutado allí hermosas obras en la iglesia de S. Andrés, en cuya cripta se guardaba una gota de la sangre de Nuestro Redentor, la cual dió ocasión á la fundación de la Orden de Caballeros del Santísimo Salvador. Mucho se embelleció la ciudad bajo el cetro de Federico, primer duque de Mantua, y de su madre Isabel de Este, señora de fina ilustración¹. Julio Romano, discípulo de Rafael (1492—1546), adornó el palacio ducal, el castillo y el palacio de verano del Té, cerca de las puertas, con cuadros al fresco, producciones de una fantasía exuberante, y enriqueció la ciudad con construcciones soberbias. El palacio del duque era uno de los más grandes de Europa, y se admiraban en él valiosos tapices de Flandes, artísticos techos artesonados y preciosos pavimentos de mármol. Casi todos los Gonzagas poseían palacios en la ciudad.

¹ *Reumont*, Historia de la ciudad de Roma, tom. III b. p. 136.

Luis, que por aquel tiempo contaba once años y algunos meses, vivía en el palacio de un abad Gonzaga¹, y su tarea principal consistía en continuar sus estudios de humanidades.

Sobre la vida espiritual que llevaba en aquella señorial morada, su servidumbre manifestó más tarde lo siguiente: "Volvía hacia Dios todos sus pensamientos y afectos, huyendo de los juegos, comedias y otras diversiones de los príncipes. En cuanto lo permitía la buena crianza, se estaba en casa para orar. Cuando salía, iba á ver á religiosos en los conventos, y en sus pláticas con ellos trataba solamente de cosas espirituales. Á muchos, sobre todo á aquellos que compartían la casa con él, les aprovechaba bastante instruyéndolos sobre la vida cristiana. Cuando oía alguna palabra impertinente, amonestaba y reprendía, pero con toda lenidad y consideración. Cuando nosotros le llamábamos 'príncipe' ó 'señor', contestaba: *Servir á Dios, excede á toda señoría del mundo*. Esto le he oído á menudo, y ya cuando niño le he mirado como á santo."² La misma opinión se tenía de él en casa de Don Próspero Gonzaga, á la cual iba alguna vez. Cerca de la entrada de ésta, había una pequeña capilla. En ella oraba Luis siempre antes de pasar adelante, y entrando en conversación con el príncipe y su familia, platicaba con ellos sobre Dios y las cosas de Dios, de suerte que todos quedaban fascinados de la sublimidad de su discurso y la profundidad de sus ideas, teniéndole ya entonces por santo. Para la lectura espiritual, le servía la vida de los Santos, escrita por Surio, obra que le agradaba mucho. De vez en cuando era convidado, pero no

¹ *Rittershusii Genealogiae, Duces Mantuae*, mencionan dos abades de nombre Gonzaga: Claudio de Felonica (tab. F) y otro, Federico (tab. C).

² *Bolland.*, p. 932 F.

había medio de hacerle tomar asiento al lado de una señora ó de permanecer en su presencia. Al que le exhortó á hacerlo mal que le pesara, contestó: "No tengo más remedio; que no puedo soportar las mujeres." ¹

En Mantua fué donde aparecieron en Luis las primeras señales de un mal de piedra ². Los facultativos le ordenaron rigurosa dieta, y él mismo era tan extremadamente escrupuloso en la observancia de esta prescripción, que es mucho que haya escapado á la muerte. Un huevo entero era lo más que comía á la mesa, mas él se permitía aún el regalo de ese banquete, según lo llamaba, muy contadas veces. El mal de la enfermedad que diagnosticaban los médicos, hizo alto, al parecer, gracias á este modo de alimentación, pero tanto más quedó debilitada y quebrantada al fin la salud constitucional del niño. Habiendo sido, hasta entonces, sano y robusto, empezaba á enflaquecer que daba pena verle, y á sufrir de una debilidad del estómago de que no se repuso ya en toda su vida. Infructuosas fueron las ordenaciones de los médicos que tendían á contrarrestar estas fatales consecuencias de su anterior consejo. Lo que hasta aquel tiempo Luis había hecho en provecho de la salud de su cuerpo, lo creyó deber continuar en adelante en beneficio de la de su alma. La vida abstinentes se le hizo costumbre, grata y dulce por amor de Dios. La flaqueza é indisposición que ya no le abandonaba, no le permitían ya tampoco tomar parte en muchas distracciones y entretenimientos á que había tenido que asistir antes á causa de su rango y por obediencia á su padre, otro motivo bienvenido más para que siguiese viviendo con extrema abstinencia.

Otro acontecimiento muy importante tuvo lugar durante aquella estancia en Mantua. Hasta entonces, Luis no había

¹ *Bolland.*, p. 930 A. 962 B.

² *Bolland.*, p. 941 D.

pensado nunca en salir del mundo. En el invierno de ese año empero, le vino la idea de abandonar la carrera temporal y consagrarse todo al servicio de la Iglesia. Como quiera que por el voto de castidad que había hecho en Florencia, ya había renunciado á toda unión matrimonial, agitó en aquel tiempo el plan de ceder á su hermano su derecho al principado, y después de madura reflexión se decidió firmemente á dedicarse al servicio de Dios como clérigo, para disfrutar de mayor tranquilidad de alma y de más amplia libertad en hacer bien. Todavía no reveló su pensamiento á su padre, sino se contentó con rogarle por vía preliminar que le descargase de las obligaciones de la vida de corte para hacerle posible dedicarse con más ahinco al estudio de las ciencias.

De esta suerte el rigor de aquel invierno fué mitigado por los primeros rayos refulgentes de la primavera de su futuro destino. La austeridad de la penitencia, en la que había de llegar á ser tan insigne modelo, fué ocasionada allí de modo natural por el mal que amagaba á su existencia, y en las medidas del arte terapéutico de aquella época. De lo que tuvo la culpa la naturaleza, se ayudó la gracia para promover su obra. Viendo la luz y la libertad en la abstinencia y el desprendimiento, se yergue, semejante al tallo de la flor, hacia la luz y el cielo, allí mismo donde todos los grandes recuerdos de su familia debían de hacerle esclavo de la vanidad del mundo; precisamente allí donde sus antepasados, tan amantes de la guerra como del arte, habían erigido los trofeos que conmemoraban sus triunfos, atesorado las obras del arte en soberbios edificios y prodigiosos monumentos y acumulado en sus palacios las riquezas de la tierra; precisamente allí donde todo le empujaba hacia las sendas que andaban los hombres mundanos, y se desplegaba ante él el reino de las glorias terrenales, se marchitó el mundo en su corazón, el perderla le pareció ganancia, y con

la renuncia á un principado tuvo por adquirido á precio muy bajo el derecho de servir á Dios en su desposada, la Iglesia. En Mantua, pues, fué también donde efectuó después la renuncia cuya idea allí había por primera vez surgido en su alma. ¡Cuán admirablemente sabe Dios conducir á sus Santos hacia sus fines! Al justo le guía por caminos derechos y le enseña el reino de Dios (Sabiduría 10, 10).

6. El doble manantial de la vida espiritual.

(Castiglione 1580.)

HABIA llegado la primavera del año 1580; los parientes de Luis partieron para sus casas de campo en las márgenes del Lago de Garda, porque Mantua tiene en verano una atmósfera sumamente calurosa y muy perjudicial á la salud á causa de lo bajo y pantanoso del terreno¹. El margrave á quien sin duda se había informado del mal-estar de su primogénito, le mandó por carta trasladarse á Castiglione, esperando que Luis sanaría bien pronto con el aire fresco y salubre de las montañas y bajo los cuidados de su buena madre.

Pero ¡cuál sería el espanto de esta buena madre, cuando vió al hijo del alma tan demacrado y escuálido! Hizo reproches al ayo; pero éste no tenía culpa alguna, ya que era incontestable que su alumno no se había dejado guiar por él en este punto². La madre misma se puso entonces á tratar de disuadirle de su modo de vida, é hizo venir médicos que le animasen á desistir de sus ayunos. Mas todo fué en vano; antes al contrario, aumentó todavía el rigor de su continencia, porque entendía que el provecho que

¹ *Bolland.*, p. 851 F.

² *Bolland.*, p. 933 B.

sacaba de ella para su alma, valía bien esta ligera penalidad impuesta al cuerpo ¹.

Según parece, comenzó entonces otra vez á enfermar por bastante tiempo, y esta circunstancia llevó consigo el que se excluyese más y más del mundo y cortase todo trato, empleando su tiempo en la lectura de libros espirituales y la oración. Hasta entonces no había recibido todavía instrucción en la oración meditativa. Mas como buscase á Dios solo con tanta diligencia y seriedad y abstrayendo su corazón de todas las cosas, lo preparase para las pláticas con su Salvador, Dios se le participó él mismo y le inició en la oración interna. Abrióse así un mundo inopinado y magnificó á sus ojos admirados en los misterios de la Redención y en la contemplación de las propiedades de Dios. Permanecía pues meditando media hora, una hora entera ó más tiempo aún, según se lo permitían las circunstancias, pero con tan profunda iluminación y excitación del alma que se derretía en lágrimas, regando con ellas no solamente sus vestidos, sino también el suelo, de modo que era preciso darle tres ó cuatro pañuelos en un día ². No se escapó esto á la servidumbre, la cual movida de la curiosidad ó del deseo de edificarse, acudía para observar á Luis á escondidas, mirando pasmada cómo postrado delante de un Crucifijo, con los brazos ora extendidos, ora cruzados delante del pecho, permanecía de rodillas durante horas enteras, mientras que las lágrimas rodaban por sus mejillas descarnadas y su sollozo se oía desde la puerta de su cuarto. Hasta forasteros, que entraban en el castillo, sabían proporcionarse el deleite de este aspecto. Aun cuando no oraba, Luis estaba á menudo abismado en pensamientos y como arrebatado en espíritu á otras regiones, de modo que no oía llamar á su puerta ni á los criados atravesar su cuarto.

¹ *Bolland.*, p. 897 C.

² *Bolland.*, p. 963 E.

Ora anduviese á pie, ora le llevasen en coche, siempre estaba sumido en la oración, y á menudo le oían saludar á la Madre de Dios á cada peldaño de la escalera que subía. Habiéndose de esta manera ejercitado él mismo en la oración y la contemplación de las cosas divinas, la reguló más tarde con ayuda de un librito del P. Canisio de la Compañía de Jesús, en el cual se enseña un método práctico y probado de la meditación, y por cuyo estudio Luis adelantó no poco en esta manera de orar y en el amor de Dios.

En aquel tiempo, también los planes que el niño concibiera para el porvenir, vistieron forma determinada, en cuanto que sus ideas se dirigieron hacia la Compañía de Jesús. Ocasión de ello fueron parte la lectura del libro ya referido del P. Canisio, parte la de las cartas de Indias, en las que los misioneros de la Compañía daban cuenta del resultado de sus trabajos en las dos Indias y en el Japón, donde algunos años hacía, los reinos de Saxamo, Omura, Bungo y Arima habían aceptado la fe. Todas estas relaciones le parecían respirar un celo apostólico que aprisionó todo su corazón. También él quería ya ejercitarse en el apostolado. En los domingos y días de fiesta se encargaba de enseñar el catecismo á los hijitos de los pobres, y lo hacía con tanto amor y habilidad que les animaba á todos á ser celosos en el servicio de Dios. Cuando oía hablar de un hombre vicioso en Castiglione, le daba caza formal para convertirle á Dios y ponerle otra vez en el camino de la virtud. En los que vivían con él en el castillo, no toleraba ninguna disensión, ninguna palabra blasfema ó inmoral. Ante todo empero, cultivaba de allí en adelante el apostolado de las pláticas espirituales, no hablando ya más que de cosas útiles al bien de las almas. Una vez que en aquella sazón tuvo que acompañar á su madre á una visita á la duquesa Cristina de Lota-

ringa¹, entretuvo á la compañía con pláticas espirituales tan felizmente, que una señora dijo que al oír hablar á Luis, se creía escuchar á un anciano y no á un niño de trece años².

El año 1580 trajo á Luis una gran dicha y un adelanto notable en la vida espiritual. S. Carlos Borromeo recorría desde algunos años, como visitador en nombre de Gregorio XIII, las diócesis pertenecientes á su archidiócesis de Milán. Aquel mismo año el turno tocó á la de Brescia, en la cual estaba situado Castiglione. Para evitar gastos inútiles, el Cardenal viajaba con sólo siete compañeros á caballo y tres mozos á pie, y contribuía él mismo á la manutención de su comitiva³. En consecuencia de haberse casado su hermana Camila con Don César Gonzaga-Guastalla⁴, S. Carlos había entrado en relaciones más estrechas con la familia de los Gonzagas. No obstante, no se le pudo determinar á tomar habitación en el castillo de Castiglione, sino que se hospedó en casa del arcipreste de SS. Celso y Nazario. Algunas horas después de la llegada del Arzobispo, Luis fué á ofrecerle sus respetos en ausencia de su padre. El Santo no tardó en conocer al Santo. El Cardenal llevó á Luis á su cuarto, conversó allí con él largo rato, quedando asombrado de los efectos que la gracia, sin ningún impulso de afuera, había producido en este niño. Luis á su vez, que tanto había oído de la santidad del Cardenal, le

¹ Cristina fué hija del rey Cristierno de Dinamarca y se casó en primeras nupcias con el duque Francisco Sforza de Milán, y en segundas con el duque Francisco de Lotaringa (1544). Su hija Dorotea contrajo matrimonio con el duque Erico II de Brunsvich. Estas señoras se hallaban entonces en Dertona, cerca de Alessandria, que había sido asignada como viudedad á Cristina.

² *Bolland.*, p. 933 C.

³ *Silvain*, Hist. de S. Charles Borr., tom. II, p. 304. 312. 313.

⁴ *Rittershusii* Genealogiae, Duces Mantuae, tab. D.

reveló todo su corazón y le rogó que le instruyese y guiase en la vida espiritual, acogiendo cada palabra del Arzobispo como la voz del cielo. S. Carlos recomendó á Luis sobre todo el estudio del catecismo romano y le preguntó si ya había recibido la sagrada Comunión. Luis contestó que no. Entonces el Cardenal le enseñó cómo había de prepararse bien para esta gran merced que no quería aplazar por más tiempo, y le dió el manjar celeste por vez primera el 22 de Julio, fiesta de S^{ta} Magdalena, mientras celebraba la misa pública en la iglesia parroquial. ¡Quién podría expresar los sentimientos de devoción y amor con que el santo niño daría acogida al Salvador eucarístico en su corazón, ni con qué gracias á su vez el Salvador enriquecería su alma!

Vida nueva había comenzado en aquel gran día para Luis. Leía y estudiaba, conforme al insistente consejo del santo Prelado, con el mayor ahinco el catecismo romano, del cual sacaba los más dulces frutos de edificación, luz y consuelo, de suerte que á su vez no sabía recomendar otra cosa mejor á los demás que el estudio de este libro áureo. De allí en adelante recibía también á menudo la sagrada Comunión, preparándose para el celestial convite con una buena confesión y duplicado fervor en la oración. El día precedente á este santo acto, se ocupaba únicamente en orar, leer y meditar sobre el Santísimo Sacramento del Altar, con el cual sabía relacionar todos sus ejercicios piadosos. Al acercarse á la sagrada mesa, era un espectáculo para todos los que le veían comulgar, por su recogimiento y devoción; después de volver de ella, pasaba otra vez largo tiempo orando y dando gracias á Dios por la merced recibida. La sagrada Eucaristía era desde entonces el imán y centro de toda su vida. Su devoción hacia este incomparable sacramento llegó á ser tan intensa y fervorosa que, al asistir á misa cada día, se enternecía y conmovía, desde el momento de la elevación, hasta el punto de derramar

abundantes lágrimas, cuyo torrente arreciaba aún en los días de fiesta y de comunión. Esto se observó en él desde entonces hasta su muerte.

Mucho ha medrado en la vida espiritual el que ha conseguido tener la oración meditativa con alegría y facilidad y sentir una devoción tierna al Santísimo Sacramento del Altar, pues regadas por las aguas que fluyen de este doble manantial de vida, las flores de las virtudes y de la santidad se despliegan con prontitud, lozania y abundancia. Un santo facilitó aquello á Luis, el Espíritu Santo mismo le dió esto, pero ninguna de estas dos mercedes obtuvo sin coadyuvar él mismo á la obra de la gracia divina. Porque importa mucho no olvidar en qué conexión se hallan la facilidad y el consuelo de la oración por una parte y el rigor de la penitencia exterior por otra. Apenas se agotan y secan las fuentes de los placeres sensuales, ábrense con largueza divina los manantiales del consuelo divino, inundando, por las dos acequias de la oración y de la sagrada Comunión, con corrientes abundosas de celestial dulzura el corazón del hombre, desprendido de todo y sediento de su Dios. Para Luis, estos regalos de consuelo y dulce llanto eran el galardón y la consagración de su juventud limpia de toda mancha á la vez que el fortalecimiento para el camino duro y escabroso que aun le quedaba por recorrer.

¡Cómo encanta y conmueve también el encuentro de los dos santos! Carlos Borromeo, el austero penitente, el gran Príncipe de la Iglesia y restaurador principal de la vida eclesiástica, él, cuyas ideas y cuidados pastorales abarcaban todo su tiempo, dedica tan solícita atención á este niño, lo inicia en la plenitud de la ciencia de la fe y las bendiciones del misterio eucarístico, y le da á gustar por vez primera el pan de los Ángeles, á él, ángel puro é inocente en forma de niño. Luis, por su parte, con su ferviente devoción al Santísimo Sacramento del Altar, es hijo de su tiempo, tiempo

de resurrección y renovación, en el que los raudales de gracia procedentes del santo misterio comienzan á correr más presurosos, porque el pueblo cristiano ha vuelto á venerarlo y recibirlo con más fervor y frecuencia; tiempo en el que la tierra empieza á reverdecer y restablecerse de los estragos y de la desolación, causados en tantas naciones cristianas por la frívola guerra hecha por los sectarios al Sacramento del Altar. Luis ya es una flor de este tiempo mejor que apunta, diciendo otra vez con el salmista: "Entraré al altar de Dios, y él renovará mi juventud." (Salm. 42, 4.)

En la antigua iglesia de Jesuítas de S. Fedele en Milán, se guarda aun hoy un cuadro que representa la primera comunión de S. Luis de una manera muy interesante, por haber tenido á la vista el pintor, caballero Francisco de Cayro, los retratos de familia que existían en Castiglione, de modo que la pintura contiene algunas efigies de bastante valor histórico¹. En el centro del cuadro está arrodillado Luis, niño de once á doce años, á quien S. Carlos Borromeo tiende la sagrada Eucaristia. Luis viste el traje elegante propio de la época, el justillo español, calzones prietos y bufellonados alrededor del muslo, la valona ancha y almidonada, y la capita corta². Es todo atención santa, todo expectación y ansia por el pan angélico que viene acercándose á sus labios. Las facciones de su semblante son de corte fino y delicado, y podría-se llamar el rostro del niño un rostro de santo. Hasta con las manitas extendidas parece que quiere invitar y abrazar al celestial huésped de su alma. Detrás de Luis está arrodillada su madre. Ella guía al hijo bendito como al encuentro del Salvador y comparte con él

¹ *Bolland.*, p. 933.

² *Heyden*, Trajes de las naciones civilizadas de Europa, p. 173—176.

así las facciones del rostro como la ferviente devoción y el santo regocijo. El jubón de color obscuro cubre, conforme á la costumbre de aquella sazón, todo el cuerpo superior y el cuello, dejando lugar solamente en las muñecas para un par de manguitas y en el cuello para la gran valona cañoneada. El pelo está rizado por delante y metido por detrás debajo de una cofia lindamente guarnecida ¹. Al lado de la marquesa está, de rodillas también, Don Fernando, vestido de general, cubriéndole el pecho la coraza y las piernas las esquinelas. El antiguo soldado, todo dichoso, junta devotamente las manos, mirando á su hijo Luis con un aire que revela piedad, emoción y también un poquito de melancolía por una vida que no ha transcurrido tan inofensiva como la de su angelical hijo. La figura de S. Carlos está diseñada igualmente del natural. Los términos á la izquierda y derecha de la escena los llenan ministros del altar, entre los cuales se reconoce como á uno de ellos al pequeño Rodolfo, que lleva un hacha encendida en la mano. Á uno de los peldaños está arrimada una almohadilla desocupada, cuyo bordaje representa las armas de los Gonzagas: un escudo blanco, dividido en cuatro cuarteles por una cruz encarnada, cada una de los que encierra el águila negra del Imperio. El escudete en el centro muestra en cada vez dos campos opuestos por la sesga, un león blanco con corona de oro en la cabeza en suelo encarnado y tres barras delgadas en fondo de oro. La divisa es: *¡Fides — Olympos! ¡Lealtad — Cielos! — á la verdad resumen el más sucinto de toda la vida de S. Luis, retoño más bello de su noble estirpe.*

¹ v. *Falke*, Historia de los trajes de las naciones civilizadas, p. 303—304.

7. Un paso más adelante.

(Casale, fin de verano 1580.)

EL margrave, que estaba todavía en Monferrat¹, recibió con inquietud las noticias sobre el estado inseguro de la salud de su hijo mayor. Creyendo que no podía detener mejor el progreso del mal que teniendo al enfermito á su lado, llamó á Casale á la marquesa, Luis y Rodolfo, á fines del verano de 1580. Hizose el viaje probablemente por Milán y en carretela ó coche, que comenzaba en aquella misma sazón á estilarse, aunque en forma todavía muy humilde y pesada, mientras que hasta entonces no se había viajado sino á pie ó á caballo². Entre Milán y Casale hubo que pasar el Ticino, el cual, henchido por copiosas lluvias, habia salido de madre, formando brazos laterales. Habiendo de atravesar los viajeros uno de éstos, el coche de la Marquesa alcanzó felizmente la otra orilla y siguió adelante, cuando de repente el vehículo en el que iban Luis y Rodolfo con su ayo, se rompió en medio del agua. La parte delantera, en la cual estaba el asiento de Rodolfo, fué arrastrada á tierra por los caballos; la trasera empero, ocupada por Luis y el ayo, fué llevada río abajo por la impetuosa corriente, y ambos hubieran perecido en las aguas, si el torso del coche no hubiese chocado con el fuerte tronco de un árbol que había encallado en medio del río. Mientras allí estaban parados, se mandó á toda priesa por un hombre, el cual entró en el agua á caballo hasta el tronco, cogió

¹ El margraviato de Monferrat confinaba con los territorios de Génova, Milán y del Piamonte y habia recaído, por derecho de herencia fundado en parentesco por casamiento, en una línea lateral de la casa imperial bizantina de los Paleólogos (1306) y después de la extinción de ésta (1536), en el duque de Mantua.

² *Hübner*, Sixto V, tom. I, p. 85.

á Luis, le puso detrás de sí en la grupa del caballo y le llevó á la orilla. Pocos instantes después, también el ayo estaba salvado de la misma manera. En una capilla de la Virgen que había cerca del lugar del lance, todos se apresuraron á dar gracias á Dios por la conservación de sus vidas. En Vigevano se detuvieron el tiempo necesario para secar la ropa y aprestarse nuevamente á continuar el viaje. Llena de angustia mortal, la madre dió vuelta á la primera noticia del desastre; también hasta Casale había llegado ya la nueva, y sólo la llegada de su esposa é hijos libró al aterrado margrave de sus temores y cuidados.

Casale Monferrato, capital del margraviato y residencia del Regente, era conocido todavía á Luis desde el período militar que había atravesado allí en su más tierna edad. Recostado en colinas amenas á la orilla derecha del Po, era tenido, durante mucho tiempo, por una de las plazas más fuertes de Italia.

Allí Luis se ocupó ante todo en los estudios humanitarios, aprovechando bastante en el conocimiento de las lenguas antiguas. Mas hasta en la elección de los autores clásicos se manifestaba la solidez de su espíritu, pues jamás se veía en sus manos lectura liviana, antes leía con preferencia obras de Séneca, Plutarco y Valerio Máximo, copiando de ellas los pasajes que creía poder utilizar en la conversacion para animar á la virtud y perfección. Por supuesto, aun más le gustaba la lectura de autores espirituales, como Luis de Granada y Lipomano.

El margrave no perdonó medio para hacer desistir á Luis de su manera de ser y vivir grave, austera y abstinentemente, disponiendo toda clase de distracciones, espectáculos y entretenimientos públicos, ya que como gobernador que era, tenía á menudo que dar fiestas, cuanto más que andaban tiempos, á pesar de toda miseria, muy afanosos de pompas y placeres, teniendo con todo, lo bueno de que se

dejase también al pueblo mezclar su alegría en las fiestas de sus grandes y príncipes. Allí había todavía justas en proporciones reducidas, juegos de sortija, carreras á pie y á caballo, procesiones de dioses, héroes y Santos en montañas ambulantes, nubes y rocas, simulacros por mar y tierra, mágicos fuegos artificiales con soles, lunas, estrellas y espíritus aéreos ignívomos¹. Sobre todo, las representaciones escénicas constituían un elemento importante de semejantes festejos. Ciertamente que no había todavía teatros fijos. Para las funciones teatrales se adornaba con todo el lujo imaginable de paisajes de cartón, una gran sala, un pórtico en el palacio de un príncipe ó una plaza pública; los representantes llevaban costosos trajes; chistosos entremeses, pantomimas, música y canto alternaban con los actos de la pieza propiamente dramática. Por desgracia, el argumento de las producciones de la musa escénica no era siempre apropiado para edificar á los espectadores². Hasta las princesas de Ferrara representaban en persona comedias antiguo-romanas. En cuanto al arte de Terpsícore, apenas ha habido siglo en que se bailase tanto como en el XVI. Entonces fué cuando se formó el tipo cumplido del maestro de baile; y al considerar los mil estilos de baile de aquel tiempo, unos sosegados por no decir devotos, furiosos y disolutos otros, desde el paso solemne hasta la loca cabriola³, se siente uno tentado á llamar aquel siglo "siglo de baile".

Esta turba de placeres se brindaba á Luis á cada paso, y hasta le asediaba formalmente por mandato de su padre.

¹ *Reumont*, Hist. de la ciudad de Roma, tom. III, p. 465—468. 785—795. — *Burckhardt*, Civilización del renacimiento en Italia, p. 417 s. — *Hurter*, Fernando II, tom. IV, p. 83—90.

² *Reumont*, Hist. de la ciudad de Roma, tom. III, p. 133—139. — *Hübner*, Sixto V, tom. II, p. 144. — *Burckhardt*, Civilización del renacimiento en Italia, p. 315 s.

³ *Lacroix*, Moeurs, usages et costumes au moyen-âge, p. 269.

Sin desobedecerle empero, aquél sabía apartarse de todas las diversiones con que se intentaba aprisionar su corazón. Huía de todos los espectáculos teatrales, bailes y danzas, y en general de todas las ocasiones en las que debía encontrarse con señoras, que acudían en buen número á Casale para verle y ser vistas por él¹. Cuando tenía que acompañar á su madre á algún entretenimiento, iba con ella hasta el lugar de la fiesta, mas en seguida le pedía permiso para volver á alejarse, y no reaparecía hasta la hora de ir á casa con su madre².

Mientras tanto, iba á la cercana capilla de Nuestra Señora de Crema ó al convento de los capuchinos ó bien á hacer una visita á un teólogo en el de S. Hilario; pero adonde más le gustaba ir, era al convento de los frailes barnabitas, con los cuales se deleitaba con toda el alma en pláticas espirituales y discusiones sobre materias de ciencia profana. Como se confesase y comulgase también en la iglesia de estos religiosos, y tan á menudo y con tan visible contento apareciese entre ellos, los buenos Padres llegaron á creer que quería entrar en su orden. Aunque en esto erraban, cierto es que Luis pensaba en aquel mismo tiempo muy seriamente en entrar en religión. Lo que tanto le agradaba y atraía en los religiosos, era su concordia y serenidad, la tranquilidad y el orden con que vivían, su gran desprecio de las cosas deleznable y su impasibilidad en la hora de la muerte. Cierto día sobre todo, le tuvieron ocupado muy serios pensamientos en el convento de barnabitas. Oigámosle á él mismo en sus apuntes³:

“Ves ahora, Luis, cuán dichosa es la vida que llevan en los conventos. Estos varones están libres de todas las

¹ *Bolland.*, p. 930 A.

² *Bolland.*, p. 937 C.

³ Conf. Las obras de S. Luis, trad. alem. de *Heuser*. Colonia 1850, p. 67 s. — *Bolland.*, p. 934 E sq.

trampas del mundo, y muy lejos de toda ocasión de pecado. Todo el tiempo que el gran número de los demás hombres emplean para ganar riquezas corruptibles y procurarse goces falaces, lo invierten ellos en reunir tesoros imperecederos, y por estos tesoros, que á los ojos de Dios son á la vez grandes merecimientos, se obligan á Dios para siempre, pues no tienen que recelar que sean infructuosas las fatigas que sobrellevan para santificarse.

“Los religiosos son también los que en la disposición de su vida, eligen por guía á la *razón* y no se someten al dominio de los *sentidos* y de la *concupiscencia*. No aspiran á gloria, ávidos de honores, en nada tienen los bienes terrenales y pasajeros; no los agujonea el acicate de la ambición; no codician, envidiosos, bienes ajenos; toda su felicidad consiste en servir á Dios solo, á quien servir es dominar. Y ¡cuán admirable es que, siempre tranquilos y serenos, no teman la muerte ni el juicio ni los tormentos del infierno; que sus almas no sean gravadas de ningún pecado mortal; antes de día y noche estén acumulando tesoros celestiales, puesto que, ocupados sin cesar en obras de piedad, siempre hacen algo con Dios ó por Dios! El testimonio de inocencia que les da su conciencia, presta á sus espíritus esa profunda paz y ese sosiego de que brotan tanto la serenidad que brilla en sus semblantes, como la firme esperanza de los bienes eternos. Y ¡qué noble alegría les comunica el considerar á qué señor sirven y en cuya legión pasan su vida!

“Pero ¿qué haces tú, qué piensas tú, por qué no puedes tú elegir este modo de vivir? Mira en espíritu á las recompensas que Dios les tiene prometidas. Considera cuánto tiempo y ocasión tendrás de vivir libremente para tu santificación. Si, después de ceder, como tienes resuelto, la dignidad de margrave á tu hermano Rodolfo, todavía no quieres irte de casa, tal vez verás mucho que no puedas

aprobar. ¿Harás como que no lo tengas por reprehensible? Entonces tu conciencia te remorderá de continuo porque habrás faltado á tu deber. ¿Lo querrás reprender? Entonces te harás molesto ó predicarás á oídos sordos. ¿Crees acaso, adornado de la dignidad sacerdotal y viviendo entre clérigos en el mundo, alcanzar el fin de tus ansias? Mas mientras que profeses un estado más elevado que el de los seglares, serás embestido de los mismos peligros que ellos, y de mayores en cierto sentido, que los que viven en matrimonio.

“De todos modos, no podrás menos de escuchar la opinión de hombres de sentimientos mundanales, de amoldarte á sus costumbres y de acceder á sus deseos. Que si te dejas retener en el mundo, tendrás que visitar, á causa de tu posición, á un príncipe tras otro para obligártelos. Si evitares el trato de las señoritas y damas de tu parentesco, llamarás la atención; pero si no lo hicieres, estará quebrantado tu propósito. Si quisieres aceptar dignidades eclesiásticas, te enredarás en más cuidados de los que tienes ahora; si renunciases á semejantes honores, los tuyos te llamarán terco y baldón de tu casa é intentarán por mil medios hacerte abandonar tu resistencia.

“Mas si entrases en religión, romperás todos estos grillos de un solo golpe; cerrarás la puerta á todos los obstáculos; te librarás de todos los respetos humanos y te habilitarás para gozar de una paz imperturbable y servir á Dios con toda perfección.”

Según más adelante refirió, todas estas reflexiones pasaban entonces por su ánimo apesadumbrado, de manera que hasta los que le acompañaban advirtieron bien que cosas de extraordinaria gravedad le ocupaban; pero nadie osó interrogarle por el asunto objeto de sus reflexiones. Después de orar mucho y recibir á menudo la sagrada comunión, no dudó ya que Dios mismo le sugería la idea de

entrar en religión. Pero con igual claridad comprendió que, no habiendo él pasado todavía de los trece años, su padre no se conformaría con su resolución. Esto fué causa de que aun no la participase á nadie, tanto menos cuanto por entonces no tenía aún entre cejas ninguna orden determinada. Solamente resolvió vivir de allí en adelante, en cuanto le fuera posible, como si estuviese ya en religión. Buscaba pues más y más el retiro, procurando distribuir su tiempo entre el estudio y la oración. Cuando se le estorbaba en su cuarto en la oración, se refugiaba en una pequeña pieza apartada, en la cual las doncellas solían arreglar sus vestidos, y la cerraba á llave¹. Tampoco toleraba desde entonces que encendiesen lumbre en su cuarto, ó si no podía impedirlo, huía hasta el rincón más alejado de la chimenea. El frío atacaba tan sin piedad sus delicadas manitas, que se hinchaban y agrietaban. Los remedios que le daban contra este inconveniente, los aceptaba siempre muy amable, pero los ponía en seguida á un lado sin hacer uso de ellos.

Al padre le disgustaba harto este espíritu de fuga del mundo en su primogénito, y más de una vez ensayó infundirle afición á presentarse y gozar más de acuerdo con su condición de príncipe. Cuando en Milán había de verificarse una gran revista de caballería, el margrave cuidó de llevar consigo á Luis á ver tan vistoso espectáculo, al cual todo el mundo, y especialmente la nobleza, concurrió pretendiendo obtener los primeros asientos en los tablados. Luis tuvo que ir también porque el padre así lo quería una vez, pero no hubo medio de moverle á sentarse en las primeras filas, sino que se retiró cuanto pudo hacia las postreras. Entonces, cuando los regimientos, en su mejor atavío, pasaban á galope, á banderas desplegadas y al son de trompetas, cornetas y tímbalos, por delante de las tri-

¹ *Bolland.*, p. 937 C.

bunas, y ejecutaban evoluciones, ataques y salidas que llenaban de admiración á los demás espectadores, y mientras todos tenían ojos y oídos solamente para esa pompa mundanal, Luis bajaba la vista ó la volvía hacia cosas indiferentes, sin enterarse de todo más que si se hubiese estado en casa con sus libros. El margrave no había tenido en cuenta que Luis no era ya el niño de cuatro años que se relamía de gusto mirando los atronadores áspides, las banderas y penachos agitados por el viento, los pintados trajes de los soldados y los marciales ejercicios de armas. ¿Qué valor podía tener eso todavía para él, quien estaba á su gusto solamente en la iglesia, el convento y el estudio, quien no se interesaba sino por pláticas piadosas, lecturas espirituales y entretenimientos con Dios en la oración? “¿Qué quiero yo en la tierra, qué hay para mí en el cielo fuera de ti, Dios mío?” “El Señor es mi herencia y la parte de mi cáliz.” (Salm. 72, 25.)

8. La víctima en la zarza de la mortificación.

(Castiglione 1581.)

En el transcurso del año 1581, terminó la regencia del margrave en Monferrat, por lo cual volvió en la primavera con su familia á Castiglione y permaneció allí hasta el otoño.

Los muchos cambios de lugar no produjeron ninguna alteración en las austeras costumbres que Luis observaba. En todas partes era el mismo. Al contrario, es de suponer que preferiría el tranquilo Castiglione al turbulento Casale; y en efecto, fué en el castillo paterno, donde su rigor en la penitencia y su fervor en la oración alcanzaron un grado casi asombroso. La razón porque esto fué posible, fué quizá la de que en aquel tiempo se licenció á su ayo, considerán-

dose á Luis como á adulto y su propio señor. El 21 de Mayo de 1581, el agradecido alumno escribió á su "muy caro amigo" Pedro Francisco del Turco, las siguientes significativas líneas: "He recibido la carta de Vm., la cual me fué grata en extremo, si bien no me ha agradado nada en ella el que Vm. pudiese pensar que yo estaría bastante privado de razón para ser movido al odio ó á cualquier sentimiento de enojo por aquellas palabras que debieron despertar en mí amor hacia Vm.; no sentiré ni he sentido jamás semejante cosa, antes, dondequiera que me halle, guardaré su memoria fiel y constantemente. He dado 75 *soldinos*, que debía todavía á Vm., á su hermano; aviseme Vm. si debió de ser más. Para terminar, me encomiendo á Vm., al señor Jacobo, al señor Bastián, á la señora María, á Juanito y Angelino."¹

Para formar una idea acertada de todo el alcance de la vida de retiro y mortificación que llevaba Luis en el castillo solariego de sus padres, es menester que echemos una mirada al menos á la manera de vivir usual entre la nobleza de aquella época.

El siglo XVI sabía á fondo el arte de vivir y de vivir holgadamente. De su antiguo carácter de fortalezas, los castillos y alcázares de los grandes ya se habían despojado en su mayor parte, convirtiéndose en palacios señoriales de aspecto inofensivo y alegre. En el estrecho patio bulle á todas horas multitud de lacayos y jinetes, y animales de lujo se ostentan allí en gran número; porque la moda exige con rigor que se mantenga, á más de enanos, pájaros extraños y demás bichos raros². Una escalera angosta conduce desde el patio á la sala en la que se detiene la servidumbre de la casa; luego atravesamos, guiados por el

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 7.

² *Burckhardt*, Civilización del renacimiento en Italia, p. 209.

gentilhombre de servicio, el cuarto de los camareros y una hilera de otras salas y llegamos á la antecámara de los señores. Los techos de los aposentos son abovedados, con pinturas al fresco, ó artesonados, compuestos de hermosas y profusamente doradas maderas. La parte superior de las paredes muestra otra vez frescos; y la inferior está cubierta de cordobanes dorados ó tapices de Flandes. Las piezas están atestadas de antiguos y modernos objetos de arte: estatuas, cuadros, costosas arquillas de ébano con incrustaciones de oro, plata y piedras preciosas, pinturas en metal y mármol, grandes vasos y bandejas de mayorica y libros lujosamente encuadernados. Los enseres domésticos están fabricados de madera dorada y tallada con arte, y realizados por primorosa obra de ataracea. En los dormitorios vemos camas de hierro espléndidamente doradas, con cortinas de damasqueta y raso, guarnecidas de cordonería de oro y plata y adornadas del escudo de la casa, tejido ó bordado en la tela. Alfombras cubren el suelo delante de las camas, y mullidos almohadones los reclinatorios, delante de los cuales se levantan crucifijos de plata. En la *stanza* por fin, alumbrada con escasa luz, encontramos á la familia del señor de la casa con huéspedes de la alta sociedad. Las señoras están sentadas á lo largo de las paredes, en butacas ó banquetas aforradas de seda y damasco. Con variedad de colores y matices deleitan la vista ricos jubones, cuyas estrechas mangas nacen de acolchados que abultan los hombros, en tanto que engalana al pecho enrevesado arreo de cadenitas y sartas de perlas; preciosos abanicos, guantes y zapatos puntiagudos, cosidos con oro y seda. Los caballeros forman corrillos, departiendo sobre sucesos del día. El estoque lo llevan casi á plomo; sus cabezas están adornadas de diminutos birretes, sombreros bajos de terciopelo ó seda, con alas estrechas, ricos cordones y plumas pequeñas; sobre los hombros cae, por encima del colete muy ajustado al

cuerpo y de los acuchillados de los calzacañones, ó un mantito tieso ó la capa española, entonces especie de manto con capucha y breves mangas fofas¹. En el comedor luce en el aparador la vajilla de oro ó plata, admirable á menudo por la riqueza y el primor con que está labrada. En la mesa misma está el ramillete ó sortú, reluciente de oro. Los nobles comen solamente en vajilla de plata, y si el señor de la casa es un príncipe, solamente nobles le sirven la comida. El vino se escancia en copas, y cada uno lo mezcla á su gusto con agua, que lacayos lujosamente vestidos le ofrecen en jarros de plata. Los vinos más estimados son los fuertes que sazona el sol ardiente de Grecia y Campania. El cocinero hace muy difícil á los comensales mantener sus fuerzas digestivas á la altura de su perfección en el arte de Lúculo. El número de los platos es proporcionado al rango de los huéspedes y del señor de la casa y á la solemnidad de la fiesta. Frutas azucaradas con pasteles, aves con su plumaje, capones cocidos en botellas, pescados, caza, carne y dulces alternan con abundancia y osadía que asustan, reinando en la combinación y sucesión de los manjares más antitéticos una especie de churriguerismo culinario. Antes de servirse los postres, se quita la mesa superior, y debajo de ella aparece otra, cargada de chucherías, huevos hilados y jaropes que despiden casi narcóticos aromas. Por fin, se levanta la mesa, y los huéspedes van á entretenerse con juegos, conversaciones, bailes ó funciones escénicas, en las que rara vez faltan mascaradas y piezas musicales².

Así se pasaba la vida en las casas de la aristocracia italiana del siglo XVI y probablemente también en el castillo de Castiglione.

¹ *Heyden*, Trajes de las naciones civilizadas de Europa, p. 173 s.

² *Hübner*, Sixto V, tom. II, p. 137—140. — *Reumont*, Hist. de la ciudad de Roma, tom. III, p. 458. 797.

Rodeado de tal fausto y de tales incentivos de la sensualidad, Luis vivía como un ermitaño. En su habitación y persona no toleraba ningún lujo. Su cuarto no era espacioso¹, la ropa de su cama muy sencilla, su traje más que modesto. Con especial cuidado huía del trato de las mujeres. Cuando su madre enviaba alguna vez á una de sus doncellas con un recado para él, lo oía, sin dejarla entrar, á puerta medio abierta, y la despedía con breves palabras. Hasta le pesaba estar solo con su madre, bien en la mesa bien en la conversación, y cuando los demás se retiraban, también él buscaba un motivo de alejarse. Á un caballero que lo notó y le reprendió por ello, le contestó que la causa de su conducta era una timidez nativa y que no podía deponer. De ahí que á muchas de las nobles señoras de su parentesco no las conociese siquiera de vista. Con el padre había celebrado una especie de convenio, prometiéndole que accedería gustoso á cuantos deseos le indicase, con tal que le dispensase de hacer visitas á señoras. Como el margrave fué bastante prudente para no hacerle violencia respecto de este punto, pronto se llamaba á Luis "el misógino".

La rigurosa abstinencia en la mesa que había comenzado en Mantua y continuado en Castiglione, la acrecentó aún estableciendo para sí tres días de ayuno por semana, de modo que los miércoles, viernes y sábados se alimentaba solamente con un poco de pan y agua. En ocasiones extraordinarias, todavía no le satisfacía esta tríada, y la aumentaba á su gusto. Sus criados pesaron en secreto la cantidad de su alimento, encontrando que su peso no pasaba de una onza al mediodía y por la noche. En los últimos años de su vida hacía también, en efecto, pesar su comida con exactitud, sin que se lograra inducirle á tomar más de lo

¹ *Bolland.*, p. 937 E.

que había fijado una vez para todas; es bastante para vivir, decía, y más que eso no hace falta. Además de esto, escogía en general lo más insípido, negándose á tocar nada de lo restante, según su copero y repostero observaron y atestiguaron.

Empezó en aquel tiempo también á mortificar su cuerpo con otros rigores de penitencia. Disciplinábase al principio tres veces por semana, más adelante cada día, y varias veces en un mismo día, hasta hacerse sangre. Como en un principio no hallase otro instrumento más á propósito, empleaba como disciplina traillas y cadenas de perros, á la par que le servía de correa una sarta de espuelas dentadas. También su lecho lo convirtió en un verdadero potro, metiendo en el colchón pedacitos de madera.

Oraba tanto que sus criados no entraban nunca en su cuarto sin encontrarle en oración, y á menudo tenían que esperar largas horas á que la terminase. Antes de decir sus preces labiales de costumbre y de oír la misa, meditaba un rato. Durante el día le gustaba asistir á las oraciones de coro de los religiosos residentes en Castiglione, leía buenos libros, y cuando iba tras otros negocios, se ocupaba del objeto de su meditación de la mañana. Casi nunca se le veía en la planta baja del castillo, que contenía los salones de juego y conversación. Antes de acostarse, dedicaba otra hora ó más á la meditación. Muy á menudo pasaba hasta gran parte de la noche orando, entre circunstancias que le obligaron á entablar cruel lucha con su naturaleza. Cubierto solamente de un camisón de noche, permanecía arrodillado horas enteras en su dormitorio, cuando hacía un frío que le estremecía y helaba, hasta que no pudiéndose ya tener derecho, caía al suelo. Pero no hacía caso de su flaqueza, sino que se mantenía hasta vencer la sensación mortificante del frío, pudiendo en adelante tener su oración cualesquiera que fueran las circunstancias de lugar y tiempo.

Estos excesivos ayunos y continuados esfuerzos espirituales no dejaron, por fin, de ejercer sus perniciosos efectos naturales sobre su salud, debilitada tiempo hacía. Entonces ya comenzaron los vehementes dolores de cabeza que no le abandonaron ya y á menudo le atormentaban del modo más inaguantable. Mas lejos de hacer nada para aliviarlos, procuraba acrecentarlos de adrede, porque sin impedirle cumplir sus deberes, le recordaban constantemente la corona de espinas del Salvador y le hacían acreedor á algún galardón en el cielo. Es maravilla que con tan exagerado rigor á tan tierna edad, Luis no haya muerto antes.

En efecto, conviene atribuir la causa de ello á la Providencia de Dios, que velaba sobre el niño, y considerarlo como uno de los frutos que nacían de su vida santa y penitente. Revelóse esta Providencia asimismo en un lance que sucedió á Luis en aquel tiempo. Aquejado otra vez de la jaqueca, se había acostado más temprano de lo que acostumbraba. Poco después se acordó de que aun no había rezado los salmos penitenciales. Llamó al criado y le hizo poner una luz sobre el velador. Ora se durmiese orando ó estuviese todo abismado en la contemplación de Dios, ora se acabase la vela y cayese sobre la cama, el colchón lleno de paja, dos mantas y la cortina de tela pintada prendieron fuego sin echar llamas por de pronto. Luis se despertó, pero tuvo el calor por efecto de una calentura, hasta que el sofocante humo y el insoportable ardor le advirtieron del peligro que corría. Apenas hubo abierto la puerta y pedido socorro, las llamas se levantaban ya hasta el techo. Todos despiertan á los gritos de socorro; lacayos y soldados acuden, tiran la cama ardiendo por la ventana al foso del castillo, evitando mayores desgracias todavía á hora oportuna. No extrañará á nadie que se haya tenido la salvación del niño en esta ocasión generalmente por un su-

ceso maravilloso ¹. Según Luis mismo confesó más adelante, había experimentado así en este como en muchos otros percances la adorable Providencia de Dios, y jamás fué desoído en nada que le encomendase, fuesen asuntos propios ó del padre, y por más intrincados que alguna vez se presentaran.

Otro fruto de esa vida que consumía en la oración y penitencia, era una poco menos que celestial sublimidad de espíritu, que le hacía parecer infinitamente pequeño é indigno todo lo terrenal. Cuando notaba en los castillos de sus iguales el fausto y boato propio de aquella época, podía apenas contener una sonrisa, sobre todo si se tenía en mucha estima semejantes cosas y por ellas se juzgaba grande y feliz. "Pues ¿por qué nos desvanecemos de nuestro elevado origen?" decía. "¿Qué va, al fin, del polvo de los pobres al de los príncipes sino que éste huele peor que aquél?" ² "¿Por qué?", decía á menudo confidencialmente á su madre, "¿por qué no entran todos en religión? Para la vida y la eternidad les valdría más; breves son los goces de aquí abajo y quien se huelga de ellos, tiene pena en la vida y la muerte." Cuando oía que alguien había abandonado el mundo, su semblante resplandecía de alegría. Cuanto más huía del trato de los hombres del mundo, tanto más le agradaba el de los clérigos y religiosos que residían en Castiglione ó venían allí, sobre todo benedictinos y dominicos. Con ellos tenía pláticas espirituales y se mostraba muy complacido cuando le regalaban algún objeto de devoción, rosarios, *Agnus Dei* etc.

El tercer fruto de esa fuga del mundo, fué una unión íntima y cordial con Dios, la cual á la menor ocasión se convertía en una especie de arrobo. Apenas estaba en una iglesia ó miraba la imagen de un Santo, quedaba tan cautivado su corazón que necesitaba algún tiempo para volver

¹ *Bolland.*, p. 940 E, F. 941 A.

² *Bolland.*, p. 938 B.

en sí y poder responder á las preguntas que se le dirigían. Los que le acompañaron en sus viajes, pudieron referir casos de éxtasis que le hicieron insensible hasta al estrépito y bullicio de las posadas¹. Siempre que se pronunciaba el nombre de la Madre de Dios, le embargaba inefable emoción de regocijo y amor. Muchas veces se le oyó exclamar: “¡Ojalá pudiera yo amar á Dios como merece su Divina Majestad! ¡Cómo debe de ser en el cielo, si tan dichosos nos hace aquí una palabra sobre él!”²

Así vivía el niño é hijo de príncipes del siglo XVI, contrario en todo á su tiempo liviano. ¡Cuántos placeres y goces hubiera podido disfrutar, sin más que extender la mano hacia ellos! Y ¿quién los desdeñaba, y aun los rechazaba con más energía y persistencia que él? ¿No supo él, con prodigioso poder de invención, encontrar medios para vivir pobre en medio de las riquezas, continente en medio de los deleites, inadvertido en medio de los honores y mortificado en todo, con molestias y dolores de los más penosos? ¿Acaso el último galopín en las caballerizas del margrave habría querido llevar semejante vida? Luis ofrece el ejemplo del mayor desprendimiento, del más severo rigor y del mayor odio de sí propio en medio de los placeres del mundo, y maravillado se pregunta uno cómo sus padres hayan podido tolerar que se diese tan despiadado martirio. Repetidas veces se enseñó á la madre la ropa interior del hijo, manchada de sangre. Fué el padre á ver los sitios inundados de lágrimas en que su primogénito había orado á deshora; meneando la cabeza oyó la relación del sobrehumano rigor de que Luis usaba consigo, y dijo: “El niño se va á quitar la vida al fin.” Pero de ahí no pasó. También en esto debemos reconocer la sabiduría de la Providencia que tal permitió. Luis había de ser la inocencia

¹ *Bolland.*, p. 937 D.

² *Bolland.*, p. 938 F.

penitente en el mundo, y aun la víctima de esta penitencia, sacrificada por el mundo. Esta fué su misión, como tal víctima expiatoria Dios había elegido á aquel niño — ¿qué importaría pues que el rigor de su penitencia acertase por algunos días la peregrinación del Santo sobre la tierra? Luis mismo aduce, además de los motivos generales de su celo de penitencia, que se resumen en el deseo de participar de la cruz y de los merecimientos de Jesucristo, aquel móvil personal y especial, cuando escribe más adelante en sus apuntes: “Las columnas del cielo están derribadas y hechas escombros; ¿quién me puede prometer á mí que perseveraré? *Ahora el mundo yace en profunda malicia; ¿quién ha de aplacar la ira del Todopoderoso?* Muchos clérigos y religiosos descuidan su ministerio. ¿Cómo puede sufrir Dios por más tiempo semejante desolación de su reino? Los fieles despojan á Dios de su honra por la gran tibieza de toda su vida; ¿quién se la reparará? ¡Ay de los seglares que aplazan su penitencia hasta la hora de la muerte! ¡Ay también de los clérigos que duermen hasta esa misma hora! Tales pensamientos deben despertarnos del letargo y renovar en nosotros el propósito de hacer penitencia y servir á Dios con sinceridad y constancia.”¹

Efectivamente, el siglo XVI tenía su conciencia gravada de atrocidades bastantes; la horrible apostasía que se siguió al cisma religioso en todo el norte de Europa; la sangrienta rebelión contra los tronos y altares en Francia, Alemania, Bélgica y Suiza; pavorosos crímenes públicos cuales fueron las bodas de sangre, los asesinatos perpetrados en las personas de la malograda reina de Escocia, de los condes de Guise, el saqueo de Roma, la devastación de las iglesias y la profanación de todo lo santo, los asaltos de las iglesias y conventos, los horrendos insultos inferidos al Santísimo

¹ *Bolland.*, p. 991 E.

Sacramento del Altar, la frecuente infracción del celibato y de otros votos de religión, el robo de los bienes de la Iglesia, la sangrienta persecución de los católicos, la liviandad é impiedad que tenían invadidas las más altas esferas de la sociedad. Tan nefandos crímenes y horrores no pudieron ser expiados sino con lágrimas y sangre. Al comprenderlo así Luis y obrar conforme á su persuasión, no hacía más que obedecer al espíritu que animaba á todos los que trataban seriamente de regenerar á la Iglesia y trabajaban activamente en la obra de la reforma; que al fin, no es más que el espíritu del cristianismo cuyo fundamento es la verdad de una satisfacción substitutiva por Cristo Señor Nuestro. Luis fué, á la verdad, el cordero expiatorio en la zarza de la penitencia y mortificación.

9. En la corte de Madrid.

(1581—1583.)

DESDE las grandes guerras entre Carlos V y Francisco I de Francia, la influencia francesa sobre Italia estaba aniquilada. Los príncipes italianos estaban por el emperador de Alemania y Felipe II de España; por aquél porque eran feudos imperiales la mayor parte de los dominios italianos; por éste porque poseía de hecho el Milanés, Cerdeña, Nápoles y Sicilia y como el más poderoso monarca de su época atraía cuanto había en ella de ilustre y noble. La vida política giraba más en torno de Madrid que de Praga. Allí sobre todo había que ganar posición, riquezas y honores. Felipe aprovechaba también gustoso toda ocasión de atraer y ligar á su corte á los príncipes italianos. Antes ya, príncipes italianos habían acompañado á los archiduques Rodolfo y Ernesto que habían de ser educados en Madrid, y tal vez fué en esta misma ocasión en que tam-

bién el margrave Fernando vino por vez primera á la corte española.

En 1581, ofrecióse al margrave otra ocasión para visitar con su familia la corte de su alto protector. La emperatriz María, hija de Carlos V, viuda de Maximiliano II y madre de Rodolfo, la cual había vivido en Bohemia desde la muerte de su esposo, había de volver á Madrid, al lado de su hermano Felipe II, el cual tenía la intención de confiarla el puesto de gobernadora del reino de Portugal, de que se había declarado heredero á la muerte de Enrique II (1580), esperando hacer más popular su dominación en la nación vecina si encargase de su gobierno á una nieta del rey portugués Manuel. Cuando la emperatriz pasó por Italia, en su viaje de Bohemia á España, se intimó á las cortes italianas que escoltasen á la princesa, y esta misma expresó especialmente el deseo de tener por compañera de viaje á Doña Marta. Demasiado tenía que agradecer el margrave á Felipe para no complacer á la emperatriz del mejor grado, siquiera es probable que le guiase también la intención de introducir á sus hijos en la corte, y particularmente el plan de quebrantar, mediante las distracciones con que ésta le brindara, la repugnancia de su hijo Luis hacia las cosas del gran mundo. Pedro Francisco del Turco, el antiguo ayo de Luis y Rodolfo, había de ser su compañero de viaje. Luis pues le escribió el 1.º de Junio 1581, "á la una de la madrugada":

"Carísimo amigo, ya os he mandado dos cartas, una por Mantua y otra por Venecia. Como estoy incierto si ambas han llegado á vuestras manos, y tanto ansío vuestra llegada, quisiera suplicaros con ésta, por nuestro Pedro (que dió 50 brincos al oír la nueva), que no dejéis de venir, antes partáis de ahí cuanto antes. Os aseguro que mi señor padre desea muy de veras vuestra venida, y que todos nosotros, sobre todo Don Julio y yo, anhelamos por ella."

El tiempo pasó sin que viniera Del Turco. El 23 de Junio, Luis le vuelve á escribir otra vez, instándole con urgencia que venga, y en 25 de Junio repite por cuarta vez la misma petición ¹. No se sabe si Del Turco vendría al fin. Como el tiempo urgía, el margrave se agregó con su esposa y tres hijos, Luis, Rodolfo é Isabel, á la comitiva de la emperatriz. Ésta fué recibida en todas partes con los honores correspondientes á su jerarquía. No disgustó poco á la *Signoria* de Venecia que el Duque de Ferrara fuese con 400 coches á Padua á saludar á la princesa. En Brescia y Lodi, la emperatriz tuvo también un encuentro con S. Carlos Borromeo, quien le dijo una misa y le dió la comunión ². Es de suponer que el resto del viaje se haya hecho por Génova, donde el viejo Doria, almirante de la escuadra española, tomó el mando de la flotilla.

Luis vió muy poco de todo este fausto, las variadas bellezas de la naturaleza y los prodigios del arte y del comercio. Como de costumbre, en medio del tumulto del viaje, andaba como si estuviera solo, abismado en Dios y con los ojos inclinados á tierra. Un día encontró en la arena de la playa un guijarro con manchas encarnadas, que le recordó vivamente las cinco llagas del Redentor, alentándole á imitar al Crucificado. Llevóse la piedra y la enseñó á su madre diciendo: "Mire Vm., señora, lo que Dios me ha

¹ Así al menos es forzoso juzgar por la sucesión y las fechas de las cartas publicadas por *Jozzi*, p. 8 s. Nosotros entendemos sin embargo por razones morales, que las cartas del 23 y 25 de Junio han sido escritas antes de aquella que lleva la fecha del 1º de Junio, achacando á un error de lectura ó escritura el que ésta no lleva la del 1º de Julio en la colección de *Jozzi*. Manifiesto error hay también en la fecha del billete siguiente (p. 11), que fué escrito en 1580 y no en 1581.

² *Giusano*, Vida de Carlos Borromeo, Augsburgo 1836, l. 6, cap. 11, p. 151.

hecho encontrar. Y luego no quiere el señor padre que entre en religión." Mucho tiempo después guardaba aún la piedra con cierto piadoso cariño. Tampoco los lances del viaje por mar fueron parte á hacerle salir de su recogimiento. Una vez que se habló en el barco de peligros que amagaban de parte de cruceros mahometanos, opinó que sería muy hermoso si todos llegasen á ser mártires de la santa fe. La emperatriz, cuya atención llamó el niño de 13 años, le tenía ya entonces por un pequeño santo ¹.

Al fin se llegó á Madrid, construido por Felipe en la árida y rojiza llanura alta de Castilla la Nueva á orillas del humilde Manzanares, ó mejor dicho, convertido por él de un villorrio moro en brillante residencia de la corte. La de Madrid llevaba el sello que le impusiera el monarca. Felipe era hombre grave y solemne; amaba la sencillez, vestía un liso colete negro con faldones y desdeñaba todo otro adorno que el vellón de oro ². Con ser católico creyente é hijo fiel de la Iglesia, tenía harta conciencia de su propia significación é importancia para los intereses de ésta, considerándose no sólo como á espada de la fe, destinada á romper la contumacia de los herejes, sino también como á verdadero vicario de Dios en lo temporal ³. Este elevado concepto en que se tenía á sí propio, y su tesura se comunicaron, según algunos historiadores han aventurado opinar, primero á su corte y luego con más ó menos intensidad á la nación española entera, imprimiendo á su genio un carácter peculiar, que entonces se llamaba *sosiego*, término que parece denotar una mezcla de noble orgullo y soñolienta indecisión ⁴. Los Grandes residentes en la corte no eran

¹ *Narbone*, Dieci glorie di S. L. G., p. 235.

² *Weiss*, Manual de historia universal, tom. IV, sección 2ª, p. 713 s.

³ *Hübner*, Sixto V, tom. II, p. 60 s. 389.

⁴ *Hübner*, *Ibid.*, tom. I, p. 110.

aficionados á opíparos y alegres banquetes, pero sí á juegos fuertes y ostentación regia en las ceremonias, á lujosas capillas y costosas colecciones de obras de arte. La corte española pasaba entonces por escuela del *alto tono*, y su estilo prevalecía más y y más en las demás cortes grandes y pequeñas, sobre todo en las numerosas de Italia, hasta que tuvo que ceder poco á poco al espíritu francés. No era pues una sociedad depravada ó liviana aquella en la que Luis entró á la edad de trece años; pero al fin era una corte, llena de mucho retintín huero á pesar de la sublimidad de estilo, de mucha ociosidad oficiosa y adulación cortesana, de mucho orgullo y afán de lucirse y señalarse, con no exigua cantidad de mundanal galanteo y dominio de la sensualidad.

La reina Isabel, protectora de Doña Marta, había muerto poco tiempo después de partir ésta para Italia. Mas viviendo aún sus hijas, las infantas Clara Eugenia y Catalina, la hijita del margrave, Isabel, fué admitida en la corte de Clara. Felipe, entretanto, se había casado en cuartas nupcias, con Ana María de Austria, hija de Maximiliano II (1570). De los hijos que tuvo en este matrimonio, estaban aún en vida los infantes Jacobo y Felipe. Entraron pues en la corte del heredero de la corona Luis y Rodolfo, en tanto que el margrave mismo comenzó sus funciones de gentilhombre en la del Rey. Habiendo de este modo, la familia de Don Fernando tomado puesto en la corte española, Luis daba allí como en todas partes el ejemplo de la virtud, según correspondía á su posición y las circunstancias que ésta llevaba consigo.

Ante todo, prosiguió en Madrid su instrucción científica con celo y seriedad. Pasando á las ciencias superiores, estudió lógica y teodicea y oyó al mismo tiempo las lecciones del matemático de la corte, Dimás, sobre matemática y astronomía. Que era discípulo aprovechado, demuestran dos

sucesos que consignan los cronistas de aquella época. Hallándose Luis por casualidad presente en una disputa sobre cuestiones teológicas en la Universidad de Alcalá, fué invitado á terciar en ella, y en efecto el que acababa de cumplir los catorce, volvió con mucha habilidad por la tesis del disputante, tratando de probar que el misterio de la Santísima Trinidad podía ser comprendido con las luces naturales del entendimiento humano. El P. Gabriel Vásquez de la Compañía de Jesús, quien presidió á esta disputa, fué más adelante maestro de Luis en Teología, en el Colegio romano cuya construcción empezó en aquel mismo año (1582). — En 1581, Felipe, apoyándose en el derecho de su primera esposa, María de Portugal, había sujetado á su cetro el país vecino, después del fallecimiento del anciano Rey Cardenal Enrique. Cupo pues á Luis el honroso encargo de saludar al Rey, á su vuelta de Portugal, con la solemnidad que requería la ocasión. El joven desempeñó su cometido muy dignamente, pronunciando un discurso en latín, en el cual ensalzó la ilustre prosapia de Felipe, sus virtudes reales y sus triunfos obtenidos sobre los mahometanos, morescos, franceses, portugueses é ingleses. Este es el único documento de la mano de Luis, escrito en el lenguaje que usaban los humanistas y cortesanos de la segunda mitad del siglo XVI. Sin embargo, ¡cuán sobrio, modesto y sobre todo, cuán cristiano estuvo en comparación de los demás panegiristas de aquel tiempo! Descartados los elogios que llevó á un extremo inverisímil, todo lo restante prueba un gusto delicado, sobrio pero alambicado, en cuanto al estilo y á la idea. Acentúa el criterio cristiano con recia energía, y de seguro no es casualidad que en aquel siglo de guerras el orador de quince años insistiera con tanto énfasis en la *justicia* de las que había hecho Felipe II. Por más que, con todo, el género de este ejercicio oratorio se aparta mucho de la dicción llana y obje-

tiva usual de Luis, es de advertir bien que nada hay en él por que tenga que avergonzarse, por lo que atañe á los principios filosóficos y religiosos que revela¹. Sobraba pues á Luis no solamente talento y destreza, sino que por tales cualidades debía de haber despuntado en la corte, puesto que si nó, no se le habría elegido para pronunciar el discurso en tan importante ocasión ni destinádole á vivir con el joven heredero de la corona.

El infante á su vez, cobró pronto cariño al compañero de sus juegos, á pesar de que éste tenía alguna más edad que él y era todo menos alegre y entretenido. Una vez que Luis estaba al lado de su señor cerca de un balcón abierto, el príncipe, molestado por el viento que entraba, exclamó con petulancia: "Necio viento, te mando que estés quieto."

¹ Para completar la característica del Santo, vamos á transcribir el exordio del discurso, traducido fielmente, el cual bastará para demostrar que Luis dominaba realmente el habla de Lacio y con exiguo trabajo habría podido conseguir resultados notables en el campo de la elocuencia.

"Si aquel Demóstenes, cuyo nombre sólo evoca, según frase de Valerio Máximo, el ideal de la elocuencia, teniendo que tomar la palabra ante Felipe de Macedonia, padre del gran Alejandro, pareció confuso y desmayado, al comenzar su discurso, por la presencia de tan egregio personaje; si Cicerón, aquel manantial de elocuencia, aquel príncipe de la lengua latina, tembló y palideció al defender la causa de Milón, que tan bien había merecido de él, como si no tuviera ninguna habilidad en el decir ni elocuencia alguna; no es maravilla, Rey glorioso, que en presencia de V. M., á quien todo el mundo se doblega y estoy obligado yo y mi linaje todo por tantos beneficios, sienta temblor y miedo, preso de admiración y deslumbrado por el brillo de vuestras hazañas; porque sin poseer aquella exquisita ilustración he de decir aquí, con mis flacas fuerzas, aunque conforme á la verdad y tu mérito, la nobleza de tu prosapia, tus insignes aptitudes naturales, las gloriosas victorias conquistadas

Luis contestó, con suave sonrisa, pero muy firme: "Príncipe, podéis mandar á los hombres, y obedecerán; mas nada tenéis que decir á los elementos, que están sujetos á Dios solo, á quien aun Vos estáis obligado á obedecer." Esta frase atrevida, llegó, como es de suponer, á los oídos del rey, pero Felipe era harto discreto para ver en ella una contestación oportuna y buena. En general, Luis, tan maduro de entendimiento y tan reposado y comedido en toda su conducta, hacía mucha impresión hasta en cortesanos viejos y de alta categoría, y nadie osaba soltar una palabra liviana mientras él estaba presente ¹. El joven margrave, decían, parece que no está formado de carne humana. Su apariencia exterior era sumamente pobre. Á la par que exigía que sus criados anduviesen vestidos como convenía á su clase, Don Fernando tenía con él muchas inútiles discusiones á causa del desaliño de su traje. En una corte, donde el lujo de vestidos parecía tan natural aun en los caballeros, el hijo del margrave de Castiglione y compañero de juego del sucesor al trono, iba con calzones remendados. Veíasele llevar un vestido nuevo solamente cuando el uso de la corte lo requería rigurosamente; pero aun entonces carecía de todo adorno y no lo realizaba ninguna joya. Las amonestaciones del padre quedaron infructuosas así en este como en otros extremos de mortificación, y como por otro lado no se oyese quejás sobre Luis, Don Fernando tuvo que dejarle libre para vestirse como mejor le pareciese. También en las artes de la esgrima y del baile Luis había de ser instruído en Madrid; mas con grande habilidad sabía des-

por tu vigilancia no menos que por tu valor, tu vida entera en fin, que has consumido abatiendo la rebelión y ensanchando con justicia los límites de tu imperio."

Véase el discurso entero, en el idioma original, en *Cepari, Vita di S. Luigi Gonzaga*. Roma 1862. p. 465.

¹ *Bolland.*, p. 949 E.

aparecer á la hora de esas lecciones y permanecer invisible hasta que terminaban ¹. Si queremos juzgar con acierto sobre esta conducta observada por Luis respecto de los deseos y órdenes de sus padres, es necesario suponer que el Santo haya obrado bajo una influencia especial del Espíritu Santo, ó al menos que haya creído de buena fe que semejantes mandatos no pertenecían ya á la jurisdicción de los padres, como que atañían á cosas abandonadas á la libre y responsable decisión de cada cual. Realmente, no diría bien semejante parecer con el concepto de la obediencia perfecta, y obraría temerariamente quien, sin pedir consejo á su director espiritual, quisiera seguir al Santo por este camino.

Cuando Luis salía, siempre le acompañaba alguien, en cuya dirección confiaba tanto, que no levantaba los ojos del suelo y por lo tanto los caminos y calles de Madrid le eran tan desconocidos como los de Castiglione y Mantua. Á la emperatriz María, en cuyo séquito había ido á España, y á la cual tenía que ofrecer sus respetos todos los días en compañía del Infante, no la había visto más que una vez, pero mirándola tan sin atención que él mismo confesó que no la reconocería si volviese á verla, si no se le dijera: "Esa es la Emperatriz".

Una de las más particulares diversiones nacionales de los españoles son las corridas de toros. Carlos V mismo no había desdeñado estoquear un toro en la plaza. Todavía bajo Felipe II, las Cortes, que tanto se lamentaban de la afición de las señoritas á leer novelas y de la molicie de los coches entonces más en boga, excitaron á su vez al Gobierno que no dejase de cultivar las corridas de toros porque fomentaban la caballeridad de la nación y — la cría de caballos ². En los meses de verano, se verificaba

¹ *Bolland.*, p. 949 C.

² *Weiss*, Manual de historia universal, tom. IV, secc. 2^a, p. 715.

en Madrid cada semana una corrida de toros. Luis debió, mal que le pesara, presenciar alguno de estos juegos. Un día que desde el balcón de una casa en la Plaza mayor, que en aquel siglo servía para esta clase de diversiones y festejos populares, miraba á una corrida de fieras, un tigre furioso se escapó de su jaula y se internó en la casa donde Luis se hallaba con los suyos. Todos quedaron helados de terror; pero por fortuna, la bestia, acosada por los de la plaza, entró por la puerta abierta en el sótano, donde fué encerrada y domada ¹.

Las exigencias de la corte y de los estudios distrajerón y desviaron, con todo, el espíritu de Luis tanto que, por celoso que fuera, comenzó á entibiar algún tiempo en la vida espiritual ². Pero merced á diversas disposiciones de la gracia de Dios, no tardó mucho tiempo en afirmar de nuevo su centro de gravedad. Por una de ellas y muy principal, debe tenerse la prematura muerte del Infante Don Jacobo, su joven señor, la cual acaeció el 21 de Noviembre, á consecuencia de una calentura. Luis estuvo en la comitiva fúnebre que tuvo que llevar el cadáver del príncipe á su postrera morada en S. Lorenzo del Escorial. En medio de los montes graves y sombríos de la sierra de Guadarrama, se eleva el célebre edificio gigantesco, á la vez palacio, convento y sepultura de príncipes, en forma de inmensa parrilla, cual Felipe II lo había mandado erigir con dispendios incalculables y regia esplendidez, en honor de S. Lorenzo y como monumento de gratitud por la victoria alcanzada sobre los franceses en la jornada de S. Quintín. En cripta refulgente de mármoles y jaspes, que los españoles llamaron por nombre altivo Panteón, Luis vió colocar al lado del polvo de los demás ilustres muertos, el cadáver de su joven señor presa de la misma podredumbre

¹ *Bolland.*, p. 902 B.

La vida de S. Luis.

² *Bolland.*, p. 898 C.

que había consumido á éstos; vió al poderoso monarca, agobiado por el dolor, orar ante el estrecho ataúd que encerraba su más bella y casi única esperanza, ya que de tantos hijos no le quedaban ya más que dos hijas y el endeble hermano del muerto, Felipe III. ¿Habría podido haber cosa más apropiada para afianzar al joven heredero del margraviato en su menosprecio y desdén del mundo, que estos funerales del Infante español, destinado á ceñir la diadema más brillante de Europa? Aparte de esto, la muerte de Jacobo tuvo para Luis la ventaja de dejarle más tiempo y vagar para el cultivo de las ciencias y de la vida espiritual.

Dispuso también la gracia divina que por aquel tiempo cayeran en sus manos los escritos del Venerable Luis de Granada, cuya lectura enardeció aún más su fervor en la oración meditativa. Procuró desde entonces tener en adelante una hora fija para la meditación. Mas como al principio, á pesar de su buena voluntad, se distrajese de cuando en cuando, se empeñó con todas sus fuerzas en dominar tal flaqueza, para lo cual volvía á empezar la meditación después de toda distracción por más involuntaria que fuese. En efecto, logró poco á poco pasar una hora meditando sin padecer distracción alguna, aun cuando antes de esa hora libre de distracción hubiese luchado consigo mismo tres ó cuatro más.

Para que no le estorbasen en su oración, se ocultaba á menudo en una leñera que había en una parte apartada del palacio, de manera que cuando venían amigos á verle, no se daba con él en toda la casa. Aunque esto le produjo más de una severa admonición de parte de sus padres, y sus amigos se fueron retirando, nadie estuvo tan contento con este resultado como Luis. Esta antigua leñera ha sido convertida, en tiempos posteriores, en una capilla dedicada al Santo.

Luis encontró también un buen confesor en la persona del Siciliano P. Fernando Paterno, perteneciente al colegio

de la Compañía de Jesús que había fundado en Madrid en 1572. Á éste se reveló con gran confianza y se puso bajo su dirección. Por el P. Paterno sabemos también que Luis mostraba entonces “una prudencia y madurez de juicio y costumbres cual rara vez se encuentra en la vejez; que era enemigo mortal de la holgazanería y por tanto siempre andaba ocupado en alguna obra buena, y particularmente se aplicaba al estudio de las sagradas Escrituras, que le daba mucho consuelo. También en el hablar desplegaba mucha modestia y precaución, andando con gran cuidado de no mortificar á nadie en lo más leve.”

Éstas eran realmente virtudes, nada frecuentes en una corte, inopinadas á la edad de Luis y á la verdad admirables en las circunstancias en que vivía. ¿Quién no hubiera sido sorprendido y arrebatado por aquel remolino de aspiraciones ambiciosas? Mas Luis trabaja y estudia, no sabe lo que es la lisonja, y rechaza todos los artificios de la vanidad humana. El joven margrave y paje real se complace en llevar vestidos viejos y remendados, y la alta sociedad de la corte no logra recabar de él una sola mirada de complacencia. Dios es todo para él; en él se cifran todos sus deseos y pensamientos; en medio de la agitación del mundo, asciende escala por escala en la unión mística con él, á pesar de su edad juvenil, de todos los impulsos naturales del corazón y de todas las instancias de los suyos. ¡Qué niño tan sabio, fuerte, verdaderamente regio, el verdadero “príncipe constante”!

10. La elección de estado.

(Madrid 1583.)

LA estancia en Madrid hubo de tener otra importancia gravísima para Luis. Allí fué donde eligió en definitiva su estado.

Dada la extraordinaria seriedad de principios que el santo niño abrigaba acerca de la vida, no debe maravillar que el asunto de la elección de estado, tan lleno de responsabilidad y decisivo para la vida y la eternidad, le ocupase ya á la edad de quince años, á la cual los menos piensan ya en tomar una resolución irrevocable. La providencia de Dios se mostró admirable también en esta cuestión, dirigiendo sus pasos con solícita previsión, guiándole de escala en escala hasta que consigue plena claridad, y conduciéndole como de la mano con suave y paternal violencia, de una altura de la montaña de Dios á la otra. En Florencia, un acto de ardiente amor le saca ya del número común de los cristianos; por el voto de perpetua virginidad se inhabilita para propagar la estirpe de su ilustre linaje; en Mantua comprende, como á consecuencia de este primer paso, cuán natural y provechoso sería renunciar á todo el principado temporal para consagrarse todo al servicio de Dios y de su Iglesia; en Casale conoce á cuántos peligros, con todo, la posición de un clérigo estaría expuesta en el mundo, y qué grande era la felicidad de los religiosos, que labraban la salud de sus almas en la soledad de los conventos no sólo más segura y copiosamente, sino también con más facilidad. Está decidido con firmeza á entrar en religión. Ahora es menester que se decida á cuál de las órdenes de la Iglesia haya de pertenecer. Por tanto, comienza á examinar la índole de las que más le atraen, con mucha circunspección y frecuente oración.

El estado religioso, tal como existe en la Iglesia por institución de Jesucristo (Mat. 19, 21. 28. 29; Luc. 9, 57—62), tiene por fin la aspiración á la perfección cristiana mediante la observancia de los tres consejos evangélicos, la pobreza, castidad y obediencia. En cuanto á esta su esencia y concepto general, todas las órdenes son iguales. No se

diferencian por tanto, sino respecto de los medios que cada orden ha elegido con preferencia para alcanzar el fin común de la perfección cristiana. Las unas han escogido como medio principal la vida solitaria de oración y penitencia ó sea el cuidado de la salvación de la propia alma, obrando sobre sus prójimos sólo mediatamente; éstas son las órdenes puramente contemplativas. Otras se dedican con predilección al ejercicio de la caridad mediante obras físicas de misericordia; éstas son las órdenes puramente activas. Una clase tercera de órdenes, por fin, aspira á la perfección de sus miembros mediante el auxilio espiritual que prestan á sus prójimos ejerciendo las funciones sacerdotales. Éstas son las órdenes mixtas ó apostólicas. Esta gran diversidad corresponde y sirve á la múltiple acción del Espíritu Santo, el cual adapta á sus fines las disposiciones y aptitudes peculiares á cada hombre, las amolda á las variadas necesidades del mundo y adorna y auxilia la gran empresa de la Iglesia con la hermosa gala y la fuerza potente de órganos que se coadyuvan entre sí con eficacísima reciprocidad.

Desde un principio, la orden de capuchinos le había atraído singularmente á causa de su pobreza y humildad, lo cual se comprende fácilmente teniendo en cuenta cuánto amaba estas virtudes y cuán propenso era á la austeridad de la vida. Pero no tardó en desechar esta elección á causa de la debilidad de su salud; que no quería vivir en la religión con continuas exenciones. Por la misma razón, su madre le disuadió de su primera idea. Entonces le ocurrió, como á S. Ignacio, entrar en una orden que se hubiese apartado de la perfección primitiva de su regla y á la cual pudiese reformar por su celo y ejemplo con la gracia de Dios. Mas lo incierto del éxito y el propio peligro le hicieron desistir también de este plan. Venían luego en segundo lugar las órdenes contemplativas, que se dedican ante todo al culto público de Dios y á la consideración de las cosas

divinas. También éstas le atraían poderosamente, y aun creía adquirir alguna facilidad y obtener algún éxito en esta clase de ejercicios. Sin embargo, creyó por otra parte estar dotado de talentos que le habilitaban para obrar, en honor de Dios, también directamente sobre los hombres, y de los que temía no poder sacar bastante partido en este linaje de órdenes religiosas. Además había leído en la Suma de S^{to} Tomás ¹ que ocupaban el primer lugar entre las órdenes las que combinan la vida contemplativa con la vida activa, empleando para el bien de sus prójimos lo que han aprovechado en la contemplación. En efecto, ésta es también la vida que Cristo Redentor nuestro ha llevado en la tierra con perfección inasequible. Eligiendo pues entre las órdenes mixtas, en cuanto le eran conocidas por experiencia y vista propia, Luis se decidió por fin por la Compañía de Jesús, fundando su resolución en las razones siguientes: 1^a La Compañía estaba todavía en sus comienzos y por tanto en el íntegro vigor de su primer celo. 2^a Ella excluye, por un voto especial, toda prelatura eclesiástica. 3^a Dedicase particularmente á la educación de la juventud. 4^a Recomendábensela los éxitos que esta orden había obtenido recientemente en la conversión de paganos, en ambas Indias y el Japón. Ahí pues se le brindaba un modo de vida y un campo de acción que concordaba con los íntimos deseos de su corazón y satisfacía las más nobles necesidades de su alma.

Decidido, en efecto, definitivamente por la Compañía de Jesús, encontró en esta resolución aquella tranquilidad de alma con que la gracia suele agraciar á los hombres cuando han dado con el camino recto. Mas preguntábase todavía si el partido tomado correspondía también á la voluntad de Dios, que importa más que nada. Buscó Luis la con-

¹ Summ. theol. 2. 2, q. 188, a. 6.

testación á esta pregunta allí donde debía hallarla, en la oración y la frecuencia de los santos sacramentos. Acercábase la fiesta de la Asunción de María del año 1583, y con ejercicios de devoción extraordinarios se preparó para recibir la sagrada comunión en este día. En la acción de gracias imploró á la Reina de los ángeles con plegarias ardorosas y todo el fervor de que su corazón era capaz, que por su maternal intercesión le impetrase de su Hijo plena claridad sobre la parte que tenía la voluntad de Dios en la elección de estado que acababa de hacer. Entonces oyó tan distintamente que no le quedaba duda alguna, bien por una voz interna, bien por una comunicación audible, que era la voluntad de Dios que entrase en la Compañía de Jesús. La luz que le alumbró fué tan clara, y su convicción tan firme que desde aquel momento toda su incertidumbre estaba desvanecida y aun en su vida posterior no ha vacilado un instante más respecto de su vocación ¹. Al mismo tiempo se sintió excitado á dar parte de su determinación á su confesor. Rebosando de alegría volvió á casa, y aquel mismo día fué á ver al P. Paterno para enterarle de lo que le había sucedido y rogarle que intercediese con sus superiores por su admisión. El P. Paterno le hizo referir minuciosamente cuanto había ocurrido y no pudo menos de persuadirse de que aquella vocación era obra de Dios; no obstante, advirtió á su hijo espiritual que no

¹ En la iglesia de la Compañía en Madrid se colocó un cuadro para perpetuar la memoria de este suceso. Vese en él á S. Luis en traje mundano, arrodillado delante de la Madre de Dios con el Niño; sobre la cabeza de la Virgen está el Espíritu Santo, y ángeles la rodean de todos lados. La inscripción que lleva, dice así: *S. Maria boni consilii, quae in Collegio imperiali Matritensi B. Aloysio voce clara et manifesta suasit, ut Societatem Jesu ingrederetur.* — *Manzini*, Vita e miracoli di B. L. G. Brescia 1701. L. 1, c. 7, p. 75; l. 3, c. 4, p. 338.

cabía hablar de la admisión sin el permiso del margrave, por lo cual de cuenta de Luis debería correr el participar su resolución á su señor padre y conseguir su consentimiento.

Éste será en efecto, el postrero y más difícil negocio que Luis tenga que llevar á cabo en el mundo. Mas una vez reconocida la voluntad de Dios, fuerza es que se cumpla: el camino de Dios pasa por un valladar de obstáculos. (Salm. 17, 30.)

11. La primera tempestad.

Luis tenía entonces quince años y medio, y le parecía urgir el tiempo que abrazase el estado una vez elegido. De vuelta pues de su confesor, corrió lleno de celo y gozo, el mismo día á confiar su secreto á su madre. Doña Marta se alegró de la resolución de Luis é hizo sin demora en su corazón el sacrificio de su amado hijo. Ella fué también la que dió al margrave la primera noticia del propósito de Luis. Don Fernando se encendió, al primer instante, de indignación y enojo. La esposa trató de tranquilizarle, esperando con todo, que lograría reconciliarle con la idea, y empleando todo medio para ayudar á su hijo á realizar su proyecto. Mas esta circunstancia misma infundía amargas sospechas al padre, quien creía ver en este proceder cierta predilección de Doña Marta por Rodolfo, como si quisiese proporcionar á éste el mayorazgo, pensamiento que acabó por acibararle y fortalecerle en su resistencia. De ahí que, cuando Luis mismo fué á informarle de su resolución, pocos días después, le increpase con las palabras más duras, gritándole que *se largase* con semejantes proposiciones y amenazándole con medidas violentas por si pensaba aferrarse en su capricho. Luis contestó humildemente que rogaba á

Dios le concediese la merced de padecer injuria por él y sufrirlo todo con amor, y se fué.

Después de pasar algunos días en la mayor excitación, el margrave pensó desfogar su ira, dirigiéndose contra el confesor de Luis, quien sólo según opinaba, había determinado á su primogénito á tomar semejante partido. Mandando pues por el P. Paterno, le reprochó con la mayor vehemencia qué hubiese burlado todas sus esperanzas con sus consejos y causado su desdicha. Respondió el Padre con tranquilidad y mesura: que hasta algunos días atrás Luis no le había comunicado su resolución según éste mismo podría atestiguar, y que por tanto no podía haber influido en ella, si bien, lejos de extrañarle el partido tomado por el joven margrave, lo había aguardado por la vida que le había visto llevar.

Sosegado mucho Don Fernando por esta declaración, preguntó á Luis por qué no prefería otra orden que no le cerrase el acceso á las altas dignidades eclesiásticas, puesto que en la Compañía de Jesús debía renunciar desde luego á toda cosa semejante. Luis contestó: que eso mismo había sido una razón más para determinarle á favor de la Compañía, que si sentía la comezón de honores y dignidades, habría podido hartarse de ellos como margrave y príncipe, una vez que Dios le había otorgado el derecho de primogenitura, y no daría lo cierto por lo incierto. No habiendo á eso réplica razonable de parte del padre, por esta vez el temporal había calmado, aunque sin haber conducido á ninguna solución definitiva.

El margrave no podía aún, según afirmaba, convencerse de que la resolución de Luis era obra enteramente suya é inspirada por sentimientos sinceros, sospechando que alguna causa externa debiese de haber ejercido influencia decisiva en el ánimo de su hijo. Mas lo que había en realidad era que Don Fernando tenía á la sazón otros motivos

para estar abatido é irascible. Su pasión por el juego había encontrado nuevo pábulo en la corte de Madrid y venía devorando cantidades enormes. Debe dar pena á todo corazón piadoso el ver al Santo tratar en las cartas escritas en Madrid, de asuntos pecuniarios, relacionados con esta pasión de su padre ¹. Luis la lloraba con las más amargas lágrimas, diciendo á su camarero que ese jugar insensato le dolía no tanto por la pérdida del dinero como por la ofensa á Dios; por desgracia, los príncipes tenían ocasiones de sobra para correr á su perdición eterna ². Don Fernando había, pocos días atrás, perdido sendos mil escudos, y otros seis mil en aquella misma noche que Luis le informó de su resolución de entrar en religión. Sabiendo pues cómo pensaba Luis sobre el juego, y qué pena le causaba el ver á su propio padre esclavo de esta pasión, vino al margrave la idea de que la resolución de su hijo era un bien forjado ardid para mover á su padre á librarse de la vergonzosa tiranía del juego. En efecto, no bien se traslució algo en la corte acerca del propósito del joven margrave, se lo interpretó en este sentido, admirando la prudencia de Luis. Sin embargo, Luis reiteró su petición tan á menudo y aseguró tan de veras que él era el único autor de su determinación, que el padre hubo de acabar por convencerse de la sinceridad de su deseo. Corroboróle aún más en esta opinión el Padre franciscano Francisco, hijo de Carlos Gonzaga, príncipe de Bozzoli, y hermano del que fué más adelante Cardenal Escipión Gonzaga, y por tanto hijo de un primo hermano del margrave ³. Este religioso había llevado en el mundo el nombre de Aníbal, y llegado á general en la orden de franciscanos. En calidad de tal había entonces venido á

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 12 ss.

² *Bolland.*, p. 965 F.

³ *Bolland.*, p. 1004 D, E. 1025 B.

Madrid para hacer la visita de los conventos españoles de su hábito ¹.

Mas poco tenía adelantado Luis con persuadir á su padre de la independenciam de su resolución, puesto que el margrave esperaba dilatar su realización mediante promesas y evasivas y aun socavar su firmeza por la bondad. Luis empero, cayó pronto en la cuenta y ensayó acabar con los aplazamientos por un golpe de violencia. Libre de los deberes que le habían ligado á la corte, por la muerte del Infante Jacobo, un día que estuvo de visita en el colegio de la Compañía con su hermano Rodolfo y varios criados, declaró de repente á éstos seria y rotundamente que se quedaba allí, y que fuesen á casa á decirselo á su padre. El margrave, inhabilitado por un fuerte acceso de podagra, mandó al colegio á su auditor, Doctor Salustio Petrocini, natural de Castiglione, con el mandato terminante de traer á Luis á casa sin tardanza. Luis contestó que lo que no se hacía hoy, se haría mañana; que el padre le permitiese de una vez quedarse donde estaba. Ofendido sin embargo, el pundonor del margrave por semejante tentativa de arrancarle la manga á la fuerza, mandó que Luis volviese al instante, y Luis obedeció.

Después de este lance, el margrave solicitó la ayuda del P. Francisco. Un día representó á éste cuán incalculable ventaja sería para sus súbditos tener por señor á Luis; y le suplicó que alentase á su hijo á quedar en el mundo para vivir en él santa y piadosamente. Mas el Padre Francisco se negó con energía á aceptar semejante encargo, contestando que ni como cristiano ni como religioso debía atreverse á oponer obstáculos á tan manifiesta vocación.

¹ El P. Francisco fué nombrado después Obispo de Cefalu en Sicilia, y por fin, á instancias del duque Vicente, Obispo de Mantua.

Entonces el margrave se limitó á rogarle que determinase á Luis á diferir el ingreso en la orden hasta después de volver á Italia, para lo cual tendría que esperar poco. Tampoco á eso quiso acceder el santo varón, toda vez que recordaba bien cómo él mismo, cuando se resolvió también en la corte de Madrid á entrar en religión, los suyos le habían atacado con esa misma petición tentatoria, á la cual no dió oído, sino que aun en España tomó el hábito de S. Francisco. Por fin prometió complacer al margrave en cuanto que comunicase á Luis este deseo de su padre, sin influir para nada en su ulterior resolución. Luis manifestó en efecto, que estaba dispuesto á dar gusto á su señor padre en aquel extremo, observando que si bien preveía claramente lo que le esperaba en Italia, nada sería parte, con la gracia de Dios, á sacudir la firmeza de su decisión. Dióse por satisfecho de esto el margrave por de pronto; que pensaba: quien gana tiempo, lo gana todo.

Mas tampoco para Luis este combate había sido infructuoso. Su padre se había persuadido de que Luis estaba fijo en su determinación y resuelto á aventurarlo todo para mantenerla; el margrave le había prometido dar su permiso cuando hubiesen vuelto á Italia, lo cual valía ya tanto como una victoria preliminar.

Apenas hay cuestión en que tan de manifiesto se pongan los pensamientos de los hombres como en la de la vocación religiosa. Dios y el mundo fijan al instante su actitud hacia ella y pronuncian su fallo. Sin duda, los padres tienen el derecho y aun el deber de examinar la vocación de sus hijos, mas nada les autoriza para estorbarla ó hacerla imposible. Ellos están no menos sujetos al superior mandato de Dios que sus hijos, y ni éstos ni aquéllos tienen licencia para oponerse á su voluntad, por difícil que se les haga cumplirla. Los hijos no son un bien de que los padres puedan disponer como de su propiedad,

sino prendas confiadas á sus cuidados, y que deben restituir á Dios en cuanto él las pide. El margrave no era mal cristiano, pero hombre de mundo y solícito por el enaltecimiento de su casa, no estaba por tanto preparado para semejante demanda de parte de Dios. De ahí que le sorprendiese tanto y le provocase á la resistencia. Mas la oposición que hacía á su hijo, no sirvió de más que de revelar toda la firmeza del carácter de éste y de fortalecer, si cabía, su decisión gozosa, como los embates del vendabal robustecen el tronco de la joven encina.

12. Un viaje de tentación.

(Italia 1584.)

EN la primavera de 1584, el margrave se aprestó á volver á Italia. Como la escuadra del Gran almirante Andrés Doria estaba para zarpar con rumbo á Génova, Don Fernando aprovechó esta ocasión porque á nadie mejor que á éste quiso confiar su familia. En Madrid no dejó más que á su hija Isabel en la corte de la Infanta Clara Eugenia. Para gran regocijo de Luis, partió en compañía de Don Fernando y los suyos también el P. Francisco, el cual, terminada la visita de los conventos de su regla, volvía á Roma. En Zaragoza, donde el margrave se hospedó en la noble familia de Don Diego de Espez y Mendoza, es fama que Luis salvó á la esposa de éste por su oración de los peligros de un puerperio mortal; cierto es que en la capilla del que entonces era el palacio habitado por la familia, se conserva todavía la memoria de esta merced concedida á la esposa de Don Diego, aunque los propietarios actuales no pertenecen ya al linaje de los antiguos poseedores.

El viaje de Barcelona á Génova, á lo largo de las costas del Mediterráneo, que en aquella estación vestían sus galas más hermosas, fué el más feliz que Luis pudo desear; pues ¿qué más quería él que tener á su lado al excelente P. Francisco? Á éste le propuso las dificultades que se le ofrecían en la lectura de la Sagrada Escritura, y con él tuvo pláticas espirituales á medida de su deseo. Luis miraba al P. Francisco como á verdadero modelo de virtud y santidad, y observaba por esta razón sus acciones con la mayor atención, sin hallar en ellas más que santidad.

Á fines de Julio, la familia del margrave estaba otra vez en Castiglione, y Luis esperaba entonces que su padre le permitiera seguir su vocación. Mas Don Fernando insistió en que Luis visitase primero con Rodolfo, en su nombre, las cortes vecinas y emparentadas con la de Castiglione, seguro de que por esta distracción y el conocimiento de la alta sociedad italiana lograría hacerle olvidar sus aficiones monacales. Luis no dejó de calar la intención oculta de su padre, pero también esta vez se supeditó á la voluntad del margrave y se puso en camino con una comitiva selecta. Muchas cestas iban llenas de vestidos recargados de oro, pero no fué posible mover á Luis á ponérselos, sino que conservó su traje ordinario y aun raído, de sencilla lana negra. Rodolfo pues gozaba de la más amplia libertad para lucir el fastuoso ropaje, y no dejó de explotarla á sus anchas, de manera que los criados decían: “Ésas son las galas que Luis no ha querido ponerse.”¹

Los hermanos visitaron una tras otra, las cortes de Mantua, Ferrara, Parma y Turín. En Ferrara, ciudad de origen artificial, atestada de soberbios palacios, pero falta de animación, residía en un no se sabía si era castillo ó fortaleza, el Duque Alfonso II de Este, Mecenas del Tasso y

¹ *Bolland.*, p. 950 E.

de otros poetas y artistas insignes, con su esposa Margarita Gonzaga, de la rama de Mantua. En la antigua Parma regía en lugar de Alejandro Farnés, famoso caudillo de Felipe II y Gobernador de los Países Bajos, su hijo Ranuccio II, quien recibió á Luis y su hermano con grandes honores. En Pavía, Luis hizo el conocimiento del joven Federico Borromeo, sobrino de S. Carlos, el cual había de contribuir tanto, como sucesor de su tío en la silla de Milán, á la glorificación de Luis y aun le vió en los altares. Duque de Saboya y del Piamonte era en aquel tiempo Carlos Manuel, hijo de Filiberto, el vencedor de S. Quintín. Luis le ofreció sus respetos en Turín, á donde Filiberto había trasladado la corte. Allí mismo, Luis fué á ver á otro pariente muy allegado, Jerónimo della Rovere, Arzobispo y después Cardenal, quien era primo hermano de su abuela. Á Hércules Tana, le saludó en la antigua villa de Chieri, por la cual pasó, á la vuelta de Turín.

Para un corazón menos bien templado, este viaje por las fastuosas cortes de la Italia superior habría podido resultar una tentación verdaderamente peligrosa. Luis empero, supo neutralizar los alicientes del mundo, teniendo elevada sin cesar la mirada hacia el cielo. Cuando iba de camino, oraba y meditaba según el orden que observaba en casa, y por ningún motivo omitía sus ejercicios piadosos y mortificaciones de costumbre. En las posadas el primer objeto que buscaba, era una imagen del Crucificado; si no daba con ninguna, diseñaba una con el lápiz en un pedazo de papel, teniendo delante de esta tosca efigie de su Salvador su meditación, que solía durar de una á varias horas. Si en las ciudades por las que pasaba, existía una casa de la Compañía, la visitaba después de haber saludado á los individuos de la nobleza á quienes debía esta atención. En el Convento mismo, dirigía ante todo sus pasos á la iglesia para adorar á S. D. M. en el Santísimo

Sacramento del Altar; satisfecha esta necesidad de su corazón piadoso, se entretenía con sus futuros hermanos sobre Dios y las cosas divinas.

Un testigo ocular refiere los pormenores de una de estas visitas del Santo en el Noviciado de Novellara (fundado en 1564), cerca de Parma. "Yo era novicio de la Compañía en Novara cuando S. Luis llegó allí con su hermano y comitiva, siendo recibido con grandes muestras de estimación por los señores del lugar, parientes de los Gonzagas. Observé cómo Rodolfo, que era más alto é iba vestido con más lujo, dejaba siempre la precedencia á Luis y andaba detrás de él. Mucho gentío había acudido para ver á Luis, no solamente porque era el heredero del margrave, sino también porque en todas partes se hablaba de su santidad y se sabía que pensaba entrar en religión. Los novicios estábamos en filas en el patio, cuando Luis entró con su cortejo. Al mirarle, experimenté á causa de la modestia y santidad de que resplandecía su semblante, tal sentimiento de respeto que apenas me atreví á elevar mi vista á él. También nos sirvió de gran consuelo y fortalecimiento en nuestra vocación el saber que el príncipe quería ingresar en nuestra religión, aunque no hallaba vía ni medios para realizar su deseo."¹

Luis no ocultó tampoco sus principios ni entre sus iguales ni en compañía de sus futuros hermanos de religión. Un día que se hallaba en presencia de varios otros nobles en el palacio del Arzobispo de Turín, un caballero de 70 años cometió la ligereza de decir algún equívoco deshonesto en el corro de jóvenes en que estaba Luis. Indignado éste, se volvió hacia él y le dijo: "¿No os da vergüenza, tan viejo como sois y de tan noble alcurnia, hablar de esa manera delante de jóvenes? ¿Ignoráis acaso que

¹ *Bolland.*, p. 950 C.

malos discursos pierden buenas costumbres?" Y al punto tomó un libro de lectura espiritual y se marchó. — En Chieri, su tío había dispuesto en honor de Luis un gran festín, para el cual estaban convidados muchos señores y damas de la nobleza. Luis se negó primero á aparecer á la mesa. Pero cuando se le hizo presente que habiéndose preparado la fiesta á causa suya, su ausencia disgustaría á su tío, prometió que iría, pero solamente á condición de que no se le invitase á bailar ó cosa parecida. Aceptóse la condición. Luis entró en la sala, en la cual estaban reunidos ya gran número de caballeros y señoras. Mas no bien hubo tomado asiento, una de éstas se acercó á Luis y le invitó á bailar. Enojado, Luis volvió á levantarse y salió de la sala sin decir palabra. Largo rato, su tío le buscó en vano en toda la casa; al fin se le encontró en la pieza destinada á la servidumbre, donde estaba orando de hinojo, entre una cama y la pared. Sin atreverse á decirle nada por no estorbarle, su tío volvió á alejarse, lleno de religioso temor.

El mundo pues no logró ganar á Luis; al contrario, le proporcionó solamente ocasión para dar testimonio de la santidad de su vida y hacerla respetar hasta á aquellos que no podían resolverse á ejercitarla por sí mismos. De esta suerte, Dios sabe en la vida de sus santos sacar partido de todo así en provecho de sus elegidos como para el bien de sus prójimos. Luis fué así un espectáculo no sólo para Dios y los ángeles, sino también para los hombres (1 Cor. 4, 9).

13. Nuevos combates — nuevos triunfos.

(Castiglione 1584.)

Luis estaba de vuelta de su viaje á las cortes de su linaje; y teniendo ya cumplidos los diez y siete, no pensaba sino que su padre le dejaría partir cuanto antes. Mas el margrave

no quería que le hablase de tal cosa, creyendo todavía deber abrigar dudas acerca de la seriedad de los propósitos de Luis, que tal vez no serían más que un capricho de su juvenil irreflexión. Ensayó pues nuevos medios de persuasión, pero esta vez no ya por sí mismo, sino por terceros. Probablemente había recurrido para el logro de este fin, al Duque Guillermo de Mantua, el cual envió un Obispo á Castiglione que persuadiese á Luis á vivir de clérigo en el mundo, ya que se había decidido á entrar en el servicio de la Iglesia, diciéndole que la fortuna con que se quedaría en tal caso, y las dignidades mismas que obtendría, le suministrarían medios tan abundantes para trabajar por la salud de las almas como jamás los poseería un religioso; que Carlos Borromeo y otros habían hecho sin duda más fruto que muchos religiosos; y que el Duque le prometía auxiliarle en esta carrera con todos los medios de que pudiera disponer. Luis mandó dar gracias al Duque por su buena voluntad y el amor que siempre le había demostrado; pero declaró que en cuanto á su persona, debía renunciar á sus buenos oficios en aquel sentido, toda vez que había elegido á la Compañía de Jesús por eso mismo que ella excluía toda ascensión en la escala de dignidades eclesiásticas, pues no deseaba otros tesoros aquí abajo que á Dios mismo.

Á esta primera tentación siguieron pronto otras dos, que partieron igualmente de parientes de Luis; una de Alfonso, príncipe de Castel-Giuffredi cuyo feudo había de recaer en el Santo, dando el mismo resultado que la del Duque Guillermo; y la segunda de otro pariente, tal vez del cardenal Vicente Gonzaga (1540—1591), de la línea de Guastalla-Malfetta, quien trató de quitarle la afición por la Compañía de Jesús, aconsejándole tomar el hábito de los cartujos ó capuchinos, que no vivían en el mundo como los jesuítas. Es probable que se le haya hecho tal pro-

puesta solamente porque la regla de aquellas órdenes no veda á sus individuos aceptar dignidades eclesiásticas, ó hasta porque se esperaba hacer desistir á Luis de ejecutar su plan en vista de que para la austeridad de vida de los capuchinos y cartujos no era suficiente su salud. Luis contestó que en la Compañía estaba bastante apartado del mundo, siendo en ella tan imposible acumular riquezas como conseguir honores.

En tercer lugar, otros dos clérigos hubieron de probar su habilidad en Luis. El arcipreste de Castiglione, Juan Pastorio, tenía en otros asuntos mucha influencia sobre el joven príncipe; mas cuando también él emprendió defender el pleito del margrave, Luis volvió por su causa tan diestramente, que el agresor fué, desde aquella misma hora, su más celoso abogado. Otro clérigo también religioso, célebre orador sagrado y más adelante Obispo, Fr. Francisco Panigarolo, no consiguió nada tampoco con toda su elocuencia, resultado que no extraña si se considera que obró más por complacer al margrave que por convicción propia, y por tanto, su corazón no estaba interesado en el buen éxito de su empresa. Más tarde dijo á un cardenal: “Yo habia de hacer de *advocatus diaboli* con Luis, é hice lo que me dijeron; pero Luis permaneció firme.”

Después del fracaso de estas tentativas, el margrave mismo pensó dar un golpe decisivo. Tendido una vez más en cama de un recargo de su antigua dolencia, mandó llamar á Luis y le preguntó cuál era su intención respecto de su porvenir. Luis respondió con tanta sumisión como firmeza que no había mudado de parecer, sino que quedaba resuelto á ingresar en la Compañía de Jesús. Entonces el padre le increpó con palabras vehementes y amenazadoras, mandándole por fin marcharse. Luis entendió esto como si le mandase salir del castillo, y rogó á su ayuda de cámara recogiese los escasos enseres de su habitación, su cama

y sus libros y le siguiese al convento de franciscanos de S^{ta} María. Este monasterio estaba, según ya sabemos, situado en la orilla del estanco, cerca de Castiglione, y á su lado el margrave poseía una hermosa casa de campo. Vetustas bóvedas subterráneas, mosaicos y acueductos que surten de las aguas salutíferas á una magnífica fuente monumental delante del castillo, hacen presumir que aquel lugar haya servido antiguamente de balneario ó sitio de recreo. Allí pues fué donde Luis se estableció, pasando los días bien en el coro de la iglesia de los frailes bien en su celda, sin cesar de orar, y disciplinándose varias veces al día ¹. El margrave estaba tan airado que nadie osó participarle la salida de su hijo. Después de algunos días, él mismo preguntó por Luis. Enterado de lo que había hecho, mandó con enfado decirle que volviese á casa, y no bien se presentó delante de él, le colmó de amargos reproches porque hubiese despreciado así sus órdenes y excitado su indignación. Luis contestó tranquila y modestamente que había creído obrar de esa manera conforme á la voluntad del padre. Después de un nuevo torrente de amenazas, Don Fernando le mandó retirarse á su cuarto. Allá se fué Luis para orar, implorando á Dios entre copiosas lágrimas que no le abandonase en tan grave trance y le diese firmeza y constancia para cumplir su santa voluntad; después de lo cual se flageló hasta la sangre. Entretanto, la ira del margrave había ido aplacándose algún tanto. Los remordimientos, el amor á su primogénito y el temor de haberle contristado y llevado á extremos peligrosos, le devolvieron

¹ La pieza en que habitó, existe todavía, y también una parte del antiguo edificio, convertido en quinta de religiosas residentes en Castiglione, que se llaman "Virgenes de Jesús", y de las que diremos algo más en otro lugar. Conf. *Chiarenza*, Una giornata a Castiglione, p. 33.

la tranquilidad y el dominio de su razón. Llamó al comandante del castillo que esperaba sus órdenes en la antesala y le mandó ir á ver lo que hacía Luis. El comandante se acercó á la puerta de la pieza en que habitaba Luis, y hallándola cerrada á llave, ensanchó con el puñal una hendedura de la puerta y vió con asombro al santo joven de rodillas en el suelo, orando, gimiendo y dándose azotes en la espalda cubierta ya de sangre. Este aspecto conmovió el corazón del hombre, y con lágrimas en los ojos dijo al margrave que seguramente no se opondría más á la resolución de Luis si supiese lo que pasaba. Preguntóle el margrave maravillado qué era la cosa, y respondió el comandante que nadie podía verlo sin llanto, y se lo refirió como lo había visto. El margrave quedó estupefacto. Pero cuando al día siguiente se le avisó á la misma hora de que Luis estaba otra vez tratándose con igual crueldad, se hizo al punto llevar en su butaca á la antesala de su hijo, y vió entonces por sus propios ojos á través del agujero hecho por el comandante, cómo Luis oraba y se azotaba entre lágrimas. Primero estuvo como helado, después mandó llamar á la puerta y pedir que la abriese, y entró con su esposa en el cuarto encontrando el sitio donde Luis había estado de rodillas, todo regado de lágrimas y manchado de gotas de sangre. Esto quebrantó por fin la dureza del padre, y como Luis le reiterase su petición cada día, acabó por darle su permiso para seguir su vocación, y aun él mismo escribió á Roma á Escipión Gonzaga, hermano del P. Francisco, patriarca que era entonces de Jerusalén y después Cardenal de la S. I. R., encomendase á su hijo, prenda más querida de su alma, al general de la Compañía, P. Claudio Aquaviva, rogándole determinase el lugar donde Luis hubiera de prestar el noviciado. El general contestó que valía más que Luis fuese para este fin á Roma que á Novellara. Fuera de sí de gozo, Luis escribió

también por su parte al general, dándole en sentidísimas palabras gracias por la admisión y poniéndose todo á su servicio:

“Muy señor y padre mío en Cristo, V. R. no puede imaginar cuán grande haya sido el consuelo que Dios se ha dignado concederme en estos días, según siempre he esperado y confiado en la infinita misericordia de S. D. M. que hiciese redundar el duro y grave combate en bien y provecho de mi salud eterna. Como no dudo además que V. R. querrá otorgarme el consuelo definitivo, puedo decir con seguridad: “*Facta est tranquillitas magna*”, y cuando salga de mi casa paterna: “*et domus mea hodie salva facta est.*” Sírvase pues V. R. hacerme saber pronto y del modo que juzgue mejor, cuándo haya de partir *ad civitatem sanctam*, donde está el solio del Vicario de Jesucristo Señor Nuestro, para que allí tome parte del santo trato de tantos varones santos y saque provecho de sus santas admoniciones, á fin de enmendarme y transformarme á su ejemplo *in novum hominem*. Mi señor padre le informará á V. R. de todo. Para mostrarle desde esta hora mi obediencia, beso las manos de V. P^{dad}. Su hijo obediente en el Señor.

Castiglione, 15 de Agosto, fiesta de la Asunción de María 1585.”¹

En su contestación á esta carta de Luis, el P. Aquaviva le llamó su hijo, diciéndole que le admitía y esperaba en Roma². Desde el día de la vocación claramente conocida hasta la carta de S. Luis al P. General, habían transcurrido precisamente dos años.

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 17 s.

² El P. Aquaviva, hijo del duque de Atri, era un pariente lejano de Luis, de parte de la línea de Gonzaga-Sabionetta-Bozzoli (*Rittershusii Genealogiae, Duces Mantuae*, tab. A).

Tratábase luego de arreglar el negocio de la abdicación que el futuro religioso tenía que hacer respecto del señorío temporal. Éste se declaró desde luego conforme con todas las condiciones que el padre tuviese á bien estipular. El margrave determinó pues: 1º que Luis renunciase á todos sus derechos al margraviato de Castiglione, á favor de su hermano Rodolfo; 2º asimismo á sus derechos á todos los feudos que recayesen en él durante su vida por herencia ó legado; 3º que recibiese por su fortuna una vez la cantidad de 4000 ducados y una renta anual de 400 ducados. Estando Luis contento con todo, según queda dicho, se formuló el documento de abdicación en este sentido, y después de pedir el dictamen de jurisprudentes y del senado de Milán, se lo mandó á Viena para que el Emperador, por ser señor feudal de todos los dominios en cuestión, se dignase aprobarlo. Á fin de obtener una contestación favorable de éste, que ya antes había otorgado aquellos feudos al primogénito, Luis mismo recurrió á la duquesa de Mantua, que era hija del difunto Emperador Fernando I, y en efecto ésta prometió bondadosamente recomendar el asunto al Emperador Rodolfo, su sobrino.

Hasta allí pues había adelantado el negocio de la vocación de Luis. El combate fué empeñado, pero salió de él victorioso al fin, con la gracia de Dios. Luis tuvo que conquistar cada palmo de terreno luchando trabajosamente, y hasta lágrimas y sangre le costó el llegar por fin á las puertas de la libertad. ¡Cuán diferentemente se desarrolla la vocación en cada hombre! Hay quien viene al mundo, por decirlo así, con una vocación hecha y decidida, y libre de dudas y tentaciones prosigue su carrera; otros empero hallan muy tarde su verdadera vocación y sólo después de largos errores tocan en el puerto tranquilo cuando anochece ya. Los unos reciben el destino de su vida como de la mano de Dios, otros tienen que buscarlo cual tesoro

escondido; los unos se ven puestos en la religión casi sin su ayuda y aun como á pesar suyo, semejantes á una golondrina que por casualidad ha hecho su nido en el santuario; á otros parece huirles la vocación, y sólo á costa de grandes fatigas, penalidades y sacrificios logran darla alcance. Uno de éstos fué Luis. Él ha combatido de veras por su vocación y luchado lealmente con sus adversarios. Por desgracia, en las primeras filas de los enemigos de su dicha están sus parientes, la propia sangre, y sabido es que cuanto más natural, tanto más difícil de romper es un lazo que nos sujeta; y cuanto más se ama al contrario, tanto más dolorosa es la victoria. Cuando se trata de conseguir ventajas temporales, sin dificultad se suele consentir en la separación de los suyos; pero cuando han de pertenecer á Dios, se les tiene perdidos para sí y los demás parientes, y hé aquí entablada la lucha. La carne y sangre no se busca sino á sí misma, no á Dios ni el bien verdadero de aquellos á quienes pretende amar. Así se confirma lo que dice Cristo: "Los enemigos del hombre son los que viven con él bajo el mismo techo" (Mat. 10, 36).

14. Armisticio, no paz.

(Milán 1584—1585.)

MIENTRAS el asunto de la abdicación se tramitaba en Praga en la corte de Rodolfo II, importantes negocios exigieron la presencia del margrave en Milán. Sujetado empero, todavía al lecho de dolor por la gota, confió á Luis el despacho de estos negocios, enviándole á Milán, donde algunos meses antes, el gran Cardenal y paternal amigo de Luis, Carlos Borromeo, había sucumbido á sus trabajos apostólicos y rigores de penitencia.

Luis gestionó por supuesto, ante todo, los negocios de su padre, logrando en efecto llevarlos todos á feliz término, á gran satisfacción de Don Fernando, durante una permanencia de siete á ocho meses. Á pesar de su recogimiento y vida interna, ó quizás por eso mismo, Luis tenía una habilidad extraordinaria para tratar con los hombres y manejar negocios, lo cual sería precisamente la causa que hacía tan sensible al margrave la partida de su hijo.

Sin embargo, Luis supo aprovechar su estancia en Milán también para sus estudios. La Compañía de Jesús poseía allí el célebre Colegio de la Brera, el cual había pertenecido á la orden de Humiliatos, pero había sido entregado á la Compañía, por mediación de S. Carlos Borromeo, después de suprimida aquella por Pío V (1564). Allí continuó Luis sus estudios filosóficos, particularmente los relativos á la física. Por la mañana y la tarde, iba á clase, ó cuando no se lo permitían sus negocios, hacía escribir la lección por otro alumno para estudiarla después en casa. No se contentaba tampoco con ser oyente mudo y miembro honorario del curso, sino que disputaba siempre que le tocaba su vez, con tanta habilidad y amable humildad, que todos le cobraron cariño. Asistió también á las lecciones de matemática, demostrando en ellas tanta atención y tal capacidad para tan difícil ciencia, que vuelto á casa podía dictar á uno de sus camareros toda la lección con diseños y cálculos, sin tropiezo alguno. Hacía el camino de la escuela las más veces á pie, aunque tenía caballos á su disposición, y sin entretenerse con sus compañeros. Iba siempre vestido de un traje negro muy sencillo, de tela de Florencia, y no llevaba nunca espada. Cuando tenía que hablar á clérigos ó personas distinguidas, lo hacía con la mayor modestia y recato.

También á recrearse iba al Colegio de la Compañía, donde pasaba el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones

profanas, con pláticas sobre cosas espirituales ó cuestiones de ciencia humana. Hasta se mezclaba entre los hermanos legos y se entretenía con ellos. Sobre todo se le veía á menudo en la portería, y cuando el portero le confiaba las llaves de la puerta, mientras iba por algún recado á otra parte de la casa, Luis estaba contento como un niño, imaginando ya pertenecer á la Compañía. Los profesores y estudiantes de la Compañía solían pasar los jueves en Ghisolfa, quinta situada extramuros, ante la puerta de Como. En aquellos días se podía estar seguro de encontrar á Luis en el camino con un libro en la mano, y verle venir á saludar respetuosamente á los profesores y condiscípulos á quienes conocía y seguirles de lejos hasta la quinta. Reputábase feliz solamente con poder ver la cara á aquellos religiosos y les envidiaba la dichosa libertad con que, obedeciendo á los generosos impulsos de su corazón, se consagraban íntegros al servicio de Dios.

Durante los días de Carnaval ú otras ocasiones que daban que ver en la ciudad, Luis tenía formalmente su albergue en el Colegio, para que los festejos mundanales no le estorbasen. Una sola vez también él tomó parte en uno de ellos, pero á su manera. Verificábase en Milán una gran carrera de caballos — ocasión propicia para lucirse la juventud aristocrática. Las calles estaban hechas intransitables por la multitud de cabalgatas que procuraban dejar rezagadas unas á otras en el lujo de armas, vestidos y arreo de los caballos. Aquel siglo hacía esfuerzos supremos también en este ramo. Después de los españoles, ninguna nación podía competir con la italiana en el arte de la equitación. Las escuelas italianas de hipología no ejercían en aquella época menos atracción sobre los hijos de la nobleza de Francia y Alemania que sus célebres universidades. Sumas fabulosas se gastaban en Roma, Florencia y otras capitales en apuestas sobre caballos y la

ería de buenos corceles. Especialmente, los duques de Mantua mantenían con esta intención relaciones con España, Irlanda, África y hasta el Sultán de Constantinopla ¹. Tenía pues Luis también allí ocasión de señalarse. Mas ¿qué hizo? En vez de que hiciese guiar de la rienda detrás de sí un noble caballo con arreos relucientes de oro y telliz de seda, venía á la fiesta montado en una mula, á la cual seguían dos criados. El gran mundo se mofó de él, pero Luis se rió del mundo, y algunos religiosos que toparon con él en el camino, se sentirían regocijados y edificados al mirarle tal como iba.

En cuanto á las demás costumbres de su vida espiritual, Luis no introdujo innovación alguna en ellas; sólo que aprovechaba con diligencia los medios especiales que la ciudad le ofrecía para el fomento de su piedad. Á menudo fué á tributar su homenaje á la imagen milagrosa de la Virgen en la iglesia de S. Celso, muy concurrida en aquel tiempo á causa de las numerosas mercedes otorgadas á los fieles bajo su invocación. En los domingos y días de fiesta, recibía los santos sacramentos en la iglesia de S. Fiel, que S. Carlos Borromeo había hecho construir para la Compañía de Jesús. Más tarde, el P. Carlos Reggio, que predicaba entonces en la iglesia de S. Fiel, contó que para encenderse de santo celo, no había necesitado más que echar una mirada á Luis, quien solía ponerse en frente del púlpito.

Mientras tanto había llegado también de Praga la aprobación imperial del documento de abdicación, y del todo

¹ *Burckhardt*, Civilización del renacimiento en Italia, p. 290. — *Hübner*, Sixto V, tom. II, p. 136. — Los caballos favoritos del duque Federico de Mantua están eternizados en el palacio del Té. — Conf. *Reumont*, Historia de la ciudad de Roma, tom. III b, p. 466.

inesperado el margrave apareció un día en Milán, dispuesto á trabar con Luis otra lucha muy seria. El padre había esperado siempre que el tiempo y las circunstancias le harían mudar de propósito. Preguntóle pues cómo pensaba entonces respecto de su antiguo proyecto. Luis respondió que lo mismo que siempre. Esta contestación le valió otra vez una granizada de quejas y reproches. Pero después el margrave se reportó y comenzó á razonar de este modo: él no era mal cristiano y no quería resistir á la voluntad de Dios; pero eso no era manifiestamente obra de Dios, sino de juvenil irreflexión; pues Dios no podía contradecirse, impulsándole á cosas tan reñidas con los deberes hacia los padres como con los intereses de su propia honra. Hizo también presente á Luis que su carácter tenía bastante firmeza para salir ileso de los peligros del mundo y de los escollos de la riqueza y llevar en el siglo una vida conforme al espíritu de la orden; que era un camino del cielo tan bueno como los mejores el guiar á sus súbditos á su salvación eterna por su ejemplo y palabra; que parase mientes en la grande estima y aprecio en que le tenían, y advirtiese cómo no deseaban nada con más ansia que tenerle á él por su príncipe y señor y de cuánta autoridad gozaba ya entre sus iguales. Apoyó aún estas razones, trayendo á comparación á su hermano Rodolfo á quien su edad y su carácter irascible aun tenían inhabilitado para tomar las riendas del gobierno, y pintándole todas las desazones que el hermano menor todavía había de dar á la familia. Por fin, añadió conmovido que Luis le mirase á él, su padre, y tuviese piedad de él; que si no veía cómo el margrave, agobiado por sus dolencias, estaba tan necesitado de auxilio, y quién podría dársela más que Luis; que en fin, su entrada en la religión le llevaría directamente al hoyo. Y con esto, el viejo derramó un torrente de lágrimas. Luis le escuchó enternecido, le dió gracias por todo su amor y los cuidados

que había tenido de él, y le contestó que todo eso ya lo había considerado con gran seriedad, y que si no estaba persuadido de que Dios le llamaba del mundo á la religión, nada habría más grato para él que complacer á su padre, á quien, después de Dios, le debía todo; mas abrigando una vez la convicción de que ninguna otra cosa que la voluntad de Dios exigía aquel sacrificio de él, confiaba en que S. D. M. lo dispondría todo del mejor modo, cuidando de su familia en lugar suyo; pues esto debía esperar de la bondad de Dios.

El margrave comprendió entonces al fin, que esa convicción estaba firme en el ánimo de Luis, como causa única de su tenaz resistencia. Pero no por eso el padre abandonó todavía su última trinchera, antes acudió á seglares y religiosos suplicándoles que también ellos intentasen persuadir á Luis de que sería más en honra de Dios si se encargase del gobierno de su principado. En efecto, algunos acometieron con el mayor aparato de elocuencia la difícil empresa de infundir á Luis hasta temor á los sacrificios y mortificaciones de la vida religiosa. Mas en vano fué todo. Uno tras otro manifestaron al margrave, haciendo alabanzas de las virtudes de Luis, que realmente parecía ser la voz de Dios la que le llamaba á la religión.

Después de oír este dictamen unánime, el margrave resolvió emplear un recurso supremo, mandando que le llevasen en una litera al Colegio de la Compañía de Jesús y solicitando una entrevista con el P. Aquiles Gagliardi, quien gozaba de grande autoridad en toda la población. Á éste le declaró que ponía en sus manos la decisión del asunto de Luis, prometiéndole que haría lo que tuviera por conveniente, con tal que presentase otra vez á Luis, como mejor supiera, todas las razones que podían alegarse contra su propósito. El Padre Aquiles aceptó la condición, hizo llamar á Luis y en presencia de Don Fernando le

interrogó durante algunas horas acerca de la solidez de la que tenía por vocación inspirada de Dios. Como quiera que Luis se había decidido por la Compañía de Jesús, el Padre abultó todas las dificultades que algún día podían oponérsele en esta orden precisamente, acosándole tanto que Luis, según más tarde refirió, se confundió y dijo que el Padre parecía hablar de veras; pues nadie le había puesto en tal aprieto como él. No obstante, contestó á todas las dificultades que el Padre le iba enumerando, con tanta claridad y precisión, resolviéndolas ora con razones naturales, ora con textos de la sagrada Escritura y de los teólogos, que su opositor cayó en la cuenta de que Luis sabía á fondo su S^{to} Tomás. Al fin, el religioso le concedió que debía de ser así como decía, que le había satisfecho y era santo y justo que al fin se le permitiese cumplir la voluntad de Dios. Luis respiró aligerado y se alejó. Entonces el margrave mismo confesó que estaba ya persuadido de que así era la voluntad de Dios, se puso á narrar de qué modo Luis había vivido desde su infancia y prometió darle el anhelado permiso. Algunos días después, el margrave partió para Castiglione y mandó también á Luis seguirle allí.

De esta manera, la estancia por lo demás tan pacífica, en Milán terminó otra vez en un combate empeñado. ¿Si sería el último? Mas viniera lo que viniese, Luis estaba de acuerdo consigo mismo, seguro de la voz de Dios y resuelto á alcanzar la meta á todo precio. Tan importantes son la claridad del espíritu y la energía de la voluntad para la elección de estado. Una vez conocido el término, preciso es empeñar en la lucha toda la voluntad y tener por pequeño cualquier sacrificio. Entonces la victoria está asegurada. "Lo he dicho á mi mismo, yo tengo tus mandamientos" (Salmo 118, 57). "He jurado y establecido conmigo tener los juicios de tu justicia" (Salmo 118, 106).

15. El último combate.

(Mantua y Castiglione 1585.)

Luis tenía pues una nueva seguridad obtenida de su padre; pero ¿quién querrá censurarle porque, con el escarmiento de tantas experiencias, no confiase en ella y previendo nuevos combates, procurase afirmarse en su propósito? Ante todo, escribió al P. General de la Compañía de Jesús, dándole cuenta del estado de su asunto y pidiéndole nuevas instrucciones por si el padre le suscitase nuevas dificultades; en particular preguntó si en tal caso no debía alejarse aún sin permiso del padre, ya que era tan palmario que su vocación era la voluntad de Dios¹. El General le expresó su compasión, pero le advirtió también que sería más en honor de Dios y más conveniente á la seguridad de la Compañía si procurase obtener el permiso de su padre. Luis obedeció á este consejo y por de pronto salió para Mantua, donde, en cumplimiento de una disposición testamentaria del Cardenal Hércules Gonzaga, el duque Guillermo y su piadosa esposa Leonor habían erigido un Colegio á la Compañía de Jesús, en el año anterior (1584).

Fué en Julio de 1585 cuando Luis llegó á Mantua, encontrando á la ciudad alborozada como en días de gran fiesta. Acababa de entrar en ella la embajada que los reyes convertidos del Japón habían mandado, bajo la dirección de Padres de la Compañía, por Lisboa y Madrid á Roma, para rendir homenaje al Sumo Pontífice en nombre de la nueva cristiandad. Después de haber permanecido en Roma durante los postreros días de la vida de Gregorio XIII y los primeros del pontificado de Sixto V, y visitado el santuario de Loreto, se dirigió á Mantua, donde el duque

¹ Esta carta no se conserva por desgracia.

Guillermo y su hijo Vicente la recibió con honores y agasajos dignos de huéspedes reales. Probablemente se agregó también á estos festejos la boda del joven duque Vicente con Leonor, hija del de Toscana, en cuya compañía Luis había estado en Florencia casi diariamente¹. Multitud de curiosos, y también Don Fernando con Rodolfo, acudieron para ver la extraña embajada y asistir á las comedias y demás diversiones que en aquella ocasión los duques ofrecieron á sus huéspedes y súbditos².

Mientras tanto, no se encontraba á Luis en toda la ciudad. Durante esos días de alegría universal hacia los ejercicios espirituales de S. Ignacio en el Colegio de la Compañía de Jesús, afrontando el sofocante calor del estío, para fortalecerse para nuevas luchas. Perseveró en ellos de dos á tres semanas, entregado á la oración y al ejercicio de todas las virtudes, de modo que les edificó á todos por su devoción, humildad y extremo rigor de penitencia. El hermano lego que le servía la comida, no pudo concebir que un hombre viviese con tan exigua cantidad de alimento. Luis hizo allí otra vez confesión general de su vida y se le dió después las reglas de la Compañía para que las examinase. Lo que en ellas leyó, le agradó tanto, que dijo que no le arredraría ninguno de los sacrificios exigidos por la orden. Al despedirse de la casa, pidió una copia de las meditaciones sobre la Pasión de Cristo, creyendo estar entonces más necesitado de ellas que nunca.

Volvió pues Luis á Castiglione, y á no haber temido ofender á su padre, habría reiterado sin demora su petición; mas por esta razón resolvió esperar algún tiempo más. Entretanto, daba el ejemplo más edificante del mundo.

¹ *Bolland.*, p. 929 E. — *Rittershusii Genealogiae, Duces Mantuae.*

² *Bolland.*, p. 958 B.

Cuando salía del castillo, estaba tan atento y afable con todos los que encontraba en su camino, que llevaba el sombrero siempre en la mano. En la iglesia, no usaba nunca los almohadones de que se servían los demás miembros de la familia. Pasaba horas enteras arrodillado, meditando ó rezando.

En los domingos, en que solía comulgar, su acción de gracias duraba tanto que Rodolfo podía dar un paseo hasta que la terminaba, después del cual volvía á acompañar á Luis al castillo. Nunca faltó en las Vísperas, ni jamás se le vió sentado durante ellas. En casa guardaba su lengua con tanto recelo, y escatimaba en su consecuencia las palabras hasta tal extremo, que á menudo pasaban días enteros sin que profiriese una sola. Acrecentó aún más el rigor de sus mortificaciones físicas, debilitando y destruyendo su salud, de manera que apenas podía tenerse derecho, por lo cual una de las razones que su madre alegó á Don Fernando á favor de Luis, fué ésta: “¿De qué nos sirve, retener á Luis en el castillo, ya que de todas maneras tendríamos que perderle en breve á consecuencia de sus mortificaciones? Mas si le dejamos partir, sus superiores sabrán encontrar medios para curarle de los excesos que comete en este punto, y asegurarle una vida larga.” En aquel tiempo, Luis se ocupaba también de sus hermanos menores con verdadero amor fraternal, instruyéndoles y enseñándoles á rezar; y para hacer más dócil y obediente á la tropa de pequeñuelos, guardaba siempre en el cajón de su mesa una provisión de confites y juguetes¹. Más que á ninguno quería á su hermanito Francisco, bien porque notase en él tanta cordura y tanta susceptibilidad por la virtud, bien porque conociera por modo sobrenatural qué había de ser éste algún día para la familia. Una vez que Luis estaba

¹ *Bolland.*, p. 958 C.

al lado de su madre, se oyó á Francisco, que jugaba con los pajes, echar á llorar lastimeramente. Como Doña Marta creyese que sus compañeritos de juego le hacían daño, quiso correr á su ayuda; pero Luis la dijo que estuviese tranquila, que Francisco ya sabía defenderse, añadiendo que Francisco sería también el que conservaría á la familia ¹.

Pero por fin, se le hizo á Luis algo largo el tiempo de espera, y como el margrave no parecía todavía dispuesto á dejarle partir, le recordó en ocasión oportuna su deseo y la promesa que le había hecho de cumplírselo. El padre contestó que no se acordaba de haber hecho jamás semejante promesa, y que no la daría hasta que Luis hubiese reflexionado maduramente y restablecido y robustecido su salud bastante para poder sobrellevar las cargas de la vida religiosa, lo cual no sería posible antes de los 25 años; por lo demás, añadió que partiese, pero bajo su propia responsabilidad; que en tal caso no le consideraría ya como á hijo. Luis estuvo como tocado del rayo por tan poco gentil respuesta; púsose á suplicar que le dejara partir por amor de Dios, pero no le sirvió de nada. El padre se negó rotundamente á acceder á su petición. Grande fué la perplejidad de Luis, cuanto más que no le era ya posible escribir al P. General. Al fin, después de larga y fervorosa oración, se determinó por este camino medio. Quería diferir todavía uno ó dos años el ingreso, pero solamente bajo dos condiciones, primera que durante este tiempo pudiese dedicarse á los estudios en Roma, segunda que el padre mismo se pusiese en seguida á escribir al P. Gene-

¹ La historia enseña cuán verídica fué esta predicción. Asesinado Rodolfo, el 3 de Enero de 1593, Francisco le sucedió en el gobierno, dando á la casa nuevo brillo. También el ayo del Turco refirió de los años de infancia de S. Luis que éste había predicho varias veces cosas que en realidad sucedieron después así como él había indicado.

ral, prometiendo que después de transcurrir aquel tiempo, no se opusiese ya á la partida de Luis. Si el padre aceptase estas condiciones, se subordinaría una vez más á su voluntad y esperaría á que se cumpliese el nuevo plazo; de otro modo, no querría ya tardar más por no ofender á Dios á causa de su padre. Si la Compañía no le admitiese entonces, preferiría vagar fugitivo por todo el mundo á resistir á la voz de su conciencia.

Costó mucho al margrave someterse á estas condiciones; pero temeroso de impulsar á su hijo á tomar un partido extremo, acabó por dar su consentimiento. Luis escribió al instante al P. General para informarle del estado del asunto y de las condiciones concertadas con su padre; toda dilación, añadía, le atravesaba el corazón de pena; viendo en la vocación á la Compañía la mayor merced que Dios le había concedido, quería más morir cien veces que abandonarla¹.

En virtud de la primera de las condiciones estipuladas, Don Fernando debía entonces dejar á su hijo partir para Roma. Tratábase todavía de buscar alojamiento para Luis. Como el margrave tenía por adecuado á la reputación de su familia el que viviese en casa del Cardenal Vicente Gonzaga, recurrió al duque Guillermo para que éste interviniese en el negocio, á lo cual el duque se prestó en efecto. Pero entonces surgió la dificultad de cuál de ambos hubiese de escribir el primero al Cardenal, y este obstáculo hizo fracasar todo el plan, afortunadamente para Luis; porque seguramente habría llegado á avezarse á cierta dependencia del Cardenal y sido enajenado por algunos años á la Compañía. Ocurrióse luego al margrave hospedar á Luis en el Colegio romano, con habitación y servicio aparte. El Patriarca de Jerusalén, Escipión Gonzaga, negoció en

¹ *Bolland.*, p. 956 E. Tampoco esta carta se conserva.

este sentido con el P. General, pero recibió de él contestación negativa por la razón de que tal arreglo no estaba de acuerdo con la disciplina de una casa de religiosos. Luis había entonces de activar el mismo proyecto por mediación de la duquesa Leonor de Mantua, gran bienhechora de la Compañía. Alegó Luis contra esta insinuación que para él era menos decoroso que para nadie dirigir semejante solicitud á la duquesa, toda vez que ya se había valido de su intercesión para obtener del Emperador el instrumento de abdicación, y parecería como que estuviese arrepentido de aquel paso. Así se estrelló también este plan.

Entretanto Luis oraba y duplicaba sus mortificaciones para impetrar de Dios por fin su liberación. Un día, después de haber pasado orando de cuatro á cinco horas, se sintió súbitamente estimulado á aventurar otro ensayo con el margrave. Teniendo este repentino movimiento de su ánimo por consejo del Espíritu Santo, le obedeció al punto. El margrave estaba otra vez enfermo de la gota, y prostrado en cama. Luis entró en su dormitorio y le dijo con acento respetuoso pero firme: "Estoy en tu poder, padre, y puedes disponer de mí. Pero has de saber que Dios es quien me llama á la Compañía de Jesús, y que resistes á la voluntad de Dios si resistes á mi vocación." Esto fué todo lo que dijo; sin esperar á que su padre le contestase, volvió á salir del aposento. Pero las pocas palabras y la manera solemne de presentarse su hijo, no habían errado su objeto. El padre tuvo que confesar que en efecto había resistido á Luis demasiado tiempo é instigado á otros á la resistencia; y no pudiendo ocultarse á sí mismo tampoco que al obrar así no había obedecido al impulso de los más puros móviles, le sobrecogieron gran temor y remordimiento. Pero por otro lado le llenó de amargura el tener que perder á tal hijo. Abrumado así por el dolor y la pesadumbre, el esforzado guerrero se volvió hacia la

pared y rompió á llorar y sollozar. Toda la familia fué testigo de esta pena, sin conocer su causa. Después de un rato, el margrave hizo llamar á Luis y le dijo: “¡Qué grave herida me has inferido, hijo mío! Te quería y te quiero, porque lo merecías y tenía puesta toda mi esperanza en ti. Ve adonde quieras, y sé feliz; así lo pido á Dios.” Al pronunciar estas palabras, prorrumpió en nuevo torrente de lágrimas, y nadie pudo consolarle. Luis le dió gracias con breves y cordiales palabras y se fué á su cuarto por no exacerbar el dolor del padre con su presencia, y puesto allí de rodillas envió al cielo interminable acción de gracias por haberle Dios inspirado esa idea y bendecídola con tan buen éxito, concluyendo con ofrecérsela sin reserva.

Éste fué el último combate. Luis había por fin quedado vencedor. Fué una victoria completa y gloriosa, victoria conseguida por el Espíritu de Dios mismo con las armas más intachables de la paciencia y oración, del sacrificio gozoso y de la perseverancia y fortaleza de ánimo. Particularmente en este último combate probó la fuerza que anima y guía, impulsa y sostiene toda verdadera vocación, ese acatamiento imperturbable á la voluntad de Dios, esa clara convicción de que Dios es quien llama y que la voluntad de Dios debe ser cumplida á todo trance. La voluntad de Dios con respecto á cada uno de los hombres, cual se pronuncia en la vocación verdadera, originaria del cielo, hé aquí lo que importa por fin en la tierra y lo que debe presidir á nuestra determinación, no el destino y la posición, no la esperanza de brillante actividad en la Iglesia ó el Estado por el bienestar material ó moral del prójimo, sino única y exclusivamente la santa voluntad de Dios, claramente conocida. Cuando el hombre cumple la voluntad de Dios, hace bastante, porque hace lo supremo; todo lo que hace además, está hecho demás, y su actividad no es otra cosa que un

brillante desorden. Esta verdad invocada en el último momento por Luis con gravedad y decisión, acabó por quebrantar la resistencia del margrave, y romperá aún hoy la de todo corazón piadoso y temeroso de Dios. "Dios lo quiere así." Cuando se oye esta voz, debe callar todo respeto humano, cesar toda tardanza, y ningún sacrificio parecer penoso.

Pero ¡el pobre corazón! Pues en realidad, las más veces el sacrificio que deben hacer los padres para consentir al ingreso de un hijo en una orden religiosa, es más amargo que el del hijo mismo. Á éste le facilitan de ordinario la alegría y la gracia el vencimiento de las primeras dificultades, porque va á *su* tierra, *su* patria; los padres empero, no sienten más que la pérdida, la separación y el abandono, la destrucción de los proyectos forjados. . . ¡Qué ejemplo tan instructivo nos ofrece á este propósito el margrave! Resiste, empleando todos los medios contra la vocación de su hijo, favor y desfavor, mimos y amenazas, pena y lisonja, y todos, clérigos y seglares, deben tratar de aniquilar esta vocación. ¡Tan duro es el sacrificio! Ciertamente, el padre tenía motivos y muy graves para oponerse con tanta porfía. Luis era al fin el primogénito, hijo de la bendición y esperanza de la familia. Pero la fe, la conciencia y el temor de Dios acaban por prevalecer en el corazón del padre. Sacrifica á su hijo Luis, aunque no de balde. Dios le ha desquitado por vías ocultas á la indagación humana. — Porque Dios no quiere que le ganen á generoso tampoco en este negocio de la vocación.

16. La abdicación.

(Mantua 1585.)

Luis deseó entonces seguir cuanto antes á su vocación. Pero Doña Marta había partido para Turín para saludar á la infanta Catalina, hija menor de Felipe II, con la cual

el duque Carlos Manuel de Saboya se había casado y entrado en Turín el 10 de Agosto de aquel año, con gran pompa. Había pues que esperar pacientemente á que volviese la madre. Asimismo era necesario convocar á los numerosos parientes más ó menos interesados en la abdicación de Luis y que debían dar su beneplácito. Por lo tanto no podía pensarse en partir antes de transcurrir algunas semanas.

Mientras tanto, también fuera del castillo cundió la nueva de que el príncipe heredero se marcharía pronto y abandonaría el mundo. La noticia causó en Castiglione gran desconsuelo y conmovedora aflicción. Cuantas veces Luis se dejaba ver en la villa, las puertas y balcones estaban apiñados de gente que quería verle y saludarle. Lamentando en alta voz y con lágrimas, los ciudadanos ponderaban su mala suerte de perderle, de modo que á veces él mismo no pudo contener el llanto. Algunos que eran admitidos en el castillo, fueron á verle allí y decirle entre lágrimas la pena que los embargaba. ¿Por qué, preguntaban, quería salir del hermoso margraviato y abandonar á súbditos tan buenos y cariñosos, entonces cuando esperaban obtenerle por señor? Luis les contestó de modo afable y consolador que quería buscar su corona en el cielo; que era muy difícil para un príncipe hacerse santo, y siendo imposible servir á dos señores, quería ante todo trabajar por salvarse, en lo cual también ellos mismos harían bien.

Al fin todas las diligencias de la abdicación estaban hechas. Como la mayor parte de los parientes tenían sus palacios en Mantua, el margrave resolvió, á pesar de que aun seguía enfermo, ir allá con Luis. Cuando en esta ocasión el coche salía del castillo y atravesaba las calles de la villa, todos volvieron á apiñarse alrededor de él, los de arriba y de abajo, y hubo un clamoreo y llanto universal por su querido Luis, quien no volvería jamás, á quien no volverían á ver en esta vida.

En Mantua pues, Luis se detuvo de nuevo algunas semanas, viviendo en el palacio de S. Sebastián. Durante este tiempo prosiguió su modo usual de vida. Mas á menudo y más á su gusto estaba en el colegio de la Compañía de Jesús, donde se confesaba y comulgaba edificando á toda la población, la cual, noticiosa del fin que motivaba su presencia de entonces, le veneraba como á un Santo. En casa oraba é instruía á sus hermanitos, llenándolos á todos de religioso asombro por su vida piadosa y ejemplar.

El acto de ratificar la abdicación se fué entretanto aplazando más tiempo del que podía ser grato á Luis. El margrave había prometido á éste una renta anual de 400 ducados, y esta concesión había sido recibida también en el documento firmado por el Emperador. Pero cuando en Mantua oyó del rector del Colegio que según la regla de la Compañía, no sería Luis sino los superiores quienes tendrían que disponer de aquella cantidad, se volvió atrás y resolvió suprimir todo el artículo referente á esta concesión, cuanto más que probablemente todavía á consecuencia de la costosa estancia en la corte de Madrid y de su insensata pasión por el juego estaba abrumado de deudas y los judíos de Mantua le acosaban con sus fuertes obligaciones ¹. Luis estaba conforme con que se anulase toda la concesión, pero los juriscultos suscitaron por su parte dificultades opinando que eso invalidaría todo el instrumento de abdicación. Esto dió otra vez lugar á largas discusiones, hasta que Luis declaró al fin que se le pertrechase de cuantas reservas y adiciones quisieran, con tal que lo despachasen y ratificasen cuanto antes.

Al fin, todo estaba pronto. El 2 de Noviembre, el duque Vicente, Don Próspero Gonzaga como parientes próximos, y otros caballeros y señoras se reunieron en el palacio

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 22.

cerca de la iglesia de S. Sebastián, en el cual se había alojado el margrave con su corte. Inmediatamente antes de procederse á ratificar la abdicación, y mientras el margrave negociaba con el duque Vicente, Luis tuvo que sostener un combate postrero con algunos señores de distinción, que á última hora trataron en vano de hacerle desistir del paso que iba á dar. Comenzó por fin el solemne acto. Mientras que el prolijo documento era leído por el notario Anibal Persión, las lágrimas rodaban sin cesar por las mejillas del anciano margrave. Solamente Luis, en otras circunstancias tan pálido y grave, miraba alegre y contento; y Próspero Gonzaga y su hermano Francisco dijeron más tarde que jamás en su vida le habían visto tan regocijado y satisfecho, habiéndosele podido notar bien que le estaba tocando una dicha largo tiempo anhelada¹. Después de leerse el documento en el cual hizo renuncia formal del margraviato de Castiglione y de todos sus alodios á favor de su hermano Rodolfo, Luis se aproximó á la mesa con paso seguro y puso su nombre bajo el instrumento con mano firme y presurosa. Cuando también Rodolfo hubo firmado el documento, Luis le dijo en alta voz: “Ahora ¿qué crees, mi querido Rodolfo? ¿Cuál de nosotros está más contento, tú ó yo? Cierto que yo.” Al oír esto, todos los presentes, y en particular las señoras, lloraron á lágrima viva. Terminada la ratificación del documento, Luis se retiró á su habitación y dió á Dios durante toda una hora gracias por el sagrado tesoro de la pobreza que le había ayudado á conquistar. Nunca, dijo, Dios había derramado sobre él tanto consuelo como en aquella dichosa hora.

Mientras tanto todos los parientes se habían ido reuniendo en la sala para comer de mediodía. Ábrense una vez más las puertas, y entra Luis — en el traje de la

¹ *Bolland.*, p. 961 F.

Compañía, que en secreto había encargado y hecho bendecir por el capellán del castillo, Don Luis Cataneo. Todo hasta la última prenda de las que había llevado hasta entonces, se lo había quitado, porque no quería ya tener sobre sí nada que fuese del mundo. Al verle, todos se asombraron y maravillaron rompiendo nuevamente á llorar, especialmente el margrave, el cual por más que tratase de contenerse, no logró durante toda la comida atajar el llanto. Luis supo dirigir la conversación de manera muy oportuna, modesta pero alegre, sobre la inconstancia de las cosas terrenales, los peligros de la salvación en las riquezas y honores, discurrendo con tanto vigor y fuerza persuasiva, que los comensales, de sangre de príncipes todos, le escuchaban atentos y enternecidos y aun mucho tiempo después hablaron de lo que había dicho.

Al otro día, Luis hizo las visitas de despedida al duque Guillermo, á su hijo Vicente y á sus esposas, la archiduquesa Leonor y la gran duquesa del mismo nombre. Por la noche se despidió también de sus padres, pidiéndoles de rodillas su bendición, la cual le dieron de corazón sí, pero Dios sabe con cuántas lágrimas y cuánto pesar, especialmente el padre. Cuando Luis había de despedirse después, según el deseo de su madre, también de las damas de honor, reflexionó un momento y contestó luego: "Oraré por ellas". Entonces se fué ¹.

El 4 de Noviembre al fin, Luis emprendió desde Mantua su viaje á Roma para entrar en el noviciado. Todos siguieron con la vista velada de lágrimas al coche que se lo llevaba. Mas él partió sin verter una lágrima, con ánimo alegre.

Y ¿por qué no? Que ya poseía lo que había ansiado é implorado con tantas lágrimas y oraciones y por lo que

¹ *Bolland.*, p. 962 B.

había luchado y sacrificado tanto. ¡Qué cara le debía de ser entonces su vocación, cuanto más que comenzó á realizarla en circunstancias como no las podía desear más apetecibles su alma ardiente de amor! Pues el margrave, en otras ocasiones tan manirroto y aun derrochador, y sin estar preocupado contra la Compañía de Jesús, había retirado la escasa renta que tenía destinada á Luis, el mejor de sus hijos, y le había prometido solemnemente. De este modo Luis salió del castillo de sus padres como pobre peregrino; como hijo de pobres, igual á los que por docenas cada año llaman á las puertas de los conventos sin traer nada más que á sí propios, un corazón lleno de amor y entusiasmo por la religión, así también Luis fué á llamar á la puerta del convento, con ser hijo de margrave y príncipe del Imperio. Y no se avergonzó de ello.

Al contrario, rebosaba de regocijo, porque estaba satisfecho su afán de ser pobre del todo como su Salvador, y de ser admitido solamente por amor de Jesús en su compañía militante. Sobre esto expresa sus pensamientos de modo tan bello que conmueve, en una carta al P. General Aquaviva.

“Hoy me he quitado el vestido del hombre antiguo y me he puesto *vestem novi hominis*. De esto quisiera dar parte á V. R. y asegurarle que no sé cómo he de dar gracias á Dios por tan gran merced, y cuanto más que me ha concedido el consuelo de seguirle pobre del todo conforme á su ejemplo. Porque mi padre ha tenido á bien retirar la cantidad que me había prometido y se había obligado á dar por escrito. Mas pagará los gastos del viaje y las expensas menores. Ruego á Dios que lo dirija todo como más convenga, y si parece bueno, haga que el padre cumpla la promesa hecha á la Orden. Traigo acerca de esto cartas del Superior del Colegio de aquí y de mi señora madre, y se las daré á leer. Ahora suplico á V. R. por

amor de Dios, *genibus humiliter flexis ex toto corde*, que por misericordia me admita en el puerto de la salvación y salud, cuanto antes; que procuraré hacer las necesarias visitas en el viaje tan breves como posibles. Por último, beso las manos á V. R. Mantua, 2 de Nov. 1585.”¹

Tan hermosas palabras dicen bastante por sí solas y dan á su despedida del mundo y de la casa paterna cierto rasgo particular de ternura y melancolía. No dudamos que de esa manera Dios ha querido recompensarle por el leal amor á la pobreza que él mismo había profesado y ostentado en las cortes del mundo. Luis tenía el espíritu de Jesús y lo presuponia también en la Compañía de Jesús. Y no quedó desengañado; pues por venir pobre, la era aún más caro y venerable.

En Mantua que entonces tenía de espaldas, se despertó en él, seis años hacía, por vez primera la idea de abandonar el mundo; en Mantua tenía entonces dado el último paso para conquistar la libertad, y libertad tan completa que de su rico patrimonio no se llevó más que un breviario y una imagen del Crucificado pintada en un pedacito de lienzo. “El Señor es la parte de mi herencia; tú eres quien me devolverás mi patrimonio” (Salmo 15, 5).

17. In exitu Israel de Aegypto.

(Loreto y Roma.)

Luis salió de Mantua en compañía del capellán de corte Don Luis Cataneo, su antiguo ayo Pedro Francisco del Turco, el doctor Juan B. Bono, su camarero Jacobo Bellarini y otros criados. Hasta el Po, le acompañó también

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 22.

su hermano Rodolfo en su propio coche. Pero Luis no habló con él siquiera más que alguna que otra palabra. Después de llegar al río, se embarcó para Ferrara, donde tenía que hacer una visita de despedida á los duques, sus parientes. De allí se dirigió hacia Boloña, con ánimo de hacer otra, al pasar, al gran duque Francisco de Toscana. Mas en el primer lugar fronterizo de Toscana, se detuvo á los viajeros y no los dejó pasar adelante á pesar de todos los documentos que atestiguaban su elevada condición, porque la peste había vuelto á esparcir el terror por toda la comarca, y ellos no habían tenido la precaución de llevarse de Mantua un certificado de que estaban libres de la terrible enfermedad. Luis se disculpó por escrito con el gran duque, tornó con sus compañeros de viaje á Boloña y tomó de allí el camino directo de Loreto.

Á Loreto atraían á Luis su corazón y el voto hecho por su madre en su nacimiento y que todavía no había podido cumplir. Entonces lo cumplió él mismo para grandísimo consuelo de su alma, alojándose casi formalmente en la "Santa Casa", en la cual los venturosos años de la infancia de Jesús con sus misterios dulces, gozosos y tranquilos se habían deslizado en el seno de su amorosa familia; que se negó hasta á aceptar la invitación del Rector de la casa de la Compañía de tomar habitación en ésta, y se albergó en su lugar en un sencillo mesón para poder ejercer con menos estorbos sus actos de devoción. Confesóse y comulgó dos veces. Apenas pudo separarse de la Santa Casa, y horas de dulcísimo consuelo le parecieron las que pudo orar en los sitios santificados donde en su tiempo la Santísima Virgen y el Redentor del mundo, su hijo, habían vivido juntos con S. José; tanto tuvo que pensar y dar gracias por las inapreciables mercedes que Dios había hecho allí á todo el linaje humano. Sin duda no fué el menor objeto de su gozo y agradecimiento el que él mismo,

libre de las cargas del mundo, pudiese ya consagrarse por entero al servicio de Dios en la Compañía de Jesús. Merced era ésta que había recibido del Señor por la mano de su Santísima Madre, y por la que no podía mostrarse bastante agradecido.

Cuando se supo en Loreto quién era y qué asunto le llevaba camino de Roma, todos le señalaban con el dedo, regocijados de que un señor tan ilustre aspirase con tanto afán á la pobreza como otros codiciaban las riquezas. Al tercer día por fin, Luis se arrancó de Loreto y emprendió con nuevos bríos y ansia creciente la última parte de su camino, cuyo único término era entonces Roma — la *civitas sancta*.

No fué mucho que todo el viaje fuese para Luis una peregrinación y una sola y continua oración. Por la mañana, después de levantarse, el primer cuarto de hora lo dedicaba á elevar el corazón á Dios orando. Después recitaba con el capellán de corte las Horas matutinas y luego la oración de viaje. De camino, iba las más veces solo, ocupado en orar ó meditar; otras también hablaba con el capellán sobre cosas espirituales. Un crucifijo que llevaba debajo del traje, había de acordarle siempre de Dios. En sus pensamientos trataba mucho de cómo había de ordenar en adelante su vida según el mayor rigor de penitencia, y cómo podría lograr tal vez ser enviado con otros de su religión á las Misiones de Indias. Mientras que al mediodía se daba pienso á los caballos, rezaba con el capellán las Vísperas y Completas del breviario y tomaba un poco de alimento. En el albergue por la noche, iba en seguida á su cuarto, se arrodillaba por una ó dos horas delante del Crucifijo para orar, después de lo cual se disciplinaba dos veces y decía las oraciones del breviario correspondientes al día siguiente. En la mesa se contentaba con un ligero refrigerio, y aun habría continuado sus ayunos los miér-

coles y sábados á no haberlo impedido el capellán. Aunque era un invierno crudísimo y el viaje se hacía por las ásperas montañas de los Apeninos, no toleraba nunca que se calentase su cuarto ó cama. No habiendo estado acostumbrado hasta entonces á llevar medias de tela según á la sazón se usaban en la orden, le costaba mucho trabajo quitárselas al desnudarse. Una vez pues que el capellán quiso ayudarle, encontró éste que los pies de Luis estaban ateridos de frío. Pero ni entonces aun consintió que se hiciera lumbre, y en adelante no permitió ya que le ayudase nadie á vestirse ó desnudarse, porque según decía, eso estaba reñido con la santa pobreza.

Al fin, la pequeña caravana se acercaba al término de su viaje; pues delante de ellos, de la verde línea ondulada de la Campaña romana, iban destacándose y creciendo dos puntos como desprendidos de la niebla crepuscular, el Monté Mario y S. Pedro con las airosas naves sobre las que pronto había de elevarse la gigantesca media naranja. Sabemos de su carta cómo Luis había suspirado por Roma, la ciudad santa, la ciudad del Vicario de Cristo y para él más particularmente la ciudad de S. Ignacio y de la Compañía; podemos por tanto imaginar también cómo le conmovió esta primera mirada al Canaán de su corazón, á la patria terrestre de su alma; con qué delicia y ternura su vista descansaría embelesada en el ya cercano fin de sus ansias; con qué agradecimiento hacia Dios entraría por último en las puertas de la Ciudad Eterna.

Los viajeros se hospedaron en casa de Escipión Gonzaga, Patriarca de Jerusalén. Después de un rato de descanso, el Santo fué ante todo á la Casa de Profesos de la Compañía, *Al Gesù*, para ofrecer sus respetos al P. General. El P. Aquaviva vino á su encuentro en medio del jardín. Luis hincó la rodilla delante de él, suplicándole humildemente que le admitiese como hijo y súbdito. El Ge-

neral le besó en la frente, le acogió cordialmente como hijo suyo y le ayudó á levantarse. Luis entregó después al General una hermosa carta del padre, en la cual éste decía: que había creído ser su deber retener á Luis durante algún tiempo de ingresar en la orden, porque juzgaba que, habiendo tomado la resolución á tan tierna edad un tanto precipitadamente, no perseveraría en ella; pero que ya estaba persuadido de que Dios llamaba á su Luis, por lo cual obraría contra su conciencia si le negase lo que le había pedido con tan repetidas y vivas instancias; de buen grado y gustoso, lleno el corazón de consuelo celestial, regalaba y confiaba á su hijo á S. P^{dad}, que en adelante podría ser su padre mejor que él; en cuanto á la persona de Luis, nada añadía, sino que decía solamente que confiaba á S. P^{dad} su prenda más querida en la tierra, la esperanza y la gloria de su familia, la cual ponía en lo porvenir su esperanza en las oraciones de su hijo y de S. P^{dad}, á quien deseaba todos los bienes ¹.

Algunos de los que habían venido en compañía de Luis, presenciaron este su primer encuentro con el P. General, después del cual todos volvieron á su albergue, donde Luis no dejó estorbarse en la más mínima parte de sus ejercicios de costumbre. Por la noche, el camarero que tenía que avisar á Luis cuando era tiempo de terminar la oración, se durmió de cansancio durante ella y le dejó orar hasta medianoche. El ayo, que por casualidad notó el descuido, puso fin al largo desvelo.

Luis fué entonces también á hacer visitas á los Cardenales Alejandro Farnese, Luis Este, Fernando Médici, al futuro gran duque de Toscana, y al hermano de éste, Alejandro. Todos le recibieron con grande alegría y cordiali-

¹ La carta lleva la fecha del 3 de Nov. de 1585, ó sea la del día anterior á la partida del Santo de Mantua.

dad, particularmente los Cardenales Médicis y Farnese, que querían que se estuviese con ellos. Después de despachar estas imprescindibles visitas de cortesía, se apresuró á hacerlas á las siete iglesias, en las que se detuvo con singular devoción y enternecimiento.

También tenía cartas de su padre para el Papa Sixto V, las cuales quiso entregar en persona para implorar en esta ocasión la bendición de S. S^{dad} para la nueva vida que iba á comenzar. En las antesalas pontificias le rodeó al instante un corro de funcionarios que sabiendo lo que traía á Luis á Roma, le miraban como á un portento. Introducido en el gabinete del Pontífice, le besó los pies y le entregó el escrito de su padre. El Papa, que había sido religioso él mismo, fué según su manera pronta y radical, directamente al asunto por que venía Luis, preguntándole de qué modo había llegado á resolverse á entrar en religión, y si había meditado bien las dificultades que se le opondrían aún. Luis contestó que todo estaba pensado maduramente con la gracia de Dios. Entonces el Papa alabó su resolución y la magnanimidad que se la había inspirado, y le despidió con su bendición.

Era un sábado el día en que Luis despachó todos estos negocios. El viernes había ayunado todavía á pan y agua, y aun el sábado no había probado bocado hasta la noche, de modo que acabó por sentir un ligero malestar, que por fortuna pasó pronto. Á la mañana siguiente recibió en la iglesia *Al Gesù*, ante el altar de SS. Abundio y Abundancio, la sagrada Comunión, oyó después el sermón y fué invitado á la mesa del P. General, con el Patriarca de Jerusalén. En lugar de la lectura ordinaria, uno de la Casa dijo una plática, cuya sabia disposición y atinados conceptos el Patriarca no se cansó de elogiar.

Por fin, el lunes 25 de Noviembre, fiesta de S^{ta} Catalina, Luis pasó con el Patriarca y sus compañeros los umbrales

de la Casa de Noviciado de S. Andrés en el Quirinal. El Patriarca dijo la misa, y Luis recibió la sagrada Comunión de su mano. También aquel día, el P. General, que había ido á S. Andrés, los retuvo á su mesa.

En el umbral del Noviciado Luis se despidió de sus compañeros de viaje, exhortándoles á pensar también en su salvación. Después dió los últimos encargos. Al Doctor Bono le encargó que fuese con la carta de su padre á Livorno, donde estaba entonces el gran duque de Toscana; á su camarero le dió memorias para su madre; á su antiguo ayo le mandó recordar á su padre las palabras del Salmista (Salm. 44, 11): "Olvida tu pueblo y la casa de tu padre", con lo que quiso indicar que en adelante pensaba echar al olvido cuanto había conocido en el mundo. Al preguntarle el capellán qué había de decir á Rodolfo, contestó Luis: "Quien teme á Dios, hace bien" (Eccl. 15, 1). Éstos fueron sus postreros encargos. Todos lloraron doloridos de perder á un señor tan bueno, y se marcharon al fin. Más tarde, cuando quisieron partir de Roma, fueron otra vez á la Casa de Noviciado para ver á Luis por última vez. Luis respondió que podían irse, puesto que no tenía que decirles más, y en efecto no los habría admitido á no disponerlo el Superior ¹. Por último, Luis se dirigió al patriarca y le dió con palabras conmovedoras gracias por la ayuda que le había prestado para llegar al fin de sus anhelos; siempre oraría por él. El patriarca no pudo tampoco contener el llanto y le dijo cómo envidiaba su dicha; que había elegido la mejor parte ².

Entonces el Maestro de Novicios, P. Juan Bautista Pescatore, tomó bajo sus cuidados á Luis, llevándole á la cámara que se le había destinado por el tiempo de la candidatura. Luis no creyó sino que entraba en el Paraíso,

¹ *Bolland.*, p. 963 A.

² *Bolland.*, p. 1024 C.



Hermesdorff del.

B. Kühlen fotop.

S. Luis en la Corte.

Propiedad de Herder, Eriburgo.

y exclamó de corazón regocijado: "Éste es el lugar de mi descanso para siempre. Aquí quiero morar porque lo he elegido." (Salm. 131, 14.) Dejado solo, se postró de rodillas dando gracias á Dios con lágrimas porque le hubiese traído á la tierra de la promisión, se le ofreció en holocausto y le pidió solamente la merced de servir allí dignamente á S. D. M. y morir en su servicio.

Este día de entrada, lo celebraba Luis en adelante cada año como día de alegría, y S^{ta} Catalina quedó una de sus más queridas patronas.

Al ingresar en la Compañía, tenía cumplidos los diecisiete años.

PARTE SEGUNDA.

EL SANTO EN LA RELIGIÓN.

1. La nueva patria.

HABÍA pues Luis hallado en Roma otra patria, que le era más cara que la primera en la amena Italia subalpina, por ser patria de su alma y corazón.

Roma tiene algo de particular y que no comparte con ninguna otra ciudad del mundo. Al instante el corazón siente que allí se halla como en casa paterna, porque todo le habla allí en lengua conocida y familiar, los escombros del mundo antiguo, los monumentos del arte, los santuarios é iglesias y más que nada el señor de Roma, el Papa. En aquel tiempo y casi durante todo el resto de los días de S. Luis se sentaba en la Cátedra de S. Pedro Sixto V, varón de eminentes capacidades, briosa voluntad y proceder resuelto, por más que decía mal su estatura agobiada con estas cualidades, mejor reflejadas en el rostro barbudo de tez morena y el ojo vivo y penetrante. Del pobre zagal, del pobre fraile franciscano y del pobre Cardenal se había formado un Papa-Rey que dejó tras sí más huellas de su actividad que ninguno de sus predecesores. Alterará la faz de la antigua Roma construyendo magníficos palacios cerca del Vaticano, de María Maggiore, del Laterano, trazando soberbias calles y grandiosos acueductos y erigiendo el gran obelisco; rematará la Catedral de S. Pedro con la

poderosa cúpula, expurgará la campaña y los montes de los bandidos que aterraban á sus habitantes y ordenará y fijará por mucho tiempo los trámites de la administración eclesiástica. El 24 de Abril antes de la llegada de Luis á la ciudad eterna, Sixto había subido al solio pontificio. El mismo había visto á Luis y examinado como antiguo religioso y aprobado su vocación, aunque más tarde Luis había de verse puesto en otras relaciones menos agradables con el gran pontífice, por parte de la Compañía; pues Sixto V quería de todas veras alterar el nombre y la constitución de la Compañía de Jesús, y sólo la muerte le impidió llevar á cabo su proyecto. Este plan se agitó en Roma durante el tiempo que Luis estuvo allí. Y fuera de Roma, en el drama de la historia del mundo, seguían representándose lúgubres y sangrientas escenas. La cabeza de María Estuardo cayó bajo la segur homicida por orden de Isabel en 1587; los Guises y Enrique III de Francia murieron asesinados, subiendo al trono ensangrentado Enrique IV; la armada española pereció lastimosamente en las aguas del Canal en 1588, arrastrando consigo al ocaso la estrella de España.

La Compañía de Jesús á la cual Luis acababa de asociarse, era indudablemente uno de los más poderosos instrumentos de que se valió la divina Providencia para promover los trabajos de la contrarreforma en Europa y de la propagación de la fe en los continentes ultramarinos. Siendo una Orden mixta ó apostólica, su fin principal, del cual depende y al cual se ajusta todo: la recepción, la educación y la designación del campo de actividad, consiste en obrar según el ejemplo del Divino Salvador cuyo nombre lleva por este motivo, directamente sobre el mundo para la salvación de las almas, valiéndose de todos los medios que tiene á su disposición el sacerdocio católico: la cura de almas, la predicación, las Misiones, la instrucción cienti-

fica, los trabajos literarios, etcétera etc. Ninguna Orden anterior á la fundada por S. Ignacio, había sentido su plan de acción sobre bases tan anchas. Conforme á este fin, los recursos de índole natural y sobrenatural que emplea son tales, que comunican á la vez con Dios y el mundo, y tienden á la par al bien de la propia alma y á la salud de la del prójimo. La constitución está ideada de modo tal que sin menoscabo de la más estrecha unión con los Superiores mediante la obediencia, deja á los individuos de la Compañía tanta libertad, facilidad y prontitud en el movimiento como es compatible con la disciplina de un instituto religioso. Expresión viva del espíritu que reina en la Compañía es el cuarto voto solemne de la obediencia especial hacia el Papa para los fines de la Iglesia. Para lograr los suyos, la Compañía tiene tres especies de establecimientos: casas de noviciado para el fomento de la vida espiritual, colegios para la instrucción en las ciencias y casas de profesos y residencias para el ejercicio de la cura de almas.

De esta suerte, S. Ignacio había fundado la sociedad 45 años hacía y dádole esta constitución. Bajo sus próximos sucesores en el generalato, se había difundido con rapidez asombrosa por todos los países católicos, y hasta por el Brasil, las dos Indias y el Oriente de Asia. Entonces estaba á su frente el P. Claudio Aquaviva, bajo cuyo generalato la constitución de la Compañía había de acrisolarse en el fuego de muchos ataques que se dirigían contra ella de fuera y de dentro, sin que por eso interrumpiese su carrera victoriosa de la contrarreforma en ninguna de las naciones amenazadas de Europa. La mayor parte del Sur y del Oeste de Alemania estaba ya reconquistada para la Iglesia no sin la cooperación de la Compañía, y la ilustración científica de todos los países católicos había pasado casi á modo de monopolio á las manos de los Jesuitas.

En Roma, asiento central del Instituto, la Compañía poseía tres casas, de conformidad con los fines á que aspiraba. La primera, más antigua y principal era la casa de profesos en la calle del Capitolio, residencia del General y de los Profesos y destinada al ejercicio de la cura de almas. La célebre iglesia *Al Gesù* con el sepulcro del santo Fundador, una de las más hermosas en Roma y modelo de casi todas las iglesias de Jesuitas de los siglos XVI y XVII, fué comenzada en 1568 para la Compañía por orden del Cardenal Alejandro Farnese y bajo la dirección del arquitecto Vignola, en proporciones grandiosas y con ornamentación de buen gusto, y terminada en 1575 por Della Porta, el cual desgraciadamente cometió la falta de recargar el decorado de las partes altas y del techo. No lejos de *Al Gesù* estaba el gran establecimiento de enseñanza, que comprendía el Colegio Romano (1553) y la Universidad Gregoriana, fundada por Gregorio XIII en 1582. La iglesia de este centro científico, consagrada al misterio de la Anunciación de María, hubo de ceder su lugar más tarde á la iglesia de S. Ignacio, la cual fué comenzada por el Cardenal Ludovisi en 1626, pero no fué terminada hasta el año 1675. Luis encontró en ella su magnífica sepultura. Por fin se hallaba en el Quirinal, en el barrio más salubre de Roma, y separada del palacio pontificio solamente por una calle, la casa de noviciado de S. Andrés, construída en 1566 por S. Francisco de Borja y enriquecida más tarde con la bella rotunda de Bernini sobre el sepulcro de S. Estanislao, quien había muerto en S. Andrés el 15 de Agosto de 1568.

Con la entrada en la Casa de Noviciado, comienza el segundo período de la vida de S. Luis. Hasta entonces la acción exterior de la vida que llevaba en el mundo, había cambiado tan á menudo como mudaba de escena; y aun la actividad de la vida interna, si bien subordinada á la influencia del Espíritu de Dios, adolecía de cierta independencia

y singularidad. Desde el momento del ingreso en la Compañía, toda la vida se vuelve estable y regular. El celo está encauzado en la vía que le marca la obediencia, sigue el movimiento que le imprime una dirección ajena y no realiza ya tan brillantes prodigios como en años anteriores. Mas ¿quién dudará que el torrente encauzado conserva todavía la misma fuerza que antes, y que va ganando solamente en profundidad lo que ha perdido en ancho y extenso, ni que esa vida religiosa, con ser tan humilde señala una escala mucho más elevada que la ostentosa á que se había encaramado en el siglo? Pues es la vida de la vocación, á la cual la del mundo no sirvió sino de preámbulo y preparación; avalóranla los quilates propios del estado de la perfección cristiana, y su medida es la pauta suprema de toda santidad, á saber: la voluntad de Dios que se manifiesta en los mandatos de la obediencia. En adelante, la vida de S. Luis abraza también una esfera más dilatada de imitabilidad, haciéndose modelo de la vida de los religiosos, accesible á todos, puesto que sus prescripciones están trazadas por una regla general. Luis mismo saludó esta vida como vestíbulo del cielo y á Roma como puerta dichosa del Paraíso. Pero también Roma pudo llamarse venturosa con albergar entre sus muros al santo joven.

Á la gloria de sus antiguos Santos, Luis añadió una gala nueva, el resplandor de su juvenil santidad, y á sus venerandos lugares y santuarios dió un incremento precioso, legándole su magnífica tumba. Ante todo empero merece encarecerse la dicha de la Compañía de Jesús, que abrió sus puertas á un ángel en carne humana para que en su seno se despojase de la envoltura humana, emprendiendo el vuelo á las moradas celestes, no sin dejar en pos de sí las bendiciones de un tesoro inagotable de santidad.

2. Desasido de todo.

(S. Andrés 1585—1586.)

YA estaba Luis en la casa de noviciado de S. Andrés. La primera prueba á que se sometió á los que vienen con el deseo de entrar en la Compañía, es la llamada candidatura, cuyo objeto es escrutar la vocación más en particular y decidirse en definitivo por el género de vida que han elegido. Al efecto recibe el candidato un ejemplar de las Reglas de la Compañía y una instrucción sobre el fin, los medios y las exigencias de ésta, para que á vista de este material vuelva una vez más á examinar su resolución. En el orden de día mismo se le hace gustar por anticipado un poco de su vida nueva de religión. La candidatura termina con algunos días de Ejercicios espirituales según el precepto de S. Ignacio, durante los cuales el recipiendo medita y remata su elección definitivamente ante Dios y á la luz de las verdades eternas, cerrando sus cuentas con el mundo mediante una confesión general, á fin de principiar una vida enteramente nueva. Entonces por fin, el candidato recibe el hábito clerical y es admitido á la vida común del noviciado.

Para Luis, la candidatura fué muy breve. El viaje fatigoso en invierno tan crudo, la dureza con que se había tratado en el camino y que estaba harto probada con su ropa cuajada de sangre, el cambio de clima, y quizá también el esfuerzo espiritual con que acometió la nueva vida, produjeron en él una indisposición física á la cual fué preciso atender. Además no hacía mucho, había hecho los grandes Ejercicios en Mantua y leído las reglas principales. Por fin, en una lucha de dos años, entablada á causa de su vocación, había dado satisfactorias muestras de la seriedad y firmeza con que abrazaba su estado. Por estas razones, el Superior dejó á Luis principiar el noviciado antes que

de costumbre. El traje propio de los novicios ya se lo había puesto en Mantua, según vimos.

El noviciado ó la segunda prueba es la preparación especial para la entrada en la religión mediante la profesión de los votos, cual ha sido prescrita por la Iglesia á todas las órdenes, para que se pueda proceder á este acto con confianza y seguridad. Diferénciase de la candidatura el noviciado en cuanto que en él no se trata ya de discurrir la vocación por modo especulativo, sino de ejercitarla prácticamente mediante la apropiación de virtudes peculiares y necesarias á la vida de religión en general y á los miembros de la Compañía de Jesús en particular. Para el logro de este objeto son de importancia extraordinaria los llamados experimentos, que no son otra cosa que ejercicios en los que se hace aplicación de los principios apostólicos de la Compañía por su lado interior y exterior, porque proporcionan ocasión de ejercer tanto las virtudes que tienden especialmente á la santificación de sí propio, como las que son provechosas para el trato de gentes, cuales son el desprendimiento de todos los bienes terrenos, la humildad, la confianza en Dios y el celo de almas. De aquí que los novicios de la Compañía son tenidos, después de los grandes ejercicios espirituales que duran un mes completo, á emprender un viaje de peregrinación conforme al espíritu de la pobreza apostólica, asistiendo en hospitales á los enfermos y ejercitándose en pláticas y catequismos según la medida de sus aptitudes; pues trátase de sentar en el novicio los cimientos de la perfección apostólica, y á esto tiende y se endereza todo.

Pasó pues también Luis sus días en esta clase de ocupaciones. Es verdad que, siendo preciso en otros plantar de nuevo y cultivar la mayor parte de aquellas virtudes, Luis las poseía ya en grado tan perfecto, que todas estas pruebas no le sirvieron sino de ocasión para practicarlas y manifestarlas del modo más brillante.

Es la primera virtud que exige la vocación apostólica, el desasimiento de todo lo exterior. Luis no era ya á la realidad el príncipe del *Sacro Imperio Romano*, alrededor del cual hormigueaban criados, dóciles á la más ligera seña de su mano ó cabeza. Todo lo había dejado en el mundo. Muy pobre había venido al convento. Una efigie del Salvador pintada en lienzo que podía fácilmente llevar á todas partes, y un breviario era todo lo que traía al entrar en S. Andrés. Luego descubrió que el traje que había encargado en Mantua y su birrete eran de tela más fina que los que llevaban sus hermanos: asimismo su breviario tenía corte dorado. Entonces no se dió punto de reposo hasta que todo lo que usaba fué igual á lo de los demás, no queriendo tolerar nada que le distinguiese de sus compañeros de noviciado y le acordase de las cosas del mundo.

No tardó tampoco en ofrecérsele ocasión para mostrar cuán desasido estaba su corazón de su propia carne y sangre, ó sea del amor desordenado á sus parientes y á su familia. Luis no se hallaba en el noviciado más que dos meses y medio cuando falleció el margrave, su padre. Después de entrar su hijo en la Compañía, habíase operado en la conducta del margrave un cambio notable. Por más que era caballero de buena ley y católico sin tacha, vivía siempre en medio de la agitación de los negocios mundanales, afanoso como el que más, de aumentar la gloria y el poder de su casa y entregado de paso á la pasión del juego. Mas desde entonces se consagró por entero á los ejercicios de la piedad. Sujetado continuamente á su cama por su mal de pie, mandó traer la cruz delante de la cual Luis solía rezar en su cuarto ¹. Cada noche hacía que le recitasen los salmos penitenciales y la letanía, con asistencia de toda la

¹ Esta cruz se halla todavía en el convento de las "Vírgenes de Jesús" en Castiglione. — *Chiarenza*, Una giornata a Castiglione, p. 60.

familia. Entonces tomaba en su mano el crucifijo, se ponía á llorar amargamente, se daba golpes en el pecho é imploraba sollozando la misericordia de Dios. El mismo se maravillaba de esta abundancia de consuelo espiritual, aunque decía luego que sabía bien de dónde le venía, que Luis se la había impetrado de S. D. M. No bien volvió de Roma el capellán de corte Cataneo, hizo con éste una confesión general de toda su vida. Pero como entretanto el mal arreciase, se hizo llevar á Milán para que los médicos de allí tratasen de curarle. Sin embargo, á los pocos días pasó á otra vida. Cuando el P. Francisco entró en su cuarto por la noche y á deshora, notó pronto lo que ocurría, y le rogó que le mandase un religioso que oyese su confesión, y ratificó su testamento aún en la misma noche. Á la otra mañana, el 13 de Febrero de 1586, feneció en brazos del P. Francisco y entre el gemido de su desconsolada familia. Su cadáver fué sepultado en Mantua, en la iglesia de franciscanos.

Luis acogió la noticia del fallecimiento de su padre con gran sosiego. Por mandato de sus superiores, dirigió las líneas siguientes á su madre:

“Ilustrísima señora y madre en Cristo, ¡Paz de Cristo! La muerte de mi señor padre fué á la verdad bien dolorosa á mi corazón durante un momento, y no me sentí aliviado hasta que dejé su derecho al dolor, según requiere la humana naturaleza. Ahora tengo motivo de serenarme pensando que ya le puedo llamar padre de veras, y de dar gracias á Nuestro Señor por haberle admitido á sus alegrías celestiales, según podemos esperar de su divina misericordia. Sométámonos con santa resignación y consuelo espiritual á la voluntad de S. D. M., con lo cual termino, pidiéndole su bendición.

Roma, en Abril de 1586.

Su hijo obedientísimo en el Señor.”¹

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 24.

Antes de que llegase á Castiglione esta carta, la madre le había hecho expresar el deseo de una palabra de consuelo por un Padre amigo suyo, de manera que Luis volvió á escribirla á 10 de Abril de 1586:

“Siento que V. S^{ia}, apesadumbrada como está por la pérdida de mi señor padre (q. g. d. D. h.) necesita del consuelo que, según veo en una carta del P. Ministro de Mantua, espera de mí. Impúlsame mi corazón á recordarle por estas líneas lo que le recomendé en una carta mía anterior, á saber la resignación en la voluntad de Dios, que le llamó á sí por una muerte tan dichosa, que bien podemos esperar que el difunto haya entrado felizmente en la vida que anhelamos todos. Tendríamos pues más motivo de contento que de tristeza; porque aquel á quien amábamos ha llegado al término de la jornada. Esperemos también en Dios, por cuya paternal Providencia todo esto fué dispuesto, que todo esté así ordenado del mejor modo. Él no cesará de pedir á Dios, sobre todo por aquellos que se encomienden á él, como V. S^{ia} y toda su casa, según yo no he dejado tampoco de hacer hasta ahora. Así pues no dejaré yo tampoco de suplicar á S. D. M. que la consuele y dirija. Siento mucho consuelo á causa de la noticia de los buenos progresos de mi hermano, el señor Rodolfo, por quien pido por último á Dios todo lo bueno.

Roma, 10 de Abril 1586.”

Á primera vista, causará extrañeza la brevedad de las dos cartas transcritas. Mas á parte de que contienen en pocas palabras todo lo que puede decirse en semejantes ocasiones, señalando el único sólido consuelo cristiano, hay que tener en cuenta que Luis se hallaba en el noviciado y creería aún en esta ocasión tener que ejercitar el despego que nos recomienda el Señor. Donde más adelante hacía falta, supo también consolar y enseñar por cartas más largas.

Hubo también entre sus hermanos quien se pasmó de que, con ser tan grande el amor de Luis á su padre, permaneciese tan sosegado; mas él replicó que no dejaba de pesarle la muerte de su padre; pero si consideraba que así lo quería Dios, no podía ni debía desagradarle lo que placía á Dios. Hasta veía una disposición especial de Dios en la circunstancia de que su padre no murió antes de su ingreso en la Compañía. De ocurrir la muerte antes, su propósito habría sufrido una larga dilación; y probablemente el P. General no le habría admitido siquiera, ó él mismo habría juzgado oportuno esperar hasta que Rodolfo fuera mayor de edad. Mas ¿quién sabe qué habría sucedido entonces? Esta circunstancia y particularmente la muerte edificante de su padre consolaban á Luis y le movían á dar nuevas gracias á Dios, quien lo había dispuesto todo con tanta sabiduría y bondad para él.

En esta ocasión se mostró en general de un modo patente, cómo se había Luis con sus parientes en el mundo. Fuera de la oración se acordaba tan poco de los suyos, como si no existiesen. Cuando se le preguntaba cuántos hermanos tenía, no podía contestar sin reflexionar un rato y enumerarlos mentalmente. Un Padre le preguntó una vez si era molesto por pensamientos relativos á su familia. Contestó que no le venían nunca á la mente sino cuando quería orar por ellos; que Dios le había concedido la gracia de no pensar sino en aquello en lo que quería pensar.

El Santo mismo nos da la clave para comprender esta condición de ánimo. Observó en cierta ocasión que su padre había tenido por costumbre decir que lo que uno quería ser y emprender, lo debía ser con toda su esencia y acometer con todas las fuerzas de su alma; y así quería él obrar en el servicio de Dios. Luego quien quiere ser religioso, debe serlo íntegramente. Mas la primera condición para ser buen religioso y sobre todo para llevar una vida apostólica, es

el desasimiento total de la patria, de la carne y sangre propia y de todas las cosas del mundo. El Salvador mismo, que en cuanto á muchas otras cosas era indulgente con sus Apóstoles, es inexorable en este extremo. "Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes, dáselo á los pobres y sígueme" (Mat. 19, 21). "Deja que los muertos entierren á sus muertos, mas tú ve y anuncia el reino de Dios" (Luc. 9, 60). "Quien mira detrás de sí, no es idóneo para el reino de Dios" (Luc. 9, 62). Esto es lo que exige también la vocación del religioso mismo por su naturaleza y esencia, pues ocupa á todo el hombre y todo su tiempo. Esto requiere después el bien del prójimo, á quien no es posible inducir á despegarse de lo terreno comò es menester, sino con el sacrificio y el ejemplo. Esto mismo pide por fin Dios y el cumplimiento de su santa voluntad, los cuales deben ser el primer objeto de nuestro amor: "Quien quiere más á su padre y madre que á mí, no es digno de mí" (Mat. 10, 37). Un religioso no tiene respecto de su familia las mismas obligaciones que el hombre que vive en el mundo, antes está exento de toda obligación incompatible con su misión. La Regla es para él la voluntad de Dios, y Dios debe ser su padre, madre y todo. Éste puede en ciertas circunstancias ser un sacrificio muy duro. Pero Dios es bastante rico para repararlo todo. La muerte misma del margrave demuestra cómo Dios bendice también á los padres que por amor á él hacen el sacrificio de sus hijos; pues él cuida de ellos mejor que los hijos lo pueden. Seguramente nada daría tanto consuelo al noble varón en el lecho de muerte que haber regalado á Luis á Dios. Los hijos que entran en religión son la más copiosa y segura bendición de los padres. "Yo bendigo á los que te bendicen á ti", aseguró Dios á Abrahán (Gen. 12, 3). Esto puede aplicarse á sí también el que lo abandona todo por Dios.

3. La mortificación de los sentidos.

UN lado del desordenado amor propio es la licencia y la desenfrenada delectación de los sentidos. La negación de sí propio debe extenderse también á este lado.

Nunca se veía á Luis tomar en la mano una flor olorosa ú otro objeto agradable al olfato para regalarlo con él. Al contrario, en las enfermerías buscaba siempre lo que más le pudiese mortificar por este concepto, y lo soportaba sin la menor señal de repugnancia. Al principio, es verdad, su naturaleza se sublevaba en los hospitales, y el aspecto de la ropa sucia de los enfermos de abscesos purulentos le ponía pálido de asco; y no podía ver sangre sin desmayarse. Pero se venció generoso saliendo formalmente á caza de objetos nauseabundos y arrancándoles con avidez á sus compañeros ¹. — No le gustaban las conversaciones inútiles y mundanas y trataba de torcer su rumbo hacia lo espiritual, ó cuando quien hablaba era una persona de distinción, callaba para manifestar que deseaba variar de conversación. En una visita que hizo al Cardenal Vicente Gonzaga en *Ara Celi*, éste tuvo que abandonar el asunto de la muerte del margrave que había ocurrido no hace mucho, y empezar á hablar de cosas espirituales, porque de otro modo no fué posible sacar una palabra de Luis ².

Los novicios de S. Andrés pasaban los días libres fuera de la población. Un día sucedió que se les mandó á otra casa de campo que de ordinario. Cuando ya iban otra vez camino de Roma, se preguntó á Luis si esta casa no le había agradado más que la otra á que solían ir. Mas él no había notado siquiera que habían estado en otra casa, por más que su situación, orden de las habitaciones y los alrede-

¹ *Bolland.*, p. 906 B. 975 E.

² *Bolland.*, p. 905 A.

dores eran muy distintos; solamente recordaba que no había encontrado capilla. En otra ocasión el Ministro de la casa le mandó por un libro que el Rector había dejado sobre la mesa del refectorio en el sitio que ocupaba en ella. Luis tuvo que enterarse entonces cuál era el asiento del Rector, aunque hacía ya tres meses que estaba en la casa. Con tanto recelo Luis guardaba sus ojos. Cuando al jugar, hubo mirado una vez por casualidad á uno de sus compañeros, lo tuvo por una falta, y muy grave, contra la modestia.

Parecía que los manjares no tenían sabor para él. Cuando escogía alguna vez, era que buscaba lo más inapetitoso y malo. Echaba tanta agua al vino, que no era ni vino ni agua lo que bebía. Los Superiores tuvieron que intervenir también en esta materia para atajar sus excesos ¹. Durante la comida atendía á la lectura ó se figuraba cómo el Salvador tomaba la última cena ó aplicaban á su boca la esponja con vinagre y hiel.

En breves jaculatorias pedía á menudo á Dios la gracia de tener su lengua en buen recaudo, por lo que observaba el silencio del modo más riguroso. Un día tuvo que acompañar á un Padre á paseo. Como no sabía si le estaba permitido hablar, pasaba el tiempo que andaban fuera de la ciudad, orando y leyendo, y su compañero hacía lo mismo. Pesaba sus palabras como en balanza de oro, deteníase muchas veces ó cesaba de hablar, por ocurrírsele que acaso fuese malo lo que iba á decir. Mucho amaba la conversación sobre Dios, pero más aún el silencio porque preserva de pecados de lengua y fomenta la unión con Dios.

Su mayor penitencia era tener que ponerse un vestido nuevo; y entonces era cuando en su semblante se pintaba

¹ *Bolland.*, p. 905 E.

un ligero desagrado. Al observarle otro que bien podía andar de por medio en eso algo de amor propio, se puso serio y comenzó á escudriñar su conciencia. Encontró que al entrar en el Noviciado le habían venido algunos pensamientos de complacencia, pero que no se había detenido en ellos. Dirigió entonces tres meses su atención, mientras oraba, á descubrir en sí alguna mota de amor propio, desarraigárla y llenarse de santo desprecio de sí mismo.

Luis se había holgado de pensar qué rigores corporales y obras de penitencia le permitirían ejercer los Superiores. Pero no sucedió como había esperado; porque á causa de lo quebrantado de su salud le consentían muy poco, y nunca tanto como él deseaba. Por este motivo pues andaba negociando á diario con los Superiores, los cuales acabaron por advertirle que se conformase simplemente con lo que ordenaban, pues si no, valdría tanto como rebeldía.

El mismo confesó que lo que hacía entonces no era nada en comparación de lo que había acostumbrado ejercitar en el mundo á fin de mortificarse, por lo cual temía que fuese perdiendo poco á poco la facilidad de padecer adquirida en el siglo, y le rindiese otra vez la malicia de la naturaleza si no siguiese ejercitándose en la penitencia¹. Era pues entonces su mayor obra de penitencia la de tener que abstenerse de las anheladas obras exteriores de mortificación. Pero consolábale la idea de que á los religiosos les pasa como á los que van en un barco, en el cual adelantaba tanto y tan de prisa el que estaba sentado tranquilamente en un rincón como los que remaban. Con todo, harto crucificaba todavía su cuerpo con ayunos é instrumentos penitenciales.

Sin duda, Luis se había desmandado en el mundo en cuanto á los rigores externos, rebasando los límites que traza

¹ *Bolland.*, p. 906 A, B.

la prudencia. La severidad con que se trata lo físico del hombre, no tiene por objeto debilitar y quebrantar la salud, sino que ha de preservar la naturaleza de extravíos pecaminosos y hacerla más apta para el servicio de Dios. En el mundo había sido su propio señor, y de esto se ayudó Dios para presentarle como modelo heroico que supliese por santo exceso lo que otros pecan por no alcanzar la medianía.

Es indudable que á consecuencia del pecado original, la parte sensible del ser humano es hostil á la parte espiritual, adversaria de Dios en nosotros y hervidero de continuas tentaciones y pecados (Gal. 5, 17). Por esta razón, hemos menester una saludable disciplina del cuerpo y de los sentidos para la conservación del alma y aun del cuerpo. Al mismo paso que nos alejamos de las criaturas, nos aproximamos á Dios, y cuanto más negamos á nuestros sentidos, tanto más vamos ganando en punto á pureza, vigor, lozanía y alegría del espíritu. Los gozos del alma guardan razón inversa á los placeres sensuales. ¡Cuánto más recogimiento, serenidad y vigor poseeríamos, si lográsemos sacudir el yugo de los sentidos! Éste es el modo cristiano de mirar y tratar el cuerpo, y conforme á él Luis obraba. “Los que son de Cristo, crucifican su carne con sus antojos” (Gal. 5, 24).

4. El amor de la humillación.

PUNTO mucho más delicado y difícil de la negación de sí propio es el amor de la humillación; es la piedra de toque de la verdadera humildad.

Los Superiores no dejaron de probar á Luis por este ejercicio importante, que no daña al cuerpo y es indecible lo que aprovecha al alma. Su expresa predilección por los rigores externos era precisamente la que les proporcionaba más á menudo ocasión para someterle á alguna humillación.

Á los pocos días de entrar Luis en el noviciado, el Superior halló que el novicio andaba muy cabizbajo. Mandó pues hacer á su manteo un cuello extraordinariamente alto y tieso para obligarle á andar con la cabeza erguida; y no fué poca la hilaridad de los demás novicios cuando vieron á Luis marchar por ahí tan derecho, mas él mismo no estaba menos contento.

En un día de ayuno, Luis había sabido proporcionarse el permiso de satisfacer una vez más su deseo de mortificación, ayunando á pan y agua. El maestro de novicios, que vió que Luis no había comido casi nada, le mandó después de levantada la mesa primera, ir á sentarse á la segunda y comer cuanto le pusieran delante. Otro novicio que se había percatado del lance, dijo de guasa en la siguiente recreación á Luis: que era un modo particular de ayunar, no comer nada en la mesa primera para embaularse tanto más en la segunda. “¿Qué queréis?” contestó Luis con el Salmista: “una acémila me he vuelto delante de ti, y te sigo á todas partes” (Salmo 72, 23).

Habiendo ya en el mundo huído tanto del lujo de vestidos, se holgaba aún más en la religión de andar en un traje raído y con un saco en la espalda, recogiendo en la ciudad limosnas por los pobres. Cuando se le preguntó una vez si no le inspiraba repugnancia, dijo: De ningún modo; quien le conocía, podía tomarle por ejemplo; quien no le conocía, creía encontrar á un verdadero pobre; y no le podía ser difícil, mirando el ejemplo del Salvador. Nunca hacía mención del rango que había ocupado en el mundo. Una vez que contestó á alguien que le preguntó á qué clase de pajes había pertenecido en la corte de Madrid: “Á la primera”, creyó haber cometido una falta gravísima contra la humildad ¹.

¹ Bolland., p. 907 C.

No podía sucederle cosa más de su gusto que ser reprendido públicamente por alguna falta. Aunque hubiera podido librarse de la desazón que le producían tales reprimendas públicas, elevando sus pensamientos á Dios, no lo hacía por no privarse de la ventaja de la pequeña contrariedad. Si sentía cierta desazón, no era á causa de la humillación á que se le sometía, sino por la falta misma con que había dado motivo para que se le reprendiera. Para probar este su amor de la humillación, el maestro de novicios mandó un día al refitolero á quien Luis había de ayudar por algún tiempo, que le probase, corrigiese y reprendiese de improviso de cuantas maneras pudiera. En efecto, el refitolero no perdonó ocasión de cumplir su cometido del modo más perfecto; pero no consiguió una sola vez arrancar á Luis la más leve palabra de descontento ó disculpa.

La virtud más difícil es la humildad, y dentro de la humildad lo más difícil es sobrellevar bien las humillaciones, y hasta amarlas y salir en busca de ellas. Quien logra esto, domina el más difícil capítulo de la vida espiritual, hace el mayor sacrificio á Dios y tiene tomada la última posición de la naturaleza desordenada. Dios es dueño de su alma. Sin este amor de las humillaciones, el hombre no es para Dios más que una partida incierta y dudosa y en cien casos corre riesgo de anteponer sus propios intereses á los de Dios — y aun de hacerle traición. Jamás estamos, sin este amor de las humillaciones, perfectamente purificados, iluminados y unidos con Dios. Cierto que no eran más que cosas irrelevantes en las que Luis salió de la prueba tan airoso; pero precisamente en semejantes percances cotidianos y ordinarios es donde se aquilata el espíritu de la humildad, y quien posee de veras este espíritu, se mantendrá firme también en circunstancias graves. “Si quisiera agradar á los hombres, no podría ser siervo de Cristo” (Gal. 1, 10).

5. Al Gesù.

PARA introducir en las ocupaciones monótonas del noviciado alguna variedad que conserve al espíritu fresco y sano, y acostumbrar á los novicios á ejercer las virtudes del estado aún entre circunstancias modificadas, la Compañía de Jesús suele enviarlos, después de algunos meses de quietud y recogimiento, fuera de los muros del convento, bien á un viaje de peregrinación á algún santuario, bien á los hospitales ó cárceles ó por fin á otras casas de la Compañía, para que se ejerciten allí en la humildad, prestando bajos servicios domésticos.

En Roma se acostumbraba al efecto, mandar á los novicios por algún tiempo á la casa de profesos *Al Gesù*, donde velaba sobre ellos un Padre que hacía en ellos veces de maestro de novicios¹. También Luis fué harto pronto trasladado á *Al Gesù*, de lo que se alegró no poco por encontrar allí ocasión de edificarse con el ejemplo de virtud que le diesen los Padres viejos. Al amanecer, iba con algunos otros novicios á la sacristía para servir, alternando con ellos, á unas seis ó siete santas Misas. En el intervalo de una misa á otra, permanecía arrodillado, meditando profundamente, orando con los labios, ó leyendo en algún libro devoto, retirándose á un rincón tranquilo de la sacristía delante de las reliquias que allí se guardaban². Al sacristán no le hablaba sin descubrirse como á su superior, se levantaba cuando pasaba y recibía sus órdenes como si vinieran de Dios mismo. El Jueves Santo, el sacristán le

¹ Este cargo lo desempeñaba á la sazón el P. Jerónimo Piatti, quien más adelante dió un testimonio tan honroso de la santidad de Luis y relató la marcha de su vocación en un librito intitulado: *Vocatio B. Aloysii ad Societatem Jesu. Bolland.*, p. 896—911.

² *Bolland.*, p. 972 C.

encargó cuidar de los farolillos que alumbraban el Santo Sepulcro. Cuando se le preguntó después cómo le había gustado el Santo Sepulcro, contestó que no podía decirlo, que según se le había mandado, no había reparado en otra cosa que en los farolillos. También al novicio á cuyo cargo estaba ante todo la pequeña colonia, le mostraba el respeto que el inferior debe al superior, y con tanto celo que aquél se quejó al Superior de que Luis exagerase sus muestras de sumisión y su oficiosidad. Luis contestó que se debía obediencia tanto al superior subalterno como al más elevado no solamente por humildad sino también por generosidad hacia Dios; que someterse á un hombre á causa de Dios era muy glorioso y sublime, y tanto más cuanto menos dotes y ventajas naturales se revelan en aquél á cuya voluntad nos supeditamos.

Hacia el mediodía, los novicios se presentaban parte en la cocina para ayudar al cocinero, parte en el refectorio para servir allí ó leer durante las comidas. En estos ministerios y quehaceres Luis procedía con tanta llaneza y maña como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. Aunque leía bien y con voz clara, sucedía alguna vez que se le entendía mal á consecuencia del ruido que había en el refectorio. De esto tomó pie con avidez el novicio constituido sobre los demás para echar á Luis un sermón largo y tendido sobre el perjuicio espiritual que todos habían sufrido por su defectuosa lectura. Luis no profirió una palabra de disculpa, antes pidió perdón, prometió enmendarse y se ofreció para repetir todo el pasaje.

El P. Piatti mismo fué puesto un día en un extraño apuro por la bondad con que cuidaba de Luis y la excesiva taciturnidad de éste. Había mandado á Luis, que necesitaba de expansión, que asistiese no sólo á la recreación ordinaria después de la mesa primera, sino también á la que se había dispuesto después de la segunda.

El ministro de la casa de profesos, varón manifiestamente muy vigilante y severo, encontró en efecto, al hacer la ronda, para su mayor asombro á Luis en la segunda recreación después de haberle visto también en la primera. Encargóle pues acusarse públicamente en la mesa de tan obvia y grave infracción del silencio y hacer penitencia. Luis se supeditó á todo muy sumiso y obedeció sin disculparse con la orden del Superior. Pero por otro lado continuó en la próxima ocasión tomando parte en la segunda recreación según se le había ordenado. El P. Ministro le cogió por tanto por segunda vez en una supuesta infracción y le mandó como antes hacer penitencia pública. Esta vez el P. Piatti llamó después de la comida al pecador reincidente, le advirtió seriamente que no era edificante tener que acusarse dos veces seguidas de la misma falta, ni era admisible tampoco hacerlo á causa de una falta supuesta, habiendo sido deber suyo informar al P. Ministro del motivo de su presencia en la segunda recreación; y le preguntó por qué no lo había hecho. Luis contestó que si bien le había ocurrido que no sería tal vez correcto no decir nada, había omitido toda justificación, temeroso de hacer una concesión á su naturaleza sensible. El amor de la humillación llevó á Luis hasta á tratar hábilmente de atraerse el castigo de culpas ajenas. Asimismo, con descuidar tanto su propia salud, atendía cariñosamente á la de los demás y avisaba á los Superiores al punto que notó que á alguno de los otros novicios se le hacía penoso servir á tantas misas.

Por la tarde, Luis acompañaba de vez en cuando á uno de los Padres á los hospitales ó cárceles. Mientras que el sacerdote oía las confesiones de los unos, Luis explicaba las verdades de la fe á los otros. También en las calles y plazas públicas, se ejercitaba en días de fiesta, según es costumbre en Italia, en breves pláticas de exhortación al pueblo pobre, hablando con tanto amor, alegría y habilidad

que todos le escuchaban con gusto y hasta Obispos al pasar delante del púlpito improvisado, hacían parar su coche para oír al endiosado predicador. Repetidas veces, llevó después de semejantes pláticas, al tribunal de la penitencia, como á frutos de su celo de almas, á pecadores que años hacía no se habían confesado. Con qué sentimientos asistía á los pobres enfermos, manifestó él mismo una vez á su compañero cuando iban camino de un hospital. Hay que figurarse, decía, que se toma del regazo de su Madre el cadáver llagoso y yerto del Señor y se tiene la honra de lavarlo y ungirlo ¹. Cuando se quedaba en casa, Luis pasaba una parte del tiempo ocupándose en viles quehaceres domésticos. Cuando plegaba ropa algún día con ayuda de otros novicios, le ocurrió durante el trabajo que aquel día no había leído todavía nada de S. Bernardo, según era su costumbre todos los días. Su primer pensamiento fué ir en seguida á reparar la omisión; pero pronto se dijo á sí mismo sosegado que S. Bernardo no le enseñaría sino que lo mejor y más seguro es obedecer; y con esta idea siguió trabajando, aunque por no estar mandado lo que hacían, lo hubiera podido abandonar sin incurrir en desobediencia.

En general, Luis no estimaba nada tanto como la observancia candorosa de sus reglas. Un día, su pariente, el Cardenal della Rovere, le encontró en la sacristía y quiso entablar una conversación con él. Luis empero le hizo una reverencia muy respetuosa excusándose con que no tenía permiso para hablar con él, y en efecto, no le dijo una palabra hasta que el Cardenal, muy edificado con tanta escrupulosidad, había obtenido del P. General el permiso que Luis necesitaba.

Que tanta exactitud y severidad en las cosas más leves haya sido vituperada por algunos como exageración ², es

¹ *Bolland.*, p. 975 E.

² *Bolland.*, p. 972 A.

tan natural como el que á pesar de esto, todos le considerasen y estimasen como á un Santo. Había ya entonces quien se desvivía por procurarse objetos de que se había servido, por ejemplo, su breviario ó alguno que otro libro en que acostumbraba leer. El P. Piatti, que tenía mejor ocasión que nadie para conocer la índole de su protegido, solía decir de él que no le faltaba ninguna dote natural ni sobrenatural sino la salud del cuerpo, y que solamente le causaba maravilla que con tanta santidad de vida todavía no hubiese obrado ningún milagro.

6. Otra vez en S. Andrés. Vida de oración.

(1586.)

DESPUÉS de permanecer en la Casa de profesos dos meses, Luis volvió á S. Andrés á la casa de Noviciado, para pasar allí el resto de su tiempo de prueba entre las ocupaciones usuales.

Lo que más llamaba la atención en el santo novicio, eran la extraordinaria tranquilidad de ánimo y la apacible serenidad, aparejada con una extrema gravedad de todo su ser. Hasta religiosos encanecidos en la Compañía no podían hartarse de admirar la medida, prudencia y madurez de juicio y acción que demostraba á tan juvenil edad¹. No se le oyó ninguna palabra precipitada, ni se le vió movimiento desconsiderado; nada en fin, pudo descubrirse en él que revelara afición ó pasión por lo que no fuese Dios ó por Dios. En la conversación, exponía su parecer con llaneza y sosiego y dejaba á cada uno su opinión por más que no concordaba con la suya ni le faltaba agudeza de entendimiento ni viveza de carácter.

¹ *Bolland.*, p. 970 B. 972 F.

Durante todo el noviciado, que en los demás suele abundar como la primera parte de la primavera en tempestades y aguaceros, Luis no sintió más que tres veces alguna inquietud en el corazón. Una vez le pesó que de día no percibiese ya fuera de la oración aquel consuelo exuberante que antes le había inundado de felicidad. Otra le inquietó que no descubriese en sí ninguna falta voluntaria. Por fin, le vino un día el pensamiento que tal vez la Compañía no podría utilizar sus servicios á causa de la insuficiencia de sus talentos. Pero media horita bastó para disipar también estas nubecillas ¹.

Esta gran tranquilidad de espíritu fué en Luis ante todo, fruto del vencimiento de sí mismo, que desde el período florentino había venido ejercitando y que le había habilitado al fin para confundirse en cierto modo con Dios en todos los deseos é impulsos de su corazón, aún en los más santos, y no querer ya nada que lo que Dios quería y así como Dios lo quería. Otra raíz de esta quietud de alma era su estrecha unión con Dios mediante la oración. Efectivamente, la vida de oración del santo novicio era perfecta por todo concepto. Ante todo se había penetrado bien de la *necesidad* de la oración. Tenía por cosa imposible que lograrse vencerse de veras á sí mismo y consiguiese vivir una vida perfecta de virtudes todo aquel que no se aplicase con diligencia á la oración y al recogimiento; y juzgaba que toda esperanza de aprovechamiento estaba en la oración. De ahí, decía, proceden la torpeza, aridez y tedio de la vida espiritual en los que descuidan la oración y la meditación. Por otro lado estaba no menos persuadido de la *eficacia* de la oración, y de que bastaba para superar todas las dificultades y alcanzar todos los grados de virtud. Por esto llamaba también la oración el camino más

¹ *Bolland.*, p. 965 D.

breve y derecho de la perfección. Por fin tenía la idea más elevada de la *sublimidad* y belleza de la oración. Como quiera que es trato y conversación con Dios, y anticipación de la eterna bienaventuranza, decía, era menester solamente gustar de su dulzura para quedarse siempre con gana de orar.

Esta triple convicción de la necesidad, eficacia y sublimidad de la oración era la que incitaba á Luis, como á todos los Santos, á la oración, le hacía perseverar en ella y ejercerla con deleite y fruto.

Por lo que atañe luego á este ejercicio mismo, Luis se había ido apropiando durante largos años un método excelente de orar y aun se lo había hecho fácil y ameno por el uso continuo. Por la noche preparaba cuidadosamente la materia de su próxima meditación matutina, y por la mañana procuraba ante todo llegar á la meditación con espíritu sereno y recogido. "Una superficie tranquila y llana como un espejo refleja una imagen clara y bella de quien se mira en el agua, decía; pero cuando el agua está agitada, también la imagen se turba, desfigura y destruye; así tampoco el alma del hombre, agitada por pasiones, puede reflejar la imagen y belleza de Dios que por la oración trata de formarse en ella." — Durante la oración, guardaba tanto recato y atención que ni á carraspear siquiera se atrevía. La seriedad con que aprehendía y apuraba la materia de la meditación, era tanta, que su cuerpo se helaba durante ella y al concluir la apenas podía enderezarse. Á menudo estaba como arrebatado á otro mundo, y las lágrimas corrían con tanta abundancia, sobre todo cuando consideraba las propiedades de Dios y su infinidad, que los Superiores tuvieron que tratar de cortar su torrente, no fuese que su vista corriera peligro de extinguirse. Causa asombro el poder que había conquistado sobre su fantasía y memoria con la gracia de Dios y por el perseverante ejercicio de

la oración. Nunca pensaba en otra cosa que en la que quería pensar, y podía descender á tanta profundidad en sus pensamientos que no era parte á estorbarle ningún ruido ni conversación, por cerca que fuese del lugar donde estaba arrodillado. Nunca notaba que alguien abría la puerta mientras oraba y miraba por él. Una vez que el Superior le preguntó si todavía padecía alguna distracción, contestó que sus distracciones durante los seis meses que había pasado en la casa de Noviciado, sumarían tal vez el tiempo que se necesita para rezar un *Ave María*.

La oración labial se le hacía más dificultosa; no porque padeciese distracciones, sino porque al rezar, según decía, le parecía como que estaba delante de la puerta cerrada de un gabinete de obras de arte sin saber el modo de abrirla. Con esto quería decir que siendo tan breve el tiempo durante el cual deben decirse comunmente las oraciones, no lograba penetrar como deseaba en el sentido y la profundidad de las palabras ni acabar de saborearlas á su placer. Á pesar de esta deficiencia, Dios bendecía también su oración labial con abundante consuelo y dulces lágrimas, sobre todo cuando rezaba los Salmos de las Horas canónicas, que le gustaba mucho recitar, siquiera necesitaba una hora por lo menos para concluir de rezar la matutina.

El ejercicio de las diversas devociones católicas es una parte importante y un auxilio excelente de la vida de oración. Luis ejercitaba sobre todo cuatro devociones. La primera era la del Santísimo Sacramento. Ya en el castillo paterno y en medio del barullo mundanal había constituido uno de sus mayores placeres el servir á la Santa Misa. Desde que era novicio, podía dedicarse á tan santo servicio á medida de su deseo. Muchas veces durante el día, hacía visitas al Augusto Sacramento en la iglesia ó en una capilla contigua. Para prepararse bien á recibir la Sagrada

Comunión, dividía la semana en dos partes, empleando la primera en dar gracias á Dios por la última Comunión y la segunda en prepararse para la siguiente. En vísperas del día de Comunión, hablaba ya con conmovedora devoción de la dicha que le esperaba á la mañana del otro día. Algunos Hermanos, y sacerdotes entre ellos, deseosos de prepararse bien para la celebración de los divinos misterios, procuraban hallarse algún tiempo cerca de él, á fin de excitarse á mayor devoción con el aspecto de su fervor y sus palabras ardientes de amor. Amanecía pensando en el Salvador á quien iba á acoger en su seno, después pasaba toda la hora de meditación en piadosas reflexiones sobre el Santísimo Sacramento del Altar. En la iglesia buscaba un rinconcito tranquilo para la preparación inmediata y la acción de gracias, y su corazón rebosaba de inefable consuelo en los dulces momentos de su unión con Dios. Muchos fieles que le vieron sin saber quién era, coligieron de sólo mirarle que debía de ser un devoto especial de Jesús Sacramentado, y hasta un Santo¹. Durante la mañana cuidaba ante todo de guardar el silencio y el recogimiento de los sentidos; entretanto oraba ó leía algún trozo de las obras de S. Agustín ó S. Bernardo. De esta suerte, el noble tallo que S. Carlos Borromeo había plantado en el corazón del niño por la primera Sagrada Comunión que le dió en Castiglione, había crecido y llegado á formar un celestial ramaje que envolvía toda el alma y vida del joven y la enriquecía con preciosas flores y frutos. Esta devoción al Santísimo Misterio del Altar ha parecido á los ojos de la posteridad una señal distintiva de S. Luis Gonzaga de modo tan especial, que el arte cristiano se complace en representarle como devoto del Augusto Sacramento. La Iglesia misma puso á este rasgo amable de la devoción de

¹ *Bolland.*, p. 976 A.

su querido hijo Luis un monumento imperecedero en las oraciones de la Misa de su festividad, en las que recuerda su excelente método de preparación y acción de gracias y ruega á Dios nos conceda la gracia de no asistir al Banquete celestial sino adornados del vestido nupcial, cuyas galas Luis realizaba con su devota preparación y sus copiosas lágrimas como con perlas de inestimable valor.

Otra devoción favorita de S. Luis era la que tenía á la Pasión de Cristo. La vida de mortificación y sufrimiento impulsaban á Luis por modo natural á buscar en el misterio del Salvador Paciente su modelo, su consuelo y su fuerza. Cada mediodía se ponía en presencia de la Cruz del Redentor y rezaba una antifona especial en honor de la amarga Pasión de Cristo. Esto hacía, según su propia confesión, con una devoción y un recogimiento tan extraordinarios como si hubiese sido en Viernes Santo.

La tercera devoción que Luis cultivaba con particular fervor, tenía por objeto á la Madre de Dios. Desde su estancia en Florencia, María era dueña y señora de su corazón y la estrella de su vida, y no se cansaba de pensar en ella, honrarla, alabarla y quererla, especialmente cuando consideraba cuán eficaz auxilio le había prestado en el negocio de su vocación. Repetidas veces encomienda en sus cartas á su madre esta devoción, la presenta el ejemplo de la Madre de Dios en las penalidades de la vida y la anima al servicio de la Reina del cielo, cuyos honores valían más que ser dama de honor en la corte de la Reina de las Españas ¹.

Por último, Luis profesaba un amor entrañable á los Santos Ángeles. Las almas virginales tienen cierta afinidad con los espíritus celestes, y siempre se sienten atraídas hacia ellas.

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 32. 60 s.

Su devoción hacia los espíritus bienaventurados era tan conocida entre sus hermanos de religión, que el P. Vicente Bruno, cuando quiso dar á luz un libro de meditaciones, rogó á Luis que tomase por su cuenta la referente á los Santos Ángeles, á lo cual éste accedió gustoso. Tal es el origen de aquel tratadito "Sobre los Ángeles, en particular los Ángeles de la Guarda" que suele ponerse en el primer lugar entre los escritos del Santo. Después de haber reunido los lugares principales de la Sagrada Escritura que aluden á los Ángeles, para fundar su meditación sobre un cimiento seguro, discurre en la primera parte sobre los Ángeles en general, deduciendo la necesidad del culto de los Ángeles primero de la costumbre de la Iglesia, luego de la naturaleza y dignidad, después del número y por fin del orden tres veces triple de los Angeles. Llama la atención y revela la afición particular del santo escritor el modo como en esta primera parte ha sabido relacionar la devoción á los príncipes de la bienaventuranza con su virtud predilecta, la humildad. "Considera, dice, con cuánta oportunidad se lee en la fiesta del invicto Arcángel el evangelio de la virtud de la humildad; pues así como el altivo Lucifer, por haber intentado arrogarse honores divinos, fué hundido desde el trono del cielo en las simas del infierno, el humilde Miguel fué honrado y distinguido con todo el escuadrón de los Ángeles buenos y encumbrado á la más alta dignidad del cielo porque se sometieron á su Criador y llenos de celo por su honra se opusieron á aquella sierpe henchida de orgullo (Apocal. 12). El mismo evangelio es leído también en la fiesta de todos aquellos Ángeles que con S. Miguel han alcanzado la diadema de la gloria por la virtud de la humildad, á fin de que todos los hombres conozcan el designio inefable y eterno de Dios de que nadie pueda llegar á la gloria de que gozan los Ángeles por otro camino que el de la humildad, que ellos anduvieron primero.

Aun Cristo Señor Nuestro ha logrado por la bendición de esta virtud la gloria de su Santo Cuerpo, según aquello del Apóstol (Fil. 2, 9): 'Hase humillado y hecho obediente hasta la muerte; por eso Dios le ha exaltado.' Con razón habría que causar maravilla que sus fieles quisiesen entrar en el reino de los cielos por otro camino que su cabeza. . . . Ruégoos, Ángeles bienaventurados, me guiéis con vuestra ayuda como de la mano, por el camino real de la virtud que vosotros habéis andado primero, para que merezca ver el rostro del Padre Eterno después de esta vida y ocupar el lugar de alguno de los Ángeles que han caído del cielo por su orgullo."

En el segundo punto de la meditación, S. Luis nos pone delante á los tres Ángeles cuyos nombres menciona la Sagrada Escritura: S. Miguel, S. Gabriel y S. Rafael. En las reflexiones sobre los hechos de S. Rafael, explana en general el ministerio de los Santos Ángeles de la Guarda cerca del hombre antes de su nacimiento, durante la vida y en la hora de la muerte, siempre con ingeniosa alusión á la historia del joven Tobías.

Un "Coloquio", especie de diálogo con Dios después de la meditación, nos enseña á rogar á Dios, "que ha otorgado tanta abundancia de mercedes á los Angeles, que nos conceda por su intercesión también á nosotros la gracia de imitar su humildad, caridad y pureza". En siete puntos, Luis enumera las "enseñanzas y aplicaciones" que deben sacarse de la meditación. Las tres primeras vuelven á insistir con énfasis en la importancia de la humildad; las tres siguientes tratan del celo de almas y del método correcto de aunar la actividad externa con el espíritu de la oración; el punto séptimo por fin, nos advierte que tengamos á los Ángeles siempre presentes en nuestro ánimo como á jueces de nuestras costumbres.

En otra hoja, Luis apuntó para su propio uso algunos "piadosos ejercicios de devoción á los Santos Ángeles":

“Imagina que estás en medio de los nueve coros de los Ángeles, mientras elevan preces á Dios y cantan aquel himno: *Santo Dios, santo Poderoso, santo Inmortal*. Repite tú este himno nueve veces y une tus súplicas á las suyas. — Encomiéndate tres veces al día al cuidado especial del Ángel de tu guarda. Por la mañana, por la noche y de día cuando entras en la iglesia y oras ante el altar, di esta oración: *Ángel de Dios, á quien Dios me ha dado por protector, iluminame, guárdame y guíame. Amén*. — Está convencido de que debes seguir á la dirección de tu Ángel del mismo modo que un ciego que ignora el camino, se fia de la precaución de aquel que dirige sus pasos con el bastón.”

Éstos son los apuntes que S. Luis nos ha legado acerca de su devoción á los Santos Ángeles y de la tendencia singular que supo imprimir á este culto.

El efecto de la frecuente y fervorosa oración de Luis fué una unión nunca interrumpida con Dios. Deshacerse del recuerdo inmediato de Dios, costaba á Luis más esfuerzo y fatiga que á otros hombres el volverse de las criaturas hacia el Criador. Fuera del trato con Dios, no se hallaba en el ambiente que su alma necesitaba para respirar, y aun su cuerpo padecía entonces como si se le hiciera violencia. No obstante, Luis llenaba con gran solitud y atención todos los deberes de la obediencia y caridad. En medio de las ocupaciones externas, Dios inundaba su corazón de los consuelos más dulces, de suerte que su semblante ardía de gozo y su corazón palpitaba, agitado de las suaves conmociones de la gracia. Su vida era de este modo una oración continua, y sus fuerzas se consumían en este noble servicio como la luz que alumbra al Santísimo Sacramento. Su debilidad aumentaba, y su mal de cabeza empeoraba más y más. Por este motivo, los Superiores le abreviaron el tiempo de la meditación, le mandaron disfrutar del beneficio del sueño más tiempo, le pro-

hibieron todo rigor físico y el uso de las jaculatorias, y le mandaron por fin pensar en Dios todo lo menos posible, ocupándole constantemente en servicios que no fatigaban el espíritu ni cansaban el cuerpo. Luis lo acogió todo de buen grado y obedeció con todo placer y seriedad. Solamente no sabía efectivamente cómo arreglárselas para apartar su mente de Dios; porque á pesar suyo, su espíritu se le escapaba á cada momento al cielo. “No sé qué hacer, decía una vez á uno de sus Hermanos; el P. Rector me manda que no piense en Dios para que no me fatigue; y precisamente es esto lo que más fatiga me causa.” Para desquitarse de alguna manera por la privación de las oraciones usuales, iba á menudo á la iglesia, saludaba al Santísimo Sacramento del Altar con la reverencia de una piadosa genuflexión y volvía á alejarse en seguida. Cuando Dios le enviaba algún consuelo, le rogaba con candor infantil que tuviese piedad de él y pasase delante de su casa sin visitarle.

Aquella fué, á la verdad, una vida de oración, colmada de alegría y felicidad, y más hija del cielo que de la tierra. En comparación de ésta, la oración que había tenido en el mundo, por más alto que fuese su vuelo, no semejaba sino el afán de la ninfa que pugna por elevarse de la profundidad mal alumbrada del lago en cuyo fondo brotó; ahora ya ha alcanzado la superficie de las aguas que sirve de espejo al Sol; levantado tiene el trono de terciopelo verde de su follaje, y desplegando su pura belleza se mece en alguna silenciosa ensenada de la orilla, al brillo de la luz del día y al suave compás de las olas enorgullecidas de tenerla por reina — imagen hermosa de paz celestial. Así también, el alma de Luis reposaba en las olas blandas y beatíficas del consuelo que brota copioso de la unión constante con Dios. Es en efecto, esta unión con Dios, el premio y término de todos los esfuerzos del hombre sobre la tierra,

y la perfección misma por ser la unión con el último fin y un goce anticipado de la celestial bienaventuranza. No es posible pensar en este hermoso país de la unión con Dios sino con sentimientos de dolorosa nostalgia, suspirando con el Salmista: “¿Quién me da las alas de la paloma, para que suba á los montes santos y construya allí mi choza?” (Salm. 54, 7.) Hermoso es el fin; pero la fatiga de la jornada acobarda á muchos. Mas no hay otro camino que conduzca al término anhelado, que el que anduvo Luis: la purificación seria del alma, desasiéndola del mundo, mortificando el cuerpo y ejercitando sin cesar la oración misma. Es una senda empinada, pero segura. Cuanto más decidida y generosamente se toma por ella, tanto más pronto y mejor lleva hasta el fin. Cualquier camino que no sea éste, desvía y aparta de él; pues jamás se unirá Dios con un corazón impuro y que no haya sido limpiado en aquel alambique. Un corazón inmortificado buscará á Dios en la oración sin hallarle; el mortificado empero, es visitado por Dios mismo. Hay pues que orar y mortificarse, y guardarse de hacer lo uno y descuidar lo otro. Éste es el compendio de la vida espiritual. Mal se mortifica quien no ora bien, y mal ora quien no se mortifica. “Quien me ama y tiene mi palabra, á ése amará el padre, é iremos á habitar con él.” (Juan 14, 23.)

7. Invierno napolitano.

(1586—1587.)

Luis vivió en S. Andrés, dedicado á los ejercicios del noviciado, hasta el mes de Octubre de 1586. Entonces cayó enfermo el maestro de novicios, P. Pescatore, varón distinguido por la santidad de su vida, y el P. General Aquaviva entendió que le serían muy provechosos los aires de Nápoles,

tan bella entonces como ahora. Un día pues, el enfermo preguntó á Luis si tendría gusto en acompañarle á Nápoles. Sin más reflexión, éste contestó que de muy buen grado iría con él. Esta precipitada respuesta le pesó mucho después, cuando oyó que en efecto había de hacer compañía al enfermo maestro con dos otros novicios igualmente endebles y necesitados de un cambio de aire que robusteciese su salud. Pues opinó haber dado lugar á esta disposición del General por su respuesta desconsiderada, y se propuso con esta ocasión no manifestar jamás su voluntad precipitadamente, sino conformarse en todo con lo que resolvieran sus Superiores. Mas por otro lado se alegró mucho de poder acompañar al maestro, porque esperaba aprender el arte de viajar y tratar con los hombres del mundo. El 27 de Octubre, el enfermo salió del noviciado con Luis, el francés Juan Pruiet y el escocés Jorge Elfistón, quien desempeñó más adelante la cátedra de filosofía en Dôle y refirió los pormenores de este viaje. Cuando la Basílica de S. Pedro iba á substraerse á la vista de los viajeros, Luis dirigió un saludo de despedida á la santa ciudad, exclamando con las palabras de la antifona: "Pedro el apóstol y Paulo el doctor de las gentes me han enseñado tus leyes, Señor."

La carretera de Roma á Nápoles pasa por Velletri, siguiendo casi en toda su longitud á la antigua *Via Appia*, y ofrece golpes de vista de sorprendente amenidad y belleza. Á la izquierda y á la derecha, la montaña, la llanura y el mar no dejan cansarse al ojo encantado de tanta variedad de hermosas escenas, y la antigüedad guarnece sin cesar el camino de los más memorables vestigios de su historia. En Fondi, primera villa napolitana á que se llega, construída sobre cimientos ciclópicos en un deleitoso valle de limoneros y naranjos, está el antiguo castillo de los Colonnas en el que la condesa Julia Gonzaga-Bozzoli, esposa de Vespasiano Colonna, por poco no cayó en manos del

pirata Haireddín, cuando hizo al castillo un ataque audaz en 1534¹. Al paso que uno se va acercando á Nápoles, se despliega más ufana la meridional magnificencia de las palmas, granadas, áloes y naranjos, y en las dos bahías de Gaëta y Bayas el panorama de mar y tierra embelesa y cautiva la vista.

El P. Pescatore tenía que ir, á causa de la delicadeza de su salud, en una litera que daba cabida á dos personas. Luis quería renunciar al asiento desocupado porque, según decía, iba bien á caballo; pero en realidad porque pensaba imponerse el sacrificio de estar privado, durante el tiempo que durase el viaje, de la cercanía y conversación de su maestro de novicios á quien veneraba de corazón, ó más exactamente, para proporcionar este placer á uno de sus compañeros de noviciado. Mas siendo al fin, el más débil de los tres, tuvo que conformarse con tomar asiento en la litera. Para disminuir la comodidad de este modo de viajar, hizo un informe rollo de su manto y se sentaba en él, de manera que iba con más molestia que á caballo. En compañía de su querido maestro rezaba las Horas y otras oraciones y aprovechaba la ocasión para cultivar la plática espiritual con el mayor ahinco y fervor. Preguntaba por todo, y su maestro le respondía gustoso porque sabía que cada una de sus palabras caía en tierra fértil y llevaría céntuplo fruto. En cada albergue se entablaba una porfía entre los viajeros sobre quién había de ceder á los demás lo mejor y más provechoso. Luis dijo después, que aquellos breves días de viaje le habían adelantado más en la vida espiritual que antes muchos meses. En la fiesta de Todos los Santos, entraron por fin en Nápoles, que ya entonces tenía una población de 200 000 habitantes y estaba bajo

¹ Weiss, Manual de historia universal, tom. IV, sección 1^a, p. 435. — *Rittershusii Genealogiae, Duces Mantuae*, tab. A.

dominación española, siendo administradas las dos Sicilias, cuya capital era, en nombre de Felipe II por un Virrey, el cual se portaba como un Rey.

La Compañía de Jesús poseía á la sazón en Nápoles dos establecimientos: la Casa de profesos (desde 1579) y el Colegio (desde 1554), albergándose en éste también el noviciado. En esta casa se alojó á Luis porque con su doble destino estaba como hecho expresamente para el fin que los Superiores se habían propuesto respecto de Luis. Aunque todavía era novicio, ya había de comenzar los estudios de la Compañía y entrar en el curso de Metafísica que principiaba entonces mismo. Es probable que esto haya sido un ensayo para retraerle de la actividad interna que consumía sus fuerzas, mediante la nueva ocupación externa. Por profesor tuvo Luis al P. Juan Camerota, el cual más adelante dió el más brillante testimonio de la capacidad y perfección de su santo alumno¹, elogiando particularmente la piedad, modestia y humildad de Luis y su afán de no dejar pasar una sola ocasión para humillarse y hasta hacerse despreciable. Á los napolitanos, cuyo natural es tan vivo, les pareció ante todo incomprensible la frialdad con que Luis miraba las bellezas de la ciudad y los encantos de la naturaleza que ha prodigado sus favores sobre ella; que bien puede haber sido el primero á quien no se pudo aplicar un momento el antiguo refrán: "Ver Nápoles y morir." Más fácil les era comprender y aun admirar su imperturbable tranquilidad y el escrupuloso aliño de sus palabras y obras, así como la amable bondad con que lo acogía todo amigablemente, daba á todo la interpretación más favorable y siempre trataba de mitigar los juicios².

No había cosa más repugnante para Luis que ser tenido por algo particular y extraordinario. Cuanto le era

¹ *Bolland.*, p. 978 A.

² *Bolland.*, p. 979 A—D.

posible, ocultaba la nobleza de su origen, y cuando vino en su conocimiento que Sixto V había nombrado Cardenal á su pariente el Patriarca de Jerusalén, Escipión Gonzaga, mostró tanta indiferencia como si no le importase nada. Con predilección buscaba el trato de los Hermanos legos y ambicionaba mucho el servicio en los hospitales y cárceles. Para su mayor contento, se le dió un manteo tan corto y raído para salir á la calle, que cualquier otro se lo habría advertido al guardarropero. Mas él se abstuvo de hacerlo, muy satisfecho de que tampoco los Superiores pareciesen notarlo, aunque éstos solían dedicarle especial solicitud por lo mismo que se descuidaba tanto. Otra vez, hasta se le dejó sin sábanas sin que se quejase de la falta.

El Rector del Colegio, que era de tendencia muy severa, le permitía más austeridades externas, por lo cual le tenía en mucha estima. Para que todos se edificasen con el ejemplo de Luis, el Rector dispuso que viviese junto con muchos otros en la mayor sala que había en la casa. Pero como el dolor de cabeza que aquejaba á Luis arreciase con esto, privándole de todo descanso nocturno, el Superior se vió precisado á señalarle un dormitorio aparte. Mas esta pieza estaba por desgracia debajo de una escalera y un pasillo por los que pasaban todos muy de mañana, yendo de un lado del edificio para otro, de manera que tampoco allí podía conciliar el sueño ni mucho menos durante la madrugada, en la que antes había hallado algún reposo. Luis empero, dió gracias á Dios por esta contrariedad como si hubiera sido un beneficio singular. Cuando los escolásticos iban á cantar las Vísperas á la iglesia de la Casa de profesos, el P. Ministro los miraba con atención á la puerta de salida, deteniendo á los débiles cuando llovía, y solamente á Luis le dejaba pasar siempre inadvertido. Esto puede haber sido causa de que á la constante cefalalgia se agregase también la erisipela con fuerte calentura. Como

quiera pues que el clima de Nápoles no parecía sentar bien á Luis, los Superiores resolvieron hacerle volver á Roma en cuanto se hubiese restablecido algo. El 8 de Mayo de 1587, regresó á la ciudad eterna en compañía del P. Gregorio Mastrilli.

Sobre los Santos vela una Providencia especial. Nápoles, que brinda á todo el mundo con placeres y hasta con la salud del cuerpo, no tuvo para Luis más que adversidades. Pero Luis fué el mismo en todas partes. Quien no pretende otra cosa que á Dios y la santificación de su alma, medra y aprovecha en todas partes y entre todas las circunstancias. Ésta es la ventaja del fin sobrenatural, que se puede andar en pos de él dondequiera que sea, en la choza y en el palacio, en la pobreza y en la abundancia, en días buenos y en días malos, y aun con más aprovechamiento que nunca en medio de desdichas y pesares. "Á los que aman á Dios, todo les sirve de provecho." (Ad Rom. 8, 28.) También por otro concepto, la Providencia parece haber querido promover sus designios con la estancia del Santo en Nápoles. El Beato P. Carlos Spínola, uno de los mártires del Japón, que había sido condiscípulo de Luis en Nápoles, llevó el recuerdo de su virtud y santidad consigo á los lejanos países del Oriente. En la pavorosa cárcel de Omura, el recuerdo de Luis era su consuelo y alegría; y aun rogó que se dijese una Misa en el altar del Santo P. Ignacio y de Luis, que entretanto ya había sido beatificado, á fin de que estos Escogidos le impetrasen de Dios el cumplimiento de sus deseos ¹. Cuanto menos Luis reparaba en el esplendor de Nápoles, tanto más celosa guardaba Nápoles después su memoria. Las piezas en que habitó en el antiguo colegio, están en grandes honras. La ciudad le acogió entre sus patronos y le venera como á tal hasta el día presente ².

¹ *Bolland.*, p. 888 F.

² *Narbone*, Dieci glorie di S. L. G., p. 123.

Dios por su parte corresponde á la veneración que los napolitanos tributan al Santo, con un fenómeno sobrenatural que aparece en sus reliquias, muy parecido al milagro de S. Jenaro ¹.

S. El alumno de la ciencia del mundo y de Dios.

(1587—1589.)

DE vuelta de Nápoles en Mayo, Luis ingresó en el Colegio romano para proseguir sus estudios. Muchos de sus compañeros de noviciado ya habían entrado en él durante su ausencia, y se alegraron no poco de volver á tenerle por condiscípulo. También él mismo estaba muy satisfecho de poder cursar en Roma en el establecimiento principal de la Compañía.

Para indecible regocijo de su alma, reflejado por una alegría inusitada en su semblante, Luis hizo los primeros votos en el otoño de aquel año (1582), en la fiesta de S^{ta} Catalina, durante la Misa que celebró el P. Rector Vicente Bruni. Sobre este suceso, escribió lo que sigue á su madre:

“Doy parte á V. S^{ta} de la donación de mí mismo que he hecho á S. D. M. por los votos, en la fiesta de S^{ta} Catalina. Ruego á V. S^{ta} que alabe conmigo al Señor, y la suplico me implore de Dios la gracia de observar y proseguir en esto á que se ha servido llamarme, á fin de que después de la carrera de esta vida gocemos de él todos reunidos en el cielo, donde aguarda á los suyos con tanta ansia.

Roma, á 11 de Diciembre 1587.”²

¹ Véase más abajo en el libro tercero, al fin del capítulo 2º

² *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 28.

Con la profesión de estos primeros votos, Luis entró en la segunda de las diversas clases que forma la Compañía, á saber en la de los Escolásticos ó Estudiantes, que si bien pertenecen á ella en calidad de verdaderos religiosos, no han alcanzado todavía en ella ningún grado definitivo, por lo mismo que aun no han salido del estado preparativo. La ocupación peculiar á los que se hallan en esta fase consiste, aparte del aprovechamiento serio en la virtud, en prepararse al Sacerdocio mediante la adquisición de los conocimientos necesarios.

Luis dió el más hermoso ejemplo por uno y otro lado. Hasta el otoño del año 1587, se aplicó todavía á los estudios de filosofía á los que había vuelto en Nápoles. En este ramo del saber mostró tan eximia aptitud, que el P. Pablo Valle y el Superior del Colegio le confiaron la defensa pública y solemne de las tesis de toda la filosofía. La disputa había de verificarse, para mayor solemnidad, en el gran paraninfo y en presencia de los Cardenales Escipión Gonzaga, Della Rovere y Vicente Lauro así como de otros Prelados y señores. Grande fué el pesar de Luis de que á él precisamente se le hiciese la honra de la defensa de las tesis, pero aun más sintió que el acto hubiese de verificarse con más solemnidad que de costumbre. Intentó pues substraerse á tal distinción. Pero cuando fueron inútiles cuantos ruegos hizo á los Superiores¹, su amor á la humildad echó por otro camino; pues preguntó al P. Mucio de Angelis si no le estaba permitido ofrecer de adrede una ventaja á su opositor. Pero disuadiéndole el Padre de la idea, Luis se dió al fin por contento. Un Doctor que atacó las tesis, tuvo la desgracia de decir en el exordio con que daba principio á su oposición, algunas palabras lisonjeras sobre la elevada alcurnia del defensor,

¹ *Bolland.*, p. 982 B.

que confundieron y pusieron de color de escarlata á éste, de suerte que todos los presentes, y en particular el Cardenal Lauro, sintieron la más viva compasión de él. Luis mismo dió á entender su indignación al Doctor, refutando sus objeciones con menos suavidad de la que se esperaba de la dulzura ordinaria de su carácter. El éxito brillante de la disputa valió á Luis elogios de cuantos la presenciaron, maravillándose los Cardenales de que hubiese aprovechado tanto en las ciencias con estar tan delicado de salud ¹.

En el otoño de 1587, Luis pasó á los estudios teológicos, teniendo por maestros en ellos á los Padres Agustín y Benedicto Giustiniani, naturales de Génova, á los españoles Gabriel Vásquez y Juan Azor, nombres de reconocida fama en las ciencias eclesiásticas. También en este ramo, Luis hizo gala de un ingenio de nada común lucidez y penetración, de fácil comprensión y juicio maduro, de modo que los maestros confesaron que solamente á causa de Luis habían tenido que andar alerta y apercebirse bien para tener pronta la respuesta á todas sus preguntas. Con los debidos intervalos, Luis recibió también durante los meses de Febrero y Marzo de 1588, las órdenes menores, ingresando en las filas de los clérigos. Éste fué otro paso que dió para salir del mundo y entrar en el Santuario de la Iglesia, y un nuevo acicate que le estimulaba á aprovechar en la virtud.

Hay virtudes que por convenir en particular á los escolares de la Compañía, pueden ser llamadas virtudes escolásticas. Luis no careció de ninguna de ellas.

Es la primera de estas virtudes la aplicación seria y perseverante al estudio. Luis no estudiaba muchas cosas ni todo á la vez, sino ante todo las lecciones de sus maes-

¹ *Bolland.*, p. 1025 C.

tros y S^o Tomás por la claridad y seguridad de su método. No gustaba de nuevas opiniones de escuela, que discrepaban de la tradición. Jamás dejaba sin resolver una dificultad. Sobre las que no acertaba á orillar por sí solo, iba á preguntar á los maestros á sus celdas ó las proponía en clase, valiéndose al efecto siempre de la lengua latina y alejándose en cuanto se le había satisfecho. Un día el P. Giustiniani le había dado á leer una página de la obra de S. Agustín sobre la perseverancia. Luis no leyó una línea más allá del pasaje que el maestro le había señalado con el dedo á pesar de que á la vuelta de la hoja diez líneas más versaban sobre la misma materia, lo cual el maestro no había echado de ver.

Hacia los maestros, Luis era la humildad y docilidad misma. Jamás se cubría en su presencia hasta que se lo mandaban, jamás disentía de sus opiniones, jamás se quejaba de que hablasen con demasiada lentitud ó prisa. Siempre los nombraba con el mayor respeto.

Para con sus condiscípulos, Luis era extremadamente modesto y oficioso. Gustábale disputar, y lo hacía con agudeza y seriedad, pero sin faltar nunca á la modestia, sin levantar la voz ni emplear palabras desabridas, sin interrumpir tampoco á nadie, dejando á cada uno tiempo para apurar sus razones y expresando gustoso su conformidad con ellas cuando le satisfacían los argumentos de su contrario. Brindábase también al Superior para hacer las veces de otro en una disputa, si sabía que con ello podía dar gusto á alguien.

Ya que Luis estaba tan débil y no acostumbrado á tomar apuntes completos de las lecciones en los colegios, los Superiores habían dispuesto que un copista hiciese este trabajo por él. Por modestia y amor á la pobreza, Luis vió de remover la causa de esta disposición, ora haciendo que aquél no apuntase más que lo estrictamente necesario,

ora anotando él mismo en las lecciones lo que le parecía más preciso y completándolo más tarde con auxilio de los cuadernos de los otros. Pues opinaba que los pobres no debían gastar dinero sino por lo más imprescindible, y en cuanto á esto no le hizo mudar de opinión tampoco el que su madre sufragaba gustosísima los dispendios así ocasionados. Prestaba sus cuadernos y escritos á quien quiera que se los pedía, de muy buen grado, y nunca los reclamaba; de modo que había que tener cuidado de devolvérselos sin esperar aviso. No toleraba en su cuarto libros que no le hacían falta, ni le pesaba, por amor á la pobreza, tener que ir á la biblioteca á pedir los que necesitaba con alguna frecuencia. Por fin, no poseía ya más que una Biblia y la Suma de S^{to} Tomás. Mas cuando oyó que un condiscípulo no tenía ningún S^{to} Tomás, suplicó á los Superiores que le permitiesen cederle el suyo porque tenía bastante con el de su compañero de cuarto. El celo con que estudiaba no le impedía tampoco hacer frecuentes visitas al Santísimo Sacramento del Altar, sobre todo antes de ir á clase, desempeñar los ministerios más bajos de la casa y dar de comer á los pobres á la puerta del Colegio ¹.

Tan amable ejemplo de virtud no podía menos de excitar á la emulación. Los maestros le señalaban como á modelo de santidad. Hasta los alumnos que venían de fuera á asistir á los cursos del Colegio, gustaban de observarle durante las lecciones y no pocas veces se paraban en los vestíbulos para verle pasar y edificarse con su modestia. El verle andar con tanto recato y el ejemplo de su mansedumbre, humildad y devoción los volvía piadosos á ellos mismos, acompañándoles su imagen á todas partes durante días enteros ². Dondequiera que se presentaba, imponía en seguida á todos el recogimiento y la seriedad, porque sa-

¹ *Bolland.*, p. 982 F.

² *Bolland.*, p. 980 F. 982 D, E, F.

bía elevar pronto los corazones á Dios por sus dulces pláticas espirituales. Á menudo daba breves conferencias espirituales en las reuniones de la Congregación Mariana, donde los estudiantes le escuchaban como á un Santo ¹. El P. Mucio Vitelleschi, General de la Compañía de Jesús que fué más adelante, y que había sido testigo de su santa vida, dijo que entonces había pensado que S^{to} Tomás debía de haber vivido así como Luis, lleno de sabiduría y santidad.

De esta manera, Luis supo hermanar el afán de la virtud con el anhelo de la ciencia, de suerte que esto no perjudicaba á aquello, sino que al contrario, lo uno aprovechaba de lo otro. Quería ser, no solamente alumno de la ciencia del mundo y de Dios, sino también alumno de la ciencia de los Santos. Si es hermosa y sublime la corona del saber, más lo es la diadema de aquella sabiduría cuyas flores no se marchitan, hechas inmarcesibles por la luz de la inmortalidad. “Y si tuviese el don de la profecía y supiese todos los misterios y toda ciencia, y no poseyese el amor, no soy nada” (I ad Corint. 13, 2).

9. El maestro de la ciencia de los Santos. La humildad.

Luis no fué ya empero, alumno, sino maestro de la ciencia de los Santos. La ciencia de los Santos consiste en la caridad; mas la caridad tiene como reina que es, servidoras, que son las virtudes. De ellas necesita para su protección y gala y como instrumento de acciones santas. Cómo Luis aspiró á la perfección, sabiduría y ciencia de los Santos, y en particular á aquel fundamento de todas las virtudes, nos lo dicen sus apuntes.

¹ *Bolland.*, p. 982 D.

“Ante todo debes decirte, escribe, que estando creado para Dios, estás obligado á vivir para él, porque él te ha creado, redimido y llamado á la religión, de lo cual se sigue que debes abstenerte no sólo de toda acción *mala*, sino también de toda obra *indiferente ó inútil*; antes, para aproximarte más y más á Dios, debes procurar con todo celo que cada una de tus obras internas ó externas proceda de la virtud. Luego para regular más en particular tu marcha por el camino recto de Dios, afirmate en estos tres principios:

“1º Has de considerar que así como todos los miembros de la Compañía de Jesús, tú en particular has sido llamado á pelear bajo la bandera de Cristo y de los Santos, de lo cual se sigue que debes apreciar toda obra, toda ocupación y ejercicio solamente en cuanto corresponda á esta tu misión, buscando y rehuyendo por tu parte solamente aquello que es conforme al ejemplo de Cristo y de los Santos y en cuanto lo es. Para lograr esto, has de tratar con empeño de familiarizarte con la vida de Cristo y sus acciones mediante la meditación y la lectura diligente y atenta de la vida de los Santos.

“2º El segundo principio útil para regular tus deseos sea éste: Llevarás una vida de religión y vida espiritual en cuanto que te dejes guiar en tu interior por respetos eternos (*secundum rationes aeternas*) y no por consideraciones temporales (*secundum rationes temporales*), de tal suerte que cuando amares ó apetecieres algo ó te holgares de alguna cosa, sea por motivos sobrenaturales, y asimismo cuando aborrecieres ó despreciases algo. Deberás estar persuadido de que en esto cabalmente consiste la esencia de una persona clerical.

“3º Sea el tercer principio éste: Ya que el demonio te tienta más con pensamientos de vanidad y presunción por ser éste el lado más flaco de tu alma, debes al contrario,

poner la más seria y más constante atención en resistir á estas tentaciones con humildad y desprecio tanto interior como exterior de ti propio. Para alcanzar este fin, debes prescribirte para tu uso particular algunas reglas que te ayuden en el empeño de adquirir esta virtud, y tales como las puedes colegir de la doctrina de Jesucristo y ver probadas por la experiencia.”

Léense á continuación dos reglas provechosas para adelantar en la virtud de la humildad.

“El primer medio consiste en pensar que si bien esta virtud cuadra muy particularmente al hombre á causa de su bajeza, pero *non oritur in terra nostra* (no es producto de nuestra tierra), sino que la debe implorar del cielo, *ab illo a quo est omne datum optimum et omne donum perfectum* (de aquel de quien viene toda dádiva buena y todo don perfecto). Luego aunque eres orgulloso, fuéstrate á pedir la virtud de la humildad á la Majestad de Dios, como de su primera fuente, con la mayor humildad de que seas capaz, y hazlo por la intercesión y los merecimientos de la profundísima humildad de Jesucristo, el cual *cum in forma Dei esset, exinanivit semetipsum, formam servi accipiens* (como fuese Dios, se rebajó á sí propio, vistiendo forma de siervo).

“El segundo medio consiste en el recurso á la intercesión de aquellos Santos que han despuntado más que otros por esta virtud.

“Piensa por tanto primero: Así como los Santos, cuando todavía estaban en la tierra, merecieron esta virtud particularmente en tan alto grado, estarán ahora colmados en modo muy singular, de dignidad y mérito en el cielo (donde son aún mucho más gratos á Dios que lo eran jamás en la tierra). Luego como ya no necesitan de humillarse por sí mismos, puesto que ya han alcanzado las alturas del cielo por este camino, suplícales que impetren ahora de Dios por ti esta virtud de la humildad.

“Piensa en segundo lugar: Así como en la tierra cada uno procura favorecer á aquellos que se esfuerzan por distinguirse en la profesión en la que él mismo se ha señalado; como, por ejemplo, un gran capitán recomendará en la corte del rey particularmente á los que se dedican á la carrera militar; un gran sabio ayudará principalmente á aquellos que se consagran á las ciencias; un gran arquitecto ó matemático preferirá á los que se aplican á la arquitectura ó á las matemáticas; así en el cielo los que se hayan distinguido en la tierra por una virtud más que por otras, cuidarán y se compadecerán del mismo modo más de aquellos que trabajan más y acuden á su intercesión para adquirir esta virtud. Mediante esta reflexión has de alentarte á tomar tu refugio particularmente de la Santísima Virgen y Madre de Dios, como de la que más se ha distinguido entre las meras criaturas por la humildad. Después recurre entre los Apóstoles á S. Pedro, que decía de sí mismo: *‘Exi a me, Domine, quia homo peccator sum’* — ‘Señor, vete de mí, que soy hombre pecador’; y á S. Pablo, que con ser arrebatado hasta el tercer cielo, se tenía en tan poco, que decía: *‘Venit Jesus peccatores salvos facere, quorum primus ego sum’* — ‘Jesús vino á redimir á los pecadores, entre los que yo soy el primero’.

“El primero de estos dos pensamientos te ayudará á conocer cuánto pueden estos Santos con Dios para comunicarte esta virtud; y el segundo, no solamente cuánto pueden, sino también qué prontos están para hacerlo.”¹

Así discurría Luis sobre la humildad, así aspiraba á ella con corazón sincero, ejerciéndola de tres maneras particularmente.

¹ Conf. *Cepari*, Edición de 1862 (Apéndice), p. 469. Para reflejar fielmente el acento de los escritos del Santo, hemos conservado en latín aun en la traducción aquellos pasajes que se encuentran en este idioma en el original italiano. También en sus cartas, el Santo gustaba de poner en latín á menudo partes enteras de la oración.

Lo primero, quería ser llamado á todo precio y desaparecer por completo. Por este motivo, nunca hablaba de sí mismo, de sus dotes naturales ni sobrenaturales. Huía como del fuego de toda mención de su antigua condición y jerarquía. El doctor Zucchi, médico de S. S., cometió la imprudencia, una vez que visitó á Luis, de mentar con alguna palabra la nobleza de su origen, de lo cual Luis se sonrojó como de una humillación, diciendo que no era más que un pobre religioso y no ya lo que había sido antes. De los dos Cardenales de la familia de los Gonzagas hablaba tan poco como si nada tuvieran que ver con él. Pero como quiera que de vez en cuando era forzoso aludir á su origen, sentía en el alma haber nacido de linaje más ilustre que otros. En general, se dolía mucho de que alguna vez se dedicase atención á su persona ó de cualquier modo se hiciese caso de él. Así de vergüenza le subieron los colores á la cara cuando el P. Piatti elogió públicamente la oración que pronunció en la fiesta de La Candelaria. Empeñado en desaparecer por completo, huía toda exención que pudiese atraer sobre él las miradas de sus Hermanos de religión. Por esta causa no quiso tampoco sentarse á la mesa destinada para los enfermos y convalecientes, y cuando se le quiso dar por compañero de cuarto á un teólogo, mientras él cursaba aún filosofía, lo tuvo por una excepción indebida. Mucho menos consentía que hubiese de tener un cuarto por sí solo como enfermo que era.

En segundo lugar, Luis escogía siempre lo más modesto y ruin para sí y su uso. En cuanto tenía libertad para ello, se juntaba más con los hermanos legos que con los estudiantes y profesores¹. Muchas veces acompañaba al mercado al comprador, haciéndole ir á su derecha, hasta que el Superior le prohibió dispensar este honor á un seglar.

¹ *Bolland.*, p. 986 A.

Por anticipado, ya había solicitado el favor de enseñar la clase más baja de gramática en cuanto hubiese cumplido los estudios teológicos, y de desempeñar en el Colegio un cargo de inspector, porque sabía que como tal sería el criado de todos. Entonces ya se hizo tal criado de todos en la casa, trabajando en varios días de la semana en la cocina, repartiendo la comida á los pobres, barriendo las piezas y ejerciendo durante años enteros de lamparero ¹.

En tercer lugar, Luis buscaba con seriedad ocasiones en que pudiera humillarse. Ante el P. Rector, rebajó tanto sus conocimientos de la lengua latina, que éste le dió un compañero de cuarto que le examinase en latín y le enseñase lo que aparentaba ignorar. Á menudo se apostó al portal del Instituto pidiendo limosnas por los pobres á los alumnos que entraban y salían. Cuando iba á la calle para pedir limosna, llevaba un sombrero y un manteo á cual más ruines ². Siempre que se le veía andar por la casa con el quitapolvos ó el escobón de telarañas, se podía estar seguro de que estaba en ella alguno de sus parientes ú otro caballero ilustre ³.

Las ideas del Santo sobre la humildad son las más exactas y profundas. La humildad es la virtud que nos retrae de tenernos en más de lo que valemos y de querer ser y emprender más de lo que somos y podemos. Para esto, es imprescindible que nos conozcamos bien á nosotros mismos. Luego el conocimiento de sí propio es un requisito necesario de la humildad. Enséñanos empero el conocimiento de nosotros mismos á la luz de nuestro origen, que como criaturas que somos, no somos ni podemos nada por nosotros, de modo natural y sobrenatural, sino pecado. De aquí se infiere que debemos tenernos en muy poco, no atri-

¹ *Bolland.*, p. 895 C.

² *Bolland.*, p. 985 E, F.

³ *Bolland.*, p. 986 D.

buir nada á nuestro mérito ni gloriarnos de nada; al contrario, está muy puesto en razón que no se haga caso de nosotros y desaparezcamos en cuanto sea posible; y aun bueno es que nos hagamos despreciables con nuestros defectos naturales y sobrenaturales, para que los demás no nos estimen más de lo que nosotros mismos nos estimamos. La humildad no es más que verdad. Por esta razón, cuando Luis y los otros Santos procuraban ser menospreciados, no hacían más que obrar según el conocimiento de sí propios, procediendo con lógica y amor á la verdad.

De la esencia de la humildad se deduce también su importancia para la vida espiritual. Conociéndonos á nosotros mismos cuales somos, y aplicando este conocimiento á nuestras obras, nos colocamos en el puesto que nos corresponde en verdad y establecemos con Dios y nuestros prójimos las relaciones adecuadas á nuestra condición de criaturas. Destituídos de humildad, ocupamos un lugar que no es nuestro, no podemos conocer quiénes somos nosotros ni por consiguiente qué debemos á los demás, y somos incapaces de dar al prójimo ni á Dios aquello á que tienen derecho. Los efectos de la humildad son por tanto, tranquilidad de corazón, contento, paz con Dios y los hombres y la virtud de ser agradables á sus ojos. Esto trae á su vez por consecuencia, que Dios da su gracia á los humildes, en tanto que resiste á los orgullosos y les retira su gracia, condición irremisible de toda bienandanza espiritual. En este doble sentido, la humildad es en efecto el fundamento de la vida espiritual y el camino más llano y la preparación más provechosa para que salgamos airoso de las empresas más dificultosas y sublimes que jamás se han realizado en la lucha por la virtud. Porque la humildad es amor de Dios, llevado hasta el odio de sí mismo, á la par que el orgullo es amor propio llevado hasta el odio de Dios.

10. Oro puro de la obediencia.

VIRTUD afin á la humildad es la obediencia; pues la humildad no es al fin otra cosa que sumisión hacia Dios y todos los que le representan. La obediencia es la que nos hace dóciles á los mandatos de los Superiores.

No cabe hablar de que Luis se haya descuidado en la cosa más leve por lo que toca al deber de la obediencia. Era su genio tan flexible por naturaleza, y tan lleno estaba del espíritu de Dios que no parecía ofrecérsele dificultad alguna en el ejercicio de esta virtud. Al contrario, obedecía con tanta facilidad y gusto hasta á los Superiores de categoría inferior, que todos eran de parecer que con nada se le podía dar más gusto que con darle órdenes. Á lo sumo, cuando los Superiores trataban de poner coto á su celo de penitencia externa, era posible que surgiese en él un asomo de renitencia. Pero con rigor increíble cuidaba de ahogar todo movimiento semejante antes de que cobrase fuerza. De esta suerte, era todo obediencia, con el cuerpo y el alma, con el entendimiento, la voluntad y el afecto. Mostraba esta obediencia no solamente cuando iban de por medio encargos y deseos de sus Superiores, sino también con respecto á las reglas, como que asimismo pedían obediencia, siendo á modo de órdenes impresas de los Superiores. Ni él mismo ni otros recordaban que jamás se hubiese apartado un punto de la regla. El desviarse de ella aun en la materia más liviana le parecía ser un mal tan pernicioso, que ninguna consideración á cualquier persona que fuese, era parte á hacerle incurrir en falta tan enorme. Hasta había á quien parecía exagerado su temor de cometerla. En una visita que una vez hizo al Cardenal Della Rovere, éste le convidó á su mesa. Luis contestó que había una regla que se lo vedaba, y se fué. En adelante, el Cardenal añadía á todo lo que proponía á Luis, la cláu-

sula: "si no hay una regla que lo prohíbe". Un día, su compañero de cuarto, á quien se le acabó el papel al escribir cartas, le pidió un pliego. No pudiéndose determinar Luis en el primer momento si se lo debía dar ó no, fué á pedir permiso al Superior y, habiéndolo obtenido, dió el pliego á su compañero de muy buen grado. Quien sabe darse una molestia por la obediencia, muestra que la toma á pechos. Luis no acostumbraba, humilde como era, disculparse por las faltas con que le daban en rostro; pero una sola vez creyó deber de hacerlo. Un Padre le había advertido que faltaba á la obediencia si dañase á su salud por sus obras de penitencia. Entonces respondió muy tranquilo, pero también muy firme: que no hacía más de lo que se le permitía; siempre era lícito pedir permiso á los Superiores, á quienes tocaba concederlo ó negarlo.

La perfecta obediencia nacía en Luis de la más arraigada convicción de que el Superior hace veces de Dios y como vicario de Dios comunica las órdenes de éste á los que le están subordinados, acatando de este modo la voluntad de Dios en la de los Superiores. Dios, decía, no nos manifiesta su voluntad por modo directo y personal, sino mediante sus representantes; así como en la corte todos se conforman con la voluntad del príncipe, ora se la comunique un gentilhombre ora un lacayo, en la religión es menester cumplir la voluntad de Dios con respeto y alegría tal como se nos manifiesta en las órdenes de los Superiores. Por esta razón no miraba nunca á los talentos naturales de quien le mandaba ni preguntaba nunca por la causa del mandato. De esta suerte, opinaba, se obedecía mucho más alegre y fielmente, apropiándose la virtud de la obediencia como es razón y adquiriendo un título á ser premiado por ella en la gloria, mientras que sin esta mira puesta en Dios, la obediencia es tan vil como la esclavitud; los Superiores no podían de ninguna manera mostrar más confianza al

inferior que diciéndole simplemente y sin alegar razones naturales, que así era la voluntad de Dios y que lo hiciese por amor de Dios. Luis observó también que en el cumplimiento leal de las órdenes de los Superiores, había experimentado en sí una acción singular de la Providencia, porque algunas veces los Superiores le habían ordenado lo que no se había atrevido á pedir por temor de faltar á la obediencia misma. Es que la obediencia tiene virtud de deseo con Dios.

En verdad que es obediencia hermosa y perfecta la que ejerció Luis. ¡Ojalá que todos los que aspiran á la perfección tengan tanto empeño en alcanzarla en esta virtud cuanta es su importancia y necesidad para la vida espiritual!

Dos son las razones por las que tan pocos aciertan á ejercer la obediencia con perfección magistral. Es la primera la de que no se la estima como merece. La obediencia es el voto más perfecto y el sacrificio más valioso que podemos ofrecer á Dios. La materia de este sacrificio y voto no es ningún bien externo ó físico del hombre, sino el que lleva más adentro en su corazón y la alhaja que tiene en más estima, y es la voluntad y la libre disposición de sí propio. Ésta es la que el religioso sacrifica, no á Dios directamente, sino á un hombre que lo representa, á causa de Dios. Cada uno puede echar de ver así cuán sublimes virtudes se ejercitan en la obediencia, ante todo la negación de sí propio, la humildad y la confianza en Dios. Nada glorifica tanto á Dios ni nada une al hombre y Dios con tan estrecho lazo como la obediencia; porque ya no manda en el hombre su propia voluntad, sino la santa voluntad de su Criador. — La segunda razón por la que suele ser tan difícil la obediencia perfecta, consiste en que al ejercerla no se pone los ojos tanto en Dios como en cosas naturales y en sí mismo, con lo cual se quita todo valor á la obediencia y es de recelar que no se persevere en ella. Así como á nadie

envilece el que se someta á un hombre á causa de Dios, cada uno se rebaja cuando se subordina á otro á causa del hombre. El que no quisiera obedecer sino al Superior sabio, afable, riguroso y liberal ó no pusiere gustoso manos á la obra sino cuando se le mandan cosas que le agradan y prometen darle honra y gloria por su grandeza, no sabe pizca de lo que es la obediencia verdadera. Dios que siempre es igual á sí mismo y siempre dueño y señor nuestro, quiere también que le obedezcamos siempre de igual modo y con la misma alegría; porque Él es quien manda, y Él nos dará el galardón de nuestro servicio.

11. El amante de la pobreza.

CUANDO todavía no había abandonado el mundo, Luis amaba la pobreza tanto, que no podía esperar el día en que fuese su patria el convento, casa de la pobreza. ¡Cómo pues no había de amar la pobreza cuando por fin era ya su patrimonio para siempre!

Una vez que Luis tenía que decir un sermón, según es costumbre en la Compañía de Jesús, en el refectorio en presencia de todos sus Hermanos allí congregados, no supo encontrar mejor materia que la alabanza de la santa pobreza, aunque era la fiesta de Todos los Santos. Dice el orador "que no sin razón misteriosa está puesta por primera de todas las bienaventuranzas la de *los pobres de espíritu, que de ellos será el reino de los cielos*. Porque esta bienaventuranza es como el fundamento de la nueva ciudad de Dios que Cristo quiere enseñarnos á edificar, por lo cual ella sola ha de ser el objeto de su discurso, de suerte que responda á estas dos preguntas: 1.^a ¿Por qué la ha puesto Cristo en el primer lugar? 2.^a ¿Por qué motivos debemos

nosotros abrazarla?" En confirmación de la primera parte, Luis aduce toda una serie de textos de los Padres y sentencias de los Santos: Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Buenaventura, Francisco y Catalina de Sena, los cuales tratan todos de la importancia fundamental de la pobreza. En la segunda parte ensalza los efectos de la pobreza. "Todo cuanto se llame bueno, todo cuanto sea útil, agradable y honesto, es propio de la pobreza de espíritu; y aun está contenido en ella con tanta abundancia que no hay nada más útil, amable y conveniente que esta santa pobreza." Mas no quiere poner de relieve más que uno de los bienes que proporciona la pobreza, y es que nos asegura el reino de los cielos. "Invoco aquello que dice S. Agustín: *Grande es la dicha de los cristianos, que la pobreza sea para ellos el precio á que compran el cielo. ¿Quieres saber cuán preciosa sea la pobreza? Pues vale el cielo. ¿Qué tesoros tienen tal valor como los que están reservados á la pobreza?* No obstante, ¿de qué nos serviría haber adquirido un tesoro valioso ó un dominio extenso en un país remoto, si después no podemos entrar en la posesión de nuestra propiedad ni disfrutar de sus ventajas? Que esto no nos suceda, hace la pobreza, desembarazándonos de todo lo que pudiera impedirnos llegar á nuestra patria." Pero no solamente es provechosa la pobreza, sino también amable y llena de consuelo, "tanto por la esperanza de los bienes eternos como á causa de la hacienda temporal á que renunciamos en la religión por amor de Cristo." En tercer lugar por fin, la pobreza es honrosa, primero porque agrada á Dios, segundo porque Cristo mismo la ha ejercitado. Para terminar su sermón, el orador exclama con S. Gregorio Nazianceno: "La pobreza es mi riqueza, en ella consiste toda mi gloria, y aun casi me enorgullece. Insultándome por ella mis enemigos, parece que no tienen que reprenderme otra cosa que el que sigo las huellas de Aquel que con ser rico se ha hecho

pobre á causa nuestra. ¡Ojalá pudiera tirar los harapos que todavía me cubren para verme aún menos embarazado por las malezas de este mundo que quisieran sujetar y retardar el paso de todo el que corre hacia Dios.”¹

En efecto, Luis ejerció la pobreza en grande escala. Nunca quería tener más que los otros, aborreciendo todo lo que llevaba algún viso de propiedad. No poseía siquiera lo que otros solían tener con permiso de los Superiores, por ejemplo, un reloj, una funda para guardar sus utensilios de escribir, un relicario ú otros objetos de devoción, ni aun para darlos de regalo á otros. Solamente dos imagencitas, que representaban la una á S^{ta} Catalina, la otra á S^{to} Tomás, decoraban su reclinatorio; en el breviario no tenía ninguna. Hasta cuando se le instaba á aceptar algún objeto de devoción con permiso de los Superiores, se negaba á tomarlo ó lo llevaba en seguida al Superior.

Holgábase de no poseer nada en el mundo y estar desasido de todo. La ropa y los enseres domésticos que se le designaban, los tenía todos por buenos, y nunca ponía reparo á ellos, sobre todo cuando estaban muy usados y ruines. Según la regla no esperaba tampoco recibir sino lo más ruin que había en la casa. Así es razón, decía; que si un pobre pide limosna en casa de un rico, debe de esperar que no se le dé lo mejor, sino lo usado y desechado. Repetidas veces Dios consintió que de esta manera fuese satisfecha su ansia de privaciones. Uno de sus condiscipulos cuenta que había tenido que ceder á Luis su sitio en la enfermería cuando éste cayó enfermo, mudándose en

¹ Conf. el discurso entero en *Cepari*, Edición de 1862 (Apéndice), p. 455 ss. — Es de interés particular en el sermón del Santo la circunstancia de que consta casi por entero de sentencias de Santos brevemente entrelazadas, prueba hermosa de la aplicación con que había leído sus obras.

cambio al cuarto que Luis había recibido de los Superiores á sus instancias. Mas ¡cuál había sido su asombro, cuando entró en aquella pieza! No tenía más que ocho pies de larga y ancha y era tan baja, que con la mano podía tocar al techo; no tenía ventana regular y no contenía más que una mísera cama con una manta de lana y un escritorio, sobre el cual estaba la Biblia. Al ver aquella desnudez, prosigue el condiscípulo de Luis, se había formado un alto concepto del amor de Luis á la pobreza; porque tiempos atrás había tenido ocasión de ver el castillo de Castiglione y las riquezas que aquél abandonó allí ¹. Era que Luis se consideraba como un pobre admitido en la casa por compasión, por lo cual todo le parecía muy bueno y hermoso para él ².

Esta pobreza era extrema aún en la religión, donde todos son pobres; era venerable por ser voluntaria y elegida y ejercitada por los móviles más nobles y sublimes, por amor al pobre Redentor del mundo y al reino de los cielos; era pobreza rica porque daba buen ejemplo y le enriquecía á él mismo con merecimientos innumerables; hacíale por fin hábil para todo lo bueno y grande, y le inundaba de raudales del más dulce consuelo. Dios mismo se había hecho el patrimonio pingüe de su pobreza.

12. La maestría de la mortificación.

La mortificación no es en esencia otra cosa que la fuerza moral que debemos emplear para ser y hacer lo que debemos ser y hacer. Debiendo extenderse al interior y al exterior del hombre, hay que distinguir la mortificación externa de la interna. Aquélla tiene por objeto la disci-

¹ *Bolland.*, p. 985 F. 989 E.

² *Bolland.*, p. 988 C.

plina de los sentidos, ésta tiende á regular las potencias espirituales del hombre. El fin de una y otra especie de mortificación es tener alejado ó apartar todo movimiento desordenado que pudiera impedirnos cumplir los mandamientos de Dios y los deberes peculiares á nuestro estado; cuando ha alcanzado cierto grado de perfección, hace que los mandamientos y deberes nos sean llevaderos y aun gratos, amortiguando las inclinaciones malas y enemigas de la virtud, con el largo ejercicio de las acciones opuestas, ó cuando menos quitándoles más y más su primera fuerza é intensidad.

Ninguna dificultad encontraba Luis en la mortificación del espíritu; antes, á fuerza de ejercitarla á todas horas, había conseguido que gozase de imperturbable quietud de alma y de parte de sus pasiones no experimentase resistencia alguna, sino que ellas mismas le sirviesen de instrumentos dóciles y fuertes para el servicio de Dios. Nadie le vió jamás alborotado de ira, enojo ó ligereza. Cuando se sorprendía en una falta, no se afligía en demasía, sino que se humillaba ante Dios, proponiéndose repararla en la confesión. Aquel á quien pesan demasiado sus faltas, decía, no se conoce á sí mismo ni sabe cuán flacos somos, obedeciendo en su pesadumbre tan sólo á su amor propio. Con gran solicitud cuidaba de indagar la raíz de sus pensamientos y deseos, á fin de ahogar en el germen todo desorden. En sus confesiones era breve, conciso, claro y libre de toda angustia; porque con la luz que Dios le daba, se conocía y penetraba todo. Gustábasele ser reconvenido por los Superiores en presencia de otros, y buscaba él mismo la ocasión de ser vituperado. Mas no bien notó que este proceder no le valía más que honra, desistió de él en seguida.

En cuanto á la mortificación del cuerpo, era insaciable hasta el postrer momento de su existencia. Negábase en

cuanto podía, todo reposo y comodidad y se vejaba con toda suerte de molestias y penitencias. Si la obediencia no hubiera tenido á raya su celo, es seguro que habría acertado su vida aun más de lo que lo hacía antes en realidad. Cuando los Superiores le negaban el permiso para los rigores con que pensaba darse tormento, procuraba suplirlos de otra manera, yendo á la iglesia, imponiéndose mortificaciones internas ú ofreciéndose para disputar en idiomas que no dominaba por completo. Las ideas que le guiaban en esto, las revelaba de vez en cuando en la conversación á sus Hermanos de religión, que á menudo le censuraban por su excesivo celo en los ejercicios de penitencia. Uno de ellos le advirtió que se maravillaba de que Luis tuviese por compatible con su conciencia el ir tan á menudo á molestar á los Superiores con semejantes súplicas. Respondió que conociendo bien cuán flacas eran sus fuerzas, dejaba á los Superiores que juzgasen de esta clase de deseos; algunas veces había creído desde luego que no le concederían lo que les iba á pedir, pero después se lo permitieron; lo menos que podía hacerse, era ofrecer á Dios el deseo en desquite del hecho. Algunas veces manifestaba semejantes deseos únicamente en orden de humillarse y aparentar que carecía de la prudencia necesaria para juzgar sus fuerzas con acierto, y que era hombre excéntrico¹. Un Hermano le dijo una vez, que no comprendía cómo, con ser tan discreto y entendido, pudiese obrar contra el consejo y parecer de tantos Padres sesudos y doctos, dándose tal suplicio. Luis no le dió la callada por respuesta. Dos clases de gentes, dijo, le daban este consejo; unos, que no lo observaban ellos mismos, y otros, que obraban según aconsejaban; prefería pues imitar los hechos de aquéllos á seguir el consejo de éstos, añadiendo que él era una barra de hierro tor-

¹ *Bolland.*, p. 990 D. 1023 E.

cida que era menester batir y enderezar á martillo; mientras uno era mozo, debía hacer un tantico más de lo preciso, ya que en la vejez se acababa esto de por sí; que si valía más la mortificación interna que la externa, no se debía por ejercer la una, descuidar la otra; que así habían procedido los Fundadores de Órdenes y los Santos, á quienes habían tenido que restringir antes que incitar. Contra la observación ya algo más seria, de que se arrepentiría de su obstinación en el lecho de muerte y tendría que expiarla en el Purgatorio, se defenderá solemnemente en otra ocasión. De todo esto se desprende cuán profundo y bien cimentado era el celo de Luis por la mortificación.

No ha habido Santo que ejerciese solamente la mortificación externa, pues no habría sido más que un faquir indio; pero tampoco hay ejemplo de ninguno que haya practicado solamente la mortificación interna, que tal sería un portento, un milagro nunca visto. Por desgracia, nuestra época menosprecia la mortificación, sobre todo la externa, creyéndose dispensados de las obras físicas de penitencia los unos por falta de salud y los otros por sobra de trabajo y tribulaciones. Es harto cierto que somos ya una generación decrepita y enervada; y también lo es que es preferible mortificar el alma que el cuerpo. Mas no se sigue de aquí que tengamos licencia para dejar por completo de mortificar los sentidos; sino que cada uno debe hacer en esto lo que sus fuerzas le parecen permitir ante Dios ó le consiente un piadoso director de almas. Abandonar del todo la penitencia corporal, no cuadra bien al espíritu del cristianismo, antes es puro naturalismo, orgullo, sensualidad y pereza. No podemos huir de nuestra sombra ni de nuestras pasiones. Muchas de nuestras dificultades proceden de la carne que se rebela contra el espíritu. Las almas inocentes son fuertes en la mortificación física por amor de Dios y de su aprovechamiento espiritual. La caridad y la alegría

de espíritu no viven sino del sacrificio. Mas quien ha pecado mucho, debe mortificarse más que ningún otro para recobrar la fuerza y libertad perdidas y dar satisfacción á Dios á quien ha ofendido. El poder del sacrificio lo consigue todo de Dios y lo restaura todo desde que Nuestro Señor ha restaurado la paz por su sangre (Col. 1, 20).

13. La acolada de la perfección, el amor.

FACIL es considerar cuán ardiente debe de haber sido el amor en el corazón de S. Luis, puesto que Dios desea tan de veras comunicarse á sus criaturas y Luis removi6 tan generoso todos los obstáculos que se opondrían á su unión con el Criador, é hizo tan susceptible de ella á su corazón. Por supuesto, en adelante ya no tendrá siquiera que atender á los trabajos preliminares al amor, cuales son el desasimiento de las criaturas, el evitar el pecado y el cumplimiento gustoso de la voluntad de Dios, ni aun los padecimientos por más que son recurso capital del amor. Toda esta obra ya la tiene hecha y terminada Luis, y le resta sólo tomar el último vuelo del amor y reposar lleno de consuelo en el seno del bien supremo.

Su amor de Dios se manifestó ante todo en el ejercicio infatigable de la oración. Además de los ejercicios espirituales de S. Ignacio que tenía que hacer todos los años, y que son como una permanencia, colmada de mercedes, ante la faz de Dios, patria de nuestras almas, Roma le ofrecía múltiples ocasiones para ejercer la oración y toda clase de devoción. Cuando salía, hacía visitas ora á esta ora á aquella iglesia ó santuario, venerando las reliquias de los Santos, y no era fácil arrancarle de estos lugares. Muy á menudo se le veía en el templo de *Al Gesù* ante el altar

de la Virgen *della Strada*, á la cual llamaba su señora y madre con tanto amor y gozo y honraba cada día rezando el Rosario. Aun fuera de la oración, sus pensamientos estaban siempre con Dios, á quien sacrificaba todas sus obras y privaciones con el más puro amor. Muchas veces estaba tan abismado en Dios, que con ser tan atento de ordinario y corresponder á todo saludo con mucha cordialidad, no echaba de ver que se le saludaba al pasar, lo cual le valió no pocas reprensiones. Á menudo también su pálido semblante se coloraba visiblemente cuando oía hablar ó hablaba de Dios. Por último, su amor de Dios se reveló en las horas de recreo y las conversaciones, que no se referían sino á Dios y cosas espirituales. Cuando la conversación versaba sobre otro asunto, sabía con mucha habilidad volver á poner sobre el tapete alguna materia relativa á la vida espiritual, apurándola mientras duraba la recreación. Era cabalmente esta continua y estrecha unión con Dios la que iba consumiendo su tierna vida y dió lugar á que sus Superiores abreviasen el tiempo que dedicaba á la oración.

Compañera inseparable del amor de Dios es la caridad con el prójimo. Ambas son *una* virtud con dos objetos distintos y un solo motivo, que no es otro que Dios. Tan severo como Luis era consigo mismo, tan lleno de tierno amor se mostraba para con el prójimo. Habíase proporcionado permiso para visitar cada día á los enfermos del Colegio, consolarlos y distraerlos. Cuando su dolor de cabeza le impedía estudiar, se presentaba al enfermero, pres-tándose á todos los servicios con la mayor cortesía y amabilidad.

Pero más trataba aún de ser útil á la salud de las almas de sus prójimos. Ansiaba ardientemente el ser enviado á la Misión de paganos, y no habiendo por de pronto todavía sido ordenado de menores, procuraba á su modo aprovechar

á las almas. Complacíase mucho en explicar el Catecismo, tanto á los sirvientes del Colegio romano como, en el *Campo di Fiori* y en la plaza *Montanara*, á los labriegos, de los que afluía siempre allí gran multitud desde la montaña y la *campagna*. Subía en estos sitios al primer tinglado en el que un charlatán matasanos ó saltimbanqui acababan de lucir su ingenio ó destreza, y enseñaba la doctrina cristiana á la muchedumbre que se iba reuniendo alrededor del extraño púlpito. El Cardenal de Cusa pasó un día por la plaza *Montanara*, no sabiendo por qué había tanto gentío en torno del tinglado, hasta que se le dijo que era Fr. Gonzaga, quien predicaba allí. Ninguno de los catequistas llevó á los pies de los confesores á tantos pecadores arrepentidos como Luis.

Mas interesándose ante todo por el aprovechamiento de sus propios Hermanos de religión, trataba de conseguirlo particularmente mediante la plática espiritual. Había recibido del P. Rector el permiso de reunir alrededor suyo, á ciertas horas de días de asueto, á algunos Hermanos con quienes se entretenía solamente con pláticas sobre cosas espirituales, con exclusión de toda otra materia por más razonable que fuese. Cuando entraba en un corrillo de Hermanos de menos edad que él ó de otros á quienes conocía de más cerca, entonaba sin más preludeo la nota espiritual. Caso de estar presentes sacerdotes ó personas de categoría más alta, procuraba conseguir su fin dirigiéndoles preguntas sobre cosas espirituales, y tenía la satisfacción de que todos, para darle gusto, le complacían de la mejor gana. Cuando un joven Hermano pasaba del Noviciado al Colegio, Luis buscaba su trato, y deseoso de conservar en él el fervor del noviciado, le ofrecía para ello su ayuda y le designaba aquellos cuyo consejo pudiese serle provechoso. Siempre que notaba á alguien que no estaba tan celoso como debía de estar, se le allegaba durante algún tiempo procurando

reencender su fervor, pero abandonándole á sí mismo en cuanto percibía que había logrado su objeto, porque entendía que en la religión no convenían amistades particulares, sino que se debía tratar á todos sin distinción. Sabía también amoldarse al genio de otros y unir cierta moderada alegría con la seriedad del religioso.

Causan asombro los magníficos resultados que Luis obtuvo con sus esfuerzos y qué buen espíritu despertó en todos. Un testigo ocular refiere que habiendo entonces unos doscientos escolásticos de la Compañía en el Colegio romano, que según en ella es costumbre, se paseaban en ternas durante la recreación cotidiana después de la comida, en el jardín y los pasillos de la casa, se había podido estar seguro de no encontrar ninguna cuya conversación no versase acerca de una materia espiritual. Con particular celo se cultivaba la plática espiritual en la casa de campo durante las vacaciones, donde los jóvenes se reunían en el bosque ó en parajes sombríos para departir sobre lo que habían leído ó contemplado. Luis podía estimarse feliz y dar gracias á Dios, porque tan excelente espíritu era, después de la gracia de Dios, principalmente efecto de su trabajo y ejemplo.

Tal es el amor de Dios. No bien está enseñoreado verdaderamente de un corazón, pretende ganar á todo el mundo para Dios. No solamente abraza á Dios en sí, sino también en el hombre ó más bien al hombre en Dios, según aquello que dice S. Juan: "Quien no ama á su hermano á quien ve, ¿cómo puede amar á Dios á quien no ve?" (1 Juan 4, 20.) Ejercicio excelente de este amor de Dios y del prójimo es la plática sobre cosas espirituales, porque además de ser señal segura de que nuestro corazón está lleno de Dios, es un medio muy bueno para hacer medrar al prójimo en la vida espiritual, y tan fácil, que cada uno puede aplicarlo en todas partes. Luego ¿quién no había de emplearlo?

“Ser piadoso, puro é inmaculado ante Dios y el Padre es esto: visitar á viudas y huérfanos en su angustia y conservarse intacto ante este mundo” (Jac. 1, 27).

14. La paloma con el ramo de olivo.

HACIA ya dos años que Luis vivía en el Colegio romano y estaba á punto de comenzar el tercer año de sus estudios teológicos.

Era en Septiembre de 1589, y Luis moraba en tiempo de vacaciones con sus Hermanos de religión en la quinta de Frascati en los montes albanos, cuando un día llegó de Roma el P. Roberto Bellarmino trayéndole orden del P. General de volver sin tardanza á la ciudad y encaminarse de allí para Castiglione, donde le esperaba su familia.

El asunto que había motivado la orden del P. Aquaviva, era éste. Luis tenía dos tíos por parte de padre: Alfonso, margrave de Castel Giuffredi, y Horacio, señor de Solferino. Éste había muerto en Mantua, instituyendo heredero en su testamento á Vicente, duque de Mantua, aunque el señorío de Solferino debía recaer según derecho, por ser feudo imperial, en Rodolfo, hermano y sucesor de Luis. Á la primera noticia del fallecimiento del tío, Rodolfo había ocupado el castillo de Solferino con 300 armados. El duque de Mantua se apoyaba por su parte, en el testamento y hacía asimismo algunos aprestos de guerra. No obstante, se evitaron encuentros sangrientos, porque los adversarios convinieron en someter el pleito á la decisión del Emperador. Doña Marta, madre de Rodolfo y Luis, fué entonces con sus tres hijos menores á la corte de Praga para hacer valer sus derechos. En esta ocasión, Francisco, el mayor de ellos, niño de doce años, dirigió un discursito tan simpático al

Emperador, que éste tomó al instante cariño al diminuto orador y le retuvo á su lado en calidad de paje. Mandóse luego á un comisario imperial que administrase Solferino en nombre del Emperador hasta que éste pronunciase el fallo definitivo. La sentencia del Emperador fué favorable á Rodolfo, con lo cual el litigio habría estado terminado, si no se hubiesen ingerido en él terceros incompetentes y nada limpios, que á fuerza de llevar y traer chismes é instigar á unos y otros lograron revolverlo todo de tal manera, que el mal menor era el pleito á causa de Solferino. Hasta el archiduque Fernando, tío del Emperador Rodolfo, se esforzó en vano por restablecer la paz entre los dos príncipes desavenidos. Cuando las cosas estaban así, ocurrió á la vieja duquesa Leonor de Mantua y Doña Marta que no había persona más apta para apaciguar los ánimos que Luis, que había sido siempre muy caro al duque Vicente y tenía bastante influencia sobre Rodolfo. Doña Marta escribió en este sentido al P. Aquaviva á Roma. Luis estaba ya enterado del triste asunto desde el año anterior. Aun el 29 de Diciembre de 1588, había escrito á su madre, antes de su partida para Praga:

“Hace algunos días, recibí una carta de V. S^{ia}, por la cual me enteré de la contestación del duque de Mantua respecto del castillo de Solferino. Así como esta contestación le da á V. S^{ia} ocasión para ejercer el amor y solicitud de madre, me impone á mí el deber de implorar á S. D. M., que lleve este asunto á aquel término que sabe es el mejor, y que acompañe con su bendición á V. S^{ia} en todos sus trabajos actuales por esta causa. Ya que tiene en ese camino por guía á la Virgen, que hoy, en el día de los Inocentes, huyó á Egipto, me parece que no necesita de otro consuelo que contemplar á esta su guía. Porque para este fin quiso nuestro Redentor y su bendita Madre atravesar las aguas de la tribulación, que estas mismas

aguas fuesen dulcificadas por haber gustado de ellas aquellas personas. Á mí me va bien, gracias á Dios, y como con las fiestas de Navidad ha llegado el tiempo oportuno de la oración, me acordaré doblemente de V. S^{ia} en mis devociones, y ruego también á V. S^{ia} que lo haga por mí, quien tanto lo necesita. Otra cosa no he menester, por la gracia de Dios, encomendándome, para concluir, á V. S^{ia}”¹

Cuando había de ser mezclado aún más en el asunto y tomarlo á su propio cargo, por la carta de su madre al P. General, no se creyó muy favorecido, como es de suponer. Duplicaba sus oraciones y consultaba á su confesor, el P. Roberto Bellarmino, quien le dijo para disipar sus temores: “Luis, ve; entiendo que no se debe cesar de servir á Dios.” Por estas palabras Luis se juzgó bastante instruído y sintióse movido á tener por bueno y hacer con la más perfecta conformidad, lo que los Superiores le mandasen. Éstos acabaron en efecto, cediendo á las repetidas instancias del archiduque Fernando, por mandar el viaje á Luis, el cual se puso en camino después de un cuarto de hora de preparativos.

En una visita que antes de partir de Roma, hacía al Cardenal della Rovere, sufrió un ligero desmayo. El Cardenal aprovechó la ocasión para exhortarle á atender con más cuidado á su salud, á lo cual respondió Luis que en este punto ya era mucho lo que hacía. Por compañero de camino, los Superiores le dieron un hermano lego muy bueno y hábil, de nombre Jacobo Borlasca, el cual tenía encargo de velar sobre la salud de Luis y por este concepto había de tener sobre él la autoridad más absoluta. Muy de mañana, antes de la partida, el guardarropero trajo á Luis un par de botas altas para ir á caballo, observando que procedían también de un caballero muy prin-

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 32 s.

cipal. Al punto, Luis las encontró sospechosas, examinólas contra su costumbre, dudando si se las había de poner; pues recelaba que se las diese porque también él había sido un caballero principal. El hermano no tardó en caer en la cuenta de las dudas de Luis, volvió á llevarse las botas y le trajo otras, que le sentaron que ni hechas á medida; pero en verdad era el mismo par, sólo que el solapado hermano le había dado otro aire, alterando los pliegues del cuero. Varios Padres de mucha autoridad, instaron á Luis que llevase un parasol á causa de su pertinaz dolor de cabeza. Pero no fué posible hacérselo aceptar.

El 12 de Septiembre, partió en compañía del P. Bernardino Médicis, quien iba á explicar la Sagrada Escritura en Milán. En el viaje se conducía como de costumbre, y era cosa de ver cómo los mozos de caballos escuchaban con devoción sus pláticas espirituales y le veneraban como á un Santo. En Sena, donde se hospedó en la Casa de la Compañía, excusó todos los honores y atenciones extraordinarias que le pensaban hacer, porque le pareció que se guardaba miramientos á su anterior condición. Alegróse de volver á ver, después de tanto tiempo, á Florencia, cuna de su santidad. Allí mucho había cambiado entretanto. El gran duque Francisco y su segunda esposa Bianca Capello habían muerto ambos dentro de poco tiempo, sucediendo á su hermano en el gobierno del gran ducado, con permiso del Papa, el Cardenal Fernando Médicis, á quien Luis había visitado cuando llegó á Roma. Luis dejó á su compañero, P. Médicis, al lado de sus ilustres parientes, continuando su viaje á Boloña, donde se albergó en el Colegio de la Compañía. No bien hubo entrado en la casa, ya estaba conversando con sus habitantes sobre cosas espirituales. El Rector del Colegio quiso hacerle enseñar por el hermano sacristán Juan Angelo las bellezas y curiosidades de la ciudad, que las había muchas y magníficas en la que lla-

maban "docta y pingüe" Boloña. Mas Luis deseó ser llevado solamente á las iglesias principales y volvió á casa después de haber satisfecho su piedad. En la comarca de Ferrara, entre Mantua y Boloña, entró una noche en una posada, cuyo dueño no quiso darles más que una cama á él y su compañero porque debía reservar las demás camas para otros huéspedes distinguidos que todavía viniesen. Picado de esto algún tanto el hermano, preguntó por quiénes les tenía el huésped y si acaso eran mendigos. Luis contestó sosegándole: que en efecto no podían tomar á mal la opinión del huésped puesto que en realidad eran pobres. Pero como más tarde no parecieron los ilustres huéspedes, cada uno pudo acostarse en una cama aparte.

En Mantua, Luis se apresuró á ofrecer sus respetos á la duquesa madre Leonor, viuda por la muerte del duque Guillermo (14 de Agosto de 1587), y se entretuvo algún tiempo con ella, que estaba muy contenta de haber vuelto á verle. Aun antes de esta audiencia había escrito á su hermano Rodolfo:

"*¡Pax Christi!* Con la gracia de Dios he llegado á Mantua y estoy con mi hermano compañero en el Colegio de ésta, gracias á la hospitalidad de nuestros Padres. Si es posible, me presentaré hoy mismo para acelerar y llevar á cabo con la ayuda de Dios el consabido negocio. Helo puesto ante todo en las manos sacratísimas de Nuestro Señor y Redentor, quien según espero, puede conducirlo á buen término. Al anochecer mi hermano compañero y yo llegaremos á Castiglione y pasaremos la noche allí; por lo cual concluyo rogando que transmitas mis recomendaciones á la señora marquesa, nuestra madre, á quien beso las manos."¹

Al recibir esta noticia, Rodolfo envió en seguida un coche que trajese al hermano á Castiglione. Cuando llegaron

¹ *Ol. Jozzi, Lettere di S. L. G., p. 36.*

cerca de la villa, Luis hizo avisar al margrave por un hombre á quien encontró en el camino, que estaba allí con dos compañeros, el hermano lego y el P. Antonio Giunio, que iba camino de Brescia. El mensajero no tuvo, por supuesto, cosa más urgente que hacer, que propalar esta nueva en todo Castiglione, lo cual hizo que al entrar el coche en la ciudad todas las calles estuviesen atestadas de gente y todas las puertas y balcones ocupados de curiosos. El regocijo fué general. Resonaron salvas, repicaron las campanas, y de todos los modos imaginables el buen pueblo quiso manifestar á Luis su alegría y su respeto. Mas él estaba en medio de todos estos agasajos, lleno de vergüenza y confusión.

Al pie de la colina que llevaba en su cima el castillo, Rodolfo fué á su encuentro. Al bajar del coche Luis, se echó á sus plantas un hombre que habiendo cometido un delito, por el cual aguardaba ser castigado del margrave, aprovechó la oportuna ocasión de la llegada del hermano mayor para conseguir por su intercesión el indulto de su pena, que en efecto el margrave le concedió en el acto.

Estaba pues Luis otra vez en Castiglione, escena de su piadosa infancia y santa juventud, y volvió á ver los lugares en que había habitado, donde había orado, hecho penitencia y conquistado su vocación á costa de tantos trabajos. ¡Cuánto había cambiado en los cuatro años que desde su salida de Castiglione habían transcurrido! El padre estaba muerto y sepultado en la cripta del Convento de franciscanos en Mantua. En el círculo de los hermanos había muchos claros, pues la hermanita Isabel había pasado á otra vida en Madrid, y Francisco moraba lejos en la corte de Praga. Pero más que otra circunstancia alguna, debe de haber sorprendido y dado pena á Luis el no encontrar siquiera en el castillo á su madre por la noche, habiéndola hecho saludar y besar las manos á la mañana,

por su hermano Rodolfo. Por razones fundadas que mencionaremos más adelante, había desalojado el castillo y vivía en un palacio en la villa en compañía de sus dos hijitos menores. Á la hora de llegar Luis, estaba hasta á diez leguas de Castiglione, en S. Martín, pero acudió al día siguiente con sus dos hijos para recibir á su querido Luis en su palacio. Mas no le saludó como á hijo suyo con besos y abrazos, sino como á un Santo, de rodillas y la cabeza inclinada á tierra, llena de respeto. Todo el día lo pasó Luis en compañía del hermano lego, conversando con ella. Juzgando acertadamente que la madre no podría en su presencia tratar sin miramientos de los asuntos de familia, el hermano lego aprovechó la primera ocasión para retirarse. Cuando volvió después de algún tiempo, encontró á ambos, á la madre y al hijo, orando de rodillas. Por la noche, Luis preguntó á aquél por qué se había ido, á lo cual contestó que creía haber obrado según la intención de los Superiores, que le habían enviado tan lejos para que pudiese hablar con su señora madre sin ningún estorbo; que cuando estuviesen de visita otras señoras, ya vendría él á ocupar su puesto. Luis se dió por satisfecho.

Pasó varios días en Castiglione para ser informado por Rodolfo y la madre, sobre todos los extremos de la disensión con el duque de Mantua. Pero estos pocos días estuvieron llenos de los más hermosos ejemplos de virtud. Al salir no quería nunca servirse del coche que le seguía á todas partes; y siempre llevaba en la mano el sombrero para saludar hacia todos lados. Mucho le contrariaba y dolía oírse llamar por todos en el castillo V. S^{ia}. No permitía que le sirviese nadie, ni aún su compañero, si no era caso de extrema necesidad, soliendo esperar hasta que Dios inspiraba á alguien la idea de ayudarle. De haberlo consentido los Superiores, se habría alojado no en casa del hermano ni de la madre, sino en la del arcipreste.

Durante la estancia en Castiglione, la temperatura fué bajando, de manera que no bastaba ya á Luis la ropa de verano. Á pesar de esto, no quiso aceptar nada de la madre, sino que pidió algunas prendas usadas de invierno al P. Lorenzo Terpi, Rector del Colegio de Brescia. En vano le instó Doña Marta que aceptase cuando menos para sí y su compañero dos camisetas mantuanas de abrigo y alguna ropa blanca, que había confeccionado con su propia mano. No lo tomó hasta que el hermano le mandó aceptarlo y llevarlo como limosna. En el castillo de su padre, vivía modesto y recatado á modo de un extraño y pobre. Cuando tenía que hablar al margrave, siempre se hacía anunciar, esperando como los demás en la antesala. En la mesa del castillo, se dejaba servir como los otros; pero en casa de su madre no toleraba que le ofreciesen la copa en bandeja de plata, deseando vivir como en el convento. Cuando la madre le ofrecía algún manjar muy bueno y succulento, lo aceptaba agradeciendo la fineza, sin probarlo después. “¡Dios mío! dijo á su compañero, ¡qué mucho mejor estamos en casa! nuestras comidas sencillas me sientan mucho mejor que las que sirven aquí.” No sabía por otra parte nunca lo que había comido ó bebido porque había perdido todo gusto. En todo se servía él mismo; ni para ligar siquiera la fontanela que conforme á las prescripciones terapéuticas de aquel tiempo, mantenía en el brazo izquierdo, quería que el hermano le asistiese. Hacía su cama él mismo y tenía gusto en ayudar á hacer la suya al hermano hasta que los criados le ganaban por la mano. Cuanto se olvidaba á sí propio, tanto cuidaba de su compañero. Por la mañana meditaba una hora, oía una misa y rezaba el breviario del día, después de lo cual rezaba el Rosario en alta voz con el hermano. Siempre que podía, se retiraba para orar, y cada noche se reservaba tres horas para la oración; con la letanía de todos los Santos y el examen

de la conciencia terminaba el día. La madre tenía el placer de hablarle á menudo porque era más piadosa y necesitaba más de su consuelo. Cuando recibía la Sagrada Comunión los domingos ó días de fiesta, todos affluían para verle y edificarse con su devoción. El primer domingo, la iglesia estuvo tan llena de gente, que pensaba dirigirles una breve plática. Pero no lo hizo, porque quería cuidar primero de que la corte misma diese un buen ejemplo al pueblo.

El objeto de su presencia en Castiglione llevaba consigo el que hiciese muchas expediciones á Brescia, Mantua y otros lugares. Un día tuvo que ir á Castel Giuffredi, donde vivía su tío Alfonso. El margrave mandó algunos criados que le acompañasen; pero Luis los despidió fuera de Castiglione. El cochero erró entonces el camino, y Luis no llegó á casa de su tío hasta muy entrada la noche. Estando ya cerradas las puertas de la fortaleza, hubo otro bastante largo retraso á causa de las prolijas explicaciones que hubo que dar á los soldados de la guardia sobre las personas y los negocios de los viajeros.

Al fin, abrióse la puerta y se bajó el puente levadizo. Entonces se presentó á la vista de Luis una gran muchedumbre con hachas y velones, compuesta de soldados, nobles y criados, que escoltaron á Luis á través de la plaza hasta el castillo, donde el tío mismo salió á su encuentro con todas las muestras del más sincero regocijo y amor. Pronto se llevó á los recién venidos á sus aposentos, aderezados con fausto regio. Apenas quedaron solos, Luis exclamó al hermano lego: "¡Ay! mi querido hermano, ¡que Dios nos ayude! ¿Adónde hemos parado esta noche por culpa de nuestros pecados? Mira sólo ¡qué aposento, qué camas! ¡Cuánto mejor dormiríamos en nuestras pobres celdas y en nuestras pobres camas sin estos honores y comodidades!" Al día siguiente volvió ya á salir de allí, con el corazón

mucho más ligero. Habiéndose informado bastante sobre el estado de las cosas en Castiglione, fué á dar nuevos pasos cerca del duque de Mantua, albergándose allí en el Colegio de la Compañía. El Rector de este Colegio era á la sazón el P. Próspero Malavolta, el cual había sido recibido en la Compañía todavía por S. Ignacio mismo y por tanto conocía el verdadero espíritu de este gran Santo por su propio trato. Entonces volvió á ver á un Santo, llenándose del más alto respeto hacia la insigne virtud de su joven hermano de religión. Como expresión de este sentimiento debe considerarse el que encargó á Luis, aunque no era todavía sacerdote, de dar una instrucción casera á los hermanos congregados, cosa que se confía de ordinario solamente á los Superiores ó á Padres antiguos y experimentados. Los habitantes de la casa no pudieron tampoco después cansarse de encarecer los brillantes ejemplos de santidad, y en particular, la grande humildad, la modestia y la amable seriedad con que Luis los edificaba con sus obras y palabras, como si tuviera á Dios visiblemente delante de sí. Habían creído ver renacer en Luis á S. Carlos Borromeo, con el cual se dice tenía también algún parecido en el semblante.

Por fin, Luis procedió á terminar el asunto que le había traído, valiéndose del consejo y de la cooperación de Don Próspero y Don Fabio Gonzaga, primo éste del duque ¹. Al principio, no logró durante mucho tiempo hablar al duque; pues refiere á la madre, que esperaba con impaciencia noticias suyas:

“Envío al mensajero, pues veo que la audiencia cerca del señor Duque se va aplazando de un día á otro, porque el príncipe, á pesar de hallarse en su Estado, está continuamente de viaje entre Mantua y Marmirolo, de manera que, según Don Fabio me aseguró ayer, no ha tenido

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 37. — *Rittershusii Genealogiae, Duces Mantuae.*

hasta hoy ninguna horita libre en la que, según el parecer de Don Fabio, pudiese concederme una audiencia tranquila, como la importancia del asunto lo exige y el señor Duque mismo me lo había prometido. Por mi parte, no dejo de poner el cuidado que creo deber emplear en esta ocasión. Tengo además á Don Fabio por procurador y á Don Próspero por abogado. Pero no me atrevo ya á importunar é instar á éstos más de lo que ya hago, por no exponerme al peligro de ser exhortado á la paciencia por seculares á quienes debo yo predicársela á causa de mi estado. Doy parte á V. S^{ia} de todo esto y la ruego que entere de ello también á Don Alfonso, para que no quede más tiempo en dudas acerca de mi tardanza. En cuanto haya obtenido audiencia, mandaré aviso á V. S^{ia} y al señor tío.”¹

No fué, á la verdad, misión fácil ni agradable la que Luis tenía que llenar cerca del Duque, por lo cual á pesar de los poderosos intercesores, cuidaba ante todo de encomendar el asunto á Dios y de pensar á la faz de S. D. M. el modo como pudiese conseguir su objeto. El caso era que en el curso del litigio, el margrave había dicho muchas imprudencias, que fueron llevadas á oídos del Duque por hombres malvados, solícitos por otro lado, de inspirar á Rodolfo una seguridad falaz y de hacerle incauto. De esta manera, el Duque estaba muy irritado, sin que el margrave tratase de salir de su actitud intransigente buscando un avenimiento. En estas circunstancias, debía de ser muy difícil avistarse personalmente con el Duque. Al fin, á principios de Noviembre, Luis fué avisado de que el Duque le esperaba. La audiencia duró hora y media y tuvo un éxito tan feliz como no se había esperado. Según parece, Luis recurrió ante todo á la generosidad del Duque, suplicándole de rodillas por amor de Cristo que se reconciliase primero con

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 37 s.

su hermano Rodolfo; después sería fácil arreglarlo todo; su familia no había tenido jamás intención de ofenderle, creyendo solamente defender su derecho; pero desavenidos con él por el malhadado pleito, querían renunciar antes á Solferino que á la benevolencia y amistad del Duque; que permitiese también que Rodolfo mismo viniera á cederle el derecho del dominio que se disputaban. Tan cariñosas y humildes palabras ablandaron el corazón del Duque. Enternecido abrazó y besó á Luis, prometiéndole hacer todo lo que Luis juzgase conveniente, que en sus manos lo ponía todo. De esta manera, Luis había alcanzado más en hora y media que muchos parientes suyos en meses enteros. Por esta razón, varones ilustres aconsejaban al Duque que al menos al parecer difiriese algún tiempo la reconciliación, porque los señores que antes habían tratado de restablecer la paz, podrían resentirse de que Luis, con no ser al fin más que abogado de la causa de su hermano, hubiese conseguido más que todos ellos. El Duque empero, replicó á estos consejeros, que si cedía, lo hacía únicamente por consideración á Luis, lo cual deseaba esparcir á los cuatro vientos. Luis se hizo entonces dar una lista de todos los cargos que el Duque dirigía á Rodolfo é indujo á éste á contestar á cada uno de ellos. Enteramente satisfecho el Duque de la justificación de Rodolfo, Luis mismo pudo llevar á su hermano á la presencia de Don Vicente. El Duque estuvo muy condescendiente y bondadoso y retuvo en su casa á Rodolfo durante todo el día. También Luis fué convidado á la mesa ducal; pero volvió al Colegio. Invitado por el Duque á asistir cuando menos por la tarde á la comedia, se excusó sonriendo con la aversión de su compañero hacia el teatro. Todo el asunto quedó terminado con la cesión del señorío de Solferino, que el duque hizo á favor de Rodolfo ¹.

¹ *Bolland.*, p. 1000 C, E, F.

Luis trató con su usual humildad de atribuir el buen éxito de este negocio, después de Dios, á las gestiones de sus amigos. En una carta á Fabio Gonzaga dice:

“Gracias á Dios Nuestro Señor que en su eterno amor y misericordia se ha ya dignado llevar el prolijo y complicado asunto á un buen éxito por la intercesión de V. S^{ta}. Por esta obra, no solamente ha devuelto la paz á nuestra casa, sino también ha adquirido un gran mérito ante Dios, de quien he impetrado esta merced y le ruego recompense á V. S^{ta} en el cielo y le llene ya aquí abajo, según lo espero de Dios, de su consuelo en fianza de los bienes eternos.”¹

15. Un negocio penoso.

DESEMPEÑADA su misión felizmente, Luis habría podido volver á la anhelada paz de su celda, si no le hubiese detenido en la familia otro negocio, mucho más grave que el que acababa de terminar.

Al entrar en el castillo de Castiglione, había encontrado en el lugar de la madre á otra mujer joven y hermosa, que parecía ser la señora de la casa. Era ésta Helena Aliprandi, hija de Juan Antonio Aliprandi de una ilustre familia de Lombardía², el cual era monedero y por consiguiente, súbdito del margrave. Nadie sabía cómo había entrado en el castillo. Pero su presencia sola daba lugar á las peores sospechas y era un escándalo público. Ya en el año 1588, la madre debe haberse quejado en una carta á Luis del trato de Rodolfo con la hija del monedero; pues contestó:

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 42.

² *Maineri*, Vita di S. L. G., Prato 1885, p. 153.

“... Contra lo otro que me dice (respecto de Rodolfo), estimo que será el mejor remedio aquel que Cristo ha instituido en la tierra, á saber el matrimonio, y entiendo que V. S^{ia} haría bien en recomendárselo al hermano. Si le parece necesario, el Cardenal della Rovere y yo le daríamos el mismo consejo, porque nos parece á ambos muy provechoso que Rodolfo dé tal paso. Es verdad que no pienso en ningún partido determinado, fuera de una hija del conde Troilo di S. Secondo, si bien acerca de ella se está negociando para darla en matrimonio al hermano de un Cardenal en esta corte, muy amigo de Mons. della Rovere. Dado que las negociaciones ya han empezado, me parece que no conviene interrumpirlas, sino esperar el resultado que tuvieren. Porque S. E. el Cardenal me ha dicho que de parte de la señora serían desbaratadas, toda vez que siendo natural de allí no querría casarse en ésta. Esta circunstancia no me parece ser desfavorable al margrave mi hermano. V. S^{ia} puede cerciorarse de todo esto mejor allí y ver también si tal matrimonio conviene al duque de Mantua etc.”¹

Á primera vista no extraña poco ver al religioso que ha huído del mundo ocuparse con tanto detenimiento en proyectos de matrimonio, buscar una esposa para su hermano y discutir las vías y medios y los pasos necesarios para obtener un resultado feliz. De esta desviación de su modo usual, se desprende claramente que Luis veía en este asunto otra cosa que una profana cuestión de familia. Para él se trataba más bien de poner fin á una ofensa de Dios, á un grave escándalo y de convertir á su hermano.

Desde 1588, no se hace más mención de este asunto en las cartas; pero las relaciones de Rodolfo con la señorita fueron revistiendo un carácter cada vez más grave, hasta

¹ Carta, fechada de Roma, 20 de Junio 1588. — *Ol. Jozzi, Lettere di S. L. G.*, p. 30 s.

que Doña Marta con sus hijos menores abandonó el castillo á la extraña.

Podemos figurarnos de qué pena el aspecto de semejante situación en el castillo paterno atravesaría la delicada conciencia del joven religioso en su presencia en Castiglione, y cuán profunda sería la vergüenza que le impidió dirigir una plática al pueblo mientras no cesasen estas circunstancias. Era preciso acabar con este mal. Compuestas pues las diferencias entre Rodolfo y el duque de Mantua, Luis procedió seriamente á pedir cuenta á su hermano de su trato con Helena, exigiendo que se uniese con ella en matrimonio ó se separase de ella. Rodolfo le escuchó con paciencia, pero no le prometió nada cierto á pesar de las buenas razones que le daba. Juzgando con acierto que las cosas seguirían como antes si no lograrse hacerle tomar un partido definitivo antes de su salida de Castiglione, Luis no le dió tregua hasta recabar de él la promesa hecha bajo juramentó, de que iría en breve á Milán y lo arreglaría allí todo conforme á la voluntad de Luis. Tranquilizado algún tanto por esta promesa, Luis partió el 25 de Noviembre de 1589 de Castiglione para Milán, donde había de proseguir los estudios de Teología. Algunas semanas después, también Rodolfo se presentó en efecto allí en el Colegio de la Compañía. Luis estaba en la acción de gracias después de la Sagrada Comunión cuando el portero le anunció la llegada de su hermano, que le esperaba á la puerta. Mas él no dejó estorbarse en su devoción, ni salió á saludar á Rodolfo hasta después de dos horas completas, cuando la había terminado. Entonces fué enterado por Rodolfo de la verdadera índole de sus relaciones con Helena, sorpresa por cierto muy agradable. Ya un año antes de la llegada de Luis á Castiglione, Rodolfo se había casado con Helena en matrimonio legítimo, si bien con el mayor secreto, de manera que hasta su propia madre ignoraba

el hecho, conocido solamente á la pareja misma, al párroco competente de SS. Celso y Nazario y á los testigos, puesto que el Obispo había dado dispensa de las amonestaciones prescritas en 25 de Octubre de 1588. Los motivos de este sigilo se fundaban, por una parte en la humildad del origen de la esposa, que habría provocado la oposición de los nobles parientes de Rodolfo, y por otra y más particularmente en el temor de ofender á su tío Alfonso de Castel Giuffredi. Tenía éste una hija Catalina, para cuyo casamiento con Rodolfo ya había de antemano solicitado la licencia del Sumo Pontífice. Luego si Rodolfo se casaba con otra, era de recelar que Alfonso, airado, le privase de la herencia de Castel Giuffredi que de otra manera debía recaer en el margrave. De esta suerte, respetos humanos y mezquinos cálculos habían una vez más dado origen al más hondo pesar y más horrendo escándalo.

Las revelaciones del hermano satisficieron á Luis por cuanto demostraban que al menos en un extremo capital estaba libre de culpa; no obstante, le manifestó que Rodolfo quedaba obligado por su palabra de príncipe, por lo que respectaba al mantenimiento del secreto en lo porvenir, de hacer lo que Luis decidiese después de haber consultado á algunos Padres sabios y expertos. Rodolfo se declaró conforme y volvió á Castiglione con el corazón aligerado. Luis por su parte, propuso el caso en Roma por escrito, pidió también su parecer á algunos Padres en Milán, sin extrañarle nada la respuesta unánime de que no era lícito guardar el secreto por más tiempo.

Tratábase pues de mover al hermano á dar el grave y temible paso de la publicación de su matrimonio. Sintiendo todo el peso de su difícil cometido, Luis escribió á Rodolfo aquella carta que como otra ninguna nos permite una mirada en su corazón. Después de haber comunicado al mensajero por palabra las razones de la decisión, se dirige de este modo á su hermano mismo:

“Doy gracias á V. S^{ia} por el mensajero que me ha mandado ¹. Puesto que ya le he manifestado una y otra vez, cómo según el juicio y dictamen de personas autorizadas, y en particular de aquellas á quienes ha sometido el asunto aquí mismo en Milán, soy de parecer *in Domino* que está obligado en conciencia y bajo pecado grave (á hacer lo consabido), no me resta añadir nada para V. S^{ia} que suplicarle, y digo suplicarle por amor de Dios y de los Corazones de Jesucristo y la Santísima Virgen, que no defraude la esperanza que he puesto hasta este momento en V. S^{ia} y en la que me ha afirmado por un juramento, sino que tome por uno de aquellos caminos que he expuesto al Sr. Arcipreste. Si hace esto, me alegraré de tenerle por hermano en Cristo, y como siempre le he ayudado y deseado servirle, no dejaré tampoco en lo porvenir de prestarle auxilio; hasta deseo que se me ofrezca una ocasión para arriesgar la vida por la salud de V. S^{ia}. El ansia de su bien me ha impulsado á partir de Roma y pasar este invierno en Lombardía, á costa de mis estudios. Todo esto me parecería poco, *si acquiram Christo te fratrem in illo carissimum* (puedo ganarte para Cristo á ti, hermano mío queridísimo en Él). Mas si no consigo esto, declaro que no le conozco ni quiero reconocerle por hermano según la carne sólo, toda vez que ya hace cuatro años que como tal he muerto para V. S^{ia}. Daríame vergüenza profundísima á mí mismo, si después de haberlo abandonado todo y á mí propio por amor de Cristo, ahora *erubescerem Christum* (me avergonzase de Cristo) por respetos humanos. Cristo mismo dice: *Vade et corripe fratrem tuum; si te audierit, lucratus es fratrem tuum; sin minus, sit tibi tamquam ethnicus et publicanus* (ve y amonesta á tu hermano; si te

¹ Es probable que éste haya sido el arcipreste de Castiglione mismo.

oyere, lo tienes ganado; si no, tenlo por pagano y pecador público). Y conforme á esto, pienso obrar. Esperaré pues una contestación dentro de doce días, á contar desde mañana. Si saliere como debe y como únicamente bastará para seguir el ejemplo del señor duque y de Don Alfonso, tío de V. S^{ia}, aparte de los servicios que yo le he prestado, y de la obligación que tiene para con Dios; digo, si así se resolviere, volveré consolado á Roma. Pero si procediere de otro modo con Dios y conmigo mismo, terminaré el asunto del modo que he dicho al señor arcipreste, lamentándome de mi dura suerte y esperando á que Dios el Todopoderoso mismo intervenga con su mano santa y fuerte, de la cual le ruego otra vez se guarde y precava, porque es Dios de una y otra manera, bien esperando al pecador que haga penitencia, bien castigando las ofensas inferidas á Él y á los que pretenden ser sus servidores. Yo no he omitido, pues, nada de lo que era menester; nada he omitido, *et iterum* (y otra vez), nada he omitido. Tres veces repito esto, porque V. S^{ia} se arrepentirá de seguro de no haber hecho por su parte lo que es menester. Y con esto, suplico á Dios que prepare su corazón y le conceda aquella felicidad y aquella abundancia de mercedes que deseo para V. S^{ia} todo de corazón y en lo más profundo de mi alma.

Milán, á 6 de Febrero 1590.”¹

Excitado por tan insistente carta, Rodolfo se apresuró á ir otra vez á Milán, tratando, según parece, de obtener de su hermano un aplazamiento, porque antes de publicar el casamiento, debía ir á Alemania, probablemente para asegurarse el asentimiento del Emperador. El 9 de Febrero de 1590, Luis, que temía fuese funesta tal dilación, volvió á escribir á su hermano, para incitarle á darse la mayor prisa:

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 43 ss.

“V. S^{ia} ya habrá conocido que el remedio que propongo, es tanto más hacedero cuanto que en lugar de las dos cosas que exigía en mi primera carta desde su partida de Milán, no insisto ya más que en una, y es la que no me debe como hermano, sino como simple cristiano. Conforme á lo que me indicaba, escribí á Roma por mi regreso, el cual se efectuará pronto, aunque todavía ignoro el día preciso. Y como tengo que verle partir para Alemania (caso de no resolverse V. S^{ia} de otra manera, que sería mejor), creo que *quo citius eo melius* (cuanto antes mejor). Apresúrese pues, y esté seguro de que yo no dejaré de hacer lo que le tengo prometido, con tal que me sea posible. Pero no omita V. S^{ia} tampoco lo que me debe á mí; otra vez, no lo omita V. S^{ia}, según tengo por seguro que no lo omitirá. Encomiéndole por tanto, al Señor con todo el calor que puedo, é imploro de S. D. M. para V. S^{ia} todo bien y felicidad y la abundancia de su gracia. Con esto concluyo.

Milán, á 9 de Febrero 1590.

“P. S. Quiero de todos modos que seamos amigos, amigos *in Domino* (en el Señor); pues de Él debo recibir la fuerza para llevarlo á cabo, por más difícil que sea á un religioso; y tenga presente V. S^{ia} que de las dos cosas que me ha prometido: de publicar la unión matrimonial y de alejar de su lado á la persona consabida, no insisto ya más que en una, y en ésta aún después de su regreso de Alemania ¹. La partida para allá debe verificarse antes de mi vuelta á Roma, de la que corresponde disponer á mis Superiores de allí, los cuales me han intimado que la emprenda pronto.” ²

¹ Esto quiere decir: *hasta que* se publique el matrimonio legítimo, Helena no debe permanecer en el castillo.

² *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 46.

Al fin, Rodolfo estaba resuelto á hacer lo único que hacía falta, ó sea á publicar el matrimonio antes de partir para Alemania. Á principios de Marzo, Luis fué otra vez á Castiglione para dar el mejor giro al asunto. Él mismo dió á la madre, á quien sorprendió mucho, la primera noticia de la celebración del matrimonio, y habló á favor de la pareja. Doña Marta se declaró en efecto, conforme y acogió toda gozosa por hija á la nuera, que poseía excelentes dotes de espíritu y corazón.

También de los otros parientes, y del duque de Mantua, á quien Luis participó por escrito la verdad de las cosas, llegaron respuestas favorables. Hasta al tío Alfonso, Luis le supo disponer á tomar una actitud tan conciliante, que aseguró á Rodolfo la sucesión en el señorío. Él mismo procedió entonces á dar á conocer públicamente el casamiento de su hermano con Helena. Después, reunió á toda la familia en un alegre festín, al cual asistieron Doña Marta, Rodolfo, Helena y su padre y Luis mismo. Quedaba pues resuelta también esta tarea triste en honor de Dios y para satisfacción de todos.

La madre rogó entonces á Luis que antes de partir para Roma dirigiéndose al pueblo la plática tanto tiempo aplazada. Hízolo así el 3 de Marzo de 1590 en una pequeña iglesia afiliada que todavía hoy existe, y aunque todo había de verificarse sin ruido, estuvo apiñada de gente. Luis habló sobre el grande amor que nos tiene el Salvador y les exhortó á todos á recibir la Sagrada Comunión al día siguiente, que era el domingo de quincuagésima. Las palabras del predicador hicieron buen fruto en los corazones. Toda la noche, los sacerdotes de la parroquia y los religiosos tuvieron que oír las confesiones de los penitentes y á la mañana siguiente, más de setecientos fieles se acercaron á la Mesa del Señor. Luis sirvió á la Misa y por la tarde explicó la doctrina. También en la parroquia ve-

cina, el buen ejemplo dado por los señores de Castiglione y la severidad del joven religioso tuvieron las mejores consecuencias. Crecido número de uniones ilícitas fueron reguladas, y muchas familias desunidas se reconciliaron.

Luis pudo por tanto, despedirse con buen ánimo y corazón gozoso; pues sus sacrificios y trabajos habían sido recompensados copiosamente. El 12 de Marzo volvió á partir para Milán, después de haber celebrado el 9 del mismo mes, el cumplimiento de los 23 años de su vida.

Luis da aquí otra vez la prueba de qué utilidad es la santidad para el mundo, no solamente en asuntos espirituales, sino también en causas temporales. ¡Cuánto debía ya la familia de los Gonzagas á su hijo mayor, consagrado á Dios! Donde nadie en el mundo puede ya ayudar, aparece él y desenmaraña con mano ligera, por la autoridad sola de su santidad, el enredo de dificultades y disensiones que traen su origen de muchos años atrás. Así obra la santidad. Para todo sirve; pues tiene la promesa de la vida temporal y eterna (I Tim. 4, 8). Lo mismo sucede con la vida en religión. Los hijos encerrados en los conventos no han muerto del todo para sus padres. Aparte de que les causan menos dificultades y cuidados, ¡cuánta bendición invisible derrama un hijo consagrado á Dios, desde su silenciosa celda, sobre el camino de aquéllos á quienes ha dejado en el mundo! ¡Cuán á menudo padres con el corazón desgarrado, agobiados por la pesadumbre y el dolor, buscan y encuentran consuelo y alivio con sus hijos á la puerta de los conventos! Quien ama más á Dios que á sus padres, es el mejor amigo de éstos. La vida en el convento no exige ni produce la petrefacción de las entrañas. ¡Cuán amable se presta Luis á ayudar á los suyos, cuando es menester! Los Santos no se olvidan del mundo; pero cuando piensan en él, es para salvarlo. Hé aquí el mejor de los amores, el único verdadero amor.

16. El cielo en vista.

(Milán 1590.)

CAMINO de Milán, Luis pasó por Piacenza, donde á todos les dió gran consuelo poder saludarle. Un Padre, que algunos años atrás le había visto entrar en Pavía, acompañado de numerosa servidumbre, fué á darle la bienvenida en su aposento, quedando muy edificado de sorprenderle en el momento que limpiaba su calzado. La crudeza del invierno norte-italiano había hinchado sus manos, de modo que las traía llenas de tolondros y llagas. Ofreciéronle guantes y otros medios de abrigo, mas él no quiso aceptar ninguno. Cuando por fin estuvo otra vez en el Colegio de Milán, respiró exclamando: “¡Cómo me siento consolado de haber vuelto al fin á nuestra casa! Como el que se encontrase metido de repente en una cama mullida y blanda, de en medio del frío y vendabal de una noche de invierno, así sentía yo fuera de nuestra casa el frío más sensible, y ahora que estoy aquí, el calor más bienhechor.” Tampoco en Milán Rodolfo olvidó la obra comenzada de la conversión de su hermano Rodolfo. Á los pocos días le escribió la carta más larga que jamás habrá salido de su pluma, carta llena de advertencias y consejos saludables al bien de su alma.

“El anhelo del bien espiritual de V. S^{ia} que siempre he sentido, y el consuelo que últimamente me ha dado en Castiglione, me impulsan á comunicarle por esta carta, según me lo inspirare el Señor, aquello que estimo útil y provechoso para la seguridad de su salud y la conservación de la misma en el mismo Señor; y es que V. S^{ia}, antes de su partida para Alemania, se prepare durante esta santa Cuaresma, que dura hasta Pascua de Resurrección, á una confesión general, cuando menos desde aquella que según sé, ha hecho cinco años hace, en Mantua, con lo

cual adquirirá (en cuanto es posible en la vida presente) la seguridad de que no carga ya sobre su conciencia ninguna de las ofensas de la D. M. que pudieran haber dejado atrás las confesiones anteriores, en cierto modo ocultas y clandestinas, de aquel tiempo cuando por temor á los hombres no se atrevía á dar la cara por Cristo. Esto le será tanto más fácil cuanto que ya tiene superada y removida la dificultad principal y le resta tan sólo el fruto de la esperanza y la casi segura confianza en la gracia divina que es de aguardar le proporcione semejante medio.

“Á este efecto, pues, le recomiendo muy de veras dicho medio. Aunque el Señor que se ha dignado mover su corazón más de lo que podían mis palabras y esfuerzos, tiene también medios de alumbrarle y guiarle para conservar esta gracia, quiero, sin embargo, deseando corresponder á mis relaciones con V. S^{ta} y cooperar como hasta aquí con la Providencia del mismo Señor, indicarle dos medios particulares de que me acuerdo en este instante.

“El primero es que tenga constantemente en la mayor estima, la gracia divina. Por más que sobre este extremo dijera, no explicaría la menor parte de este bien cuyo valor verdadero sólo Dios nos puede descubrir. Á Él pues le dejo también enseñarle acerca de este punto. Yo no digo más que esto: Tanto como Dios sobrepuja á todas las cosas criadas, honra, hacienda y cuanto quiera que sea, también, si fuera posible, la estima de Dios debería exceder en nosotros á todo otro aprecio y amor. Aunque la limitadísima facultad comprensiva de nuestra alma hace imposible esta medida de estimación, deberíamos por lo menos, procurar que alcanzase el grado al que pudiésemos ascender.

“El segundo medio es que coopere lealmente, á la medida de la gracia, *operando bona non solum coram Deo, sed etiam coram hominibus* (por obras buenas no sólo ante Dios,

sino también ante los hombres). Por lo que hace primero á Dios, le recuerdo otra vez lo que ya le he dicho por palabra. Como quiera empero, que incumbe á los religiosos recomendar la religión y los deberes para con Dios, voy á descender más en particular, como V. S^{ia} lo pueda observar á la medida de la gracia que Dios le conceda.

“Es ante todo la oración matutina con el *Ejercicio cotidiano* ú oraciones análogas de la clase que se encuentran después de aquél, en el pequeño devocionario que fué redactado por orden del Cardenal Borromeo y que le mando con ésta. Como allí mismo se dan preceptos que V. S^{ia} puede leer, no me voy á extender más sobre el particular, recordándole solamente la Santa Misa, conforme á nuestro convenio.

“Después deseo que no vaya V. S^{ia} ninguna noche á acostarse sin echar una mirada á su interior, examinando si se halla culpable de una ofensa á Dios, para que, si hubiera cometido un pecado mortal, de lo que Dios le guarde, se proponga al instante expiarla cuanto antes en la confesión, pues debe considerar que la ha menester siempre que su conciencia le acusa de semejante culpa, y que entonces no le conviene aguardar un tiempo determinado, como Pascua de Resurrección ú otra fiesta cualquiera, pues que no tiene seguridad de que la muerte le perdone hasta entonces.

“En cuanto ahora á lo segundo: *ut provideat bona coram hominibus* (que haga bien ante los hombres), le encomiendo el respeto que debe guardar á sus parientes y superiores, de lo cual no digo aquí más, porque tengo que conceder que ya lo observa con mucho cuidado. Solamente por estar obligado á ello, no porque piense que necesita de mi exhortación, le recomiendo en particular el respeto que debe á la señora margravina su madre, como á su madre y como á *tal* madre.

“Además sabe V. S^{ia}, como jefe de sus hermanos, cómo los debe tener unidos y tratarles de manera que aquéllos tengan siempre motivo de dar gracias á Dios por esta unión. Con respecto á los vasallos no digo más que esto: Dios los ha puesto de modo particular bajo su amparo, para mostrarles el cuidado especial y espiritual que les debe, deduciendo del proceder de la Divina Providencia con V. S^{ia} cómo debe tratar á sus súbditos y proveer por su bienestar. Por lo demás, confío en el Señor que Él mismo le instruya y guíe en el camino de esta vida, hasta que lleguemos á la patria celeste. Porque, para volver á encontrarme con V. S^{ia} y otros, he abrazado el estado en que ahora vivo.

“Para la confesión de que hablé al principio de esta carta, le propongo uno de nuestros Padres, porque suelen estar versados en asuntos de esta clase, por virtud de los deberes de nuestro Instituto. Si va á Mantua, le recomiendo mucho al P. Mattia, confesor que fué del duque Guillermo (q. g. d. D. h.); si todavía no tiene que partir de Castiglione, ya he hablado al P. Rector de Brescia, que pone su Colegio al servicio de V. S^{ia} y le dará un confesor si lo pide.

“Con esto concluyo, y como quiera que la ejecución de lo que le he recomendado depende más de la gracia de Dios que de su poder ni de mis palabras, le prometo á V. S^{ia} tenerle siempre presente en mis oraciones ante Dios — por más flojas que sean. Él le guarde y conduzca á aquel fin á que llegan sus elegidos.

Milán, 17 de Marzo 1590.”¹

Como si estas palabras no hubiesen sido bastante insistentes, Luis se dirige al propio tiempo á su cuñada en carta adjunta:

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 48 s.

“Ilustrísima señora, ¡*Pax Christi!* Creo deber empezar con ayudarme de V. S^{ia} en provecho del medro espiritual del señor margrave, según me lo he propuesto en Castiglione. Ruégola pues que le encomiende de palabra lo que le he encarecido en la carta inclusa. Tenga V. S^{ia} cuidado de que antes de partir para Alemania, se asegure del buen estado de alma en el cual le pondrá como espero, una confesión general hecha según le he instruído. Pienso que V. S^{ia} habrá recibido algunos libros espirituales que encargué en Brescia le mandasen. Termino con esto, recomendándome á V. S^{ia} é implorando del Señor para ella toda abundancia de bienes.

Milán, á 21 de Marzo 1590.

De V. S^{ia} humilde servidor en el Señor.”¹

Algunos días después de la fecha de esta carta, las fáticas del viaje de invierno produjeron en Luis sus naturales efectos, pues cayó en una grave enfermedad. Á penas se hubo repuesto algún tanto, volvió á proseguir sus estudios, asistiendo á las lecciones con gran celo. Uno de sus maestros fué el P. Bernardo Médicis, el cual había venido con él hasta Florencia. Entre sus condiscípulos se hallaba, según parece, el célebre P. Pedro Cotón, más adelante confesor de Enrique IV de Francia². De ningún modo toleraba Luis la menor exención del orden de estudios á favor suyo. En cuanto á la vida espiritual, parecía que quería suplir con celo duplicado la falta de algún rigor físico que podía haber habido durante su estancia fuera de la casa. Por de pronto no admitió ningún aposento propio. No se daba tampoco reposo hasta que había trocado la edición de S^{to} Tomás de corte dorado con otra vieja y usada. El tiempo que le quedaba después del estudio, lo empleó

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 53.

² *Bolland.*, p. 1005 A.

con permiso de los Superiores en bajos ministerios domésticos. También en Milán buscaba con predilección el trato de los hermanos legos, les ayudaba en sus tareas y los acompañaba en sus salidas. Hacía esto porque le atraían su humildad y modestia y podía hablar con ellos sin embarazo, de Dios y las cosas espirituales. Trabajó amistad estrecha con el santo hermano Agustín Salombrini, que le había asistido en su enfermedad con mucha caridad y á quien había tomado tanto cariño que al regresar á Roma rogó á los Superiores se lo diesen por compañero de viaje.

En Milán llamó la atención lo agradecido que estaba Luis por la menor atención, su empeño en elegir siempre el peor asiento y en ponerse siempre detrás de los otros al hallarse junto con sus hermanos de religión. Cuando le sucedía que de puro recogido no echase de ver un saludo, se acusaba de su descuido públicamente y se hacía reconvenir por los Superiores. Una vez que sus hermanos querían predicar en las plazas públicas en los días de Carnaval, solicitó el favor de juntar á la gente y tenerla reunida, lo cual hacía con tanta afabilidad y gracia que nadie le resistía. Sobre todo le gustaba acompañar á los que mendigaban limosnas para los pobres en las calles, dándole mucho consuelo el pensamiento de que también Nuestro Señor había aceptado limosnas. En una de estas cuestaciones, una señora preguntó si eran de los Padres de la Brera. Cuando dijeron que sí, se puso á deplorar á un Padre que en el siglo había sido un señor ilustre y después había entrado en la Compañía. Pero aquel señor ilustre no era otro que Luis mismo ¹. Éste contestó á la señora que no tan digno de compasión era aquel Padre como aquellos que en la servidumbre y los placeres del mundo corrían riesgo de perderse eternamente. Esta palabra llegó tan á las entrañas

¹ *Maineri*, Vita di S. L. G., p. 163.

de la señora de mundo, que en adelante se daba seriamente á la vida espiritual. También en Milán, Luis aprovechaba la ocasión de estar presentes ilustres huéspedes en el colegio para andar por la casa con el escobón de telarañas. Un día tuvo que decir en presencia y á instancias expresas de algunos Obispos, un sermón sobre las incumbencias del estado episcopal. Cuando se le felicitó por su oración, respondió que se alegraba de haber podido probar su torpeza con la mala pronunciación de la letra *r*; pues tenía dificultad en articularla.

Luis no deseaba nada más ardientemente que auxiliar á aquellos de sus hermanos que manifestaban serio anhelo de perfección, auxiliándoles de palabra y hecho, con el consuelo y la exhortación. Un hermano le preguntó cierto día, si un hombre que había vivido en el lujo y la molicie, podía sobrellevar fácilmente la privación de todas las cosas terrenas. Aseguróle que sí, con tal que Dios le entregase el ojo, como á aquel pobre ciego de nacimiento, con polvo y saliva, haciéndole ver la vanidad del mundo. Otro se lamentó con él de que estuviese tan destituido de virtudes y tan plagado de imperfecciones. Luis le contestó con estas palabras del Salmista: "Tu ojo ha visto mi imperfección, y en tu libro están escritos todos" (Salm. 138, 16). Debemos, dijo, estar apocados al considerar nuestra flaqueza, pero no desalentarnos, porque á pesar de nuestra imperfección estamos inscritos en el libro de Dios, el cual no mira nuestras faltas para perdernos, sino para humillar nuestro orgullo y hacer brotar bienes de nuestra imperfección. Como era fama que disfrutaba de una escala superior de oración, el P. Aquiles Gagliardi, excelente varón de Dios, que le había examinado, años atrás, con tanta severidad acerca de su vocación, trabó un día conversación con él sobre esta materia, hallando en efecto que en cuatro años de vida en religión, había aprovechado más que mu-

chos otros en una vida larga. El P. Gagliardi pasó luego á preguntarle si aquella sublime unión con Dios no le parecía un tanto sospechosa, dado que la Compañía debía tener roce directo con el mundo, conforme á su objeto, y era difícil conciliar las dos cosas, por lo cual semejante don de oración no le parecía decir del todo bien con el espíritu de la Orden. Luis replicó: de ser así, trabajaría con ahinco por combatir tal modo de orar en su corazón y echarlo fuera. Esta respuesta persuadió al Padre de que Luis había alcanzado aquel raro y precioso modo de orar en el que se aunan la vida contemplativa y activa.

Todas estas son por cierto, señales de una santidad madura ya para el cielo. En efecto, en Milán mismo comenzó á asomarse á su vista el cielo, otorgándole una gran merced aun antes de terminar su estancia allí. Una mañana, cosa de un año antes de su fallecimiento, cuando oraba fervientemente, sumido en la contemplación, Dios le reveló por modo sobrenatural que dentro de breve tiempo sería llamado á otra vida; que desprendiese en el año próximo su corazón aun más de todo lo pasajero, tratando de prepararlo y enriquecerlo con virtudes visibles é invisibles. Este aviso del cielo produjo un cambio total en su interior; mas al exterior no dejó notar nada, prosiguiendo sus estudios teológicos como hasta allí, aunque ya no con la misma satisfacción que antes, puesto que pronto había de contemplar la verdad y belleza eterna en ella misma. En Roma por fin, dió parte á su confesor de la gran merced de que Dios le había dignado. El lugar donde Luis recibió esta revelación, fué más adelante convertido en oratorio. Un cuadro en que se ve á un ángel que enseña una calavera á Luis, ha perpetuado la memoria de este maravilloso suceso.

17. Á casa del padre.

(Roma 1590—1591.)

A LA VEZ que le fué revelada la proximidad de su muerte, Luis se llenó de un deseo vehemente de morir en Roma, cuna de su vida de religioso, donde se encontraban tantos con quienes le unía la más pura amistad. “Si tengo una patria en la tierra, lo es Roma, donde he nacido para Cristo”, escribió en aquel tiempo en una carta ¹. Mas avezado como estaba á vencerse en todo, guardóse mucho de manifestar este deseo. En cambio, el Rector del Colegio romano, el P. Bernardino Rossignoli, gestionaba la vuelta de Luis cerca del P. General Aquaviva, en bien y provecho del Colegio. El General accedió á esta petición y mandó escribir á Luis en este sentido. Tanto fué su regocijo al dársele esta nueva, que hasta le pareció sospechoso, y rogó al P. Médicis se dignase decir una misa, á fin de que Dios no dejara sazonar este plan si no fuese en honor suyo. Mas pronto llegó una orden explícita del P. General, mandando que Luis emprendiese el viaje á Roma con el P. Gregorio Mastrilli, que había predicado los sermones de Cuaresma en Milán, y con algunos otros. Sosegóse luego Luis, y de corazón gozoso anunció su llegada á un hermano de los de Roma, el P. Cepari, en estos términos:

“Creo que no es difícil persuadirle á Vm. del consuelo que siento por la orden de regresar al Colegio romano, porque ahora volveré á ver á los Padres y hermanos, lo que anhelo tanto. En breve pues, y según confío en Dios, con más provecho participaré de las santas pláticas de Vm. y de tantos otros de nuestros conocidos, á quienes le suplico me encomiende, como en general me encomiendo con todo amor al Colegio entero, *ex toto corde, mente et animo*.

Abril 1590.” ²

¹ *Bolland.*, p. 1005 D, E.

² *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 54.

Á principios de Mayo, los viajeros se pusieron en camino. Durante el viaje, Luis ejercitaba otra vez sus virtudes de costumbre, de modo que se le señalaba con el dedo como á un santo. En Italia reinaba á la sazón una gran carestía, y en los Apeninos, los viajeros encontraron no pocas veces á pobres que habían perecido de hambre. El P. Mastrilli opinó que debían alabar la bondad de Dios que no les había dejado caer en tamaña desgracia. Luis empero, respondió que era dicha mayor la de no haber nacido mahometanos por la gracia de Dios. Encontró también que los dos Padres le dispensaban mucha atención y honra, por lo cual se retiró de su compañía, prefiriendo juntarse á los otros compañeros de viaje, que parecían hacer menos caso de él. En Sena, sirvió á la misa del P. Pedro Alagona, y recibió la sagrada Comunión en la casa y cámara de S^{ta} Catalina de Sena, á la cual tenía mucha devoción.

En el Colegio de esta ciudad, se le rogó que dirigiese algunas palabras á los alumnos. Fué á la iglesia, oró y meditó un rato, se retiró luego á su cuarto, esbozó algunas ideas en un papel é hizo luego una homilía muy fervorosa sobre el texto: *Estote factores verbi et non auditores tantum* (Jac. 1, 22). Después de su partida, se encontró en un tomo de S. Bernardo el borrador siguiente de aquella homilía, escrito con visible apresuramiento. Con ser tan breve, nos da una idea suficiente de lo que sería la exhortación dirigida á los nobles jóvenes, por lo cual es bueno que encuentre también aquí un lugar en provecho de todos.

“De tres maneras habla Dios al alma: primero por la inspiración secreta. Cf. S. Bernardo serm. 32 . . . De este modo de hablar Dios, dice el mismo S. Bernardo que es secreto, y cómo la debemos guardar, no solamente reteniéndola en la memoria, *nam sic scientia inflat; sed sicut servatur panis. Verbum enim Dei panis vivus est, et cibus*

mentis; quamdiu panis in arca est, potest a fure tolli, a mure corrodí, vetustate corrumpi: ita Verbum Dei etc. Trajiciatur igitur in viscera tua, transeat in affectiones et mores tuos. Esto es lo mismo que dice también S. Jacobo: *Estote factores.* En el libro 2 de Moisés leemos que se corrompía el maná que *non servabatur ad vescendum in die Sabbati*; lo mismo sucede con la palabra de Dios, que se corrompe, si no es que se conserva *ad vescendum*.

“El segundo modo: Dios habla en la Sagrada Escritura por sus profetas en el antiguo Testamento y por Cristo en el nuevo. Así lo enseña S. Gregorio y así lo confirma la Escritura: *Saepe olim loquens Deus Patribus in prophetis, novissime autem in filio suo.* También de esta manera de hablar Dios, S. Jacobo dice: *Estote factores.* Porque poco aprovecha al cristiano poseer la Sagrada Escritura si no vive conforme á su precepto (Exod. 31). Poco aprovecha tener los mandamientos que Dios ha dado en el antiguo Testamento, si no se vive conforme á ellos; de poco sirve conocer las bienaventuranzas que Cristo explicó en sus sermones; de poco, saber el modo cómo se debe vivir . . . de poco, conocer en qué consiste la perfección si se está dado á la imperfección . . . Así pues á éstos no les sirve la Sagrada Escritura de otra cosa que para llevar la carta de su muerte, como Urias llevó á Joab la orden de dar muerte á David.

“En tercer lugar, Dios nos habla por sus beneficios. Así pregunta S. Bernardo . . . cómo Dios habla al alma y el alma á Dios: *Verbi lingua favor dignationis ejus est, animae vero devotionis affectus. Itaque locutio verbi, infusio doni; responsio animae cum gratiarum actione.* También de este modo de hablarnos Dios, dice el apóstol: *Estote auditores et factores.* No se contenta con que seamos oidores, sino que hemos de ser también ejecutores; porque es menester que no solamente reconozcamos los beneficios de Dios, lo

cual vale tanto como oír su palabra, sino que los devolvamos á Dios, que es lo que significa *facere verbum ejus*. Vemos cómo todas las fuentes brotan del mar y á él vuelven. *Omnium virtutum et scientiarum mare est Dominus Jesus Christus. Ab hoc continentia carnis, cordis industria, voluntatis rectitudo emanat: non solum ista, sed si quis callet ingenio, nitet eloquio, si quis moribus placet, ab eo fonte est.* Á Él pues, deben tornar todos los dones; porque así como las aguas que no van al mar, sino que se estancan, se convierten en charcas y se corrompen, también los dones de Dios, la salud del cuerpo, fuerza, talento, elocuencia; sobre todo, los estudiantes deben sacrificar sus talentos á Dios, según S. Agustín aconseja al joven Licencio.

“Ahora habéis oído cómo Dios habla al alma de este triple modo y cómo debemos hacer lo que nos dice; conviene por tanto también considerar por qué lo debemos hacer y con qué fervor.

“La razón porque lo debemos hacer, me parece ser ésta: basta con que Dios haya hablado. Bastó que Dios dijese que el mundo estaba creado, para que el mundo estuviera hecho; y ¿luego no había de ser suficiente que diga que nos convirtamos y vayamos á Él como Él quiere?

“Servíos decirme, si vuestro gran duque, á quien se espera ahora, á su llegada hiciese llamar á alguien de la ciudad, aunque fuera pobre, y le prometiese adoptarlo por hijo y darle participación en el reino que por derecho no pertenece más que á su propio hijo; y además le prometiese, mientras viviera, proveer por él como por aquél, y si muriese dejarle la herencia de su Estado; poniendo por única condición bajo la cual quisiera conceder este favor, que aquél viviese y se portase así como conviene al hijo de un duque, que abandonase por tanto la pobre choza en que vivía, y viniese al palacio del príncipe; que se quitase los míseros harapos y se pusiese vestidos de gala; que re-

nunciase al trato y á las costumbres del populacho, y no tuviese más trato ni amistad que la de los Grandes y el hijo del gran duque — ¿quién de vosotros, pregunto, se contentaría con oír tal ofrecimiento en vez de aceptarlo al punto?

“Mas el glorioso Señor del cielo quiere adoptar por hijo á cada uno de nosotros; promete cuidar de nosotros en este mundo con providencia paternal, de suerte que quiere acordarse de nosotros más fielmente que una madre de su hijo, según aquello de Isaías 49: *Numquid etc.*; después de esta vida empero, quiere darnos la herencia eterna, según observa S. Agustín con referencia á las palabras: *Cum dederit dilectis suis somnum etc.* De nosotros no exige sino que abandonemos la ruin choza de nuestros padres y madres, bien en realidad bien en espíritu según el destino de cada uno, y que habitemos en el palacio del Rey de los cielos, que es dominado por Dios y servido por los Ángeles; quiere que tiremos los harapos míseros del amor propio y nos cubramos del vestido de gala del amor; hemos de abandonar las costumbres de las gentes bajas y comunes, esto es, deponer las imperfecciones y pecados para adoptar las costumbres del Hijo de Dios, la mansedumbre, piedad, justicia, temor de Dios y las demás virtudes. ¿Quién pues de nosotros se va á contentar con escuchar esta invitación y despreciarla? Á la verdad, me parece que de obrar así no sería capaz sino el que no comprendiese la palabra de Dios ó no comprendiese lo que se le promete.

“Aristóteles demuestra en el libro 10 de la Ética con muchas razones que los goces espirituales son mucho más grandes que los de la carne. Luego pregunta cuál es la razón de por qué no buscamos aquéllos, y dice que procede de que no los conocemos. Aduce como ejemplo al hijo de un rey, el cual mientras es pequeño estima más la leche del ama ó una manzana que le da un criado, que la he-

rencia paterna porque no conoce ésta, á la vez que aquéllas le son bien conocidas; pero dejadle llegar á la edad madura, y veréis cómo menosprecia aquellas pequeñeces y prefiere la herencia. Lo mismo nos pasa á nosotros; por ignorar lo que Dios tiene preparado ó los que le aman (1 Cor. 2), también nosotros estimamos más la leche del ama, esto es, el consuelo terrenal, parientes, padre, madre etc., siéndonos también á nosotros más cara una manzana de la tierra que el patrimonio del cielo. Pero concédanos Dios la merced de que lleguemos á la plenitud de la edad en espíritu, en la cual estimamos cada cosa por su valor real, comprendiendo cómo todas las grandezas de esta tierra no son nada en comparación de aquello que nos promete Dios: *Super altitudines terrae sustollam te* (Is. 58).”¹

¿No fué éste un brote de las ideas íntimas del orador mismo? ¿la más sucinta y atinada descripción de su propia prontitud á seguir el llamamiento de Dios? No es maravilla, pues, que tales palabras de tal boca hiciesen la impresión más honda en los jóvenes oyentes, y varios de ellos tomasen el partido de abandonar el mundo y entrar en religión.

Después de volver á salir de Sena, los viajeros llegaron á un arroyo de montaña, llamado Paglia, el cual, henchido por las lluvias y desbordado, arrastraba consigo árboles y piedras, de modo que los guías declararon imposible pasar el vado. En este apuro, vieron á un hombre, que pareciendo ser pescador, atravesaba el agua repetidas veces en un mismo lugar². Luis señaló aquel lugar, y lograron pasar el río por él. Pero el supuesto pescador había desaparecido y no era de descubrir en ningún lado. Por fin, surgieron ante las miradas de los peregrinos no solamente el pico del monte Mario y las elevadas bóvedas de S. Pedro, sino

¹ Conf. *Cepari*, Edición de 1863 (Apéndice), p. 461 ss.

² *Bolland.*, p. 1008 C.

también en cima de ellas la magnífica cúpula construída por orden de Sixto V y terminada el 14 de Mayo de 1590.

En Roma, Luis despertó la alegría de todos con su llegada, y como sabía que ésta había de ser la postrera estación de su vida, se apresuró á obedecer á la indicación divina, procurando alcanzar todavía los grados asequibles de perfección. Principiando en Noviembre el año cuarto de Teología, había de recibir, según orden del Rector, un aposento aparte. Luis supo escoger en efecto, uno á su gusto — un chiribitil angosto y obscuro encima de la escalera con una ventanita al tejado, y que daba apenas cabida á una cama, un sillón y un reclinatorio que debía servir á la vez de mesa. Aquella fué la primera vez que allí vivió un estudiante. Cuando el P. Rector le visitó, le halló tan contento y orondo como un emperador en su palacio, recordándole aquel pobre cuartucho la habitación de S. Alexis en el monte Aventino. En aquel Tabor de la más extremada pobreza, Luis se aprestó á remontarse al cielo. Como la paloma que va á levantar el vuelo, limpia y arregla su plumaje, así Luis se examinaba si le quedaba pegada todavía alguna motita de afición á las cosas de la tierra. Después de meditar mucho, recogió sus escritos, y entre ellos particularmente sus ideas sobre S.^{to} Tomás de Aquino, y los llevó al P. Rector. Interrogado por éste qué quería con ellos, — puesto que él mismo los había escrito y los necesitaba — Luis respondió que aquello era lo único á que sentía alguna afición como á productos de su espíritu, de la cual deseaba deshacerse. Á un hermano le dijo: “Ya he enterrado mis muertos y ya no pienso en ellos; preciso es pensar en la otra vida.” No le gustaba tampoco en adelante que alguien pensase en él particularmente y le mostrase particular cariño; ni de parte de los Superiores siquiera toleraba esto. Cuando notaba por lo tanto, que se le quería bien, se retiraba, por lo

cual los Superiores no le trataban ya de otra manera que á los demás.

Lo que parecía preocupar entonces el ánimo de Luis, era el amor de Dios y del prójimo. Por este motivo, se excedía á sí mismo en afabilidad y condescendencia para con sus hermanos todos. Leía con predilección tratados sobre el amor de Dios, como los soliloquios de S. Agustín, el comentario del Cantar de los Cantares de S. Bernardo, las obras de S^{ta} Catalina de Sena, y nada más grato se le podía hacer que dirigir la conversación hacia esta materia. Entonces su pálida cara se cubría de un suave tinte sonrosado, y su conmoción interna apenas le permitía hallar palabras para expresarse. Una vez que de sobremesa se leía algo sobre el amor de Dios, le embargó tal enternecimiento, que cesó de comer y quedó inmóvil como en una visión. Los vecinos lo notaron y creyendo que era un ataque de enfermedad le preguntaron si se sentía malo. Luis se sonrojó viendo que se le observaba, bajó los ojos y no recobró su quietud ordinaria hasta el fin de la comida. Muchas veces hablaba de la muerte. Hasta suspiraba por ella; porque opinaba que no siendo aún sacerdote ni teniendo por tanto, que dar cuenta de tantas gracias y graves obligaciones, podía ir al encuentro de la muerte con más confianza. La disposición de ánimo del Santo, nos la revelan mejor que nada las cartas que del último año de su vida se nos guardan más numerosas que de ningún período anterior. Vamos á transcribir aquí primero una carta á un hermano de religión, Fr. Antón Guelfucci, que es muy apropiada para darnos á conocer el espíritu de la correspondencia y cambio de ideas, dominante á la sazón entre los jóvenes religiosos del Colegio romano:

“*Pax Christi!* Hábiame propuesto no escribir antes que recibiera carta de V., conforme á lo acordado cuando partió de aquí. Sin embargo, por una parte el amor que le

tengo y el deseo de sacar algún consuelo de la comunicación por escrito con V. (puesto que otra se ha hecho imposible por la distancia), y por otra parte la ocasión propicia del viaje del P. Mancinelli á su país, me han inducido á mudar de propósito. Con estas líneas pues, le saludo á V. *et amplector in Domino* (le abrazo en el Señor) con todo mi amor. Dios sabe el consuelo que me dan las buenas nuevas que el P. Provincial, según me dijo, ha recibido de V. mismo. El Señor que le concede este tan precioso tiempo para su provecho espiritual, se digne colmarle de sus dones y haga crecer su gracia en V. de modo que no solamente le sirva de su propio provecho, sino que también cuando regrese sea útil y provechoso á aquellos que ansían tanto su trato y están tan necesitados de adelantar en el espíritu como yo. Entretanto asístame V. con sus oraciones y encomiéndeme á las del P. Pescatore, como lo deseo ardientemente. Por mi parte, no dejo de encomendarle al Señor según mis flacas fuerzas. Plegue á S. D. M. adelantarnos á todos en su santo servicio. Con lo cual me recomiendo *iterum atque iterum* (una y otra vez) á V. mismo y le ruego me recomiende al P. Pescatore y al P. Mario de Angelis. El P. Mario Fuccioli le saluda y le manda decir que ha recibido su carta, y caso de faltarle alguna cosa, que disponga V. de él; lo mismo digo de mí, en cuanto me es posible.

Roma, 12 de Diciembre 1590." ¹

Las otras cartas están dirigidas al hermano Rodolfo y á la madre. Otra vez había un disgusto en la familia, que hacía al Santo, ya que no contristarse, temer por la paz y tener lástima de su madre atribulada. La concordia entre Rodolfo y los hermanos menores dejaba mucho que desear,

¹ *Ol. Jozzi, Lettere di S. L. G., p. 58 s.*

y también esta vez era el vil oro el que les tenía desunidos. Luis no intervino en la contienda misma, sino que tomó el mejor partido, estimulando hábilmente á Rodolfo á frecuentar los santos sacramentos. El hermano le había escrito cómo gracias á ellos había experimentado alivio aún en sus dolencias físicas. Luis se apresuró á contestar:

“*¡Pax Christi!* Antes de ayer recibí una carta de V. S^{ia} de principios de Septiembre, la cual me dió mucho consuelo, puesto que supe por ella cuán útil remedio aplicó á la enfermedad que Dios le había mandado, recurriendo al Señor mismo para bien de su salud. Á Él pues le he dado también gracias que le haya restablecido. Según me escribió, esta medicina empleada por V. S^{ia} no le ha devuelto solamente la salud, sino que se la ha de conservar también y preservarle de una recaída, por lo cual le ruego no haga de ella uso solamente en provecho de su salud física, sino aun cuando esté sano de cuerpo, siempre que lo exija la debilidad espiritual, para la cual cabalmente fué instituída por Cristo, aunque de ella S. D. M. le guarde, según le suplico. Además empero, le exhorto á que se sirva de ella también como de un medio preventivo. Para tomar semejantes medicinas no se debe esperar á que se esté enfermo, antes aun fuera de la enfermedad hay que emplearla á menudo á aquel fin á que V. S^{ia}, según me escribe, la ha tomado.

“En cuanto á lo demás, me consuela que esté compuesta la diferencia con S. A. el Señor Duque de Mantua, porque creo que ahora V. S^{ia} puede guardar mejor la gracia que más le imploro de S. D. M., lo mismo que la del señor Duque como de Jefe y Señor de su casa. Aunque espero ahora y estoy persuadido de que entre V. S^{ia} y sus señores hermanos, no habrá otra disensión ni discrepancia que las que existen alguna vez entre padres é hijos en bien y provecho de éstos, no obstante voy á decir

una vez por todas lo que pienso sobre el punto en cuestión, puesto que mi estado no me permite entretenerme con V. S^{ia} sobre nuevas mundanas, que he despedido para siempre. Es pues mi parecer éste. Ya que todas las leyes exigen que el derecho positivo ceda al derecho natural, entiendo que V. S^{ia} obrará siempre conforme á la razón y tal vez también conforme á su deber, si en las diferencias ó disensiones que ocurran, antepone siempre las leyes naturales de la sangre y de la unidad fraterna á cualesquiera leyes escritas de los jurisperitos. Mas creo que no he menester recordarle esto, porque me parece que ya lo toma bastante á pechos, y así ruego por fin que Dios le dé toda suerte de mercedes y aquella paz que le deseo. — Tenemos aquí en Roma otra vez sedisvacancia, y estamos haciendo rogativas por la elección de un Pontífice que ejecute los planes que el Señor había inspirado á aquel que por culpa de nuestros pecados fué llamado de este mundo á los pocos días ¹.

Roma, 4 de Octubre 1590.” ²

Más que nadie sufría bajo la constante discordia de la familia, que entonces ya duraba varios años, la pobre y apesurada madre. Para ella pues Luis tiene las palabras más abundantes y vigorosas de consuelo. Es tan edificante como conmovedor leer estas cartas de un Santo á una cristiana y mujer fuerte. Escríbele por ejemplo:

“*¡Pax Christi!* Como sé cuánto ansía V. S^{ia} mis cartas y se siente consolada por ellas, quiero aprovechar la ocasión de las fiestas de Navidad para saludarla y deseársela la felicidad por la que he implorado al Señor durante este santo tiempo en mis oraciones, de todo corazón, por míseras que éstas sean. Este tiempo me proporciona una oca-

¹ Urbano VII. Conf. cap. 18.

² *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 55.

sión de escribir mucho más bienvenida y más apropiada á mi gusto que otra ninguna donde se trate de asuntos temporales ó cosas de la tierra que he abandonado una vez para siempre, de las cuales me da tedio hablar y no entiendo tampoco gran cosa. Sea pues Dios el que por la alegría universal de la Santa Iglesia y la complacencia que El mismo tiene en el nacimiento de su Hijo, consuele á V. S^{ia} y la llene de toda gracia. Haga esto por la intercesión de la Santísima Madre de Dios; la cual, como V. S^{ia} puede imaginar, estuvo durante este tiempo llena de pesar y gozo á la vez; llena de pesar á causa de la pobreza temporal que sufría en el establo y que no le permitía siquiera guarecer del frío á su Hijito Jesucristo ni procurarle alivio en las angustias y privaciones temporales. Podemos figurarnos que esta pena le fué dada en lugar de los dolores del parto de los que quedó librada por un privilegio. Estuvo empero también llena de gozo al ver á su Hijo divino, hecho visible en esta tierra. Como el Señor dice de las mujeres que están tristes cuando paren, pero alegres cuando han parido, olvidando toda la pena pasada por haber salido á luz un hombre, así me parece que la gloriosísima Virgen, al contemplar la estrechez temporal de su Hijo, sentía pena y tristeza á modo de dolores de parto por no poder socorrerle como quería; pero cuando contemplaba luego á su Hijo, se regocijaba y se sentía libre de todo pesar y congoja, no ya por haber nacido un hombre, sino por haber nacido un Dios. Así me tomo la libertad de dar el siguiente consejo á V. S^{ia} para el estado en que se encuentra. Mírese en el espejo de la Santísima Virgen; y cuando los cuidados y angustias temporales por el bienestar de sus hijos menores le den fatigas á la vez que pesadumbre (como también sucedió á la gloriosa Virgen que al pensar en la asistencia temporal de su hijo se aconsejase), debe consolarse por otra parte como ella se con-

soló, y sacar consuelo de su ejemplo. Ella es nuestra verdadera Reina, de cuyo ejemplo debemos recibir más fuerza y mayor gozo que del de la Reina de las Españas á quien ha servido V. S^{ia}, ó de cualquier otra que se haya encontrado en circunstancias parecidas. Si pues consuela á los contristados tener compañeros de tribulación, ¿qué mayor consuelo podría haber á V. S^{ia} que la compañía de la Virgen María, puesto que es ella la que la acompaña en penas y cuidados tan parecidos á los suyos?

“Esto le he querido escribir, como me ocurrió *in Domino*, para satisfacer su deseo y darle el consuelo que cree hallar en mis cartas. Por lo demás, y por lo que atañe en particular á lo que me participó el señor Cardenal della Rovere, V. S^{ia} sabe por S. E. misma lo que le parece bueno. Estoy del todo conforme con ello; solamente quisiera añadir esto. Si la cuestión de que me habló S. E. fuese resuelta no por un litigio (que, á mi parecer, sería muy indecoroso entre hermanos), sino por árbitros, mejor sería que éstos fuesen elegidos de entre personas de allí que de aquí . . . Por mi parte, tendré cuidado de rogar al Señor Jesucristo que así como los Ángeles han cantado en su nacimiento: *Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus bonae voluntatis*, se digne también conceder á todos los miembros de su ilustre casa la verdadera paz y la voluntad sincera con la abundancia de su gracia.

Roma, 31 de Diciembre 1590.”¹

El 25 de Enero de 1591, Luis pudo expresar su gratitud al hermano por la feliz terminación de la contienda.

“*¡Pax Christi!* Hace ya bastante tiempo que no he saludado á V. S^{ia} con una carta. Tanto más grata me es la ocasión de hacerlo hoy. Lo primero, le he de recomendar una obra de justicia. (Ruega á Rodolfo proteja á algunas

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 60 ss.

doncellas que quieren tomar el velo, contra persecuciones injustas.) Después recomiendo á V. S^{ia} otra obra de misericordia, á la cual creo por cierto que está rigurosamente obligado, y es que en cuanto á sus vasallos, especialmente en este año, se acuerde de prevenir á la pobreza, que si es allí como en este país y ciudad, ha alcanzado un grado horrendo. Recomendando el asunto muy de veras á V. S^{ia}, quien según creo, no habrá olvidado los buenos consejos y la frecuente aplicación de la medicina para el cuerpo y el alma de que me escribió últimamente ¹. Por esta razón no voy á espaciarme más sobre este extremo y participarle solamente para concluir, el consuelo que he recibido de la carta de su señora madre que me anunció el tratado de paz celebrado por V. S^{ia} con sus señores hermanos á causa de algunos bienes que se disputaban. En efecto, me parece muy bueno el tratado y muy á propósito para conservar la paz y unidad que imploro de Dios para V. S^{ia}. No escribo con este mensajero á la señora nuestra ² madre, por lo cual ruego á V. S^{ia} que la salude en mi nombre, que le dará consuelo, y le dé buenas noticias de mi salud. También le ruego me recomiende á la señora margravina su esposa, así como á sus señores hermanos, al señor arcipreste etc.” ³

Como para conservar en la virtud á Rodolfo por pruebas repetidas de su amor, Luis volvió ya á escribirle algunas líneas el 26 de Febrero de 1591.

“*¡Pax Christi!* Aunque no tengo ocasión particular de escribir, quiero dar la satisfacción al portador de estas hojas anunciándole que el estado de mi salud es regular, gracias á Dios. Lo mismo deseo é imploro de S. D. M. para V. S^{ia} *in*

¹ Alude á la recepción de los santos sacramentos.

² Ésta es la segunda vez que así llama Luis á su madre.

³ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 64 ss.

utroque homine (para el cuerpo y el alma). Hoy es el último día de Carnaval, en el cual ó poco antes (si no yerro) abandoné á V. S^{ia} en Castiglione tan bien dispuesto y tan deseoso de salvarse. Por esta vez pues no tengo que decir sino que se acuerde de aquellos propósitos ahora *et in posterum* (y en lo sucesivo) para ejecutarlos. Espero que *qui dedit velle, dabit et perficere* (quien dió el querer, le dará también el llevar á efecto), y así en mis oraciones (por flojas que sean) acudiré á Dios nuestro Señor para que le dé esa gracia. Por último, me recomiendo *in Domino* á V. S^{ia}.”¹

Consuela ver cómo Dios nuestro Señor probó á su elegido hasta en la enfermedad mortal en todos los sentidos y no le perdonó siquiera esta sensible visitación de ver dominar en su propia familia durante algún tiempo supuesto escándalo, disensión y discordia entre sus hermanos. ¡Cuán edificante es también el modo como Luis no hace caso de lo que es temporal y mundano en esos asuntos, sino que desde alta atalaya mira solamente el peligro de las almas y la ofensa á Dios. Dios, su paz, su gracia, hé aquí las únicas cosas que más que antes desea para sí y los demás, ahora que está abocado al término de su peregrinación.

18. Veni Jesu Domine.

(1591.)

Los años de 1590 y 1591 fueron para Italia como para muchos otros países verdaderos años de desgracia á consecuencia de las malas cosechas y de la mortandad. En Roma solamente se calculó el número de las víctimas, aunque tal vez con alguna exageración, en 60 000. Hasta del

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 66 ss.

solio pontificio arrebató la muerte su presa con pavoroso apresuramiento. El 27 de Agosto de 1590, el enérgico Sixto V. sucumbió á una fiebre maligna; su sucesor Urbano VII no ocupó la cátedra de S. Pedro más que trece días, del 15 al 28 de Septiembre. Sucedióle Gregorio XIV el 5 de Diciembre; mas también él falleció ya el 30 de Diciembre del año siguiente.

El hambre y la asoladora peste eran combatidas por la caridad cristiana con toda suerte de remedios y socorros. Sixto V asignó todavía en uno de sus últimos consistorios 500 000 ducados para los necesitados, y el Colegio de Cardenales añadió á esta cantidad 90 000 ducados después de la muerte de Sixto. La Compañía de Jesús no andaba á la zaga de los que peleaban en aquel campo de la honra y caridad. Aparte de las limosnas que se distribuían á la puerta á los pobres que iban y venían, el Colegio romano alimentaba 300 pobres, y otros tantos eran sustentados por la Casa de noviciado de S. Andrés. El P. General Aquaviva mandaba buscar á los pobres enfermos en todas partes y les daba albergue en el Colegio en cuanto era posible. Levantó también un hospital provisional en las cercanías de la Casa de profesos detrás del palacio de los condes Petroni, y él mismo se dedicaba á la asistencia de los contagiados. Quien de los suyos no podía servir á los pobres, rondaba por la ciudad para pedir limosnas por ellos. Más de un religioso cayó víctima de tan generoso amor; y uno de ellos fué Luis.

Á todo el que desea asegurar su salvación y perfección con un golpe de violencia y dar al Redentor de los hombres la mayor prueba de amor, no le viene cosa más de su agrado que semejante ocasión. ¿Cómo hubiera Luis podido abandonarla? Á sus fervientes súplicas, obtuvo por fin el permiso de pedir limosnas por los pobres enfermos. Andaba pues de puerta en puerta con la alforja, y pidió prendas

de vestir hasta á Rodolfo y su madre. En una carta de gracias escribió á ésta, que le había enviado una abundante limosna:

“*Pax Christi!* Gran consuelo fué para mí haber podido ser repartidor de las prendas á los pobres, nuestros hermanos. Dios el Señor, que no deja de recompensar nada que haga el amor, dé á V. S^{ta} copioso galardón y gracias en la patria celestial, por la cual debo anhelar, según me parece, ahora más que nunca, y que nos la conceda pronto por su gracia; pues percibo ya que *dies mei abbreviabuntur* (mis días serán abreviados); Dios le dé la abundancia de su gracia, y le beso la mano. Roma, 23 de Febrero 1591.”¹

Cuando Luis oyó que estaba en Roma Juan de Médicis, á quien conocía desde la infancia, para ofrecer sus respetos al Papa á nombre del gran Duque, solicitó el permiso de presentarse en su traje de mendigo también á este caballero, porque esperaba obtener de él una fuerte limosna para sus pobres y hacer á la vez bien á su alma. En efecto, consiguió uno y otro objeto².

El pedir limosna empero, no satisfizo á Luis á la larga. No cesó de acosar á sus Superiores con sus ruegos, hasta que le permitieron también asistir á los enfermos. Fué pues, aunque estaba muy débil, con algunos compañeros al Hospital de S. Sixto, bajo la dirección del P. Nicolás Fabrini de Florencia, Ministro del Colegio romano³. Partía el corazón y ponía el pelo de punta ver cómo los pobres enfermos tambaleaban pálidos y desfigurados por los pasillos, tropezaban en los peldaños de las escaleras y tendidos en los rincones luchaban con la muerte. Luis y sus compañeros aparecieron á los desgraciados como ángeles del cielo. Condujeron ó llevaron á los enfermos á sus camas, los desnu-

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 64. 68.

² *Bolland.*, p. 1023 F.

³ *Bolland.*, p. 1023 F. 1024 F.

daron y lavaron, les dieron comida y medicinas, los prepararon para la confesión y les animaron á llevar su desgracia con fortaleza. En vano se advirtió á un compañero de Luis, Tiberio Bondi, natural de Génova, que no se expusiese al contagio con tal temeridad. Respondió que cuando veía el ejemplo del Fr. Luis, se desvanecía todo su temor y recelo. Á la verdad, Luis no ponía límite á su celo. Los enfermos más repugnantes y nauseabundos eran los que él buscaba para asistirles.

Entonces sucedió que algunos de sus compañeros fueron atacados de la peste, quedando rendido por el terrible mal el primero Tiberio Bondi. ¡Cómo le envidiaba su suerte Luis! En balde se le exhortó á que no importunase tanto á los Superiores y atendiese á su salud. Replicó que pareciéndole que su ansia de servir á los pobres procedía de Dios, estaba obligado á obedecerle si los Superiores lo consentían; que si no, lo dejaría sin tardanza; por lo demás envidiaba á su compañero; entonces esperaba estar en la gracia de Dios, ignorando lo que sucedería en lo porvenir¹.

El peligro palmario de contagio en el Hospital de S. Sixto indujo á los Superiores prohibir á Luis que pudiese los pies en él en adelante. Pero á sus instancias reiteradas, le permitieron visitar otro hospital, llamado de *S^{ta} Maria della Consolazione*, cerca de la Casa de profesos, donde se acogía á enfermos menos peligrosos. En el camino allá, Luis encontró un día á un apestado que estaba abandonado en medio de la calle. Cogióle en seguida, lo cargó en sus hombros, lo llevó al hospital y le asistió². En el hospital que todavía existe, se perpetúa la memoria de este hecho del Santo por una estatua que le representa llevando al enfermo en sus hombros fortalecidos por el

¹ *Bolland.*, p. 1020 E.

² *Bolland.*, p. 1018 B.

amor¹. Probable es que este acto de caridad inoculase en Luis el germen de la muerte²; así á lo menos lo hace presumir el hecho de que volvió á casa enfermo y tuvo que ser llevado á la cama (3 de Marzo de 1591).

Grande por todo extremo fué entonces su regocijo, pues creía que iba al cielo, conforme á la revelación de Milán. Preguntó al P. Roberto Bellarmino, confesor suyo, si debía entregarse á esta alegría sin inquietud. El Padre le tranquilizó diciéndole que era bueno el deseo de morir para estar con Dios; que aun los Santos lo habían alimentado. Sosegado por este dictamen, Luis se abandonó sin reserva al soplo de la gracia en cuyas alas ya se sentía elevado al cielo. La fiebre arreció rápidamente, llevándole al borde de la muerte ya el día séptimo. Con mucho esmero hizo su última confesión y recibió la Sagrada Comunión y el Santo Óleo de manos del Rector, P. Rossignoli, respondiendo con voz firme y vigorosa á las preces del santo acto. Pensando que iban á perder á Luis, sus hermanos de religión lloraban á raudales cuando le veían tan alegre y contento á la faz de la muerte. En este momento solemne, Luis, tan atento á evitar todo lo que pudiese llamar la atención sobre él, suplicó al P. Rector que hiciese en su nombre una declaración á sus hermanos congregados en gran número alrededor de su lecho. Toda vez que algunos de ellos le habían dicho á menudo que le pasaría por fin lo que á S. Bernardo, á quien en el lecho de muerte pesó haber tratado su cuerpo con excesiva crueldad, hacía decir á éstos y á todos que no sentía ningún remordimiento, antes si podía llorar algo, era el no haber hecho para mortificarse todo lo que hubiera podido. Lo que le tranquilizaba, era que nunca había hecho nada sin ciencia y pa-

¹ *Narbone*, Dieci glorie di S. L. G., p. 231.

² *Bolland.*, p. 1016 F.

ciencia de los Superiores, pues no recordaba haber traspasado la regla en ninguna materia. Estas palabras conmovieron y enternecieron á todos los que las escuchaban. Aun en aquella situación y á la vista de la muerte, Luis no pudo desmentir su afición á la penitencia y la severidad. Cuando el P. Provincial, P. Juan Carminata, entró para visitarle, rogó á éste que le permitiera disciplinarse una sola vez. El Provincial replicó en son de broma que en esas circunstancias saldrían flojitos los azotes, que no tenía fuerza para dárselos. Entonces Luis opinó que otro podría hacerle el favor de darle con la disciplina. Repuso el Padre que no era lícito pegar á ningún clérigo sin incurrir en irregularidad. Por lo menos, rogó entonces Luis, se le dejase morir tendido en el suelo. También esto le fué negado. Pero Luis no había de morir todavía. Al séptimo día, la fiebre aflojó, y las fuerzas se iban restableciendo. Esta nueva causó en Castiglione, donde á una noticia prematura de su fallecimiento ya se habían celebrado las exequias¹, tan extraordinaria alegría, que Rodolfo al recibirla quitó de su cuello su cadena de oro y la repartió á trozos á los que estaban presentes. No obstante, la mejoría de Luis no fué más que un aplazamiento de la muerte; pues no dejó ya al enfermo una lenta calentura hética, que consumió su vida dentro de pocos meses.

El 5 de Abril de 1591, escribió á la madre:

“*Pax Christi!* Desde tiempo hace tengo motivo y ocio para satisfacer el deseo de V. S^{ia}, de recibir de mí algunos renglones, y ahora lo hago con tanto más gusto cuanto que me ha dado ocasión para consolarla con seguridad. No sé cómo animarla mejor que exhortándole á contemplar aquella madre que ha sufrido más que ninguna, tomando por ejemplo á su querido Hijo Jesucristo, que

¹ *Bolland.*, p. 1021 F.

cargó con todos nuestros cuidados, pesares y miserias, hasta la muerte, para alentarnos á la paciencia en nuestros sufrimientos y darnos la bienaventuranza eterna. La pesadumbre de V. S^{ia} es varia y grave, pero no puede ser que dure mucho; pues si lo aceptamos todo con santa resignación de la mano de S. D. M., pronto y seguramente entraremos en la tierra de promisión. Con que, consuéllese con la Santísima Virgen y descanse en ella. Veo que también yo me encuentro al término de mis tribulaciones, y si place á S. D. M., espero recibir del mismo Señor la mayor merced que es posible recibir de él, y es la de morir en su gracia, según esperaba; ya he recibido el Santo Viático y la Extremaunción, pero el Señor fué servido aplazar esta merced, preparándome para ella ahora por una fiebre que me ha quedado. Los médicos que no saben qué éxito tendrá, ensayan sus medios para curar el cuerpo. Dame alegría pensar que nuestro Señor quiere darme una salud mucho mejor que pueden los médicos, por lo cual paso el tiempo esperando contento que dentro de pocos meses sea llamado por Dios Señor nuestro de esta tierra de los muertos al país de los vivos, de la compañía de los hombres de aquí abajo á la de los Ángeles y Santos del cielo, en breve, de la vista de las cosas terrenas y deleznable á la contemplación de Dios que encierra en sí todo bien. Tal vez sea esto para V. S^{ia} un motivo de consuelo, porque me ama y desea mi bienestar; ruégole pues que ore por mí y haga orar por mí también á los Hermanos de la Doctrina cristiana, á fin de que dentro del breve tiempo del viaje que me resta aún en el mar de esta temporalidad, Dios nuestro Señor, por la intercesión de su Hijo unigénito, de la Santísima Virgen y de los SS. Celso y Nazario, se digne anegar mis imperfecciones en el mar rojo de la Santísima Pasión de Jesús, para que librado de los enemigos, pueda entrar en el país de la promisión,

para contemplar y gozar á Dios, que le dé su consuelo, Amén.”¹

Este tiempo de dilación había de producir todavía copiosa cosecha de virtudes para Luis y de edificación para sus hermanos de religión. No olvidó siquiera entonces la pobreza con la cual tanto se había encariñado. La cama en que se le había puesto, tenía cubiertas de sencillo lienzo y un colchón, porque en un principio había sido destinada para un padre viejo y enfermo. Pareciéndole todo esto demasiado bueno y costoso á Luis, suplicó que se le diese una cama como la de todos, y no se sosegó hasta que se le hizo advertir que había sido aderezado así para otro, y que no estaba reñido tampoco con la pobreza de un religioso. El médico le había recetado una medicina muy repugnante. El enfermo no la tomaba de un trago, sino lentamente y á pausas. En vez del azúcar que se le había ofrecido para suavizar la irritación que le producía la tos en la garganta, tomaba algunas gotas de agua de regaliza, porque convenía más á un pobre. — Los Cardenales, parientes suyos, della Rovere y Escipión Gonzaga le visitaron repetidas veces durante su enfermedad² y le ofrecieron sus palacios porque allí se podría cuidar mejor y acaso conservar su vida, á lo cual Luis respondió que la Compañía ya cuidaba de él, y que también los Santos habían deseado morir para estar seguros de la salvación³. El P. Rector advirtió á SS. EE. que no tendrían que molestarse ya tan á menudo, que les mandaría noticias exactas sobre la marcha de la enfermedad. No obstante, volvieron aún varias veces por el provecho que para sus almas sacaban del

¹ *Ol. Jozzi*, Lettere di S. L. G., p. 69 ss.

² No se hace mención del Cardenal Vicente Gonzaga. Estaría ausente ó enfermo, pues murió en aquel mismo año 1591, el 22 de Noviembre. — *Rittershusii Genealogiae, Duces Mantuae*, tab. D.

³ *Bolland.*, p. 1018 E.

aspecto edificante. El Cardenal Escipión hacía aun cuando padecía de la gota, llevarse al lecho del enfermo en una litera. Un día pues, que Luis le dijo con mucho cariño que le consideraba como á su padre espiritual, porque por su autoridad le había ayudado á realizar su vocación, el Cardenal echó á llorar replicando que al contrario le debía venerar á él como á su padre y maestro en la vida espiritual, puesto que siempre le había dado tan buen ejemplo. Al marcharse aquella vez el Cardenal, dijo que la muerte de ese joven abriría una laguna dolorosa en su vida; pues nunca le había visitado sin llevarse una conmoción y edificación extraordinaria en el corazón y una *mozetta* humedecida de lágrimas; Luis era sin contestación el más feliz y glorioso de todos los Gonzagas ¹.

También de su amor á la oración Luis dió en aquellos días magníficas muestras. Repetidas veces se hizo vestir y anduvo luego en su aposento orando y meditando algún rato de pie delante de las imágenes de Santos colgadas en las paredes. El enfermero le ofreció llevarle las imágenes á la cama para que pudiese venerarlas allí con más comodidad. Mas el no lo quiso permitir, diciendo que eran sus estaciones. Cuando no había nadie en el cuarto, aprovechaba la soledad para levantarse, arrodillarse delante de su cama y orar; no bien oía entonces acercarse á alguien, volvía á ponerse de pie haciendo como que iba á acostarse. Maravillóse el enfermero de encontrarle tan á menudo fuera de la cama, hasta que adivinó por fin de lo que se trataba y le sorprendió una vez de adrede en la oración fuera del lecho. Luis se sonrojó como un niño, y se conformó luego en un todo con la terminante prohibición del hermano. En general, nada dejaban que desear su humildad, su obediencia y su paciencia. No quería ya en adelante hablar

¹ *Bolland.*, p. 1024 C. 1040 A.

de otra cosa que de Dios y la religión, en lo cual sus hermanos estaban de corazón prontos á complacerle. Alguna vez que se abordaba otro asunto, no decía nada por no faltar á la humildad y caridad, pero tornaba á terciar en la conversación con calor no bien alguien torcía su rumbo hacia las materias espirituales. No ponía reparo á otras conversaciones buenas aunque indiferentes, mas en su situación, decía, le convenía solamente tratar de lo que se relacionaba de modo inmediato con Dios¹.

Enfermo él mismo y necesitado de auxilio, no podía sin embargo, olvidar á los demás enfermos. Cuando el P. General le visitó, rogó á éste que le permitiese hacer el voto de asistir á los apestados en cuanto se pusiese bueno. Entretanto visitaba á los hermanos enfermos mientras tenía fuerzas para levantarse. El P. Luis Corbinelli de Florencia, anciano cargado de años, estaba entonces muy malo y aguardábase su muerte de una á otra hora. Los dos se entendían muy bien y se mandaban muy á menudo recuerdos por mediación del enfermero. El viejo no dió tampoco punto de reposo al hermano que le asistía, hasta que le había traído una vez á Luis y héchole sentarse en un sillón al lado de su cama. Entonces los dos pacientes departieron buen rato á su placer sobre cosas espirituales. Por último, el P. Corbinelli suplicó á Luis, de puro respeto á su virtud y santidad, que le bendijera, puesto que en esta vida no volverían probablemente á verse. Esto fué demasiado para la humildad de Luis, y á ningún precio quiso bendecir, siendo mero clérigo, á un sacerdote ordenado; al contrario deseó ser bendecido por el Padre. El enfermero que leía en la cara del anciano lo mucho que le dolía la negativa, puso fin á la cuestión diciendo á Luis que diese el gusto al buen Padre. Entonces tuvo Luis una ocurrencia oportuna

¹ *Bolland.*, p. 1021 A.

que le sacó del apuro, pues dobló las manos y dijo: "Dios nos bendiga á ambos y cumpla el deseo de V. P^{dad} Vamos á orar el uno por el otro." Con estas palabras echó agua bendita sobre el Padre y sobre sí mismo. Á poco de esto, el enfermero entró una mañana en el cuarto de Luis y le preguntó abriendo las ventanas, cómo había pasado la noche. "No muy bien", respondió Luis. "Parecióme como que había visto al P. Corbinelli tres veces esta noche. La primera, me dijo que orase por él porque padecía grandes angustias; la segunda, vino á rogarme que le implorase paciencia en su pena; la tercera, me anunció que iba al cielo, que orase por él, que él mismo lo haría también por mí, y que pronto nos volveríamos á ver. Cada vez que vi en sueños al Padre, me desperté después de sus palabras; pero traté de tranquilizarme respecto de la visión del sueño y me propuse entonces pedir por la mañana una penitencia por haber obedecido tan mal á la orden de dormir que me ha dado el médico. Sin embargo, no logré cerrar los ojos después de la tercera visión." El hermano no contestó nada. El P. Corbinelli había muerto en efecto, en aquella misma noche, el 31 de Mayo. Luis no dejó tampoco que le quitasen su idea de la cabeza y hasta aseveró al P. Bellarmino que sabía bien que el P. Corbinelli ya gozaba de la gloria. El anciano Padre había rogado también, por pura veneración hacia Luis, que le enterrasen en la misma capilla donde Luis reposaría después de muerto.

Á éste le quedaban por vivir todavía veinte días, durante los cuales se enardecía más y más su deseo de morir. Cuando el enfermero le traía alguna medicina, le preguntaba sonriendo si creía que esas gotas le impedirían unirse á Dios en el cielo ¹. Jamás fué posible inducirle á pedir á Dios su restablecimiento. "Vale más expirar", replicaba siempre muy firme y con visible gozo de la dicha que encierra esta

¹ *Bolland.*, p. 1020 D.

frase. Este gozo y ansia fueron acrecentados todavía más por la circunstancia siguiente. Una noche, preguntó al P. Bellarmino si creía que había almas que sin pasar por el purgatorio subían al cielo con el postrer aliento. Bellarmino respondió que sí, agregando que á su parecer, Luis sería uno de aquellos venturosos; pues habiéndole Dios, según él mismo confesaba, colmado de tantas mercedes y favores como no ha hecho á muchos otros, no le negaría tampoco esta merced. Esta respuesta llenó á Luis de tan inefable regocijo, que cayó en una especie de éxtasis y pasó en ella toda aquella noche. Esta noche dichosa, confesó á la mañana siguiente al P. Bellarmino, se le había pasado como un momento. En aquel arrobó, parece que Dios le participó la hora de su muerte; pues desde entonces aseguró á varias personas que le visitaron, que fallecería en la octava de la fiesta del Corpus.

Á esta seguridad sobrenatural, se fueron asociando también señales físicas que anunciaban las postrimerías del enfermo, arreciando la enfermedad de tal modo, que el P. Vicente Bruno, maestro de enfermos, le declaró que su vida estaba desahuciada por la ciencia humana. Después de esto, Luis recibió á un hermano que le visitó, preguntando si sabía qué nueva tan alegre le habían dado; que debía morir dentro de ocho días, por lo que le invitaba á rezar con él el *Tedém* en acción de gracias. Á otro le dijo en alta voz al verle entrar: "Parto gozoso, gozoso." Y fué á la verdad un gozo tan ingenuo y cordial, que hizo llorar á todos los que estaban presentes. Luego quiso despedirse también de todos aquellos á quienes se sentía especialmente obligado. Dictó una breve carta á su antiguo maestro de novicios, el P. Juan Pescatore, rector del Colegio de Nápoles que era entonces, y otras dos al P. Mucio de Angelis, profesor de Teología allí mismo, y al P. Bartolomeo Recalcati, rector del de Mantua, mandándoles decir

que los saludaba de corazón, que iba al cielo según esperaba y que se encomendaba á sus oraciones. No teniendo ya fuerzas para escribir su nombre, firmó con ayuda de otros, poniendo una cruz debajo de las cartas.

También dictó á su madre una postrera carta.

“*¡Pax Christi!* La gracia y el consuelo del Espíritu Santo estén siempre con V. S. Su carta me ha encontrado todavía vivo en el país de los muertos; pero ahora estoy pronto á ir á alabar á Dios eternamente en el país de los vivos. Pensaba que á esta hora ya habría dado este paso; pero quebrantóse la fuerza de la fiebre, según le comuniqué en mi última carta, en lo más recio, y mejoré algún tanto, de modo que llegué lentamente á la fiesta de la Ascensión. Desde aquel día, volvió á aumentar, de manera que ahora voy pasito á pasito á los abrazos del Padre celestial, donde espero descansar con seguridad para siempre jamás. Así es que las nuevas que se os han dado de mí, no se contradicen, como he escrito también al señor margrave. Ahora si la caridad enseña llorar con los que lloran y alegrarse con los que se alegran, el gozo de V. S., señora madre, debe ser grande á causa de la merced que Dios se digna concederle en mi persona, llamándome Dios nuestro Señor á la verdadera alegría y dándome la seguridad de no poderle ya perder más. Confieso á V. S., que me extravió y pierdo en la contemplación de la bondad divina, mas sin costa ni fondo, que me llama al reposo eterno por tan breve y exigua fatiga; que me invita y llama al cielo, á aquel Bien supremo que he buscado con tanta negligencia, y me promete el fruto de aquellas lágrimas que he vertido tan parcamente. Vea pues y cuide V. S. de no ofender esta bondad de Dios, como lo haría sin duda si quisiese llorar como á muerto á quien vive en contemplación de Dios para auxiliarle con sus oraciones mejor de lo que podía aquí abajo. Nuestra separación será corta, allá arriba volveremos

á vernos y alegrarnos sin separarnos jamás, puesto que estaremos unidos con nuestro Redentor, alabándole con toda nuestra fuerza y ensalzando eternamente su misericordia. No dudo de ninguna manera, que abriremos con facilidad nuestros corazones á Dios y á aquella simple y pura obediencia á que estamos obligados ante Dios, dejando á un lado los respetos carnales y terrenos y sacrificándole libremente y de buen grado lo que ya es suyo, con tanta más prontitud cuanto más caro nos cuesta el sacrificio, convencidos de que lo que hace Dios, está bien hecho; porque aun cuando vuelve á quitarnos lo que nos había dado, no lo hace sino para guardarlo en un lugar seguro y exento de peligro y darnos aquellos bienes que deseamos para nosotros mismos. Todo esto lo he dicho movido únicamente por el deseo de que V. S. y la familia entera acepten mi muerte como precioso regalo de la gracia divina, y que me acompañe con su bendición materna y me ayude á pasar este golfo y ver llenadas todas mis esperanzas al llegar á la otra orilla. Esto he hecho de tan mejor grado cuanto que no me resta nada sino mostrarle el respeto y amor filial que le debo. Concluyo pidiéndole otra vez humildemente su bendición.

Roma, 10 de Junio 1591."

Habiendo cumplido de este modo conmovedor su obligación para con sus amigos y parientes, creyó deber prepararse ya exclusivamente para el último trance. Rogó pues al P. Antonio Guelfucci con quien tenía alguna más intimidad, que viniese á hacerle compañía cada noche. El Padre ponía entonces el crucifijo sobre la mesita al lado de la cama y recitaba al enfermo los salmos penitenciales. Luis juntaba las manos, miraba fijo la imagen del Crucificado y derramaba raudales de lágrimas, sumido en profundo recogimiento. Según le agitaba la conmoción, el recitador se detenía un

momento. Enterneciase del mismo modo cuando se le leía algún pasaje de las obras de S. Bernardo ó algún salmo; particularmente le cautivaban los salmos 83 y 121.

Quando corría la voz que Luis expiraría en la octava de la fiesta del Corpus, muchos procuraron todavía hablarle cara á cara y recomendarle se interesase por sus almas. Acogía sus manifestaciones con cordial interés y prometía arreglarlo todo en el cielo, hablando siempre de la gloria lo mismo que si ya gozase de ella. Algunos fueron también á su cuarto fingiendo tener algo que hacer en él, solamente para disfrutar de la delicia de su aspecto, entre otros el Procurador general P. Mario Fuccioli, el P. Jerónimo Piatti, el cual dijo al salir del aposento: Luis es un Santo y puédesele canonizar á cuerpo vivo. Durante los últimos días, Luis estaba abismado todo en la oración. El crucifijo que tenía indulgencia *in articulo mortis*, no salía de sus manos ni se separaba de su pecho. Á menudo hacía, según prescribe el ritual, actos de fe y ansia de la gloria. Así venía acercándose el fin.

19. Ecce venio.

AL amanecer el 20 de Junio, octava de la fiesta del Santísimo Corpus, entró en el cuarto de Luis el enfermero auxiliar, hermano Mizetti. Cuando hubo abierto las ventanas, dijo á Luis: "Pues hoy es la octava del Corpus, en la cual queríais morir. Pero á lo que parece, vais mejor." Luis contestó que aun no había pasado la octava, y que aquel día moriría. El hermano fué á anunciar al enfermero que Luis se aferraba en morir el mismo día. Volvieron pues juntos á su cuarto y habiéndole tomado el pulso, le aseguraron que iba mejor. Luis replicó que eso creían ellos,

pero él moriría la noche de aquel día, y se puso en seguida á suplicar al hermano que persuadiese al P. Rector á llevarle el Santo Viático. El hermano hizo como que no lo oía, porque en efecto el enfermo parecía estar mejor y no mostraba ninguna señal de que se acercase el desenlace. Pero Luis se ratificó en su aserto, aseguró lo mismo á varios que le visitaron y se despidió de ellos formalmente. Pasó sin embargo el día muy tranquilo y recogido, reiterando solamente de tiempo en tiempo su deseo de comulgar, pues, decía, no le irían á negar el Viático para el último trance, aunque había comulgado todavía el domingo pasado. En el transcurso del día, el P. Ministro le sorprendió con la noticia de que el Papa le enviaba la bendición apostólica con indulgencia plenaria. Luis no sabía si había de darle vergüenza ó alegría tal distinción, y se cubrió la cara con ambas manos. El P. Ministro le tranquilizó observando que probablemente los Cardenales sus parientes habían hablado al Papa de su enfermedad y obtenido esta merced para él. Al anoecer, el P. Juan Lambertini vino de la Casa de noviciado á visitarle. También á él le instó Luis que impetrase el Viático para él del P. Rector. El Padre se lo prometió y rezó con él la Letanía del Santísimo Sacramento del Altar. Luis respondió con voz firme y clara y dió sonriendo las gracias al Padre por este favor. Á los ruegos del P. Lambertini, entró en efecto el P. Rector y le prometió traerle en seguida la Sagrada Comunión. Al oír las campanadas, todos los habitantes de la casa se reunieron para acompañar al Santísimo Sacramento al aposento del enfermo. Cuando el P. Rector pronunció en alta voz las palabras: "Recibe, querido hermano, el Viático, el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que guarde tu alma para la vida eterna, Amén", nadie pudo contener el llanto. Luis solo rebosaba de devoción, alegría y alborozo al considerar la dicha de ver y gozar tan pronto sin velo á Aquel á

quien veía y recibía entonces bajo la forma eucarística. Después de recibir el Sagrado Manjar, quiso despedirse de todos, y cada uno tuvo que acercarse á su lecho y abrazarle. ¡Cuántas lágrimas regaron entonces su rostro, y cuántas veces le miraron los ojos de sus hermanos que por vez postrera le vieron y saludaron! Luis se encomendó á sus oraciones, rogando particularmente á los maestros de Teología que le recomendasen también á sus alumnos; también prometió orar por todos en el cielo. Uno de los hermanos que le conocían de más cerca, halló ocasión de hablarle aún á solas, y le rogó que le ayudase también en el cielo á progresar en la virtud, ya que en la tierra había cuidado de él tan fraternalmente. Luis le prometió acordarse de él allí donde el amor era más perfecto y verdadero. Todo esto lo dijo con voz tan clara y firme, que nadie pensó estuviese tan cerca el instante de la muerte. También el Provincial, P. Juan Carminata, entró y preguntó á Luis cómo iba. “Me voy, me voy”, respondió éste. — “Y ¿adónde?” — “Á la gloria, á no impedirlo mis pecados.” El P. Provincial observó por lo bajo á los demás que estaban en el cuarto: “Ahí veis, éste habla de la muerte como de una gira á Frascati.” Un padre que estaba á la cabecera de la cama, le levantó la cabeza y le enseñó el Crucifijo. Luis se quitó pronto la gorrita, y cuando el Padre quiso volver á ponérsela diciendo que el aire podría hacerle daño, contestó: “Nuestro Señor ha muerto también con la cabeza desnuda.” Al toque del *Angelus*, el aposento estaba todavía lleno de visitantes; pero cuando el enfermero le advirtió que era bueno orear un poco el cuarto, el Rector mandó salir á todos. Al discutirse luego quién había de pasar la noche con Luis, éste mismo designó á tres Padres, que fueron el P. Ministro, el P. Nicolás Fabrini y el P. Antonio Guelfucci. Á los otros les mandó el P. Rector retirarse á descansar porque Luis tenía todavía fuerzas para

vivir ocho días. Alejáronse pues todos, tristes y apesadumbrados. El P. Bellarmino, como confesor de Luis, se dirigió al enfermero preguntándole si era de temer un desenlace cercano; que entonces no se iría él tampoco. Contestóle aquél que no era de temer la muerte del enfermo más que la del Padre mismo; que se retirase tranquilo, pues le avisaría en cuanto ocurriese algo.

“Quedéme pues, escribió el P. Antonio Guelfucci, en el cuarto de Luis, creyendo que se entregaría al reposo, puesto que había tomado algún alimento después de la Sagrada Comunión. Para facilitárselo cubrí la luz con una pantalla y no me acercaba más que de tiempo en tiempo á la cama del enfermo para ver si en realidad se aproximaba el fin, según había dicho. Pero cada vez le hallé todavía despierto y unido con Dios en la oración. Las dos ó tres veces que le pregunté si tenía algún deseo, contestó: “Reparad en mí; que me muero.” Aunque no percibía todavía ningún signo de la agonía, empecé á inquietarme, vacilando si había de avisar al P. Ministro que comenzase las oraciones de moribundos. Por fin me acerqué á la cama y para andar seguro, pregunté á Luis si podía servirle en alguna cosa. Rogóme que le volviese del lado derecho al izquierdo. Entonces noté que venía la muerte, y llamé al P. Ministro, que rezaba el Breviario en el cuarto contiguo. Vino con el enfermero, y á la luz de varias velas vimos que su rostro estaba cubierto de palidez y sudor, signos de la proximidad de la muerte. Entonces le dije que me había rogado que le volviese del otro lado, y que quería hacerlo de buen grado si no hubiera peligro de que este movimiento le acarrease la muerte; que tuviese paciencia y tomase sufrido esa última gota del cáliz del dolor. Todo contento se conformó con ello.”¹

¹ *Bolland.*, p. 1017 E, F.



Hermesdorff del.

B. Röhlen fotohp.

S. Luis en la Religión.

Propiedad de Herder, Kriburgo.

Cuando los Padres vieron que no hablaba ni se movía ya, le pusieron en la mano la vela mortuoria; cogióla y tóvola asida, atendía á las oraciones que se le recitaban, clavaba la vista en el Crucifijo que tenía en frente suyo y oprimía al pecho el pequeño Crucifijo que tenía la indulgencia *in articulo mortis*. Una vez más movió los labios, pronunció el nombre de Jesús con voz débil y expiró.

Luis murió tranquilo, con pleno conocimiento de lo que le pasaba, pero con todo en tan breves instantes que no fué ya posible llamar al P. Bellarmino, lo que le dolió mucho. Eran cuando expiró, las diez y minutos del jueves, 20 de Junio, y al terminar por tanto, la octava del día del Santísimo Corpus y en vísperas de aquel en que más tarde había de celebrarse la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, conforme á su constante deseo de que muriera en un viernes ó durante la octava del Corpus. Al morir contaba 23 años, tres meses y once días de edad.

La muerte no es solamente el fin, sino también el resultado, el eco y la imagen de la vida. La vida santa termina con una santa muerte. Sus devociones favoritas al Santísimo Sacramento del Altar y á la Pasión de Cristo, y sus virtudes predilectas, la oración, la mortificación y la penitencia distinguen y embellecen la muerte de Luis. Al amortajar los enfermeros su cadáver, encontraron en el costado derecho dos llagas tan profundas que el lienzo había penetrado en la carne. Jamás Luis había dicho palabra de esto, ocultándolo con mucho cuidado. El dolor de estas llagas fué el que le hizo desear otra postura un momento antes de expirar. No habiendo ya de lograr este alivio, murió como el Salvador en la Cruz, tranquilo y resignado en Dios.

PARTE TERCERA.

EL SANTO EN EL CIELO.

LA gloria del cielo es el fin, el galardón y el remate de la santidad. Mas con la muerte no cesa la actividad de los Santos. La bienaventuranza de que se goza en el cielo, no es solamente un descansar deleitoso en Dios, sino también una actividad extrínseca poderosa para los de la tierra mediante mercedes y milagros que atestiguan que el Santo goza de Dios, y por los que corresponde á las voces de veneración, confianza y amor que desde la tierra suben á su asiento en la gloria. De este modo se compone la gloria como el tejido de trama y urdimbre, de feliz reposo y maravillosa acción, de esplendores celestes y terrenos que fulgulan cual nimbo luminoso en torno del alma y del cuerpo del bienaventurado.

1. Los despojos corporales del Ángel que voló.

IMAGEN de la tranquilidad y paz, la envoltura exánime de Luis estaba tendida sobre el modesto féretro. Apenas la hubo abandonado el alma gloriosa, despertóse ya la veneración hacia los restos mortales del finado. El P. Antonio Guelfucci, testigo de los postreros momentos de Luis, no osó por respeto al Santo, tocar su cuerpo, pero se apoderó

en seguida de la mísera herencia, que consistía en algunas plumas de escribir y las dos imagencitas que adornaban la mesita de estudiar. Mas cuando por la mañana se supo que Luis había muerto, llenóse al instante el aposento mortuario de devotos que después de orar un rato, trataron de apropiarse un recuerdo del Santo. De esta manera fueron desapareciendo toda suerte de cosillas: cabellos, jirones del vestido, pedazos de lienzo, devocionarios y papeles y ni el cadáver siquiera quedó intacto.

Colocado éste en aquella misma mañana sobre el féretro en la capilla de la casa, estaba rodeado constantemente de un corro denso de visitantes, particularmente de los hermanos jóvenes, que le besaban las manos con familiar ternura, y entre ellos algunos que en otras ocasiones no se habían atrevido á mirar siquiera á un cadáver. Por la noche se llevó el ataúd abierto al claustro, y también allí todos los de la casa besaban al pasar la mano del difunto, lo cual suele hacerse de ordinario solamente en cadáveres de sacerdotes. Desde el claustro se trasladó el ataúd procesionalmente á la iglesia de la Anunciada para la celebración de los funerales, á los que concurrió el pueblo en número extraordinario, apiñándose alrededor del féretro para tocar y besar el cadáver y apropiarse alguna cosa. Entre otros se hizo notar una cuadrilla de estudiantes, de los cuales no pocos llevaban apellidos célebres como Perlstein, Dietrichstein, Orsini y otros. Éstos invadieron la iglesia por una puerta lateral, haciendo un ataque en toda regla al cadáver, armados de tijeras y cortaplumas para conquistar una reliquia. El joven De Angelis estaba para amputar una oreja al cadáver cuando por fortuna un Padre llegó á tiempo para echar del templo á la impetuosa turba. Un joven religioso empero, logró en efecto, al amparo de la bulla y confusión, separar un dedo de la mano derecha del cadáver, osadía que había de expiar todavía con un amargo suplicio.

El ímpetu y la violencia llegaron por fin á tal extremo, que fué preciso mandar al pueblo fuera y cerrar las puertas de la iglesia. El entierro no pudo verificarse hasta la noche ¹.

El P. Bellarmino y otros Padres competentes fueron de parecer que en atención á la santidad del finado y por lo que pudiera suceder todavía, no convenía poner el cadáver en el hoyo sin ataúd como era costumbre, sino encerrarle antes en una caja de madera. El P. General aprobó la idea, y Luis fué sepultado en un ataúd en la Capilla de la Cruz de la *Annunziata*.

Allí descansó siete años, hasta el 22 de Enero de 1598. Un desbordamiento del Tíber, cuyas aguas penetraron en las sepulturas de la *Annunziata*, dió motivo al P. General á levantar el ataúd y abrirlo. Hallóse descompuesta la carne, pero el esqueleto bien conservado y en la misma postura en que se le había enterrado, inclinada la cabeza un poco hacia adelante como Luis la solía llevar también en la vida. El P. Provincial Bernardino Rossignoli, repartió en aquella ocasión muchas reliquias, de modo que partes del cuerpo del Santo llegaron á Polonia por el P. Nicolás Lancicio y á Indias por el P. Francisco Conso. El Colegio de Bruselas recibió un omoplato del Santo, un fragmento del cual llegó más tarde á Amberes. Después de examinar y separar algunos huesos, se volvió á encerrar los demás en una arquita, colocada en una parte más alta de la pared para que no fuesen deteriorados por el agua y la humedad ni confundidos con otros.

Cuando fué aumentando la veneración del Santo gracias á los numerosos milagros obrados por su intercesión, el P. Aquaviva mandó sacar otra vez los restos el 8 de Junio de 1602 para colocarlos en otro lugar más decoroso. Metióse el pequeño ataúd de madera en otro de plomo y encerrado

¹ *Bolland.*, p. 1021 E.

éste á su vez en uno de madera, fué depositado en su nueva sepultura á los pies del altar de la Capilla de S. Sebastián de la misma iglesia. Aunque la traslación se había verificado con todo secreto, no tardó en conocerse el nuevo lugar de descanso del Santo, originándose pronto una concurrencia extraordinaria al altar de S. Sebastián.

La tercera traslación se efectuó á instancias del margrave Francisco Gonzaga, hermano menor del Santo. Como á éste no le parecía bastante digno el lugar donde se guardaban las reliquias, fueron levantadas otra vez el 13 de Mayo de 1605 y recluidas en la pared al lado del Evangelio de la Capilla de la Virgen de la misma iglesia con gran solemnidad y mucha afluencia de gente. Con ocasión de esta tercera traslación, el margrave Francisco recibió una canilla del Santo, que llevó como precioso tesoro á Castiglione y de la que se cedió más adelante un fragmento á la iglesia de Sasso en la Valtelina, donde Luis obró muchos milagros. La cabeza del Santo, la adjudicó el P. General Aquaviva primero á la casa de profesos de *Al Gesù*, pero la regaló después asimismo á Don Francisco para la iglesia de la Compañía en Castiglione, donde en el día presente descansa y es venerada todavía.

Por cuarta vez, las reliquias fueron trasladadas el 15 de Junio de 1620, cuando se fundó y consagró una capilla propia en honor del Santo en la iglesia del Colegio. En la procesión que acompañó esta vez á los sagrados despojos de S. Luis, uno de los acólitos que llevaban velas, fué un joven jesuíta natural de Bélgica, Juan Berchmanns, el cual estudiaba filosofía en el Colegio Romano. Entonces ya era llamado otro Luis ¹ é imitaba las virtudes de éste tan gloriosamente, que andando los tiempos se le erigió también á él un altar en la misma iglesia y en frente del de S. Luis.

¹ *Bolland.*, p. 1028 F.

El 2 de Agosto de 1626, cuatro años después de la cononización del fundador de la Compañía de Jesús, el Cardenal Luis Ludovisi puso solemnemente la primera piedra de la nueva iglesia de S. Ignacio, en el lugar de la antigua iglesia de la Anunciada, que había pertenecido á la Compañía. Este suceso ocasionó una quinta traslación de las reliquias de S. Luis, la cual se efectuó el 5 de Agosto de 1649. El Santo recibió entonces la segunda capilla á la derecha, la cual estaba consagrada á S. José y ocupaba el mismo lugar donde se había encontrado la cámara mortuoria de Luis. Allí, bajo el altar, los huesos descansaron 15 años. Aun hoy, un cuadro y una inscripción en la Capilla de S. José recuerdan que Luis murió allí.

Entretanto adelantó bastante la construcción de la iglesia para que en una capilla al lado izquierdo de la nave transversal se pudiese edificar un altar á la Madre de Dios, en recuerdo de la antigua iglesia de la Anunciada, y S. Luis obtuviese al lado derecho una capilla propia, nueva y magnífica. Á ésta se trasladó y se depositó bajo el altar el venerable cuerpo el 20 de Diciembre de 1699 en procesión solemne, presidida por el General P. Tirso González, traslación sexta y última, pues allí mismo descansan todavía los sagrados despojos en el día de hoy.

El Colegio de Jesuitas de Palermo poseía la mandíbula inferior; Colonia recibió el crucifijo que Luis había usado en la vida y muerte. El Cardenal Lugo lo regaló al General Goswin Nickel, y éste legó el tesoro al Colegio coloniense el 26 de Junio de 1661¹.

Dios no ha conferido al cuerpo de S. Luis como á los de tantos otros Santos el don de la incorruptibilidad que suele considerarse como premio especial de castidad inmaculada. Habría que pensar que precisamente á Luis le

¹ *Bolland.*, p. 1026—1032.

debía haber cabido en suerte esta distinción bien merecida por su extraordinaria pureza y virginidad. Mas Dios es inescrutable en cuanto á la distribución de sus mercedes y muestras de favor. Tal vez era el plan de su Providencia proporcionar á muchos lugares el honor y las bendiciones de la presencia de sus reliquias, permitiendo que se descompusiese el sagrado cuerpo. De hecho se han repartido las santas reliquias con tanta largueza que ahora ya no se regala ninguna. La historia de este santo cuerpo empero, es un triunfo cuya brillantez ha ido aumentando cada vez más. De la húmeda cripta del altar de la Cruz sube á la capilla de S. Sebastián, de ésta pasa al santuario de la Madre de Dios y de S. José, y habiendo recibido allí todos los honores debidos á tan ilustre huésped, entra en la suya propia, que puede competir en magnificencia y riqueza con toda otra sepultura de Santos en la Ciudad Eterna. "Dios protege la osamenta de los justos" (Salm. 33, 21). "Sus huesos florecerán cual flores" (Is. 66, 14).

2. El gran taumaturgo.

Los milagros son los destellos visibles de la santidad, que brillan no solamente después de la muerte alrededor de los restos de los Santos, sino que también á menudo iluminan ya sus huellas en su vida terrestre. Luis no obró milagros mientras vivía en carne humana. Los que le conocían de más cerca se extrañaron de ello, consolándose con tenerle á él mismo por el milagro más insigne. También en este extremo Dios tiene un modo inescrutable de recompensar á sus Santos. Pero apenas hubo muerto Luis, comenzó á manar el torrente de los milagros de Dios como si lo nutriese un mar de gracia, sin volver á secarse jamás;

de suerte que Luis merece con razón el título de un gran taumaturgo. En sus milagros son dignas de notarse en particular tres cualidades: la amabilidad, la variedad y el número asombroso. Vamos á probarlo con algunos datos.

La primera curación milagrosa fué obrada por Luis en su propia querida madre. Poco tiempo después de su muerte, se turbó otra vez la paz de su familia. Apenas hacía un año que dormía en el Señor, se asesinó á su tío Alfonso de Castel Giuffredi¹, y Rodolfo tuvo que apoderarse del señorío por medio de las armas, probablemente á causa de la resistencia de la hija heredera Catalina, en cuyo lugar se había casado con Helena Aliprandi². Pero aun antes de expirar el año siguiente, también Rodolfo cayó, según parece³, por mano de asesinos y fué sepultado en 1593 en la capilla del castillo de Castiglione. Estos horribles acontecimientos fueron otros tantos golpes inferidos á la salud de la margravina, de modo que cayó en una enfermedad mortal, y después de recibir los Sacramentos de los moribundos, esperaba ya su fin. Toda la familia estaba reunida alrededor de su lecho; de repente levanta los ojos, gozo celestial inunda su rostro, una dulce sonrisa anima sus facciones cenicientas, y luego ella misma prorrumpe en un llanto copioso y refrigerante, pues no había podido llorar durante largo tiempo, como presa de una especie de letargo ó embotamiento del ánimo. ¿Qué había sucedido? Su Luis, su hijo glorioso, estaba delante de ella, circundado de la aureola celestial y la volvía buena con una

¹ *Rittershusii Genealogiae, Duces Mantuae, tab. B.*

² Catalina contrajo después matrimonio con el príncipe Teodoro Trivultio, cuyo hijo Teodoro Trivultio obtuvo el capelo y gestionó la canonización de Luis cerca del Papa Urbano VIII, á nombre del Emperador Fernando II.

³ Conf. *Daurignac, Histoire de S. L. d. G., p. 356.* — *Rittershusii Genealogiae l. c.*

sola mirada. Levantóse al punto, llena de esperanza y seguridad de un porvenir dichoso para la familia ¹. Y en efecto, su esperanza no fué engañada: pues el príncipe Francisco volvió á dar nuevo brillo y fama á la familia, precisamente así como Luis lo había predicho.

Cintia Gonzaga, hija de Rodolfo, religiosa en Castiglione, fué librada por Luis en 1668 de un gravísimo mal de corazón, tocando solamente su imagen ². — Á otra sobrina, Juana, hija de Don Francisco, la salvó la vida en 1674, cuando corrió manifiesto peligro al volcar el coche en que iba, volviendo de la célebre iglesia de su santo tío en Sasso en la Valtelina. El coche cayó con ella sobre el repecho de la carretera á la sima del valle donde bramaba el Adda. Los que venían en su compañía, corrieron por rodeos á auxiliar á la señora, á la cual daban por perdida. Entretanto la margravina estaba sentada ilesa al lado de su perrito, sus caballos y el coche, á dos palmos del río; solamente el techo del coche se lo había llevado el viento. Juana se había encomendado, al caer, á la Madre de Dios y á su venerado tío, y le pareció como que una mano la llevaba suavemente por la pendiente abajo ³. — Á su cuñada Elena Aliprandi, que después de la muerte de Rodolfo se había casado con cierto Claudio Gonzaga ⁴, y era muy devota de Luis, se le apareció en 1608 anunciándole su próxima muerte, que acaeció en efecto una semana después ⁵. — Al duque Vicente de Mantua, pariente suyo, le curó Luis en 1605 dos veces de vehemente podagra, mediante la aplicación de sus reliquias al pie doliente ⁶. — Tampoco olvidó el celestial bienhechor á sus antiguos fieles criados. Su

¹ *Bolland.*, p. 1038 D.

² *Bolland.*, p. 1062 F.

³ *Bolland.*, p. 1086 D.

⁴ *Rittershusii Genealogiae, Duces Mantuae*, tab. F.

⁵ *Bolland.*, p. 1156 B.

⁶ *Bolland.*, p. 1048 B, C.

anciana ama Camila de Ferraris padecía desde ocho años cruelmente de la tisis. Hizo traer su imagen, prenderla de la cortina de la cama y recordóle familiarmente los grandes desvelos que había tenido por él cuando niño, prometió dar en su honor un corazón de plata, y quedó de repente sana ¹. — Al viejo camarero Ghizoni, que mientras tanto había ascendido á mayordomo y se hallaba en Roma con el príncipe Francisco, le prestó Luis un gran favor en 1606. Ghizoni descubrió un día en las cuentas de la casa una partida de 500 ducados cuya existencia ignoraba por completo. El anciano sintió una angustia mortal á causa de ello, encomendóse en la oración á su antiguo querido amo, recordándole asimismo los leales servicios que le había prestado. Cuando Ghizoni se despertó por la mañana, creyó oír distintamente una voz que le mandaba examinar las cuentas del administrador, que allí hallaría lo que buscaba. En efecto, éste tenía consignada la cantidad en las suyas como cobrada y gastada. Al punto corrió al sepulcro del Santo y oyó una misa para mostrarle su gratitud ². El mismo Ghizoni no quiso declarar el objeto de otra merced obtenida del Santo. — De esta manera, Luis se mostró muy propicio á auxiliar y favorecer á sus parientes y amigos, á quienes había desatendido tanto en la vida según juicio humano.

En la Compañía de Jesús corre un dicho según el cual Santos de la Orden están prontos á socorrer á todo el mundo menos á sus hermanos de religión. Parece que Luis constituye una excepción de la regla, pues se valió á menudo de su poder con fraternal solicitud para librarlos de peligros y males. Un hermano lego tuvo una dolencia en la rodilla, que le impedía orar hincándola según lo había hecho siempre Luis, lo cual le avergonzaba y pesaba mucho.

¹ *Bolland.*, p. 1056 F.

² *Bolland.*, p. 1063 C.

Acudió entonces lleno de confianza á Luis, suplicándole por lo mucho que había querido en la tierra á los hermanos legos, que le ayudase en su aprieto, que rezaría todos los días un Padre nuestro y Ave María en su honor. En seguida quedó curado. Esto sucedió en 1609 ¹. — En Padua, Luis restableció á un novicio, Marco Gussoni, á quien ya se le habían administrado los últimos Sacramentos ²; en Roma á un escolástico Juan Giustiani ³; en Gante en 1632 al P. Guillermo Flack ⁴. Hasta el P. General Francisco Retz tuvo que agradecer la salud á Luis (1736) y se hizo por esta razón, gran promovedor de la gloria de su bienhechor. Él fué también quien obtuvo el uso de una misa especial y de un oficio propio para toda la Compañía y una indulgencia plenaria para cada uno de los llamados seis domingos de S. Luis. — Extraordinaria fué la curación del escolástico Luis Spinelli de completa privación del habla y parálisis de las extremidades, en el Colegio de Palermo 1635. En visiones repetidas, Luis le devolvió primero la facultad de hablar y después el uso de los miembros, aunque bajo condiciones bastante graves. Spinelli había de hacer los grandes ejercicios de S. Ignacio, rezar todos los días un cuarto de hora, y los domingos media hora más que antes y ayunar en las vísperas de la fiesta de S. Luis. Manifestóle Luis que habiendo podido dejarle mudo para toda su vida, Dios había permitido que le curase, para revelar sus méritos á todo el mundo; que usase en adelante de la lengua en honor de Dios y aspirase á la perfección con más empeño que antes; Dios exigía de él grandes cosas; no obstante, tuviese buen ánimo, que él le había de guiar y asistir. Junto con Luis, se le apareció también S. Juan Berchmanns. Spinelli fué más adelante á las Misiones de

¹ *Bolland.*, p. 1061 E.

² *Bolland.*, p. 1043 F.

³ *Bolland.*, p. 1045 E.

⁴ *Bolland.*, p. 1075 B. C.

Filipinas ¹. — Muy notable hacen también varias circunstancias la curación del novicio Nicolás Celestini en Roma, el cual había sido llevado al borde del sepulcro por diversas complicaciones de la enfermedad, en el año 1765. S. Luis se le apareció en la forma como se le ve en el retablo de la iglesia de S. Ignacio, pero con celestial belleza y gloria. Preguntó al enfermo cuál quería, la salud ó la muerte. Cuando el enfermo contestó que quería lo que quisiera Dios, Luis respondió que por estar tan conforme con la voluntad de Dios, había de obtener la vida; exhortándole á que aspirase á la perfección, propagase la devoción al Sagrado Corazón de Jesús tan grata á Dios y fomentase el ejercicio de los seis domingos de S. Luis. Envalentonado por esta merced, Nicolás solicitó también que le librase del dolor de cabeza que le aquejaba sin cesar. “Eso no es la voluntad de Dios”, contestó el Santo; “quiero que te acuerdes siempre por ese dolor de la Pasión de Jesucristo, como también yo ansiaba durante toda mi vida sufrir lo mismo para tener parte en la Pasión de mi Señor que tanto sufrió por mí.” Dicho esto, el Santo bendijo al enfermo y desapareció ². Está visto que S. Luis trataba á los suyos con tanta firmeza como bondad fraterna.

Entre los milagros que Luis obró en personas ajenas á su familia y la Compañía, ha adquirido singular fama la curación de la religiosa Catalina de Carlinis (8 de Abril de 1600), que vivía en el mismo convento que S^{ta} Magdalena de Pazzis y padecía de un cáncer muy doloroso. La vida del Santo que el P. Ceparí había dado á leer á las religiosas, y probablemente también la célebre visión de la gloria celestial de S. Luis que algunos días atrás había tenido S^{ta} Magdalena, infundieron nuevo aliento y confianza

¹ *Bolland.*, p. 1075 ss.

² *Ceparí*, Vida de S. Luis. Edición de 1862, p. 272 ss.

á la enferma, de modo que la aplicación de una reliquia del Santo bastó para detener el progreso exterior del mal. La Superiora quiso entonces que el arte médico hiciese lo demás. La religiosa empero, rogó al Santo que revelase su gloria rematando su obra. Al mismo instante sintió tal dolor que se desmayó, y al siguiente estuvo sana por completo. Éste es el primero de los milagros examinados y reconocidos por la Iglesia que dieron ocasión á que se pudiese á Luis sobre los altares ¹. — La curación de Filiberto Baronis en Turin es notable por la circunstancia de que nos da una idea de la presencia exterior de S. Luis. Aquel hombre enfermo de los riñones vió en sueños á un joven religioso de la Compañía, más alto que la medianía, de rostro pálido y nariz larga y un poco acaballada. Este joven le ciñó los lomos, y todo dolor había desaparecido ². — Julia de Nobilis fué atacada de un mal antiguo, el Jueves Santo del año 1607, durante el oficio en la iglesia de Jesuitas, tan de repente y con tanta vehemencia, que creyó morir y todo el pueblo alrededor de ella se alborotó. En su angustia y confusión se encomendó á S. Luis cuya imagen tenía en frente suyo, rogándole que la auxiliase, por el grande amor que había profesado en vida á la Anunciada. De súbito, en el momento de la elevación, se sintió completamente buena y bastante fuerte para ir sola á su casa ³. — Flaminio Bacci, auxiliar del Secretario de la Congregación de ritos, padecía una fiebre maligna con vahidos y sordera. Leyó la vida del Santo y le suplicó lleno de confianza que le pusiera las manos encima y le curase. En aquel mismo momento sintió oprimida la cabeza y la cara por una mano con tanta fuerza que se agachó la nariz, que fué regalada al propio tiempo con un aroma dulcísimo,

¹ *Bolland.*, p. 1043 A ss.

² *Bolland.*, p. 1044 C.

³ *Bolland.*, p. 1059 B.

pero no vió á nadie. Después cayó en un sueño reparador, del cual despertó enteramente restablecido ¹. — En Campoli, pueblo inmediato á Ascoli, un muchacho de siete años se había ahogado en un arroyo desbordado. En casa se untó el cadáver con aceite de la lámpara que en el Colegio Romano ardía delante del sepulcro de S. Luis, y á poco rató el niño despertó y echó á correr tan sano como antes ². — En Roma, Francisco Fabrini cayó una noche tan desastrosamente de un alto muro al patio, que debía de haberse estrellado en un canto. Al caer, se encomendó á S. Luis, y como guiado de una mano invisible, cayó cabeza abajo en una gran cuba de la cual no supo salir. Después de invocar de nuevo al Santo, salió de la prisión sin rasgarse siquiera la piel ³. — Un mendigo en Roma, calenturiento y disentérico, no lograba ser admitido en ningún hospital. De camino al que estaba en el Monte Celio, pasa delante de la iglesia de la Anunciada, entra en ella y promete á S. Luis que mendigaría hasta reunir un ducado, que le traería en ofrenda. Todavía no había llegado al hospital cuando ya estuvo bueno ⁴.

También en males del alma, un sinnúmero de personas obtuvo auxilio de S. Luis. Varias fueron libradas de la obsesión diabólica por la intercesión del Santo ⁵, y otras se convirtieron del error á la verdad de la Iglesia católica ⁶. Mucho se celebró en Parma la conversión repentina de una adúltera, que después de hacer un voto al Santo, abandonó su vida pecaminosa y murió santamente ⁷. Muchos otros, que habían sido vejados durante muchos años, no solamente por tentaciones impuras, sino también por há-

¹ *Bolland.*, p. 1048 F.

² *Bolland.*, p. 1084 F.

³ *Bolland.*, p. 1047 F.

⁴ *Bolland.*, p. 1047 F.

⁵ *Bolland.*, p. 1049 C. 1110 A. 1111 F.

⁶ *Bolland.*, p. 1116 C.

⁷ *Bolland.*, p. 1052 C.

bitos torpes, quedaron libres de unas y otras gracias á un insignificante voto hecho en honor del Santo ¹.

Una serie larga de milagros fué obrada por Luis solamente para ayudar á sus devotos á salir de los apuros de la vida cotidiana. Á los buenos habitantes de Landshut les procuró en 1688 el tiempo más hermoso para entrojar la mies ². — Un pobre escolar, que recibía subsidios de un caballero para estudiar y le arreglaba el cuarto en cambio, tuvo un día la mala suerte de que se le escapase el pajarito cuyo canto era la delicia del señor. Luis tuvo que ayudar. Y lo hizo, pues al anochecer el animalillo estaba delante de la casa y se dejó prender ³. — Un estudiantillo algo ligero de sesos se había quemado la cara con pólvora tan lastimosamente, que su vista corría peligro. Luis se la conservó ⁴. — En Castiglione procuró el pan preciso á un pobre padre de familia que no tenía con qué acallar el hambre de sus hijos ⁵. — Más importante fué el servicio que prestó á un reo inocente que le había encomendado su causa. Éste había de ser atormentado, y aplicáronse también los instrumentos ordinarios durante una hora; mas él no sintió el más ligero dolor ⁶. — Un sastre en Nápoles se hallaba en un grande apuro, pues había de pagar lo que no tenía. Corriendo por la ciudad, agitado por la angustia, pasó también delante de la iglesia de la Compañía de Jesús, en la cual se estaba celebrando la fiesta de S. Luis. La imagen del Santo, colocada encima del portal, miró al sastrecito como si quisiera inspirarle confianza y aliento, con tanta dulzura, que le hizo exclamar: “Oh Santo, como quiera que te llames, ¿qué sería para ti el pagar mis deudas?”

¹ *Bolland.*, p. 1071 C. 1055 F. 1050 F.

² *Bolland.*, p. 1088 C.

³ *Bolland.*, p. 1088 B.

⁴ *Bolland.*, p. 1089 B.

⁵ *Bolland.*, p. 1063 B.

⁶ *Bolland.*, p. 1071 E.

Al otro día, el sastre se presentó á la caja alicaído y con las manos vacías. Pero cata ahí, un señor vestido de clérigo viene y le dice que se vuelva para su casa, que sus deudas están pagadas. Este señor clérigo sacó de apuros al sastre dos veces más, y la última le dijo: "Yo soy el Santo á quien te encomendaste. Reza todos los días en honor mio cinco Padre nuestros y Ave Marías." ¹

Estos y otros innumerables milagros obró Luis de las maneras más diversas, ora en virtud de una simple invocación, ora mediante la aplicación de una reliquia, la veneración de su imagen, y muy á menudo por el uso del aceite de lámparas que ardían en su honor, tanto en Italia, como en Bélgica, Francia, España, Polonia, Alemania, en todas partes en fin, adonde había penetrado la fama de su santidad. En Alemania particularmente, curó á muchos pobres estudiantes de enfermedades de los ojos ². En Italia fueron agraciados con milagrosos favores del Santo especialmente el margraviato de Castiglione, Florencia y la Valtelina. En este valle fué la relación de la vida de S. Luis la que despertó poco á poco la confianza del pueblo católico en grado extraordinario. Pronto se elevó en su honor en Sasso una iglesia, que fué consagrada por el Arzobispo y Cardenal Federico Borromeo. Hasta el año 1630, se contaban allí más de 103 milagros atestiguados por la autoridad competente; en Castiglione hasta el año 1606 70 milagros y 300 casos de mercedes obtenidas por la oración á S. Luis, viéndose suspendidos los exvotos en la iglesia delante de la imagen del Santo ³. El historiador del Santo, P. Cepari, conocía nada menos que 206 milagros acreditados; muchos otros no fueron corroborados judicialmente, porque los había de sobra para el objeto de la

¹ *Bolland.*, p. 1085 C.

² *Bolland.*, p. 1057 B. 1088 ss.

³ *Bolland.*, p. 1056 E.

beatificación¹. Esta virtud milagrosa se conserva hasta el día presente².

Para terminar este capítulo, vamos á mencionar un milagro que merece un interés particular tanto por renovarse todos los años hasta el corriente (1890), como por ser igual á otro milagro conocido en todo el mundo. Testigos fidedignos aseguran que el venerable siervo de Dios Don Plácido Bacher recibió de cierto platero Chiaparelli una reliquia de S. Luis, consistente en un frasquito lleno de sangre cuajada. El platero contó que lo había recibido de un general francés cuyo nombre no se menciona, como regalo por una obra bien ejecutada. La reliquia procede, según dicen, de Castiglione y llegó en 1837 al poder de Don Plácido y más tarde al de la iglesia de *Gesù vecchio* de Nápoles. Escasas como son las noticias sobre el origen y la historia de la reliquia, tan manifiesto es el milagro que testimonia de su legitimidad de año en año. Desde la primera víspera de la fiesta de S. Luis hasta la segunda de la octava, la sangre contenida en el frasquito se vuelve líquida y roja como si acabase de salir de las venas. La reliquia se pone comunmente de manifiesto sobre el altar de S. Luis, verificándose el milagro sin que se la toque, después de algunas oraciones que se dicen delante de la imagen del Santo. En otros tiempos del año se observa la liquidez de la sangre por modo extraordinario y con bastante frecuencia según dice nuestro garante, que lo ha visto con sus propios ojos. Tenemos pues aquí otro milagro, aunque menos conocido, de S. Jenaro. Los napolitanos conocen por cierto también el milagro de S. Luis, y grande es la concurrencia de los fieles devotos suyos, cuando se acerca el tiempo de liquidarse la sangre³.

¹ *Narbone*, Dieci glorie di S. L. G., p. 84.

² *Narbone*, *Ibid.* p. 221 ss.

³ *Narbone*, *Ibid.* p. 225.

De esta suerte pues, el tranquilo, taciturno y solitario Luis ha llegado á ser un gran taumaturgo y bienhechor de la humanidad. Su padre se opuso á su ingreso en la religión porque quería conservar á sus súbditos un señor bueno y sabio. Mas ¿hubiera Luis podido hacer tanto por sus súbditos y para todo el mundo como ha hecho? Hase mostrado no sólo como padre de su patria, sino también como padre de todos los países cristianos, ardiendo de deseo de hacer bien á los cuerpos y almas de los hombres, para glorificar á Dios. ¡Cuán generosamente lo ha cumplido Dios, haciéndole dispensador de sus favores para el mundo entero! Como príncipe temporal no habría dispuesto sino de los medios que le suministraba su señorío; ahora reparte las mercedes de la omnipotencia divina y derrama sobre toda la cristiandad los raudales de su amor y misericordia. Con su mano virginal baja á las simas de la miseria, vileza y corrupción de este cuerpo de barro, y la bendición que vierte con ella, lo purifica, anima y consuela todo. Á la verdad, pueblos y reyes esperan bajo sus alas (Salm. 35, 8).

3. El querido de Dios y de los hombres.

A LA veneración que se tributa en la tierra á los Santos, concurren tres causas. La primera y más noble es el Espíritu de Dios que lo dirige todo con suavidad y fuerza hacia el sublime fin de su glorificación. Según sus designios insondables, llama la atención de los fieles sobre los Santos, despierta en sus corazones confianza y amor hacia ellos y corresponde á su confianza oyendo sus oraciones y obrando por la intercesión de los Santos milagros que confirma luego por el magisterio infalible de la Iglesia. La otra causa son los fieles mismos. Siempre se vale Dios del pueblo

creyente para conseguir que la suprema autoridad de su Iglesia apruebe la veneración pública de los Santos y les conceda el honor de los Altares. La última causa es el Sumo Pontífice. Él es quien confirma la legitimidad de la veneración de un Santo, declara genuinos los milagros que se le atribuyen y designa la categoría de honores que se le hayan de dispensar en adelante. Así ha sucedido con Luis.

La veneración de que se le hizo objeto en su entierro, no fué más que el preludio de distinciones más señaladas. Todo el mundo se encomendó á su intercesión. Dijéronse las misas prescritas por el finado en las casas de la Compañía, pero más con la intención de dar gracias á Dios por las insignes mercedes que había concedido á su fiel siervo que para conseguir el descanso de su alma. No se hartaban en la Compañía de hablar de él y recordar su vida santa. Hasta en las pláticas á los religiosos de una casa, se hacía á menudo, sobre todo en el aniversario de su muerte, mención de sus virtudes. Varios días después del fallecimiento del Santo duró la afluencia del pueblo que acudía á la puerta del Colegio para obtener alguna reliquia de Fr. Luis ¹. Tampoco pasó día que su sepulcro no fuese visitado y sembrado de flores por sus hermanos de religión ².

Varias cartas dieron parte á la madre en Castiglione, de la muerte santa de su hijo, ofreciéndole todas el breve y hermoso consuelo de que se debía estimar feliz con tener un hijo en el cielo, según la opinión de todos los que le habían conocido en Roma. En este sentido le escribieron el P. General Aquaviva, el Rector del Colegio Bernardino Rossignoli, los Cardenales della Rovere y Escipión Gonzaga, así como la duquesa viuda de Mantua, Leonor de Austria. Tomás Mancini, secretario del Cardenal della Rovere, le refirió cómo se saquearon las vestimentas del

¹ *Bolland.*, p. 1020 C.

² *Bolland.*, p. 1015 C, F.

finado, añadiendo que si bien no se habían visto todavía milagros obrados por Luis ó al menos se los tenía secretos, se procedería inmediatamente á escribir una relación de su vida.

Mucho contribuyeron á difundir el culto del Santo los nombres de algunos varones célebres, que habían tenido particular cariño á Luis. Es el primero de ellos el Cardenal César Baronio. Muy á menudo visitaba el sepulcro del Santo, oraba allí largo rato sin cansarse de imprimir ardientes besos sobre la fría losa que lo cerraba. "Un Santo, un Santo", decía una y otra vez al salir de la cripta. De rodillas recibió la reliquia de Luis que se le regaló, y la puso con respetuoso ademán sobre su cabeza. Adonde se dirigió la penúltima vez que salió de su casa, fué al sepulcro de Luis. Apoyándose en los brazos de dos criados, llegó al Colegio, y cuando se despidió de los restos de Luis, exclamó: "¡San Luis, ruega por mí!" Á pocos días de esto, él mismo estaba en la eternidad.

Más devoto aún de Luis fué el P. Roberto Bellarmino, último director espiritual del Santo, el cual aseveró aún en vida del mismo que estaba confirmado en gracia, siendo mucho que no obrase milagros. Con seguridad incommovible declaró que Luis había sido admitido en la gloria á raíz de la muerte, por lo que aconsejó que se diese al cadáver sepultura aparte, convencido de que la santidad de su hijo espiritual sería algún día corroborada por milagros. Cuando más adelante el P. Bellarmino fué elevado á la dignidad de Cardenal, no perdonó medio para promover la beatificación de su antiguo protegido. En la Congregación de ritos (1612) encargada de emitir informe sobre el proceso ante el Papa, Bellarmino habló el primero, ensalzando la inocencia, severidad de vida y poder milagroso de Luis y terminó su dictamen diciendo que si todos los Santos habían llegado á serlo ó por su inocencia ó por su penitencia,

Luis lo era por uno y otro título. En el proceso dió magnífico testimonio de los milagros atribuidos á Luis, entre los cuales enumeró nada menos que 31 obrados por él instantáneamente ¹. En una carta al P. Cepari aduce cinco privilegios con que Dios se había dignado distinguir á Luis. Primero: el haber permanecido libre de todo pecado grave; segundo: el haber vivido santo desde su séptimo año; tercero: el haber estado inmune de toda incitación á pecados carnales; cuarto: el haber sido perdonado de toda distracción en la oración; quinto: la ejemplaridad de su obediencia, á más de su humildad, mortificación, abstinencia, cordura, devoción y pureza. Á esto añade que habiendo tenido por seguro que Luis fué acogido en el cielo en el momento mismo en que expiró, su conciencia le había vedado orar por el descanso de su alma; al contrario, le había encomendado la suya todos los días ². En 1608, el Cardenal dijo el sermón en el Colegio romano en el aniversario de la muerte de Luis. Después de exponer en la parte primera las cualidades y móviles de la humildad, la ilustró con el ejemplo del bienaventurado Luis Gonzaga, diciendo: Luis ejerció la humildad primero por la fe, y en particular por la fe en la presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar y por el menosprecio de todos los bienes de la tierra; segundo, por la desconfianza de sí mismo, huyendo de todos los peligros; tercero, por la obediencia; cuarto, por la paciencia; quinto, por la humillación de sí propio; por lo cual Dios le ha elevado y admitido ya á su contemplación eterna, según atestiguan tantos milagros. Concluyó con estas palabras memorables: después de S. Ignacio y S. Javier, Dios no había glorificado á nadie en la Compañía de Jesus, madre de tantos varones santos y aun de muchos mártires,

¹ *Bolland.*, p. 888 E. 889 A.

² *Bolland.*, p. 1037 C, D, E.

con tan crecido número de milagros como á aquel joven sin mancha de pecado, probablemente con la intención de alentar á la juventud estudiante á aspirar á la perfección cristiana, á fin de que se persuadiese de que toda edad puede estar madura para Dios y la escala más alta de la virtud ¹. Bellarmino empero, honró á Luis no con palabras solamente, sino también con hechos. En cada aniversario de su muerte, visitaba su sepulcro y aposento mortuorio, donde tantas veces había tenido pláticas espirituales con él y la dicha de asistirle en su enfermedad. Pronto no sufría ya tampoco que aquel lugar sagrado sirviese de enfermería, obteniendo el permiso de convertirle en capilla y erigir un altar en el sitio donde la inocente víctima había expirado, y sufragando él mismo los gastos del arreglo y decorado del sagrario, en cuyas paredes estaban representados los diversos hechos del Santo. Tampoco después de la muerte quiso Bellarmino estar separado de Luis, por lo cual expresó en su testamento el deseo de ser sepultado á los pies de su hijo espiritual si los Superiores lo tuviesen por conveniente. Éstos empero ordenaron que los restos del venerable Cardenal fuesen encerrados en el sepulcro en el cual durante algún tiempo el cuerpo de S. Ignacio había descansado ².

Á más de este célebre Príncipe de la Iglesia, fué una gran Santa la que aun en su vida se hizo pregonera de la santidad del bienaventurado Luis, á saber S^{ta} Magdalena de Pazzis, del convento de Carmelitas de S^{ta} María de los Ángeles en Florencia. Según ya referimos, el convento había sido informado por el P. Cepari sobre la santa vida de Luis y había obtenido también por él una reliquia del Santo. El 4 de Abril de 1606, la Santa exclamó en una visión: “¡Ay, de cuánta gloria goza Luis, hijo de S. Ignacio! Jamás lo habría creído, si Jesús no me lo hubiera enseñado. Pa-

¹ *Bolland.*, p. 1150—1153.

² *Bolland.*, p. 889 B, C, E.

recíame que no había otro mayor en el cielo. Aseguro que Luis es un gran santo. Tenemos en nuestra iglesia (la de Carmelitas) santos (entiéndase reliquias de santos) que no gozan de tanta gloria. ¡Ojalá que pudiera correr por todo el mundo anunciando que Luis, hijo de Ignacio, es un gran santo y enseñar á todos su gloria en mayor honra de Dios! La gloria de Luis es tanta, porque su actividad era interna. ¡Quién acierta á declarar el valor y la importancia de la vida interna! No hay comparación posible entre la vida interna y la externa. Por haber prestado su oído, durante su vida terrestre, á las inspiraciones del Verbo, Luis goza de tanta gloria. Luis fué un mártir desconocido. ¡Dios mío! El que te conoce á ti, grande y amable más que nada, sufre un doloroso martirio por no amarte tanto como desea y por no verte amado de las criaturas, sino hasta ofendido por ellos. Luis se ha hecho mártir él mismo. ¡Cuánto ha amado aquí abajo! Por eso posee ahora á Dios con la mayor abundancia de amor. En la tierra ha dirigido su mente al corazón del Verbo con jaculatorias amorosas y por la unión con Dios; ahora, en el cielo, estas columnas descansan otra vez en su propio corazón, porque ahora posee y goza realmente de la unión que ha merecido por aquellos actos de amor.”¹ Estas palabras de S^{ta} Magdalena y la fama del milagro que Luis obró á los cuatro días en la Hermana de Carlinis, cundieron por toda Europa con la velocidad del viento.

Merced á los milagros que Luis obraba en todas partes, su culto aumentaba de año en año. Sobre todo los tres primeros decenios del siglo XVII y los pontificados de Clemente VIII (1592—1605) y Pablo V (1605—1621) se han señalado y honrado por la beatificación de Luis y una serie de lucidísimas fiestas celebradas en su honor.

¹ *Bolland.*, p. 1037 F.

Bajo Clemente VIII, el P. Virgilio Cepari dió en 1603 principio al examen judicial de los milagros atribuidos á Luis en las diócesis de la Italia superior. El 12 de Mayo del año siguiente 1604, el sínodo diocesano del clero mantuano, reunido bajo la presidencia del Obispo Francisco Gonzaga, antiguo religioso franciscano, elevó al Papa Clemente, la petición de beatificar al glorioso joven, fundándose en la universal veneración que se le profesaba y la fama de los milagros que atestiguaban su poder en el cielo. Esta brillante reunión dió lugar á que se hiciese el retrato de Luis con el título de Beato y se enviasen exvotos á Roma para que fuesen colocados en el sepulcro, dando testimonio de los favores obtenidos por su intercesión; pero esto no se efectuó por razones dictadas por la prudencia. Semejantes honras eran todavía en aquel tiempo lícitas previo permiso del Obispo diocesano. La diócesis de Brescia celebró en aquel año hasta dos fiestas en honor de su glorioso hijó. La una consistió en una hermosa manifestación de la juventud escolar de Brescia, siendo la primera fiesta celebrada por estudiantes en honor de su patrono, y se verificó el 21 de Junio. El joven orador que dijo el panegírico del Bienaventurado, fué cautivado de tal suerte por la belleza de su tema, que él mismo ingresó en la Compañía y animó también á varios de sus oyentes á entrar en otras Órdenes religiosas. Con licencia del Obispo de Brescia se expuso en la iglesia colegiata de Castiglione el retrato de Luis á la veneración de los fieles que la llenaban de bote en bote, viéndose arrodillada entre ellos en primera fila á la anciana margravina. ¡Qué dicha indecible para el atribulado y piadoso corazón de tal madre, la de ver puesto en el altar el retrato de su hijo y de escuchar de labios de un célebre dominico, P. Silvestre Ugolotti, la alabanza de su vida virtuosa! No hubo un día semejante en esta vida para la buena madre. El 3 de Abril del año si-

guiente 1605, se durmió en el Señor y fué sepultada primero en la iglesia de minoritas de S^{ta} María y después en el coro de la iglesia colegiata ¹.

Entretanto había llegado á Roma un varón que había de contribuir poderosamente á la veneración de Luis, el margrave Francisco, que algún tiempo antes ya había vuelto de la corte de Praga, sucediendo en el señorío á Rodolfo. Apenas había cumplido los 27 años, cuando fué enviado á Roma en calidad de Embajador imperial, donde en 5 de Agosto de 1604 rindió homenaje á Clemente VIII. El Pontífice le preguntó si era hermano de Luis. Como Francisco dijo que sí, Clemente contestó que entonces comprendía cómo había escapado en el mundo á tantos peligros de que le había contado, pues había tenido á Luis por protector suyo. Mirando un retrato de Luis, el Papa exclamó: "Feliz él que posee ahora la gloria, y feliz también tú que cuentas en el cielo á semejante patrono." Luego preguntó el Papa si ya estaba impresa la vida de Luis; que si no, Francisco cuidase de que se la diera á luz ². Estas disposiciones del Papa permitían concebir esperanzas halagüeñas en cuanto á la beatificación de Luis.

Mas Clemente murió el 16 de Mayo de 1605, sucediéndole Pablo V. En el primer homenaje que el Embajador imperial prestó al Papa recién elegido, solicitó de él como merced especial que mandase incoar la exploración judicial de las virtudes de su hermano Luis, para que se pudiera proceder á la beatificación. El Cardenal Dietrichstein, el mismo que en el entierro de Luis se había mostrado tan impetuoso, se adhirió á esta petición, pidiendo además permiso para colocar el retrato del finado sobre su tumba. En efecto, á la mañana del 21 de Mayo de 1605, el Car-

¹ *Chiarenza*, Una giornata a Castiglione, p. 63.

² *Bolland.*, p. 1040 A.

denal se presentó con el Embajador imperial en el Colegio romano, tomó el retrato de Luis y lo llevó con su propia mano al lugar de la capilla de la *Annunziata*, adonde algunos días antes su cuerpo había sido trasladado desde la de S. Sebastián. Durante la misa que dijo el Cardenal, declaró que había efectuado todo esto con permiso del Papa, el cual había concedido á Luis de palabra el título de "Beato". Ésta pues fué la legítima beatificación pública, acto que en aquel tiempo todavía no se solía verificar con la solemnidad que se usa hoy. En Roma se celebró el fausto suceso durante quince días. El margrave Francisco costeó la exornación de la capilla sepulcral, que relucía toda de oro y plata. El antiguo criado de Luis, Ghizoni, colgó la primera lámpara sobre la tumba de Luis. La juventud escolar procuró con noble emulación contribuir á los honores del Bienaventurado con los productos de su aplicación y talento.

Esta solemnidad romana tuvo por consecuencia una gran serie de fiestas brillantes en las ciudades de Brescia, Parma, Cremona, Padua, Módena y Castiglione, que no quisieron ir á la zaga de la capital del mundo católico. De todas partes, Alemania, Francia, Polonia y Bélgica, afluyeron al sepulcro del Beato los más ricos y magníficos regalos votivos. — Autorizados por el Papa, los Obispos empezaron también á instruir procesos sobre las virtudes y milagros del Bienaventurado. En aquel mismo año (1605) pues, solicitaron la canonización del Santo el gran duque de Toscana, el duque de Parma, el Obispo Francisco de Mantua, el duque de Mantua y su hermana la duquesa viuda de Ferrara, la infanta María de España, los duques de Saboya y Módena, los reyes de Francia, el archiduque Alberto y su esposa Clara Eugenia en Bruselas y por último, el Emperador Rodolfo mismo. Á una solicitud reiterada del Embajador imperial en Roma, de que el Papa confirmase

por escrito el título de Beato que había concedido á Luis Gonzaga de palabra, el Pontífice contestó con un Breve dirigido al representante de Rodolfo y fechado á 19 de Octubre de 1605, otorgando la merced pedida. — Remate brillante de aquel año honroso fué la grandiosa fiesta de gracias celebrada en Mantua el 22 de Diciembre, en la cual salió una magnífica procesión y estuvieron expuestas las reliquias del Bienaventurado en la Catedral durante todo el día. También en la iglesia de S^{ta} Bárbara, que pertenecía á la corte, el Duque hizo construir una capilla en honor de Luis.

El 8 de Abril de 1618, la Congregación de ritos pronunció la última sentencia favorable en el proceso de canonización, y en el año siguiente, el 30 de Marzo, el Papa concedió el permiso de usar una misa propia y un oficio de fiesta á las iglesias situadas en los dominios de los Gonzagas y á las casas de la Compañía en Roma. Pero no quiso Pablo V proceder á canonizar á Luis porque ya había canonizado á Francisca de Roma y Carlos Borromeo.

Á Pablo V le sucedió Gregorio XV (1621—1623), el cual á instancias del General Mucio Vitelleschi extendió el uso de la misa especial y del oficio de fiesta á todas las casas de la Compañía, el 2 de Octubre de 1621. Recibiéronse en Roma nuevas solicitudes á favor de la canonización de Luis, del duque y la duquesa de Lotaringa, hija ésta del duque Vicente de Mantua; de la reina María de Francia, de la Emperatriz de Alemania Leonor, otra hija del duque Vicente, y por fin, del Emperador Fernando II, quien deseó la exaltación de Luis para que por su intercesión cesase de propagarse el contagio de la herejía y desapareciese el azote de la guerra mantuana de sucesión ¹.

¹ Habiéndose extinguido la línea principal de los duques de Mantua con el Cardenal Fernando (1627), que había sucedido á

El asunto de la canonización, con estar ya maduro para la sentencia definitiva mucho tiempo hacía, quedó todavía por despachar durante casi un siglo entero. Tal vez querría Dios glorificar á Luis por más milagros, quizá también agraciarse á otra época con las bendiciones de la canonización, ó por ventura la sede pontificia deseaba evitar, por prudentes razones de precaución, la apariencia de que influían en su fallo respetos humanos, ya que tantos parientes príncipes la instaban á favor de Luis. Con todo, los Papas inmediatos ampliaron el culto de Luis mediante diferentes favores. Alejandro VII (1655—1667) permitió el uso del oficio y misa propios también á los valtelinos. Clemente X (1670—1676) concedió á Luis un lugar en el martirologio romano, ensalzando su desprecio del mundo é inocencia. Clemente XI (1700—1721) dió al P. General Miguel Tamburini, que le suplicó se dignase promover la causa de Luis, la honrosa respuesta: que Luis era ya venerado tanto en la Iglesia á causa de su santidad, que no era menester canonizarle.

La canonización solemne estaba reservada á Benedicto XIII (1724—1730). Este Pontífice tenía desde su juventud una devoción ardiente á Luis. Príncipe de Orsini de nacimiento, también él había trocado, conforme al ejemplo de Luis, el título de príncipe con la pobreza de la Orden de Predicadores. Siempre tenía en su celda una imagen del Bienaventurado y su lectura favorita era la vida de Luis. Como Cardenal y Arzobispo de Benevento, predicó muchas veces sobre el ejemplo de virtud que el Bienaventurado daba á

su hermano Francisco en el ducado á la muerte de éste, la línea lateral de Gonzaga-Nevers en Francia pretendía ocupar la herencia, lo cual dió origen á una guerra entre el Emperador, Francia y Saboya, que terminó siendo investido Carlos I de Gonzaga-Nevers del feudo de Mantua.

los fieles, le consagró dos altares, y cuando oyó que el proceso de canonización había de ser reanudado en Roma, ordenó que se hiciesen rogativas públicas en su diócesis y obtuvo para su iglesia metropolitana y las de su distrito la licencia de la misa y oficio propios del Bienaventurado. Dióle por patrono á su clero, celebraba su fiesta con gran solemnidad y era infatigable en difundir las imágenes y vidas de Luis. El 15 de Abril de 1719, recomendó en una carta al *Promotor Fidei* la canonización como causa ya bastantes veces examinada, garantida por milagros fidedignos y preparada por una veneración universal en Roma y la Iglesia entera, de modo que no comprendía con qué objeto hubiese de abrirse otra información. Entretanto él mismo fué elevado á la cátedra de S. Pedro el 30 de Mayo de 1724, y ya en el año siguiente, el 21 de Junio, dió á Luis por patrono á todas las Universidades y Colegios de la Compañía de Jesús. Un año después, el 26 de Abril de 1726, firmó el decreto de canonización. El 21 de Diciembre, la solemnidad de la canonización misma tuvo lugar con mucha pompa, en la iglesia de S. Pedro. Al propio tiempo que Luis, Estanislao Kostka fué elevado á los altares. La fiesta celebrada en S. Pedro tuvo un eco grandioso en las que se prepararon en todas partes en honor de los dos Santos, distinguiéndose entre todas las ciudades la de Viena, donde á la magnífica procesión asistieron los estudiantes, las numerosas Congregaciones, toda la corte con SS. MM. Carlos VI é Isabel Cristina y todo el cabildo metropolitano de S. Esteban con el Nuncio y el Arzobispo.

Éste es, en sucinto resumen, el origen, el desarrollo y el remate de la veneración de S. Luis, caracterizada por tres rasgos particulares. El primero de ellos es la prontitud con que comenzó su culto, pues no hacía 14 años que Luis había muerto, cuando su imagen ya se veía en los altares, compartiendo esta distinción solamente con su santo

hermano de religión Estanislao, á quien su hermano Pablo veneró ya asimismo en el altar.

El segundo rasgo propio del culto de S. Luis es la rapidez con que se propagó y la asombrosa extensión que ha alcanzado. Con razón dice Clemente XI que pocas veces un Santo encontró aún después de canonizado tanta admiración y veneración en toda la Iglesia como Luis después de beatificado, interesándose en su causa Papas, Cardenales y Obispos, seglares y religiosos, el pueblo y los príncipes. Nada menos que cinco Emperadores y Emperatrices, seis reyes y reinas y, según dice Benedicto XIII en la Bula de canonización, casi todos los príncipes católicos de Europa intervinieron en ella con sus solicitudes ¹. No tienen número los santuarios que se fueron levantando en honor de S. Luis. Casi todos los lugares santificados particularmente por su presencia, han sido convertidos en capillas, que las hay una cada vez en Florencia, Fiesole, Madrid, Gerona, Chieri y Nápoles, dos en Roma, tres en Mantua y cuatro en Castiglione.

La Compañía de Jesús sola debe de haber poseído no menos que 2000 de semejantes santuarios en el momento de ser suprimida ². En riqueza y majestad no podrá seguramente compararse ninguno con la capilla sepulcral en la nave lateral derecha de la iglesia de S. Ignacio en Roma. Toda ella reluce de mármol, oro, plata y lapislázuli. Debajo de la mesa del altar está la tumba que encierra los restos mortales del Santo; próximos á ella están sentados á la derecha é izquierda dos ángeles, de los que el uno lleva instrumentos de penitencia y el otro rechaza de sí con el pie un globo, símbolo de la gloria de la tierra.

¹ Conf. *Manzini*, Vita di B. L. G., l. 2, c. 11, p. 269.

² *Bolland.*, p. 1034 C. — *Narbone*, Dieci glorie di S. L. G., p. 147, n. 2.

Sobre la mesa del altar se eleva un alto retablo en estilo churrigueresco, sostenido por cuatro columnas torcidas de mármol verde, con bases y capiteles de bronce y guirnaldas de follaje dorado que ciñen las vueltas de las columnas, en cuyo remate están sentados cuatro ángeles de mármol blanco, dos de los cuales, los interiores y más grandes, representan la penitencia y la inocencia. El hueco que dejan las dos parejas de columnas es llenado por una tabla de mármol con obra de realce, en la cual S. Luis sube al cielo entre nubes y ángeles. De esta manera, el monumento representa ingeniosamente las rudas faenas de la vida terrestre y su recompensa en la gloria celeste. El Santo parece en efecto, decir, echando una postrera mirada á la tierra que se va empequeñeciendo debajo de él: "Mirad con vuestros ojos qué poca fué mi fatiga y qué grande el descanso que encontré para mí. Adquirid sabiduría, que hasta gran cantidad de plata y oro abundante tendréis en ella . . . Haced vuestra faena en el tiempo, y Él os dará vuestro sueldo á su tiempo" (Ecl. 51, 35). Á los dos lados del altar completan el monumento dos grandes estatuas de ángeles que llevan tallos de azucenas en las manos. El conjunto es obra del maestro Le Gros y exvoto del margrave Octavio Lanzelotti por el restablecimiento de su salud ¹.

El tercer rasgo del culto de S. Luis es la continuidad y persistencia, pues se ha conservado á pesar de que la Compañía de Jesús fué suprimida. La única dificultad que Luis encontró en los comienzos de su vida en religión, consistió por modo extraño en que á causa de la insuficiencia de sus talentos se tenía por inútil é indigno de la vocación. "¿Qué harás tú algún día, de qué servirás tú en la Compañía?" se decía á sí mismo cuando oía las relaciones

¹ *Bolland.*, p. 1030 B. — *Manzini*, Vita di B. L. G., l. 2, c. 10, p. 237.

de las conquistas que sus grandes hermanos de religión venían haciendo en el Oriente y en los continentes recién descubiertos para la santa fe y el reino de Cristo. Este pensamiento le entristecía. Mas no había motivo de tristeza. La actividad de S. Luis no será menos gloriosa que la de sus hermanos para la honra de Dios y la salud del mundo. En efecto, la mayor parte de las obras de la Compañía están destruídas, manos viles lo han derribado todo, la Orden misma desapareció; pero la bendición que derramó sobre el mundo la vida inocente de Luis persiste, y su altar no ha carecido nunca de los honores debidos. Apenas hay un colegio de estudios ó seminario de presbíteros que no celebre solemnemente su fiesta. De perpetuar y organizar estas fiestas se encargaron ante todo las congregaciones de S. Luis, cuyo origen se remonta hasta el año 1642, en el cual se constituyó la primera en Padua, y que desde entonces se propagaron rápidamente por las ciudades de Italia, recibiendo en 1885 en Roma el título de archicofradía¹. En gran parte se debe la conservación del culto de S. Luis también á la devoción extraordinariamente difundida de los seis domingos de S. Luis, que son celebrados cada año por un sinnúmero de almas juveniles, particularmente para hacer una buena elección de estado. Pábulo y fomento dan por fin al culto del Santo las cinco ó seis prolijas relaciones de su vida escritas en los idiomas principales, y las muchas instrucciones y excitaciones con que de palabra y por escrito se anima y enseña á venerar al Santo y celebrar sus fiestas.

El cuarto rasgo especial del culto de S. Luis es la gran utilidad y la solidez del fruto que brota de las fiestas y ejercicios en honor del Santo. Las fiestas de S. Luis no son mera ostentación y entretenimiento religioso, sino ver-

¹ *Narbone*, Dieci glorie di S. L. G., p. 149.

daderas fiestas de la piedad, penitencia y excitación á la virtud y santidad, carácter que han conservado desde antiguo hasta el día de hoy. Basta para convencerse de esto, haber presenciado una vez una fiesta de Luis en Roma, donde el 21 de Junio se tiene por uno de los días más hermosos y brillantes de la Ciudad Eterna. Todo lo que pueden el arte, la devoción y la generosidad, se rinde y emplea en honor del Santo. Durante toda la mañana, las dos capillas, el sepulcro en la iglesia de S. Ignacio y la capilla en el Colegio romano, son ocupadas por Cardenales, Obispos y Prelados para la celebración del Santo Sacrificio. De ordinario, un Cardenal distribuye la Sagrada Comunión á varios centenares de estudiantes. Lo que distingue la fiesta de modo singular, es el ofrecimiento de los votos y súplicas de dones y gracias espirituales que se espera obtener por la intercesión de S. Luis. Hacia las 8 de la mañana, sale de la Sacristía del Colegio romano una procesión que lleva ramos de flores, exvotos y solicitudes escritas en forma de cartas y reunidas en lujosos cartapacios y las deposita debajo del altar á los pies de la tumba. Allí se quedan durante la octava de la fiesta, después de la cual se las lleva á la capilla del Colegio romano y más tarde aún á la iglesia de *S^{to} Stefano rotondo*, donde son quemadas con gran solemnidad mientras se canta el *Tedéum*. “Hay que haber tomado parte en la fiesta, dice un escritor moderno, para ver qué atracción ejerce todavía este Santo sobre los corazones de jóvenes y viejos; hay que haber visitado con la multitud de devotos sus aposentos todavía conservados para sentir en toda la actitud de la muchedumbre aquel algo indescriptible que sujeta todos los corazones como un dulce encanto.” Es el perfume de lirios exhalado por su inocencia y vida santa el que llena de fragancia todos los siglos y embelesa todas las generaciones. ¡Qué brillantemente se han cumplido las pa-

labras que con mano profética escribió el sacerdote que bautizó á Luis: "Que sea venturoso, amado de Dios el tres veces santo y poderoso y goce de eterna memoria entre los mortales"! ¹

4. El tipo de S. Luis.

LA acción de los Santos continuada aquí abajo consiste no por la menor parte en la virtud excitativa y alentadora del ejemplo de su santidad para todos y en particular para las clases en las que ellos mismos han consumado su vida. También por este concepto solo el tipo de S. Luis reviste harta importancia.

El tipo es el conjunto de todos los rasgos y propiedades internas y externas que caracterizan al hombre y lo distinguen de otros.

Respecto de la traza física de S. Luis no constan pormenores ciertos. En general, su apariencia debe de haberse señalado por una modestia, recato y dignidad extraordinarias. De una visión en que se presentó de cuerpo entero ², puede colegirse con alguna probabilidad que su estatura pasaba de la altura mediana, que la nariz era bastante larga y un poco encorvada, y el rostro era pálido y macilento. Solía llevar la cabeza un poco inclinada hacia adelante. Estos detalles son confirmados por los retratos más acreditados, que son dos. El uno es el que Don Fernando mandó hacer poco tiempo antes de ingresar el hijo en la Compañía, y representa á Luis en el traje de un paje ó cabaillerito con colete negro y ancha valona. La figura es erguida, tranquila, firme, las facciones del rostro son nobles,

¹ Conf. arriba p. 261.

² *Bolland.*, p. 862 F. Conf. arriba p. 8—9.

ingeniosas y llenas de dignidad. Los hombros levantados y los labios apretados revelan fuerza y firmeza; la mano derecha descansa encima del pecho sobre el puño del estoque. Este retrato fué probablemente aquel que fué expuesto á la veneración en la primera fiesta celebrada en Castiglione y que la dichosa madre vió delante de sí sobre el altar. El otro retrato adorna la capilla interior del Colegio romano en el aposento en que Luis habitó en vida. El Cardenal Bellarmino lo mandó hacer poco después de la muerte de Luis. Las facciones son las mismas, solamente más demarcadas y espiritualizadas. Luis está derecho mirando con suave encanto un crucifijo delante de sí, á cuyos pies están una calavera, una corona é instrumentos de penitencia. Ambos retratos son estimados como los mejores tanto por la fidelidad de las facciones como por el primor de la concepción y ejecución artísticas, y por esta razón han sido añadidos á este libro ¹. El primero es considerado hasta como obra de Pablo el Veronés y lleva en efecto rasgos innegables de este maestro. Como quiera que el Veronés murió en 1590, el cuadro es uno de los últimos que pintó. Puede también que deba su origen á la mano de un hermano de Pablo, Benito Cágliari.

Por lo que hace á las facultades del alma, Luis tenía un entendimiento muy claro y agudo, el cual enriqueció con estudios diligentes y habilitó para dar hermosos resultados. Todos los escritos que se conservan de Luis, prueban una extraordinaria gravedad y madurez de juicio, de que es testimonio también su predilección singular por S^{to} Tomás. Por oposición á su siglo, que gastaba un estilo muy florido y ampuloso y exageraba hasta un grado inverisímil las demostraciones de la amistad y cortesía ², Luis ob-

¹ Eco di S. Luigi, n. 6, p. 4. Milano 1890.

² *Hübner*, Sixto V, tom. 2, p. 137.

serva una sobriedad sorprendente y una objetividad que en ciertos puntos recuerda la llaneza de S. Ignacio. Las cartas dicen del modo más breve y preciso posible lo que han de decir; las imágenes y galas de dicción faltan casi por completo; apenas hay un vestigio de fantasía. Solamente allí donde el decoro lo exige, Luis emplea con religiosa moderación las fórmulas de cortesía usuales de su tiempo. También en los escritos y discursos espirituales, siempre aspira visiblemente á dar á sus ideas la expresión más llana, clara y adecuada. Hace falta tener cierta gravedad y penetrar un poco más hondo para leer entre las sencillas líneas toda la riqueza y energía de pensamientos, puesto que muy escaso es el alimento que ofrecen á la fantasía y al sentimiento natural. Solamente en las cartas de los postreros años de su vida, se concede su derecho también á éste de algún modo. Pero lo que comunicaba al estilo del Santo y según parece, también á su conversación una unción particular, era el frecuente y atinado uso que hacía de lugares de la Sagrada Escritura y de los Padres Santos. Éstas son sus citas favoritas en vez de versos de Virgilio ú Homero.

El natural de Luis debe de haber sido despabilado, vivo, emprendedor y brioso; parecía anunciarse en él un genuino tipo de guerrero, como lo demuestra su vida de soldado en Casale. Pero luego aflojaron cuando menos al exterior los elementos de viveza, prevaleciendo sobre ellos una tendencia de ánimo prematuramente grave y severa, que se enderezaba al fin claramente conocido, con toda decisión y desprecio de las cosas accesorias y accidentales. Recogía hacia adentro todas las potencias de su alma y evitaba escrupulosamente todo cuanto pudiera desviarle del objeto principal que pretendía alcanzar. Habiéndose persuadido á muy tierna edad de que Dios sólo es digno de los afanes y trabajos del hombre, de suerte que éste es tanto más noble y dichoso cuanto más intensa

y aun exclusivamente consagra todas sus fuerzas al Bien supremo y con Él se mantiene unido, Luis desarrolló pronto en sí aquella especie de vida interna que S^{ta} Magdalena de Pazzis designa como el rasgo más saliente de la índole del Santo. No sólo los sentidos espirituales, sino hasta los corporales se abrían hacia adentro al mismo paso que se cerraban para lo de afuera. El mundo y lo que había en el mundo, situaciones, cosas y hombres no existían ya para él sino en cuanto le auxiliaban ó contrariaban en la actividad capital de su vida, la de buscar y hallar á Dios. Esta única y sublime relación de las criaturas que no son nada comparadas con el Criador, que lo es todo, se iba reflejando más y más aún en las cuestiones de la vida de todos los días. Aquella decisión que va derecho á la esencia de las cosas, predominaba hasta en el trato ordinario con los parientes y amigos. Lo que era preciso decir y hacer porque lo exigía el deber ó el decoro, esto era dicho y hecho, más allá de lo cual entregarse á la distracción, la alegría ó hasta al pasatiempo, le habría parecido un robo en menoscabo de la severa misión de la vida, que ningún hombre se atrevería á perpetrar mientras estuviese en su razón. No debe extrañar por tanto tampoco que haya habido personas entre las que trataban á Luis, que tenían por exagerada la gravedad del Santo y por insuficiente su don de hacerse querer y de tratar á los hombres con afabilidad. Es seguro que á veces se experimentaba cierto temor respetuoso en su presencia y se huía de ella ¹. Pero es preciso tener en cuenta que el Espíritu de Dios obra en los Santos de manera varia y diversa. Del más fiel imitador de S. Luis, S. Juan Berchmanns, se refiere que sonreía siempre, de modo que era el favorito de todo el Colegio. Estanislao que fué canonizado al propio tiempo que Luis,

¹ *Bolland.*, p. 1007 B.

fué asimismo de natural muy afable y simpático y llevó su condescendencia y bondad para con su hermano Pablo, hombre mundanal, hasta el punto de aprender él mismo á bailar, lo cual Luis ha rechazado siempre con indignación.

“¿Qué vale esto para la eternidad?” “*Quid hoc ad aeternitatem?*” Á esta preguntita la tradición ha reducido la cuestión magna, siempre viva y decisiva de la vida de Luis. El mismo expresa este pensamiento con las palabras: “¡Todo según los principios de la eternidad!” La eternidad empero, no es para él aquel fantasma pavoroso que despoja al mundo de los encantos de la alegría, llena el alma de angustia y espanto é impulsa á la penitencia y mortificación. Para Luis, la eternidad había tomado un aspecto muy distinto, presentándosele como una imagen de belleza y amabilidad sobrenatural é infinita — como Dios mismo. Dios tal como es, el bien supremo de las almas, es la clave que explica aquella vida maravillosa. Dios había hecho aquel corazón para sí en un sentido especial. En Luis había de expresarse de modo patente cómo Dios es capaz y digno de atraer á sí á un ser inmortal entero, llenarlo todo de sí, anegar y transfigurarle en sí. Es la gravedad, integridad y exclusividad del amor divino la que está desplegada en Luis. Dios atraía á sí este corazón puro desde los primeros días por el imán poderoso de la oración, y este corazón le seguía íntegra y lealmente. En Florencia, Dios le infundió temor al trato del mundo y un odio implacable hacia el pecado y su fuente, las pasiones desordenadas. En Mantua fué una enfermedad y acaso la torpeza de los médicos la que le indujo á observar una abstinencia extremada, y Luis halló en ella y más adelante, en Castiglione, en el rigor de la penitencia un eficaz auxilio para la unión de Dios en la oración y tal exuberancia de consuelo celestial que no podía dejar de ejercitarla. En esta unión con Dios se le abrió luego un mundo inopinado de tanta verdad y be-

lleza, que no echaba ya de ver lo que le pudiese ofrecer esta tierra, lo menospreciaba desdeñoso y no lo dignaba siquiera de una mirada. Allí le cautivaban matices y luces que aquí no encontraba en ninguna parte; allí gustaba, en compañía de los santos Ángeles y de Dios, placeres que no le acibaraba el resabio de muerte y podredumbre de esta tierra, sino que le hacían catar los goces del cielo. Luis no está destituido de sentimientos delicados; antes tiene un corazón blando y tierno, según demuestran sus copiosas lágrimas; pero este corazón pertenece á Dios con todo lo que en sí encierra. La divina belleza y majestad lo es todo para él; apartar la mirada de ella un instante sólo, lo sentiría como una pérdida irreparable; dedicar un momento de atención á una criatura, le parecería alevosía y riesgo. El mundo no es bello ni valioso para él sino por cuanto puede ser un sacrificio de la D. M. y un regalo de su amor. Todo se le resume en Dios. Su honor y su dicha es pertenecer á Dios, ser un siervo á la vez que hijo de Dios; no conoce otro dolor que encontrar un pecado ó un menosprecio de Dios en el mundo. Si se niega hasta el último placer aquí abajo y crucifica su inocente cuerpo, no lo hace sino para ofrecer á S. D. M. una reparación del menoscabo de su honor y de la merma de su imperio sobre el mundo. "El mundo yace en profunda malicia; ¿quién ha de aplacar la ira del Todopoderoso? Los clérigos y religiosos descuidan su ministerio. ¿Cómo puede sufrir Dios por más tiempo semejante desolación de su reino? Los fieles despojan á Dios de su honra; ¿quién se la reparará?"¹ Hé aquí el móvil íntimo del odio de sí propio y de su penitencia. Y si anteponía su vocación á todo; si la prefería á todo honor del mundo y hasta á su carne y sangre; si le tiene más tierno amor que á sus parientes; si la alcanza

¹ Conf. cap. 8, p. 63.

victorioso con las armas de la oración más ferviente, la penitencia más cruel y la perseverancia más heroica, á pesar de las amenazas y lágrimas de su padre; si todo le parece grande, santo y admirable en esta vocación, no hay al fin, otro móvil para todo esto que el ver en ella la voluntad de Dios y el camino de servirle y hacerle suyo. El mismo acicate del amor es el que le impulsa cuando no se cansa de hablar de Dios; cuando tan joven aún ya sueña con la Misión de paganos; cuando sale una vez más de la amada soledad y vuelve á su patria; cuando por fin, se ofrece con santa impaciencia al servicio de los apestados y pierde su vida, víctima de las consecuencias de su generosidad. De esta suerte, el amor á Dios ha absorbido y consumido á todo su ser, su vida, pensamientos y deseos. El argumento de esta vida puede hallarse en las bellas palabras del Salmista: “¿Qué tengo en el cielo, y qué quiero en la tierra? Dios, el Dios de mi corazón eres tú y mi parte en eterno.” (Salm. 72, 26.)

Luis tomaba á pechos el amor á Dios, pero no por eso era menos amante del prójimo. Pero el amor es amable, y ¡Luis era tan grave! ¡Cuidado con la tan decantada amabilidad! Á menudo no es otra cosa que debilidad y engaño de sí mismo y del prójimo. La verdadera humildad es benevolencia interna, bondad de corazón, amor desinteresado y generoso al prójimo. No es de dudar que Luis poseía el grado más alto de esta amabilidad esencial. Cuando se trataba de ayudar al prójimo de veras, acudía siempre á su puesto, pronto á hacer cuantos sacrificios se le pidieran. ¡Qué condescendiente estaba siempre con sus súbditos é inferiores! ¡Qué afable con todos los que le encontraban! Cuando omitía alguna vez el saludo prescrito, por habersele ido los pensamientos al cielo, ¿quién se lo querrá tomar á mal? Ésta era la única falta de que se le podía inculpar, y ¡cómo se esforzaba para superarla! Si

iba más lejos en la penitencia y mortificación que otros, á él le dolía y no á los demás; y si creía deber hacer más porque Dios lo exigía de él, ¿no es preciso estimarle y quererle más por esto mismo? ¡Con qué amor abrazaba á todos los hombres, y con qué seriedad trabajaba por su salud y perfección! Que estaba lleno de ternura, lo demostraba bien á las claras hacia su religión y los que á ella pertenecían. ¡Cómo se alegraba de poder instruir á pobres é ignorantes, de consolar y socorrer á los enfermos y necesitados! ¿No es exceso de amabilidad, morir por amor á los hombres? Éste fué también el único disgusto que dió á sus Hermanos, el que murió tan pronto. Luis amaba y era amado. Las muestras de la más alta estima y veneración que se le dispensaron en la vida y más aún después de la muerte, pesan por cierto más que la fama de compañero y conversador simpático y amable. Luis ha amado, amado mucho, amado hasta la muerte, y por esto sigue siendo el amado del mundo. Á pesar de su severidad y gravedad ascéticas, atrae á cuantos le conocen. No sin razón, para encabezar el Evangelio de su misa de fiesta, la Iglesia ha elegido precisamente aquel pasaje de la Sagrada Escritura, donde un escriba pregunta al Salvador cuál sea el mayor de todos los mandamientos de la ley, á lo cual respondió: "Amarás á Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas las fuerzas de tu espíritu. Éste es el mayor y el primero de los mandamientos. El segundo é igual al primero es: Ama á tu prójimo como á ti mismo. En estos dos mandamientos están toda la ley y los Profetas." (Mat. 22, 37—39.) Es también el argumento de la vida de Luis y la clave de su carácter.

5. La prez de la juventud.

LAS clases para las que el ejemplo de virtud de S. Luis reviste importancia especial, son tres particularmente: la juventud, las clases superiores de la sociedad y los religiosos.

La vida de S. Luis fué relativamente breve, y hablando con propiedad, no fué siquiera vida verdadera, sino una preparación á la vida. Mas en esto precisamente consiste la significación y actividad de Luis para la juventud, por esto mismo es su patrono.

S. Luis pertenece á la juventud por razones extrínsecas é intrínsecas.

La razón extrínseca es que la Iglesia misma le ha dado á la juventud. La Compañía de Jesús se interesó tanto por la canonización de Luis para poderle presentar como á modelo y protector á los numerosos niños y jóvenes á quienes educaba. Benedicto XIII accedió gustoso á esta petición y le encargó, un año antes de que se le elevase á los Altares como á Santo, en Breve propio de 21 de Junio de 1725, el patronato de la juventud cristiana, de los establecimientos de enseñanza y Universidades de la Compañía de Jesús y de cuantos le eligiesen por patrono suyo¹.

El patronato de la juventud correspondía también á los deseos é inclinaciones de su corazón, consagrado muy particularmente á la juventud. Una de las razones porque puso sus ojos precisamente en la Compañía de Jesús era que una de sus obras principales es la educación de la juventud². Cuando estaba ya en el Colegio romano, solicitaba de antemano de los Superiores un puesto de maestro é inspector de los niños, alegando para su deseo razones innumerables y trabajando con ahinco para adquirir las aptitudes

¹ Conf. *Cepari*, Edición de 1862, pp. 253 y 332.

² *Bolland.*, p. 945 C.

necesarias ¹. Lo que la muerte le impidió llevar á efecto, le dió el Cielo, después de ella, en la escala más vasta.

Estas razones extrínsecas se fundaban en la causa misma y las condiciones de vida del Santo y de la juventud cristiana. Las circunstancias externas de la vida de Luis, hacen de él por modo natural un Santo de la juventud. Su edad no pasó apenas de los límites de la adolescencia. Su vida se desarrolla dentro de la esfera usual de la juventud, en la casa paterna y en los establecimientos de enseñanza dentro y fuera de la religión. Sus devociones son devociones propias de la juventud: la de la Madre de Dios, los Santos Ángeles, el Santísimo Sacramento del Altar. Sus tareas son las ocupaciones ordinarias de los jóvenes. Apenas estuvo jamás en un púlpito, nunca en una cátedra, nunca administró el Sacramento de la Penitencia: siempre eran cosas útiles para preparar al sacerdocio las que le ocupaban.

Á más de todo esto, la vida de Luis es el modelo más bello y perfecto para la juventud. Ha terminado gloriosamente la breve carrera de su vida, alcanzando con perfección el objeto á que la juventud tiene que enderezar sus esfuerzos, á saber: la preparación á la vida, disponiéndose para la elección de estado, resolviendo la cuestión de oficio, carrera ó destino y abrazando la profesión una vez elegida. En todos estos extremos, S. Luis es el ejemplo más brillante á que puede ajustarse la juventud.

Prepara su elección de estado principalmente mediante tres virtudes. La primera de ellas es la piedad. La piedad es el primer deber para con Dios y el fundamento de toda bienandanza temporal y eterna. De Dios viene toda verdadera vocación y toda aptitud para ella. Sin religión, el escudo con que se sale al combate de la vida, no está un-

¹ *Bolland.*, p. 985 B.

gido; Dios no lo bendice; esa vida será una vida perdida. Luis fué un niño devoto, lleno de verdadera veneración y devoción á Dios. Oraba mucho y de buena gana; su alegría era tratar con Dios. Por eso era lleno de temor de Dios, lleno de odio hacia toda ofensa á Dios, lleno de prontitud para la voluntad de Dios y lleno de invencible constancia en realizarla. ¡Qué lección y estímulo es su ejemplo en este tiempo de orgulloso amor propio y de descarada rebeldía contra Dios, en este siglo de la irreligión é impiedad! ¿De dónde procede tanta miseria sino de buscar la dicha en todas partes menos allí donde únicamente se halla? ¿Por qué hay tantas existencias arruinadas sino porque no han dado con el que debiera ser su centro, Dios? ¿Cuál es la causa de tantas ruinas sino la de que no se ha querido edificar sobre el fundamento de piedra viva? ¿Dónde está la educación que imprima como principio supremo el que nadie elija otro estado que aquel en que pueda encontrar á Dios más copiosa y fácilmente? ¿Dónde se halla la juventud que todavía piense en que tiene la vida solamente para conocer á Dios, servirle, quererle y encontrarle?

La otra virtud por la que Luis se preparó á la elección de estado, es la pureza de corazón, que consiste en general en la ausencia de todo pecado mortal, en particular empero, en la inmunidad de pecados carnales. En este punto, Luis es simplemente insuperable y heroico, como conviene al patrono de la juventud. Por lo menos, su ejemplo ha de obrar en los corazones el efecto de que sin contaminarse con el vicio feo lleguen frescos, castos y fuertes al punto donde se separan los caminos de la virginidad y del matrimonio. Éste es un extremo esencial de la preparación al estado futuro. La pureza hace fácil y agradable la devoción; la impureza la vuelve repugnante y temible; la pureza es una virtud marcial, avezada al combate y á la abnegación, una virtud que fortalece la voluntad y el carácter, mien-

tras que la impureza enerva y socava toda fuerza é independencia moral; la pureza dispone y habilita para el trabajo asiduo, la impureza destruye toda seriedad y quebranta el celo del estudiante. ¡Qué rico caudal pues, es para el futuro estado una juventud inmaculada; qué vergonzoso estigma empero, y veneno corrosivo de la bendición de Dios, es la impureza! Dios no toca un instrumento impuro, y si lo emplea alguna vez, es para castigar al mundo. El Papa Benedicto dice en su Breve con palabras muy insistentes, que da á Luis por patrono á la juventud dedicada al estudio de las ciencias para que él proteja la inocencia de la juventud en los caminos lúbricos que pisa. Á la verdad, el mundo ha sido siempre un camino lúbrico para la inocencia, pero parece que se va volviendo más y más lúbrico y peligroso. El mundo actual es un sistema completo de tentaciones, y los corazones van cayendo como las codornices en la red. Lo que Tácito dijo de sus días: "*Corrumperet et corrumpi saeculum vocatur*" (corromper y ser corrompido se llama tener mundo), ¿no cuadra perfectamente también á nuestros días de profundo envilecimiento moral? ¿Acaso no es un milagro ó poco menos, que un niño llegue con el corazón puro al día en que elige estado? ¡Qué falta hace pues ahora un ejemplo sin tacha y un protector poderoso cual Luis!

La tercera virtud por la que Luis allanó el camino á su vocación, es la laboriosidad. También en que da á Luis por modelo y patrono de sus estudios á la juventud, insiste el Papa Benedicto en el referido Breve. Luis se aplicaba al trabajo con infatigable asiduidad á pesar de que su origen le tenía abiertos todos los caminos á los honores y riquezas; trabajaba entre circunstancias que á todo otro hubieran hecho muy difícil el estudio, en medio de las distracciones de la corte en Florencia, Madrid y Milán; no cultivaba aficiones como tantos otros de sus iguales, que

en ningún caso quieren ir más allá de un *dilettantismo* agradable, sino estudios serios y sólidos; nunca perdía una ocasión de informarse ni creía rebajarse con tomar parte en todos los ejercicios de escuela; nunca, refieren, faltó á clase sin causa forzosa; por último, Luis trabajaba con resultados hermosos. Ni la piedad ni la inocencia eximen del deber de trabajar, ni mucho menos el origen elevado. La piedad obliga al trabajo porque es mandato de Dios; la castidad lo pide para que le sirva de escudo, y el destino á que se espera llegar lo exige como requisito indispensable, pues ni el Estado ni la Iglesia pueden utilizar á ignorantes. Los aficionados á cigarros, perros, caballos, toros y mujeres no son los hombres que hacen falta á los tiempos que corren. Ellos no han de curar sus males, pero sí los hombres piadosos, castos y trabajadores. Dios llama á los Profetas y Salvadores de su pueblo desde el desierto, el arado y la era, jamás de las guaridas de la impureza, gula y holgazanería. Una juventud pura, temerosa de Dios y acostumbrada al trabajo es la mejor preparación al estado futuro, el cual debe encontrarse mediante una prudente elección.

La elección misma de estado fué hecha por Luis con una perfección ejemplar. Aquello de que lo hacía depender todo, era la voluntad de Dios, el servicio de Dios y la salud de su propia alma; comparó tranquila é imparcialmente los diferentes estados y examinaba en ellos sus talentos y disposiciones; oraba y pedía luz de arriba hasta que le iluminó.

Una vez seguro de su vocación, ponía toda la fuerza de su voluntad en realizarla. Amontonáronse dificultades en su camino; pero no quebrantaron su decisión ni le desanimaron. Sostuvo el combate con armas legales y perseverancia y superó á todos sus adversarios, hasta que pudo entonar triunfante el cántico: "*In exitu Israel de Aegypto*",

presto á entrar en el país de sus anhelos y la ciudad de los Santos. De este modo, Luis resolvió todos los problemas de la juventud, haciéndose digno por todos los conceptos de ser su patrono. La juventud cristiana obedeció con docilidad á las indicaciones de Dios y de la Iglesia, ó mejor dicho les ganó por la mano, dando la iniciativa al culto público de S. Luis.

Desde la primera fiesta escolar de Brescia, las fiestas de S. Luis son con preferencia fiestas de la juventud. Siempre todavía, el juvenil Santo atrae con irresistible poder á los corazones de los jóvenes, los ampara y los conduce al glorioso fin de una feliz elección de estado. Á este fin sirve ante todo el ejercicio de los seis domingos de S. Luis. Ahora precisamente, al aproximarse el centenario del Santo, el antiguo amor vuelve á despertarse en los corazones de la juventud del orbe entero. La Asociación de "La Juventud católica de Italia" ha resuelto invitar á los estudiantes de todas las naciones católicas á asistir á las fiestas que celebrará en Roma en honor del Santo, dignándose el Papa León XIII, gloriosamente reinante, expresar, en Breve del 29 de Octubre de 1890 á la Presidencia de la Asociación, cuánto era de su agrado la empresa inaugurada por ella. "Hermoso es", dice, "celebrar la santidad extraordinaria de Luis por manifestaciones extraordinarias; más hermoso es que estas manifestaciones se le hayan de tributar por parte de la juventud, puesto que en los caminos lúbricos y peligrosos de la juventud no puede ésta encontrar mejor amparo que el ejemplo y la protección de S. Luis. Por esta razón, Nuestro predecesor Benedicto XIII le ha puesto al frente de la juventud cristiana, á fin de que recurra á él con sus oraciones y le mire á él para imitarle; y por la misma Nos aprobamos y recomendamos vuestro propósito y deseamos que tenga buen éxito, no solamente en cuanto á este extremo, sino también en las demás cosas que vues-

tra piedad os incite á emprender en provecho de nuestra edad. Los buenos no deben desfallecer ni cansarse, ya que el celo de los malos está siempre despierto y medita nuevos planes perniciosos.”¹

Éste es el patronato de S. Luis sobre la juventud cristiana, tal como la Providencia divina se lo ha confiado. Es un patronato hermoso. ¿Qué puede haber más bello en la Iglesia militante que la multitud floreciente de corazones juveniles que siguen á la bandera de Luis? Pero también es un patronato importantísimo. El escuadrón selecto de S. Luis no es solamente la gala y el orgullo de la Iglesia militante, sino también su fuerza y esperanza, porque el cielo y la tierra buscan en ella la reserva que sustituya á los combatientes que han caído en el campo del honor. No es además, este patronato un vano título honorífico, sino un ministerio eficaz. El ejemplo de S. Luis da fortaleza divina. ¡Á cuántos ha alentado á vivir con pureza, virginidad y castidad ó espoleado á santo celo de penitencia! Un ejemplo sorprendente de la eficacia del de Luis se encuentra entre los parientes próximos de S. Luis. De las tres sobrinas de Luis, hijas de su hermano Rodolfo, las princesas Cintia, Olimpia y Gridonia, las dos primeras fueron movidas pronto por la fama de la virtuosa vida de su tío, á abandonar el mundo y fundar una asociación religiosa en Castiglione, que todavía existe, y la tercera, que en un principio tenía ideas muy distintas, fué al fin atraída por la oración de sus hermanas, de modo que todas murieron en opinión de Santas. Sus cuerpos descansan bien conser-

¹ Eco di S. Luigi, n. 12, p. 2. Milano 1890. — En un Breve general y posterior, del 1.º de Enero de 1891, S. S. concede indulgencia plenaria á todos los fieles que bajo condiciones determinadas celebren la fiesta de S. Luis en el año corriente. Eco di S. Luigi, n. 15, p. 5. 1891.

vados é intactos en la iglesia de S. Luis en Castiglione ¹. El patronato de Luis es por último, una institución perpetua. El grandioso culto de S. Luis no padeció eclipse después de la supresión de la Compañía de Jesús. Con independencia de su Orden, Luis obra sobre la juventud cristiana por su ejemplo y poder milagroso, y muchos le veneran y honran sin pensar ó saber que perteneció á la Compañía.

Este hermoso cargo tutelar, que ha obrado tanto bien y fomentado tanta santidad en la Iglesia para honra de Dios y de Luis, es la recompensa de que Luis consagró su juventud á Dios y siguió al llamamiento de su Criador. En lugar del pequeño principado, le ha cabido en suerte el señorío de toda la tierra; en vez del escaso número de súbditos que dejó en el mundo, rige ahora la juventud entera del Reino de Cristo. Éste es su imperio, allí manda, ampara y guía á la victoria y dicha.

6. El espejo de príncipes.

EN todas las fiestas que se celebraron en honor de S. Luis, se ostentaba encima de su imagen también el título de príncipe del Imperio al lado del nombre Luis. El Emperador Fernando II alegó entre las razones en que fundaba su solicitud á favor de la canonización de Luis, también la de que todos los Príncipes y clases altas de la sociedad tendrían en él un protector y modelo ². En el mismo motivo, también la Rota fundó su dictamen favorable á la canonización ³.

¹ *Bolland.*, p. 848 C. 1155—1167.

² *Bolland.*, p. 886 E. ³ *Bolland.*, p. 1149 F.

Luis fué en efecto, un príncipe no solamente por la sangre, sino también según los principios y virtudes. Entre éstas merecen nuestra atención tres en particular por revelarse en ellas la verdadera nobleza de sentimientos.

La genuina nobleza y dignidad de príncipe se caracteriza sobre todo por un noble desprecio del mundo y de toda grandeza y gloria de la tierra. Mas tal desprecio debe entenderse bien. No es un desprecio absoluto é incondicional; porque las cosas temporales, el rango y la condición, son criaturas y ordenaciones de Dios y no carecen por tanto, de cierto valor positivo, entre otras razones por la de que á los títulos de nobleza suelen ir unidos grandes bienes de fortuna, altos cargos, elevada posición, honores y autoridad. Pero tampoco son bienes absolutos, porque no hacen por sí solos al hombre feliz, bueno y grande. El verdadero desprecio del mundo sigue una línea media entre el desprecio y la estima incondicionales, no siendo otra cosa que la valuación sabia y justa de lo terreno á la luz de la razón y de la fe. Las cosas de la tierra no son nuestro fin, sino medios para conseguirlo, derivan todo su valor de su aptitud para servir de tales medios y deben ser subordinadas ante todo á aquel fin. Cuando un hombre de alto origen ve una grandeza incondicional y verdadera en la nobleza y las ventajas temporales que trae consigo, considerándose, por ser noble, como á un ser excepcional, no domina él la nobleza, sino que la nobleza le domina á él; es infinitamente pequeño con ser tan grande, y aun es todo menos noble, porque no es sabio ni libre.

Luis era sabio y se fijaba en el fondo de las cosas. En muy poco tiene la nobleza temporal y la posición elevada por sí solas. Ante su vista se explayaba un mundo más grande, alto y esplendoroso, á saber: el reino de Dios en la tierra y en la eternidad; ser súbdito en este reino y tener derecho á heredar bienes en él, le parecía una nobleza in-

finitamente más alta. Para tener en este sublime reino, una posición de preferencia, un tesoro y un trono, dió de lado al reino temporal y eligió la humildad y pobreza del estado religioso, al cual Dios tiene adjudicados y prometidos los bienes y puestos de honor del cielo (Mat. 19, 21. 28). Á la luz de esta grandeza imperial, toda grandeza terrenal le parecía pequeña y todo servicio de los señores del mundo destituido de valor, avergonzándose hasta de su origen elevado porque pretendía impedirle encontrar su dicha en el cielo. Por eso borraba todo recuerdo de él de su mente, y toda mención de su nobleza temporal le dolía y repugnaba. No estaba contento ni á su gusto sino en la casa de Dios, y aun en ésta quería ser el más pobre y bajo. ¿Y no tenía razón acaso? ¿Puede haber otro uso mejor de la hacienda temporal que comprar por ella el cielo? ¿Qué mejor prueba puede dar un alma de su nobleza que demostrando su independenciam de todo lo que no se refiera á su ideal, el supremo fin de su vida? El que abandona un principado para seguir á su Rey Jesús á la campaña contra el infierno y el mundo, como caballero aguerrido y valiente, muestra la verdadera nobleza del corazón, la genuina dignidad de un ánimo de príncipe. Esto comprendió Luis, enseñado por la sabiduría de Dios. ¡Dichoso de él! Con ser tan breve la medida de su vida, ¡á cuántas grandezas y majestades no vió en su corto espacio bajar al hoyo! ¿Y qué si hubiera previsto lo futuro? Á poco de la muerte de Luis, Margarita Gonzaga, duquesa de Ferrara, volvió á Mantua como viuda. El Papa se incautó del feudo, y pronto crecía la hierba en las calles y plazas de la Ferrara enorgullecida de su arte; había pasado la grandeza de los Estes. Algunos años después llegó á la hora de la muerte también la Majestad católica, Felipe II, el monarca más poderoso de su tiempo. Hízose poner en las manos el crucifijo á cuya vista había muerto su

padre, diciendo al heredero de su diadema: "Ve aquí, así acaba la gloria del mundo. Dentro de pocas horas me envuelven en la mortaja. La corona está para caer de mi cabeza, la muerte me la quita para dártela á ti. Algún día caerá también de la tuya. Mis días están contados, y el número de los tuyos está fijado también."¹ Un crucifijo pues, y una mortaja son todo lo que resta á Felipe de toda su grandeza. Lo mismo tenía Luis al morir; y probable es que miraría con más confianza á la faz del Crucificado que la Majestad católica. También con los Gonzagas acabó la muerte pronto. La línea ducal se extinguió en 1708. No tardaron tampoco en seguirla al sepulcro las líneas laterales de Guastalla, Novellara y Bozzoli, y en 1807 el último Gonzaga-Castiglione murió de pensionario austriaco. El palacio de los Gonzagas en Mantua no es ya más que un mausoleo y una parábola petrefacta de su gloria que pasó. Militares y empleados se dividen los aposentos de la planta baja, en los regios salones del primer piso, solamente las pinturas de Julio Romano y Andrés Mantegna representan escenas mudas de la historia del linaje extinto; muchas gallardas figuras de príncipes y muchas caras lindas de niños y mujeres miran al visitador con sus ojos de mármol ó color; mas ¿quién conoce sus nombres? Tampoco al castillo de Castiglione, cimentado sobre escarpadas rocas, el tiempo le ha dado perdón. El comandante francés De Villars lo hizo derribar en 1706, durante la guerra española de sucesión. El antiguo torreón del portal está todavía en pie, pero no guarda ya, en vez del que fué jardín del castillo, más que un viñedo desolado, la capilla presa del abandono y algunos lúgubres escombros del palacio señorial. Un escudo de armas, estragado por la in-

¹ *Weiss*, Manual de historia universal, tom. IV, sección 2ª, p. 840.

temperie, recuerda todavía los señores cuyo orgullo era. No ha quedado de tanto fausto y belleza más que la amena vista á la villa, las colinas y al estanco. ¡Con qué ventaja y qué caro vendió Luis á Dios la roca desierta y la hermosa vista! ¿Dónde estaría ahora Luis si no hubiera obedecido al llamamiento de Dios? Habría que buscar su nombre como el de tantos otros Gonzagas en alguna cripta mortuoria, oscura y húmeda, de una villa italiana ó en las enrevesadas genealogías de linajes norte-italianos, tiempo há ya olvidados. Esto sería todo lo que quedase de él. Pero ahora penetra un rayo de la luz divina hasta en la sombra en que descansan los que llevaban su nombre, su familia vive por él, quien vive en la memoria de todos, porque mil santuarios esparcidos por el orbe católico pregonan sus glorias y grandezas inmarcesibles. Obscurecióse el brillo del mundo, la gloria del cielo permanecerá en eterno.

La otra virtud que adornó á Luis como á príncipe, fué el temor de Dios, que sienta tan bien á los que nacieron de padres ilustres. Una posición elevada, un nombre glorioso no exonera de los cargos que imponen la obediencia y fidelidad hacia Dios. Al contrario, cuantos más bienes de fortuna tocan al hombre, tanto más es vasallo de Dios y tanto más queda obligado á servirle con lealtad y entereza. El acatamiento más delicado y cumplido de la autoridad legítima ha sido desde antiguo un distintivo de verdadera nobleza. Cuando la nobleza hace traición á su rey ó siquiera es cobarde en su servicio, comete un crimen que á los ojos de todos la hace indigna de su honrosa prerrogativa. El Señor supremo y Rey de todos los reyes empero, es Dios, cuyos vasallos, no más, son los príncipes y nobles y á quien han jurado fidelidad y tendrán que dar cuenta del uso de sus privilegios. Servir á Dios por impulso de un corazón amante de su honra, ver en este servicio una distinción de la clase, es obrar como debe quien

de noble blasona. La nobleza debe también al pueblo y á sus inferiores el ejemplo de este sincero servicio de Dios. Cuando el pueblo ve que sus gobernantes y poderosos no acatan el principio intangible de la obediencia á la autoridad legítimamente constituída, y que denuncian sus obligaciones para con Dios, de quien dependen más que el último súbdito de su rey, ¿qué fuerza tendrá todavía el vínculo que liga al pueblo al trono? El poder y la firmeza de la aristocracia no tiene asiento más seguro que en Dios y en el mantenimiento de su dependencia de Dios, quien reina en los corazones de los súbditos por el poder de la conciencia. Por estas razones el que lleva un nombre ilustre no puede hacer cosa más digna de sus tradiciones, más conforme á la excelencia de su clase ni más provechosa á sus intereses que rendir á Dios el debido homenaje de su leal sumisión y obediencia.

Admirable es el ejemplo que también en este extremo, Luis ha dado á los grandes del mundo. No servía á Dios solamente á escondidas en su cámara, antes aprovechaba toda ocasión para pagar á Dios públicamente el tributo de la adoración. Por eso no dejaba nunca de recibir los santos sacramentos en la parroquia en los días de precepto ni de asistir á los actos públicos del culto, aunque hubiera podido satisfacer su devoción en el castillo. Para honrar aún más á Dios por su humildad, no se servía nunca del almohadón en que podía hincar la rodilla sin ninguna molestia, ni del reclinatorio aforrado de terciopelo, arrodillándose siempre, con la postura más respetuosa, en el duro suelo. Gozaba mucho con servir á la santa Misa, y su privilegio honorífico era enseñar la Doctrina á los pequeñuelos. No toleraba ofensa á Dios entre su servidumbre. No había compañía tan ilustre que no la entretuviese con Dios, y cuando la honra y el servicio de S. D. M. lo exigían, no miraba á ninguna clase ni categoría, hablando con fran-

queza, amonestando y reprendiendo con severidad. ¡Cómo habló á su hermano Rodolfo cuando éste parecía vacilar un momento en cumplir su deber con Dios! Cuando niño todavía, ya creyó deber reprender al heredero de la corona de España una palabra dicha en mengua de la honra de S. D. M. ¡Con qué energía vuelve contra su padre por el derecho supremo de Dios á disponer sobre su criatura, y defiende el deber de ir á la voz de Dios adonde Él llame, deber que obliga tanto al hijo del margrave como al del pechero! ¿No se niega hasta á dirigir una plática al pueblo antes que haya cesado el escándalo en el castillo?

Luis era realmente servidor de Dios; de todo corazón ha buscado en todas partes la honra de su Señor con celo y valentía y no se ha vergonzado de hablar de los preceptos de Dios delante de quien quiera que fuese. El mandamiento de Dios estaba en efecto "en medio de su corazón". Por eso Dios le ha exaltado y glorificado tanto, que los Soberanos de Europa tenían á mucha honra estar emparentados con él, haberle tratado ó siquiera poder contribuir á su enaltecimiento. La vida de S. Luis ha demostrado que servir á Dios es reinar, y que Dios glorifica á quien lo glorifica. ¿Dónde está la Potestad de la tierra que quiera y pueda honrar así? ¡Cuán verídico es aquello que se lee Mat. 25, 21: "Ven, siervo bueno y fiel, que porque has sido fiel en lo poco, yo te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu Señor!"

La tercera virtud de los grandes y poderosos es obrar bien, cooperar á la dicha y salud del mundo. Dios es tan bondadoso, que se hace representar en el mundo por hombres, para hacer dichosos á los hombres. Gran parte en esta divina prerrogativa tienen los príncipes y grandes. Reinan, cada uno según su rango y condición; reinar empero, no es, conforme al espíritu del Evangelio, abusar del poder en provecho propio y arbitrario, haciéndolo instrumento

de las pasiones, de la pereza, codicia, concupiscencia y ambición. Éste no sería un modo cristiano de reinar, sino abominable tiranía. Reinar en el sentido cristiano es servir, servir al bien público hasta hacer el sacrificio de sí mismo (Mat. 20, 25. 28). Reinar es conducir á otros hacia su fin, hacer bien á los cuerpos y almas de los hombres, tomar parte en la dicha y salud de la humanidad, de la Iglesia y del Estado con todos los talentos que Dios ha concedido á quien reina.

“Haz bien no solamente ante Dios, sino también ante los hombres”, escribe Luis al hermano, añadiendo con respecto á sus súbditos: “Dios los ha puesto de modo particular bajo su amparo, para mostrarles el cuidado especial y espiritual que les debe, deduciendo del proceder de la Divina Providencia con V. S. cómo debe tratar á sus súbditos y proveer por su bienestar.” En otra carta recomienda á su hermano como obra de justicia la protección de las vírgenes que quieren dedicarse al servicio de Dios en el convento, prosiguiendo: “Después recomiendo á V. S. otra obra de misericordia, y es que en cuanto á sus vasallos, se acuerde de prevenir á la pobreza, que ha alcanzado un grado horrendo.”

De este modo Luis ha pensado sobre los deberes de la nobleza; de este modo ha obrado también ante todo. ¡Qué poco se ha reservado de los bienes y goces de este mundo! ¡Qué contento vivió en la pobreza! Ninguno de sus súbditos querría trocar su suerte con él. En cambio su mano estaba siempre dispuesta á dar. ¡Cuánto bien ha obrado, particularmente en las almas de sus prójimos por el ejemplo de su virtud! No dudamos que Dios dirigió los caminos de su vida de manera que apareciese y viviese en las cortes más afamadas de su época, á fin de que los grandes le tomasen por modelo. Todo lo santifica por su virtud, su oración y su vida de sacrificio. Según el designio de Dios,

fué un instrumento oculto, pero poderoso para el bien y la salud de su tiempo. Ya desde niño le animaba esta idea de las necesidades y apuros generales de la sociedad y de la Iglesia. El deseo de sacrificarse por la totalidad, fué un motivo principal entre los que le estimulaban á las más rigurosas obras de penitencia y á encerrarse en un convento. ¡Y cómo trató de prepararse á su destino, qué atento estuvo á hacerse un miembro útil de la Compañía, y á desempeñar cumplidamente su obligación para el bien de todos!

Al elegir entre las diversas Órdenes, el gran fin que pretende la Compañía de Jesús para la salud de las almas y el provecho de la Iglesia, fué el que le inspiró el deseo de entrar en ella. "Yo sirvo" es un lema genuinamente aristocrático; él fué también la máxima fundamental de S. Luis. Quería ser siervo de todos como el Apóstol, para conducirles á todos á Dios y á su verdadera salud. Conforme á su deseo, Dios le ha dado en patrimonio las naciones sobre las que ha de imperar hasta los tiempos más lejanos por sus beneficios, enseñanzas y ejemplos de virtud. "Porque fuiste fiel en lo poco, tendrás poder sobre diez ciudades" (Luc. 19, 12).

¡Cuánto mejor sería la situación del mundo si estas ideas y principios llegasen á imperar en todas partes, y particularmente en las clases altas de la sociedad una vez destinadas por Dios á obrar sobre los pueblos! De Luis pueden aprender á llenar su misión, como en general las puede enseñar á vivir de veras. Vivir no significa pasar sus días descansada y divertidamente, sino afanarse y trabajar; ni trabajar significa cultivar aficiones, catarlo todo, saber algo de todo mientras el aprender y trabajar no cuesta fatiga y sudor, sino que es otra especie decente de gandería. Trabajar es obrar conforme á su deber para honra de Dios y para hacer bien á los hombres, gastar fuerza en el trabajo y participar en la sentencia: "Con el sudor de tu frente has de comer tu pan."

7. El amante de la margarita preciosa.

LA importancia de S. Luis no se limita á su acción sobre la juventud y las clases altas de la sociedad. También fué religioso, y como perfecto y santo religioso se ha hecho también modelo cumplido para los que viven en religión, pudiéndosele considerar como tal por tres conceptos diversos.

Luis es modelo del religioso ante todo en cuanto al amor á la vocación. Sin un amor grande, gozoso y constante al estado religioso es imposible vivir en él contento, vencer las dificultades que le son peculiares y obrar en él, si no cosas extraordinarias, dignas. Para esto no basta ni con mucho un amor sentimental ó fantástico, puesto que sería ahogado por la monotonía, oprimido por la carga cotidiana de sacrificios y sucumbiría por fin, á la realidad que acaba con todas las ilusiones. Solamente el que sabe lo que quiere en la orden, y por qué lo quiere, y es capaz de entusiasmar á su voluntad para sus altos fines y móviles generosos y eternos, será un religioso según el corazón de Dios y seguirá siéndolo mal que le pese á todos los sinsabores.

Luis amaba la vida de religión y la estimaba más que nada. Ya cuando niño y adolescente se complacía en tratar á religiosos, prefiriendo su compañía á todos los placeres y diversiones del mundo. No bien hubo madurado su inteligencia, eligió bajo la influencia de la gracia divina para parte suya la vida de religión, y comenzó aún en el mundo á ensayarse en todos los ejercicios que le son propios. Solamente en los conventos creía estar en casa, allí el joven tan severo en la suya, era todo alegría, intimidad y ternura. Con mayor brillantez se probó luego su amor á la vocación en el combate largo y empeñado que por ella tuvo que sostener con su propio padre. Él no ha buscado solamente sin desaliento la preciosa margarita de la vocación á la religión, sino que la ha conquistado también

en caballerosa y noble lucha. Ninguno estuvo tan alegre como él en el acto de la renuncia á su diadema, y con ojos resplandecientes de alegría se despidió de los suyos. Con las palabras: "Éste es el lugar de mi descanso para siempre, porque lo he elegido", saludó el umbral de su celda de candidato. Y en efecto le faltaba la tranquilidad y alegría cuando tenía á la fuerza que trocar por algunos días su celda pobre y desnuda con los regios aposentos de lujo en los palacios de sus parientes, y experimentaba una sensación igual á la del aterido de frío que se sienta al amor de la lumbre, cuando podía poner otra vez el pie sobre el umbral del convento, hasta que se le volvió umbral del cielo.

Así discurría Luis sobre el estado de religión, y con razón. Su espíritu sólido y sublime no podía por menos que penetrarse de la oquedad y pequeñez de todas las aspiraciones y éxitos mundanos. La insensatez y esterilidad de la ambición de los hombres del gran mundo le repugnaban, á la vez que los mil peligrosos alicientes de la vida que los veía llevar, le atemorizaban, acabando por impulsarle á huir á prisa como la paloma de la marea creciente del pecado hacia las "grietas de la roca". Al contrario, la racionalidad, solidez, seguridad y pureza de la vida en religión lo llevaron á ella con poder irresistible. Á este impulso se asoció por fin como razón decisiva, la voluntad manifiesta y voz clara de Dios. Esto basta á un corazón que teme á Dios, pues le sería horrible vivir contra ó fuera de la voluntad de su Creador, que dulcifica todo lo amargo y hace posible lo más difícil.

Este amor y estima de la vocación es lo que Luis enseña á los religiosos.

En segundo lugar empero, debe ser su modelo por su celo no solamente en seguir la vocación conocida, sino también en aspirar á sus fines mediante el uso fiel de los medios prescritos. El fin de la vida en religión es la perfección, los medios consisten en la observancia de los votos,

reglas y estatutos de la orden que señalan con precisión el camino que se ha de tomar. Sabemos con qué exactitud y celo Luis velaba sobre el cumplimiento de las más insignificantes reglas. Hay sin embargo, dos medios que empleaba ante todo por contenerse en ellos los demás según la esencia y el espíritu, y son la mortificación y la oración. El uso perseverante de estos medios le llevó aún en el siglo á una altura asombrosa de la perfección; y los mismos, regulados en adelante por el estatuto y costumbres de la Compañía, le encaramaron en brevisimo tiempo dentro de la religión á aquella cima de la santidad en la cual le admiramos y aclamamos hoy.

La mortificación es la fuerza moral con que sujetamos todo lo que es desordenado y pecaminoso en nosotros y nos habilitamos para ejercitar bien las virtudes peculiares á nuestro estado. Ya que esto cuesta esfuerzos y fatigas á los que estamos bajo el yugo del pecado, lo llamamos mortificación, vencimiento ó negación de sí propio. Es que estamos llenos de inclinaciones desordenadas, que nos incitan sin cesar á traspasar nuestros deberes. Ejercer la virtud y el bien, es cosa de por sí bella y fácil; solamente las dificultades que oponen nuestras pasiones, hacen del ejercicio de la virtud una faena trabajosa. Luego el vencimiento de sí propio debe interponer su fuerza para remover el obstáculo. Aun más, nuestro aprovechamiento depende no solamente de nuestra cooperación, sino en grado más alto todavía de la acción de Dios en nosotros y de las comunicaciones de su gracia. Dios quiere darnos la gracia, pero nosotros le oponemos impedimentos. Estos impedimentos son otra vez removidos por la negación de sí propio. Ella es en fin, la panacea de la vida espiritual. Hasta para el amor la mortificación es la más preciosa materia de sacrificio, con la cual satisface su anhelo de hacerse agradable á Dios y conforme á su Hijo, Rey y Señor nuestro.

Así se comprende por qué Luis se daba á la mortificación con tanto afán, aunque no tenía que suprimir ninguna pasión desordenada y aun las malas inclinaciones estaban amortiguadas en él hasta la última fibra, en cuanto es dado en esta vida al hombre que no disfruta, como la Santísima Virgen, de absoluta inmunidad de todo movimiento desordenado. Luis podía poner la mortificación al servicio de una causa más elevada. Érale la mirra preciosa que ofrecía al Señor del mundo como sacrificio expiatorio de los pecados de los hombres; el ala que le llevaba al amor del Bien supremo y al manantial de todas las gracias y mercedes. Es cierto y seguro que Luis llegó á tan sublime unión con Dios y pudo beber de su oración raudales de dulzura únicamente porque estaba desasido de todo y mortificado en todo. La unión con Dios no se compra por parte del hombre sino á precio de vencerse y negarse á sí mismo.

El otro medio de la perfección es la oración. Á la par que la mortificación nos desase de las criaturas y de nosotros mismos y quita de en medio los impedimentos de la comunicación divina, la oración nos une con Él por modo directo. Luis estaba persuadido de la belleza y sublimidad de la oración y sabía que el hombre no puede hacer nada más sublime que unirse con Dios, fin suyo, y dar principio aquí abajo á la vida de la eternidad bienaventurada. Estaba además penetrado del deber de adorar, alabar y querer siempre á Dios por la razón de que el hombre no tiene la vida para otra cosa. Por lo mismo le parecía sacrilego todo momento que sustrajese voluntariamente á este servicio de amor. Por fin, Luis estaba convencido de la necesidad de la oración, sabiendo bien que es un medio universal para obtener todas las gracias, y que el hombre no se salva sino por virtud de la oración. Habríase espantado si se le hubiera transcurredo una hora sin orar. Por eso hacía tan asombrosos esfuerzos para llegar á la maestría

de toda clase de oración. Y en efecto, ¡á qué altura rayó! Resultado glorioso de sus fatigas y de la gracia preveniente de Dios era el que no adolecía de ninguna distracción al orar ni podía siquiera deshacerse de la unión constante y real con Dios. Un medio especial que empleaba para conservar esta unión, era el ejercicio de la plática espiritual. El lado por el que amagan peligros á la unión con Dios, es el trato de las criaturas. Para quitarle lo peligroso, honrar á Dios, aprovechar al prójimo y procurar á la vez alivio y desahogo á su corazón amante, Luis no se cansaba de entretenerse sobre Dios y las cosas divinas, santificándose á sí mismo y á los que le escuchaban.

La mortificación y la oración, la oración y la mortificación, estos dos goznes sobre los que gira toda la vida espiritual, este compendio y resumen de toda ascética para principiantes, aprovechados y maestros, eran estimadas por Luis según toda su importancia, ejercitadas con fiel constancia y bendecidas por Dios con los más hermosos triunfos de la gracia, de manera que el juvenil Santo debe ser considerado como modelo acabado de todos los religiosos que quieren ordenar su vida con sujeción al ideal de su santo estado.

Luis no ha realizado en su Orden grandes empresas externas, ocupado ninguna cátedra, convertido á ninguna nación pagana, compuesto ninguna obra ni ha administrado siquiera el Sacramento de la Penitencia, y sin embargo, ha llenado del modo más excelente el objeto esencial de su Orden y de todas las Órdenes, haciéndose modelo consolador de todos los que no pueden tomar parte á medida de su deseo en los trabajos externos de sus Hermanos, porque pueden y deben alcanzar lo que ha alcanzado Luis — la santidad.

Dar á su religión un Santo en su persona, es la más hermosa prueba de gratitud hacia Dios y la Orden. Con

nada se sirve mejor á Dios y á la Orden que con la santidad porque nadie conoce mejor á Dios, le sirve con más esmero ni le ama y glorifica más que un Santo. En los Santos revela Dios su sabiduría, fidelidad, misericordia, grandeza y poder. Un Santo es la imagen perfecta de Dios. Pero también á su Orden le presta un Santo el servicio más importante, porque siempre es la gloriosa prueba de que la Orden de que salió, es obra de Dios y fruto generoso y sazonado del Evangelio. Los merecimientos, la intercesión y el ejemplo brillante del Santo son un escudo, una luz y un acicate poderoso para toda la Orden, todos los religiosos y toda la Iglesia.

El estado religioso pues, posee en S. Luis un modelo bello y sublime, que concebido en este sentido general puede imitarse en toda Orden. ¡Cuánto bien no ha hecho en la Orden la relación de su vida solamente! Esperada con ansia, leída con avidez y traducida á la vida con celo y valor, ha sido la semilla que hasta el día presente en los corazones de tantos jóvenes y vírgenes ha dado por fruto la santa vocación á la vida religiosa, despertado y mantenido vivo el amor á ella en las almas de los religiosos y sazonado rica cosecha de virtud y santidad. Luis ha llegado á ser de esta manera, un verdadero reclutador de la Santa Milicia de la religión. Su ejemplo é intercesión pertenecen ante todo á los religiosos, y los primeros á quienes dedicó sus cuidados, fueron sus Hermanos de religión, á los cuales les prometió al morir interceder por ellos en el cielo. Ciertamente, nada puede preocuparle tanto como el aumento del pueblo especial de Dios en número y merecimientos, y sobre todo en Santos; y todo el que se lo suplique con confianza, puede estar seguro de ser oído.

8. Conclusión.

HEMOS pasado revista una vez más á toda la vida de S. Luis. Para concluir, vamos á resumirla, poniendo de relieve los rasgos que más la caracterizan.

Luis es primero un Santo. La esencia, las fuerzas vitales, las obras y la recompensa de la santidad están puestas de manifiesto en su vida del modo más brillante.

La esencia de la santidad consiste en la posesión de la gracia santificante que comunica al hombre realmente una vida sobrenatural y una bondad sobrenatural y le hace hijo de Dios y heredero del cielo. Luis recibió esta gracia preciosísima en el bautismo, la estimó más que cosa alguna, teniéndola por su verdadera nobleza, hermosura y riqueza y la guardó y aseguró con la mayor vigilancia, huyendo del mundo y sujetando sus sentidos á la disciplina más rigurosa, de suerte que según el testimonio de todos sus directores espirituales no la perdió nunca, sino que la conservó siempre en su primera belleza. Aun más, por la oración incesante, por la recepción frecuente de los Santos Sacramentos, que no son al fin más que instrumentos para comunicar, conservar y aumentar la gracia santificante, por el ejercicio de todas las obras del amor á Dios y de todas las virtudes ha aumentado y duplicado día por día el talento que Dios le confió como un mercader industrial. Particularmente nutría en sí la gracia divina con su ardiente devoción á la Sagrada Eucaristía, propiamente sacramento de la vida y alimento sobrenatural del alma.

La santidad consiste además en la posesión y el ejercicio de las virtudes sobrenaturales, que son las fuerzas auxiliares para practicar la vida sobrenatural, ó mejor dicho, ellas mismas son su manifestación al exterior. Así como no puede haber fuego que no irradie calor, ni luz

que no ahuyente las tinieblas, tampoco puede haber verdadera vida sobrenatural, verdadero amor á Dios que no se revele en obras de virtud y vida. Los Santos no son más que virtudes grandes, virtudes heroicas. ¡Qué hermosa flora de virtudes no desplegó la vida de S. Luis! La más pura inocencia, la más rigurosa penitencia, el más decidido menosprecio del mundo, la más sólida humildad y piedad, la fortaleza más inmovible y el más heroico amor á Dios y á los hombres: ¡qué espléndido ramillete forman! Desde el apuntar de la razón, la vida de Luis es virtud, nada más que virtud y la más genuina, sublime y heroica virtud.

Las recompensas de la santidad se refieren tanto á las personas de los Santos como á su actividad en favor de otros. Mientras que Luis goza en el seno de la eterna bienaventuranza de la visión beatífica del Bien supremo, habiendo sido agregado por su inocencia al número reducido cuanto selecto de los que vestidos de vestiduras blancas, llevando palmas en las manos y el nombre del Padre eterno en la frente, acompañan al Cordero á todas partes como su corte familiar y más brillante, cantando un cantar que ningún otro sabe, despierta aquí en la tierra por sus grandes y muchos milagros la admiración y gratitud del mundo, disfruta de un culto universal y atrae por virtud de su ejemplo é intercesión bendiciones infinitas sobre la Iglesia de Dios. Tanto es verdad que no hay ningún Santo canonizado que no domine en un imperio inmenso de actividad. "Quien cree en mí, de él manarán torrentes de bendición" (Juan 7, 38). Por eso se dice también en la Bula de canonización: para honrar á la Santísima é indivisa Trinidad, para enaltecer á la fe católica y para aumentar el nombre cristiano, Luis Gonzaga, cuya santidad, virtudes y milagros están acreditados, es colocado en el número de los Santos Confesores. Estos son intereses graves y santos;

pero el poder de un Santo basta para atender á todos ellos eficazmente.

La santidad que admiramos en S. Luis, y la Iglesia nos presenta como modelo, no es en el fondo otra cosa que la ejecución del programa cual fué trazado por el Hijo de Dios en su Evangelio y realizado en su Iglesia en todos los tiempos, y muy particularmente en el siglo XVI. No es posible que la Iglesia haya sido en esa centuria aquello por lo que se la hacía pasar, degenerada, corrupta y depravada, puesto que en aquellos dias precisamente ha producido todo un cielo de Santos: S. Felipe Neri, S. Ignacio de Loyola, S. Francisco Javier, S. Francisco Borja, S.^{to} Tomás de Villanueva, Juan de Dios, Francisco de Sales, Pascal Bailón, Carlos Borromeo, Pío V, Estanislao Kostka, Luis Gonzaga y tantos otros.

Luis es en segundo lugar un Santo juvenil y por consecuencia natural, un Santo amable. Parece que con la santidad sucede como con las flores. Los naturalistas pretenden haber advertido que las flores que se abren antes del solsticio, despliegan encantos más amenos, mayor gallardía y más suave aroma que las que estallan al ardor del Sol de estío. Es indiscutible que la gracia peculiar á la juventud derrama aún sobre la virtud y santidad un tinte delicado de belleza que la hace amable por un título más. Tal se nos presenta la santidad de Luis. ¿No es maravilloso y amable á la vez ser tan joven y tan sabio, tan joven y tan puro, tan joven y tan constante?

Un refrán dice: Juventud no tiene virtud. Á Luis, no le cuadra este dicho, verdad profunda y digna de ser tomada en la más seria consideración. Con razón dice el Cardenal Bellarmino en su panegírico de Luis, que sin duda había sido intención de Dios enseñar al mundo por el ejemplo del santo joven que la santidad no es privilegio de ninguna edad, sino que cada una está madura para vivir

santa y virtuosamente. Lo que la naturaleza no obra por sí, consigue la gracia con mano ligera cuanto poderosa. La vida de Luis no es por tanto, una lección para la juventud sola, sino también para todos los que se dedican á la educación, los cuales no deben desahuciar á la juventud, antes confiar firmemente en la gracia de Dios y el poder y la flexibilidad maravillosos de la voluntad humana, tratando de despertar, cultivar y desarrollar los gérmenes ocultos de la virtud en los corazones infantiles. Con Dios, todo es posible (Mat. 19, 26). ¡Qué gloriosamente se han revelado en Luis los fines y recompensas sublimes de la educación cristiana, que no son nada menos que un trono de Santo en el cielo y otro en la Iglesia terrestre! Pues ¿no tuvieron la madre y algunos de los maestros de Luis la dicha rara y la alegría celestial de ver aún en su vida á su hijo y alumno elevado á los altares?

Tan hermosos fines duermen en los corazones de los niños; de ellos es verdaderamente el reino de los cielos. ¿No son por tanto, dignos de todo cuidado, trabajo y fatiga? S^{ta} Magdalena de Pazzis termina su visión sobre la santidad y gloria de S. Luis con el pensamiento de que sabe que siempre había estado agradecido á todos los que en su vida terrestre habían contribuído algo á aprovecharle en la vida espiritual; por lo cual también ella quiere obligarle á gratitud tratando de salvar un alma ¹. Luis es patrono de la juventud. ¿No considerará pues todo el bien que se haga á sus protegidos como si se hiciera para él?

Luis es en tercer lugar un santo príncipe. Puede darse por cierto que la nobleza de su alcurnia y su rango de príncipe del Imperio han llamado sobre él la atención del mundo y conquistádole los corazones de los hombres, que tal es su manera de apreciar cualidades ajenas, toda vez

¹ *Bolland.*, p. 1038 B.

que muchos bienes de fortuna, elevado origen y una diadema acrecientan en su estimación aún las buenas condiciones de los agraciados con estas ventajas temporales. El verdadero motivo de esta estima particular no es el que sea rico y príncipe simplemente, sino el que es un príncipe santo. Esto es lo que merece admiración. La Santa Escritura misma no niega la suya á la santidad de los ricos y príncipes. "Dichoso el rico que es hallado sin culpa y no anduvo tras el oro ni confió en dineros y tesoros. ¿Quién es? Alabémosle, que maravillas ha obrado en su vida. Quien es hallado probado y perfecto en esto, tendrá gloria eterna; pudo pecar, y no pecó; pudo hacer mal, y no lo hizo; por eso está asegurada su hacienda en el Señor, y su limosna será alabada por toda la comunión de los Santos" (Eccl. 31, 8. 11). Un santo príncipe es digno de honra doble y triple; primero, por la entereza con la que se mantuvo contra todos los incentivos del pecado, que los dineros son un medio para todos los pecados; segundo, por la alta sabiduría con que pesó en justa balanza lo temporal y eterno, lo terrenal y celestial; tercero, por la bendición grande que derramó, dando lo temporal para ganar lo eterno. Ante los ojos de S. Benito se desplegó una vez en una sublime visión toda la belleza natural del mundo con los variados órdenes y escalas de la creación material; espiritual y material-espiritual, cuadro tan maravilloso y encantador, que no parecía posible hubiese cosa más bella y sublime. Pero con tanta brevedad y energía se dice luego del Santo: "*Inspexit et despexit.*" Viólo todo y no lo creyó digno que lo mirase otra vez, comparado con un rayo de la infinita y eterna esencia, bondad y belleza que al mismo tiempo vió en Dios. De igual modo, Luis ha menospreciado el reino del mundo y toda gala de la tierra por amor de Aquel en quien ha creído y á quien ha visto y amado de todo corazón.

Luis es en cuarto lugar un santo religioso. Un religioso es siempre una persona importante y oportuna. El religioso aspira á la perfección cristiana exclusivamente y por deber de estado mediante la observancia de los votos perpetuos de la pobreza, castidad y obediencia. Como simple religioso pues, es un gran ejemplo para el mundo y un testigo vivo y visible de que para los hombres hay aún más altos bienes que todas las aspiraciones terrenas y sensuales, á saber: los bienes del alma, la virtud y santidad. Los cristianos y católicos empero, vemos y apreciamos en el verdadero religioso la expresión elocuente y realización admirable del ideal de nuestra fe, la victoria completa de sus gracias sobre el poder de las pasiones humanas y estímulos terrenales, la copia venerable de la abnegación de nuestro Divino Redentor Jesús; vemos al mismo tiempo en él al abogado y propagador autorizado de nuestra santa religión. Un religioso y particularmente un religioso santo es siempre una gran potencia en el mundo por su ejemplo, su oración y su sacrificio. La espada de sus oraciones y sacrificios no pesa menos en la balanza de la historia que la de los poderosos de la tierra. La oración y el sacrificio han hecho cristiano al mundo, y siguen socavando las fortalezas del mal y auxiliando á los combatientes de la virtud. Mas ¡cuánta no fué la oportunidad de un religioso santo en el siglo XVI, cuando mil descubrimientos en los continentes ultramarinos llamaban é impulsaban á los hombres á los derroteros del lucro temporal, la tempestad desencadenada sobre los conventos emancipó indignamente la carne y la apostasía universal de la Iglesia tuvo por consecuencia inevitable y fatal la rebeldía aún contra toda autoridad temporal! Por esta misma razón, Dios despertó en aquella época tan extraordinario número de Órdenes nuevas para todas las manifestaciones de la vida cristiana. Ellos llenaron los huecos que los prófugos dejaron para deshonra

suya en la santa Milicia de las Órdenes religiosas, ocuparon las brechas abiertas por la apostasía, formaron una valla alrededor de la antigua Iglesia y dieron gozosos las batallas del Señor, á la vez que su ejemplo atraía á nuevos reclutas de todas las capas del pueblo cristiano y hasta de las filas de la más alta aristocracia católica. Entre los herederos de nombres gloriosos que en aquel tiempo de lucha de la verdad con el error trocaron el castillo y palacio con el claustro, y el estoque con la cruz y el rosario, se halló también Luis.

Hasta peleó en las filas de la más extrema contrarreforma, porque fué en quinto lugar un santo Jesuíta. Una de las nuevas fuerzas que el Espíritu de Dios despertó de la inagotable abundancia de vida de la Iglesia en los trances y aprietos de aquella época revolucionaria, fué la Compañía de Jesús. Opuesta por la fibra más profunda de su vida al espíritu de rebeldía, apostasía y desenfreno moral, animada de la única idea de servir con lealtad y generosidad de caballeros á Cristo su Rey en su esposa y en su Vicario en la tierra, cooperar á la obra de salvación de las almas conforme á los principios del Salvador, sin ligarse á ningún país, ni limitarse á ninguna actividad especial, esgrimiendo las armas antiguas del apostolado con arte nuevo, fué el instrumento escogido de que se valió la divina Providencia para defender y propagar la antigua fe al exterior y despertar é inflamar en el interior á los tibios é indiferentes.

Á esta Orden asocióse Luis. Y ¿qué ha llegado á ser para la Orden? No va y viene de agente y embajador incansable entre Roma y las cortes seglares como Possevin; no lleva la espada de doble filo de la controversia religiosa como Bellarmino; no lleva la luz de la fe á las tinieblas de la irreligión y del paganismo como Francisco Javier; no ofrece á su madre la palma sangrienta del martirio como Spínola, ó el lauro

de ilustración ática como Maffei; Luis es un adorno humilde, casero y amable del claustro, la palma ó el olivo cuya flor engalana el vestíbulo del templo y cuyo perfume, llevado por los Ángeles fuera de los muros del convento, es el solaz maravilloso de tantos corazones jóvenes. Lo que Beda dice de la Iglesia: que no le falta ninguna de las galas más variadas, enlazando las palmas de los mártires con los lirios de las vírgenes, lo viene á confirmar Luis otra vez con respecto á la Compañía de Jesús. Cada uno de sus grados tiene su gala peculiar; sublime en sus mártires y defensores de la fe, es amable en Luis.

Es un hecho histórico que sorprende, el que casi ninguna otra Orden de la Iglesia católica tiene que sufrir tantas y tan perseverantes persecuciones como la Compañía de Jesús desde los primeros días de su fundación hasta la hora presente. Pero también en ella se confirma la promesa del Señor: Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia. Cuando es perseguida, la Compañía de Jesús tiene el consuelo de sus hijos y Santos. Ellos son los que la dicen que no es tan mala como su fama en el mundo. Luis ha amado á la Compañía ardientemente, y no puede ser malo ó reprobable lo que él ha estimado y amado tanto. La eterna Sabiduría dice que no se cogen uvas de las espinas ni higas de los abrojos; tampoco empero puede admitirse que el Jardinero celestial haya injertado la flor de su predilección en un tallo venenoso ni que haya confiado su cuidado á manos impuras. Aunque no puede ser dudoso que Luis ha sido un Santo ya en el mundo, algo debe de haber aprendido y aprovechado en la Compañía. Así al menos pensó el tribunal romano que tuvo que dictaminar sobre sus virtudes, cuando dijo á Pablo V que Luis había consagrado la flor de su juventud al Rey de los reyes en la Compañía de Jesús. El discreto joven sabía bien que en ella no le faltarían fieles compañeros cuyo ejemplo le in-

citaria á correr más ligero por el camino del Señor, ni guías expertos cuya mano le conduciría incólume á través de los peligros de la vida. Miraba gozoso á los varones insignes Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Jacobo Lainez, Francisco Borja, Pedro Faber, Estanislao Kostka y á tantos otros; miraba á los numerosos mártires que empuñada la bandera de la fe católica, virtieron su sangre generosa por la fe de Cristo en Inglaterra bajo las manos de los sectarios y en Indias á los flechazos de los paganos ¹.

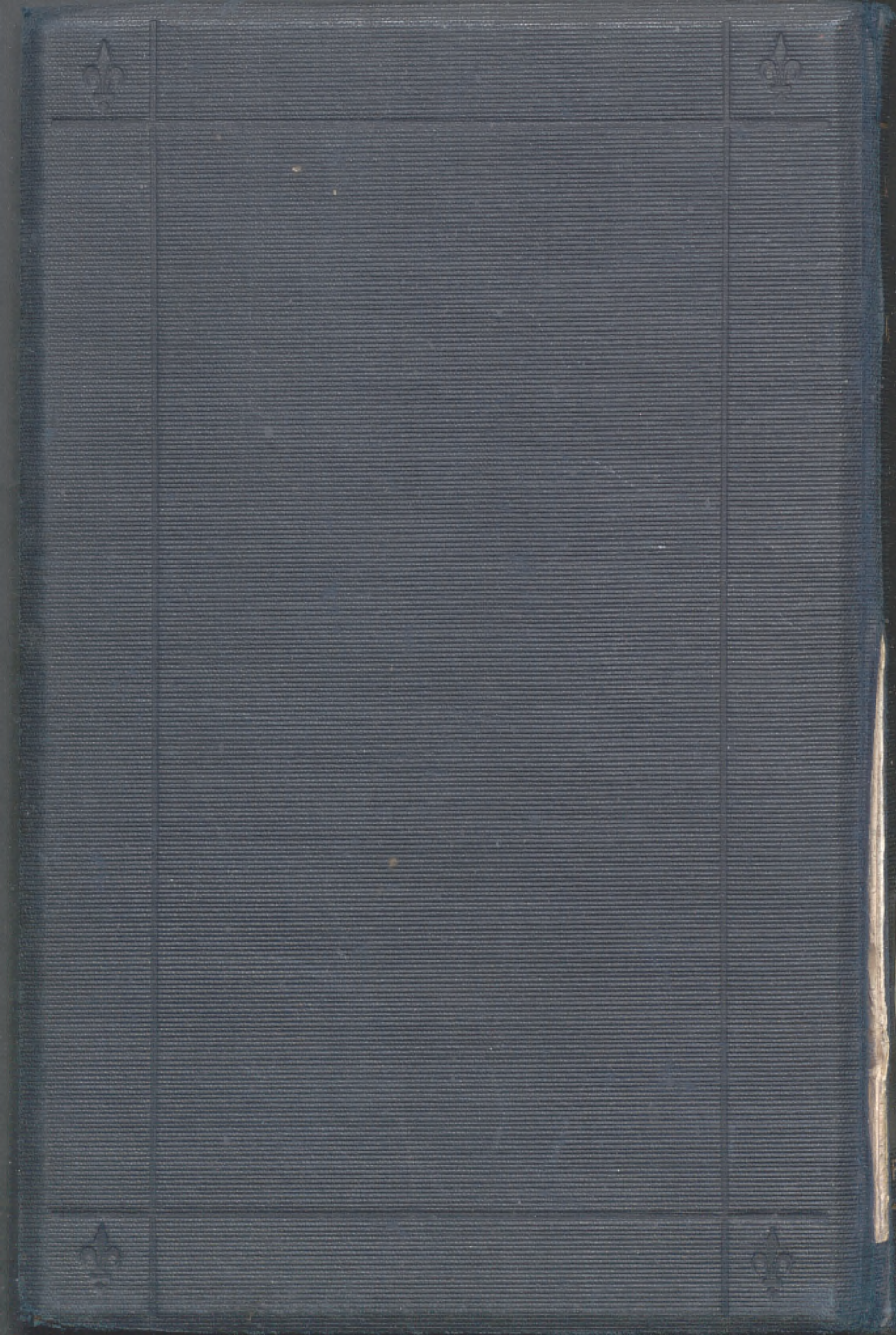
Luis es por fin, no sólo una gala y un consuelo para la Compañía, sino también un auxilio poderoso por haberse hecho patrono de la juventud cristiana. Una de las más importantes manifestaciones de la actividad de la Compañía de Jesús, es la educación de la juventud. Si de ella dependiera, diría: Dadme la juventud, que todo lo demás os lo abandono. Así como la Orden del Monte Carmelo y las Familias de S. Francisco y S^{to} Domingo se han incorporado medio mundo católico por el Escapulario, la Orden tercera y el Santo Rosario, la Compañía de Jesús lo ha hecho suyo mediante las Congregaciones marianas y fuera de ellas, por el Patronato de S. Luis sobre la juventud cristiana. Dondequiera que se venere ó invoque á S. Luis, obra la Compañía de Jesús, que se lo sepa ó no, porque á ella pertenece, porque en él se manifiestan y comprueban las máximas que ella profesa.

Es verdad lo que ha dicho la eterna Sabiduría: "Mirad las azucenas, que no tejen ni cosen, y sin embargo están vestidas de gala más hermosa que Salomón en toda su magnificencia." (Mat. 6, 28. 29.) Lo mismo sucede á la inocencia cuyo símbolo es la azucena. La inocencia no necesita de gala, porque es la belleza misma; no necesita de dote, porque es la riqueza misma; no necesita de

¹ *Bolland.*, p. 1121 E.

milagros, porque ella misma es el mayor milagro; no le hacen falta tampoco armas para conquistarse un reino, porque es el reino más hermoso, pacífico y dichoso en sí misma y en el imperio sobre el mundo, el cielo y el corazón de Dios mismo. “¡Cuán bella es una generación casta con gloria! Inmortal es su memoria y manifiesta ante Dios y los hombres. Cuando está presente, se la imita, y cuando ha pasado, se anhela por ella; y llevando diadema en eterno; celebra el triunfo, habiendo ganado el premio de lucha inmaculada.” (Sabid. 4, 1. 2.) ¡Cómo se ha confirmado todo esto en Luis! ¡Cuántas veces le han aclamado el cielo y la tierra y le aclaman sobre todo en el tercer centenario de su gloriosa muerte: “Tú eres la gloria de Jerusalén, tú eres la alegría de Israel, tú eres el honor de nuestro pueblo! Porque has obrado varonilmente, y animoso fué tu corazón porque has amado la castidad; por eso la mano del Señor te ha fortalecido y serás bendecido en eterno.” (Judith 15, 10. 11.)

O. A. M. D. G.



MESCHLER
VIDA
DE S. LUIS
GONZAGA

FP 285

Friburgo, B. Herder